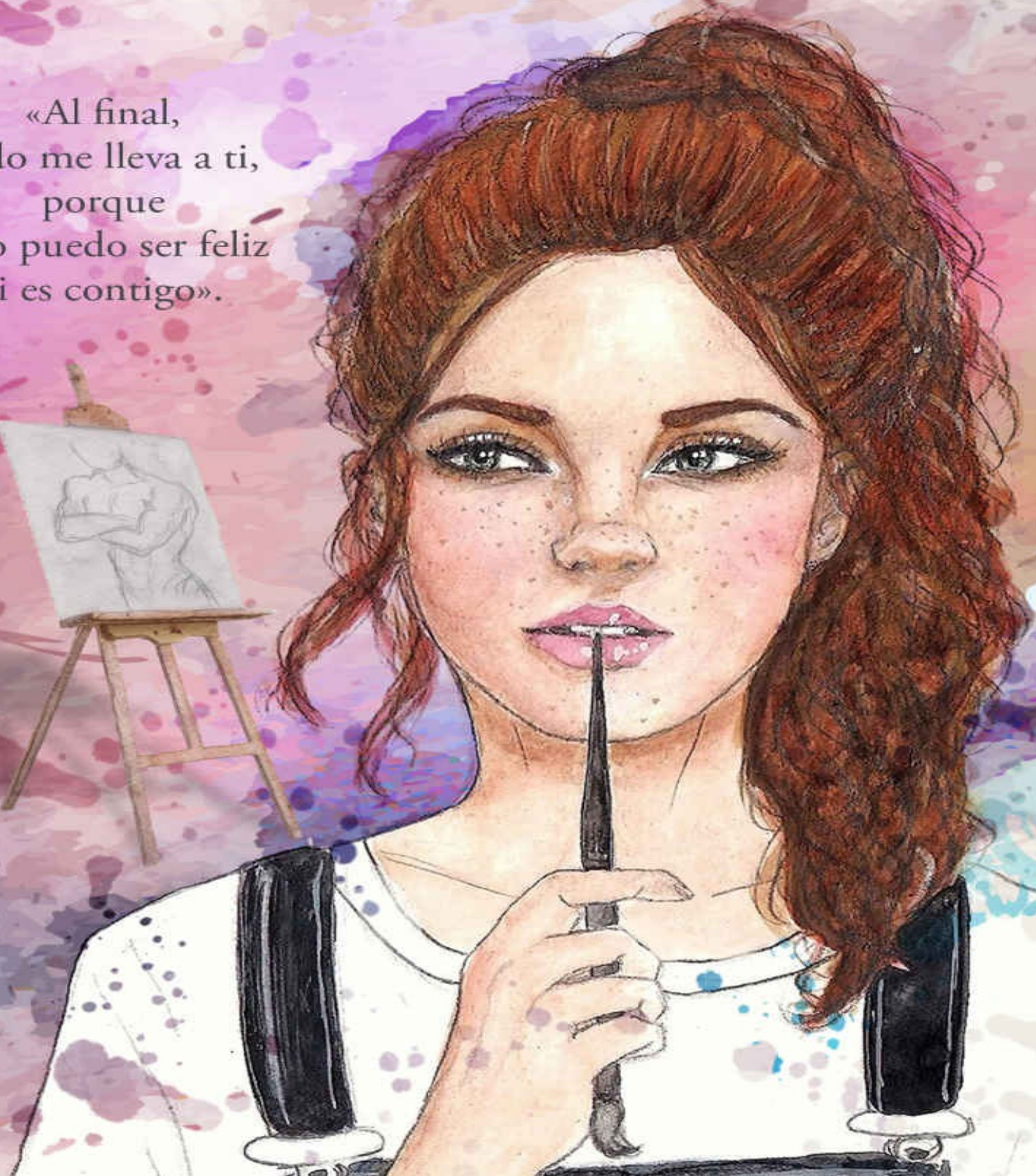


PATRICIA BONET

Solo contigo, ¿recuerdas?

«Al final,
todo me lleva a ti,
porque
solo puedo ser feliz
si es contigo».



Solo contigo, ¿recuerdas?

-Patricia Bonet-

© Patricia Bonet

1ª edición, marzo de 2019

ISBN: 9781797701875

Imagen de cubierta: Lorena Pacheco

Diseño de cubierta: Imagina Designs

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los lugares que aparecen en esta novela son reales, pero cualquier situación vivida por los personajes es ficticia y cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Mis dos hermanas pequeñas.

Mis dos pequeños pilares.

Mi día a día.

Esto es mío, pero no os olvidéis de que también es vuestro.

Héctor y Jimena tienen más de mí de lo que
yo misma me imaginé en un principio,
por eso os los entrego con todo mi corazón.
Cuidadlos, se lo merecen.

Índice

Prólogo

La vida nunca es como uno la planea

Un todo que se ha quedado en nada

Feliz cumpleaños, pequeña

No se llamaba Guillermo

Y eso no sé si me aterra... o me gusta

Porque, de repente, existe un ella

Esperamos a que llegue mañana

El nuestro hace tiempo que se escribió

No quiero estar en otro sitio

Me permito acudir a él

El resto ya vendrá cuando toque

Cómo ha conseguido poner mi mundo del revés

Disfruto de la que será mi boda

No seré capaz de cerrar lo anterior

We are freaks

Una nueva vida me espera en París

Justo cuando sus ojos impactan en los míos

Un sí. Un por supuesto. Un para siempre

Hasta que no es más que un punto negro

Llegará un día en el que la destruirás

Te quiero, y siento muchísimo que no sea suficiente

Te quiero, y siento muchísimo que no sea suficiente

Dar gracias porque siga creciendo a mi lado

Creo que me voy a desmayar

No pienso moverme

Nuestra vida se fue a la mierda

Oscuridad

Correr hasta llegar junto a ella

¿Interrumpo?

Empaparme de pies a cabeza

Es algo con lo que aún no he aprendido a vivir

Sobre todo él

Yo aún no lo sé

Más seguro de lo que he estado en mucho tiempo

Tumbada en la cama mirando al techo

Con los ojos llenos de dudas, miedo y tristeza

Qué importa si lo hace más tarde que pronto

Tú me hiciste cambiar de opinión

Juró no volver a mirar atrás

Armario abierto y completamente vacío

Se ha marchado de mi lado para siempre

Hablar. Y despedirnos

Ni te echaría de menos como lo hago

Hasta que sea necesario decirnos adiós

Mi perfecto chico imperfecto

Cuando te traiga a verlo, será mil veces mejor

Estaré encantado de descubrirla de nuevo con ella

No lo esperaba en absoluto

Siempre tuyo, tu perfecto chico imperfecto

Solo contigo, ¿recuerdas?

Carta de Iván a Héctor

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

Prólogo

Siempre te cuentan muchas cosas sobre el amor. Que si es de lo mejor que te puede pasar. Que cuando menos te lo esperes, tocará a tu puerta. Que cuando es la persona adecuada, lo sabes con solo mirarla a los ojos... Y la que más me gusta a mí: que nunca sabes lo que tienes hasta que lo pierdes.

Yo siempre he sabido lo que tenía, no necesitaba perderla para darme cuenta.

No fue porque me lo dijeran sus ojos verdes, su sonrisa siempre pintada de rosa o ese pelo, rojo como el fuego, que te hipnotizaba. Simplemente lo supe porque no me imaginaba cómo podría ser mi vida si ella no estuviera.

Conocía cada una de las pecas que decoraban su cuerpo, sabía a qué champú era asidua, cuántos terrones de azúcar quería en el café, si odiaba dormir con calcetines o si prefería el lado izquierdo de la cama. No necesitaba que me dijeran que el chocolate con menta era su favorito o que en la nevera nunca podía faltar un bote de Fanta de limón. Tampoco era necesario que me contaran que acostumbraba a poner los ojos en blanco cuando algo la sacaba de quicio o que, cuando estaba nerviosa, se tocaba el lóbulo de la oreja derecha. Sabía lo que era dormir entre sus brazos y despertarme con su pelo haciéndome cosquillas en la cara. Reconocía su risa desde cualquier parte y, aunque tuviera los ojos cerrados y estuviésemos en un lugar lleno de gente, podía saber si ella estaba cerca o no.

Está claro que no necesitaba perderla para saber que ella era lo mejor que me había pasado.

Está claro que aprender cómo es mi vida si ella no está conmigo se ha convertido en mi principal objetivo.

Está claro que, al final, lo que he aprendido es que el amor duele, y que sanar no es tan sencillo como todo el mundo quiere hacernos creer.

Está claro que, al final, todo se reduce a una simple palabra: ella.

La vida nunca es como uno la planea

Jimena

28 de octubre de 2019

El vaho se ha adueñado del cuarto de baño. El espejo está tan empañado que debo limpiarlo con la palma de la mano para poder ver algo. Cuando lo hago, mi cuerpo desnudo y mojado se refleja en él.

No me he secado, por lo que las gotas de agua caen por mi piel hasta llegar al suelo, empapándolo. Pero no me importa. Tengo los ojos rojos e hinchados de tanto llorar, y las pecas de alrededor lucen más oscuras que nunca. Me las acaricio una a una, odiándolas. Maldiciendo una vez más que sigan ahí, mirándome como si quisieran decirme alguna cosa que yo no quiero oír.

O, más bien, recordar.

El teléfono suena en alguna parte de la casa y ya es la tercera vez en menos de media hora. Debería salir corriendo a contestar la llamada, pero no me muevo. No puedo.

Aunque tampoco quiero.

Quiero mirarme.

Quiero mirarlo una vez más, antes de taparlo cuando tenga que vestirme para lo de esta noche. Necesito ver esas letras escritas en mi costado, esas que hace un tiempo significaron tantas cosas y ahora no sé bien qué significan. Me he planteado alguna vez quitármelas, pero el dolor que ese pensamiento me produce en el pecho es más fuerte que tener que verlas cada día.

Levanto la mano derecha y las acaricio, una a una, despacio, deleitándome con cada trazo, con cada punto, con cada línea. Recordando cuándo y cómo llegaron hasta ahí, en un día lluvioso, con las gotas de agua empapando mi rostro e impidiéndome ver hacia dónde me dirigía.

Unos golpes en la puerta de casa me sobresaltan. Cierro los ojos, maldigo por dentro lo controladora e intensa que es mi familia a veces, y me giro a coger algo con lo que ocultar mi desnudez. Descalza y con la toalla alrededor de mi cuerpo, voy hasta la puerta principal y, haciendo el menor ruido posible para que no me descubran, espío por la mirilla.

—Sabemos que estás ahí, te oímos respirar.

—Puedes dejar de hacer el idiota y abrirnos la puerta, o podemos llamar a mamá para pedirle la copia de la llave, y ya sabes lo que eso implica.

—Que vendrá ella personalmente hasta aquí —dicen las dos a la vez, riéndose. Golpeo la frente contra la madera porque tienen razón, y si ahora entrara mi madre por esta puerta, creo que podría pegarme un tiro.

Quito el pestillo y abro poco a poco. Mis hermanas gemelas se muestran ante mí en todo su esplendor. A veces, cuando las miro, me pregunto si de verdad somos hermanas, porque no podemos ser más diferentes. Olivia y Lucía tienen el pelo negro como el carbón, la piel morena y los ojos de color gris oscuro, casi negros. Tienen los labios finos y una nariz respingona. Son tan idénticas que, si no las conoces al dedillo, es muy fácil equivocarte. Tienen hasta la misma cicatriz en la ceja derecha, apenas visible tras esas gafas de pasta roja que llevan las dos. Además, desde siempre les ha gustado vestir iguales, de la cabeza a los pies. Así que, con el frío que hace fuera, no es de extrañar verlas con un gorro rojo, guantes también rojos y bufanda de varios colores, tapadas con un abrigo en tonos negros y grises. Ambas llevan vaqueros de pitillo y unos botines con hebillas a los lados. Es como ver doble.

—¿Aún estás así? Vale que siempre haya que hacer esperar a tus invitados, pero tú te estás luciendo, guapa. —Olivia entra como una

exhalación en casa, empujando primero la puerta y después a mí. Lucía la sigue, mientras me mira de arriba abajo y suspira resignada.

—Hace nada que he llegado de trabajar y acabo de salir de la ducha. Además, tenemos más de media hora. Necesito solo diez minutos para estar lista.

—Venga ya, por favor. Ponerte unos pantalones y hacerte una coleta no es estar lista. Tienes que arreglarte en condiciones, que hoy es tu día. No podemos permitir que vayas con esos pelos que llevas siempre y con lo primero que pilles del armario.

Olivia sigue criticándome, sin pararse a coger aire ni un segundo, mientras se dirige resuelta a mi dormitorio. A Lucía la he perdido de vista en cuanto ha entrado. Miro hacia un lado y hacia otro mientras intento dar con ella. ¿Dónde se ha metido? Mi casa es más pequeña que una caja de zapatos, no puede haber ido tan lejos.

—¡Mueve tu culo hasta aquí! —grita Olivia.

Quiero decirle que se marche de mi casa y me deje tranquila, y que se

lleve a la otra con ella, pero no lo hago. Lo que sí hago es andar sin rechistar hasta mi cuarto, arrastrando los pies. Me siento como cuando era pequeña y mis padres me llamaban porque había hecho alguna trastada.

Cuando paso por delante del baño, veo a Lucía rebuscando en los cajones de abajo del todo del armario. La pila y la encimera están llenas de cosas. Algunas las reconozco porque son mías, pero otras no las había visto en mi vida.

—¿Qué es todo eso?

Se gira ante mi pregunta, pero lo hace como si estuviera viendo a un lobo de tres cabezas.

—¿Aún vas así? ¡Venga, a cambiarte! Luego somos nosotras las que tenemos fama de lentas.

Me da la espalda de nuevo, sin contestar a mi pregunta, mientras continúa rebuscando entre mis cosas. Paso de volver a preguntar nada. Cuando teniente O’Neil uno y teniente O’Neil dos se ponen en plan sargento —que, dicho sea de paso, es la mayor parte del tiempo—, es mejor hacerles caso y no llevarles la contraria. Los dolores de cabeza que pueden llegar a ocasionar no compensan.

Entro en mi dormitorio y el despliegue que me recibe es digno de admiración. Olivia ya ha dispuesto sobre la cama el vestido que me entregó hace unos días, junto con un conjunto de tanga y sujetador y unas medias transparentes. El vestido es verde oscuro, ceñido a la cintura, de media manga y con mucho vuelo. El escote es en forma de uve. Espero que en el restaurante tengan la calefacción al máximo, porque con lo friolera que soy, se me van a congelar hasta las ideas. Completa el conjunto con unos zapatos de cuña color nude. Aunque ellas no lo saben, y no se lo pienso decir, me he guardado unas manolequinas en el bolso nada más llegar a casa.

—¿Se puede saber por qué vosotras podéis ir con pantalones y yo no? Hace frío.

—Porque es tu cumpleaños y no todos los años se cumplen treinta. Y porque cuando sea el nuestro, ya nos podrás decir tú cómo vestirnos o qué tenemos que hacer.

—¿De verdad?

—No —dicen las dos a la vez.

Lucía entra cargada con un montón de potingues, que deja también sobre la cama, con cuidado de no tocar la ropa. Cuando veo que ambas vienen directas a mí, alzo la mano y las freno. Estas son capaces de ponerme hasta

las bragas. O el tanga, en este caso.

—Aún sé vestirme sola, gracias.

Mientras me quito la toalla y me restriego por el cuerpo una crema que mi hermana me ha dado y que huele a coco, ellas se sientan enfrente de mí. Me preguntan por la jornada en la editorial y si ha habido avances entre la nueva editora y Néstor Ruiz, un autor de novela de misterio que lleva trabajando con nosotros desde que publicó su primer libro, hace ya unos tres años. Es uno de nuestros autores más consolidados y, por qué no decirlo, uno de nuestros huevos de oro. Por lo menos, en lo que a su género se refiere. Pues bien, cometí el error de contarles a mis hermanas que el otro día los pillé en el baño de las oficinas dándole al tema; vamos, a ella, con el vestido en la cabeza y gritando a pleno pulmón, y a él, con los pantalones por los tobillos y sujetándola contra la pared. Desde entonces, no hacen otra cosa que no sea preguntarme acerca de ello. Además de porque son unas cotillas sin remedio, porque creíamos, y yo me incluyo, que Néstor jugaba en otra liga. Pero, por la forma en la que empotraba a Rebeca y ambos jadeaban, está claro que no.

Dejan el cotilleo a un lado, por el momento, y se centran en mí. Me ayudan a subirme el vestido, que se ciñe tanto a mi cuerpo que dudo que pueda respirar. Lucía me sienta en un taburete que trae de la cocina y, ella por delante y Olivia por detrás, terminan de arreglarme. Porque si algo se les da bien a estas dos es dejarte como si fueras una princesa recién salida de un cuento. No me extraña que su centro de estética siempre esté lleno de gente.

Olivia me seca el pelo a mano, haciendo que mis rizos pelirrojos tengan más volumen. Lucía apenas me maquilla, a excepción de los ojos, a los que da profundidad con la mezcla del negro y el gris. Me pinta los labios de un rosa clarito, aunque hay más brillo que color. Cuando han terminado, se sitúan delante de mí para mirarme y ninguna de las dos puede parar de sonreír y saltar, emocionadas.

—Cuando gritáis así y dais esos saltitos, dudo de que hayáis madurado lo suficiente.

—¿Madurar? Nosotras no saber eso qué ser —dicen a la vez en plan Yoda.

No lo puedo evitar: termino riéndome con ellas y dejándome contagiar por su alegría. Ambas son de esas personas que te arrancan una sonrisa incluso en tus momentos más bajos, y verle el lado positivo a todo es lo que mejor saben hacer.

Me levanto con la intención de ir hasta el espejo de cuerpo entero que tengo dentro del armario, para poder verme bien y admirar el trabajo que

Olivia y Lucía han hecho conmigo, pero no me dejan dar ni un paso; cuando quiero darme cuenta, una me está sacando de la habitación a rastras mientras la otra va apagando luces.

—¡Las llaves! ¡Las llaves! —grito por encima del hombro para hacerme oír.

Lucía las coge al vuelo del aparador del recibidor y cierra dando un portazo a nuestra espalda, con un abrigo, que no sé ni cuándo ha cogido, en la mano. No esperan el ascensor. Me arrastran de nuevo escaleras abajo los siete pisos, lo que, con los tacones que llevo, es casi una misión imposible, hasta salir, por fin, al frío de Madrid.

Me sueltan para poder ponerse todos sus bártulos mientras dan saltitos de nuevo para entrar en calor. Yo estoy abrochándome el abrigo cuando un escalofrío me recorre el cuerpo. Al principio creo que es a causa del frío, pero en el fondo sé que no, que se trata de algo más. Miro a un lado y a otro, buscando el origen de mi inquietud, pero no veo nada. Los comercios que pudieran quedar abiertos van cerrando, y en la acera solo está mi vecina del segundo paseando a su perro, puntual, además de un par de coches que pasan por delante de nosotras. Pero, aparte de eso, no hay nada fuera de lo normal.

—¡Jimena!

Me giro y veo a mis hermanas delante de mí, llamándome. Lucía está dentro de un taxi, aunque tiene medio cuerpo fuera, y Olivia sujeta la puerta.

—¿Estás bien? —me pregunta esta última. Antes de contestar, vuelvo a mirar alrededor, solo para asegurarme, pero sigo sin ver nada.

—Sí. Es solo que me ha parecido... no sé. Da igual. Vámonos.

—¿Seguro que estás bien?

—Perfectamente. Vamos dentro, que aquí hace un frío que pela.

Les dedico esa sonrisa que hace tiempo me obligué a ensayar frente al espejo y que ahora ya me sale de forma natural. Al principio me miran con el ceño un poco fruncido, pero optan por dejarlo estar. Olivia cierra la puerta y se sienta delante, mientras que yo me acomodo detrás con Lucía. Antes de que el coche arranque, disimuladamente echo un último vistazo a cada rincón; a lo lejos una sombra se aproxima con rapidez hacia nosotras.

El corazón comienza a latirme demasiado rápido contra el pecho, esperando... o, más bien, deseando.

Pero, en cuanto nos alcanza y veo que no es más que un pobre chico, andando rápido mientras habla por teléfono, algo se desinfla en mi interior. Niego con la cabeza; suelto el aire que, sin darme cuenta, había retenido; me

reclino en el asiento; cierro los ojos, y me maldigo por esperar algo que no va a suceder.

Por desear ver a alguien que, sin duda, no va a aparecer.

El taxi por fin arranca y nos perdemos por las calles de Madrid. De manera instintiva llevo de nuevo mi mano al costado, al igual que he hecho antes frente al espejo, al salir de la ducha. Pero ahora lo hago porque siento como si las letras que tengo ahí grabadas me quemaran. Noto como una lágrima se desliza por mi mejilla, pero me la seco rápido, antes de que alguien pueda verla o, lo que es peor, no sea la única en aparecer. Me obligo a serenarme y a mirar hacia delante, a disfrutar de mis amigos, de mi familia, de mis hermanas y de mi treinta cumpleaños.

Aunque no pueda evitar darme cuenta de que está a años luz de como yo quería celebrarlo.

El taxi se detiene dando una sacudida. Abro los ojos por fin y decido centrarme en el presente, en el aquí y el ahora. Una vez que mis hermanas pagan la carrera y salimos del coche, me dejo arrastrar de nuevo por ellas a la fiesta que me han organizado, con el firme propósito de ser toda sonrisas y alegría, y de olvidarme de recuerdos que me hacen daño y de sueños que una vez existieron pero que ya no son más que polvo. Porque si hay una cosa que he aprendido, es que la vida nunca es como uno la planea.

Un todo que se ha quedado en nada

Jimena

Llevo más de dos horas sonriendo tanto que me duele la mandíbula. Yo no soy como mis hermanas. Eso de ser el centro de atención puede conmigo y, sinceramente, creo que también con mi salud mental. Adoro tener amigos. Me considero una persona sociable, y eso de salir a cenar, tomar unas copas o quedar simplemente para ponernos al día me parece genial.

Pero ya.

Tanta atención, tantos besos, tantos abrazos y tantas sonrisas están acabando conmigo. Pero debo seguir aparentando un poco más, sobre todo por ellas, por esas dos personas que tanto se esfuerzan en hacerme sonreír y que me han ayudado a estar hoy donde estoy. A esas dos morenas que gritan, saltan y bailan sobre un pódium improvisado. Esas dos que se han molestado en reunir a tanta gente a mi alrededor para celebrar una edad que, a mí, sinceramente, me da un poco igual.

Hace un tiempo no pensaba así; tenía grandes planes para celebrar este día, pero nosotros no somos los dueños de nuestra vida. O, mejor dicho, no somos los dueños de nuestro destino.

—¿Qué piensa esa cabecita tuya?

Unos brazos me rodean la cintura desde atrás, y su olor característico, a colonia mezclada con *aftershave*, me inunda el cuerpo y la mente. He intentado explicarle que no hace falta que se eche tanta colonia cuando va a salir de casa, pero no consigo que me haga caso.

Me giro para poder quedar cara a cara. Cuando nos miramos a los ojos, una sonrisa se extiende por su rostro. Me aprieta más fuerte; yo levanto los brazos, los paso por su cuello y acaricio su nuca.

—Hola.

—Hola, cumpleañera.

Me da un beso en la mejilla. Nunca ha sido de demostraciones afectuosas en público. Al principio de nuestra relación me chocaba, y debo reconocer que me molestaba y me hacía sentir incómoda, pero ahora ya me he acostumbrado.

—¿Te lo estás pasando bien?

—Sí. Esto es genial. Muchísimas gracias.

—A mí no me las des. Todo es obra de las descabelladas de tus hermanas. Yo solo tenía que ser puntual y estar en el lugar correcto.

—De todas formas, gracias. Sé que no te gustan mucho las multitudes y, aun así, aquí estás, aguantando como un campeón.

—Todo lo que haga falta por llevarme a la chica, ¿no?

—Eso dicen.

Me da un beso en la punta de la nariz y me estrecha fuerte entre sus brazos. Puede que a Guillermo no le gusten mucho los besos como muestra de afecto, pero a los abrazos no les dice que no, y yo encantada, porque me siento segura en ellos.

Sus manos recorren despacio mi cuerpo, acariciando brazos, caderas, pelo y cara. Nunca me han molestado sus caricias ni me he sentido incómoda con ellas, pero hoy algo raro me pasa y no las recibo tan bien como otras veces. Me sabe mal por Guillermo; no quiero que se dé cuenta, sobre todo porque él no tiene la culpa de cómo me siento, pero necesito separarme un poco y recuperar el control.

Intentando ocultar mi ligera turbación, finjo una sonrisa y me aparto lo máximo posible, aunque dejo que me siga sujetando por las caderas. Lo único que quiero es poder respirar, y con él tan pegado a mí, no puedo.

Desde que me desperté esta mañana tengo una sensación extraña en el cuerpo, y eso me hace estar más alerta. No puedo dejar de sobresaltarme cada vez que se abre la puerta del local o cada vez que escucho mi nombre.

Estoy volviéndome loca.

—Cariño, ¿te encuentras bien? —La voz de Guillermo me devuelve al presente. Me mira con ojos escrutadores y puedo percibir que está preocupado. Me obligo a sonreír de nuevo y le toco la mejilla con cariño.

—Sí, claro. Solo estaba pensando en todo esto.

—Pero ¿seguro que estás bien? Porque te noto un poco pálida.

—No te preocupes. Estoy perfectamente.

—Genial, porque tengo una sorpresa para ti —me susurra.

Maravilloso. ¿Una sorpresa? No quiero sorpresas. No me gustan las sorpresas.

Estoy a punto de decírselo, pero, al ver la expresión de felicidad en su rostro y la alegría con la que habla, me callo y me dedico a sonreír, a asentir y a dejar de comportarme como una zorra.

«Pero ¿qué te pasa? Tu novio solo quiere darte una sorpresa. Deja de estar tan amargada», me reprocha el subconsciente, y no puedo más que darle la

razón.

Guillermo hace un gesto a alguien detrás de mí y, en cuestión de segundos, la música deja de sonar y la intensidad de la luz disminuye. Miro a un lado y al otro. Mis amigos, en una esquina, se van quedando callados y atentos a lo que sea que vaya a pasar. Mis ojos buscan los de Martina y, cuando los encuentran, le pregunto moviendo los labios qué está pasando, pero ella se limita a mirarme, encogerse de hombros y negar con la cabeza.

La sensación de incomodidad de hace un momento va creciendo por momentos.

«Las sorpresas no traen nada bueno», me repito sin cesar. «Y esta tiene pinta de que va a gustarme menos que ninguna».

Por las caras del resto de los invitados deduzco que ninguno tiene ni idea de qué ocurre. Busco a mis padres hasta localizarlos en un rincón, alejados del resto, y por sus expresiones, parece que he dado con alguien que sí sabe lo que sucede. Mi madre tiene lágrimas en los ojos, y eso me da un miedo que te cagas porque, además de saber lo que se trae mi novio entre manos, significa que le gusta, y está comprobado que lo que le gusta a ella a mí me horroriza. La expresión de mi padre no logro descifrarla del todo. Creo leer preocupación en ellos, pero es solo un segundo; enseguida se endereza y me sonrío como si fuera el protagonista de un anuncio de dentífrico.

Un carraspeo hace que me gire para encontrarme de nuevo cara a cara con Guillermo, que no se ha movido ni un milímetro. La sonrisa de antes se ha agrandado. Me coge las manos y las aprieta con fuerza.

—No te muevas de aquí, ¿vale? Vuelvo enseguida.

Quiero decirle que no, que ni se le ocurra dar un paso, que estoy empezando a agobiarme y que esto no me gusta nada, pero, antes de que pueda articular palabra, me da un beso en la mejilla y se aleja en dirección a la barra. Un camarero saca algo que tenía escondido y se lo da. Cuando Guillermo se gira de nuevo hacia mí, veo que es un micrófono. Mi primera reacción es abrir mucho los ojos, asustada, porque como se ponga a cantar sí que me doy media vuelta y salgo corriendo.

—Respira. —La voz de Lucía a mi espalda casi me da un susto de muerte. Me giro y la veo junto a Olivia. Sonríen, pero lo hacen con cautela.

—¿Qué coño está pasando? —siseo sin apenas mover los labios. Ambas se miran y se dicen algo con la mirada. Odio cuando hacen eso. Odio que se comuniquen tan bien sin hablar y odio que me dejen a mí fuera. Ya lo hacían cuando éramos pequeñas, y está claro que siguen haciéndolo—. Odio que

hagáis eso, ya lo sabéis. Además, me estoy poniendo muy nerviosa. No me gustan nada las sorpresas.

—Lo sabemos, pero no tienes por qué, ¿de acuerdo? Esto es bueno, de verdad.

—Mentira. Estás mintiendo.

—¿Qué dices? No lo hago.

—Sí, lo haces. Te suda el bigote, y eso te pasa siempre que mientes. Os pasa. —Señalo a las dos con un dedo acusador y los ojos brillantes de la rabia que, sin querer, se está adueñando de mí. Ambas se frotan el bigote.

—Eso es porque aquí hace un calor de cojones. Nos suda hasta el *toto*.

Olivia es experta en usar el sarcasmo y el sentido del humor cuando está nerviosa y la han pillado con las manos en la masa. Por la cara con que la miro, sabe que eso conmigo no funciona. Se acerca, me frota los brazos con energía y me sonrío.

—Deja de preocuparte antes de tiempo y date la vuelta para ver lo que ese hombre tiene preparado para ti. Si a mí me suda el bigote, a ese le suda el cuerpo entero. Y como no diga algo pronto, del temblor se le va a caer el micrófono al suelo. Así que haz el favor de sonreír y escuchar lo que tiene que decir, ¿vale?

Madre mía, tiene razón. Llevo cinco minutos dándole la espalda a Guillermo. Cuando lo busco, veo que está plantado en medio de la sala, mirándome y, por lo visto, esperando a que termine lo que sea que estoy hablando con mis hermanas, sin borrar en ningún momento la sonrisa de su rostro. Miro su camisa y, efectivamente, lleva más cercos que Camacho. Me pongo de espaldas a mis hermanas, cojo aire y sonrío, dándole a entender que ya estoy preparada para escuchar lo que sea que tiene que decirme y, sobre todo, para terminar con todo esto lo antes posible.

Coge aire él también y, despacio, camina hasta quedar a escasos pasos de mí.

—Jimena, puede que solo llevemos cuatro meses juntos, pero llevo suficientes años pendiente de ti como para asegurar que te conozco. —Voy a protestar y a decir que está claro que no, porque si así fuera, ahora no estaríamos en esta situación, pero decido callarme y dejar que continúe—: No soy tonto, y sé que esto no te hace demasiada gracia, pero también sé que, si no lo hago aquí y ahora, no seré capaz de hacerlo en otro momento. —Alarga el brazo libre y me coge la mano. Está sudada, pero no parece importarle. Con el pulgar, traza en la palma una serie de círculos, que solo consiguen

ponerme más nerviosa y avivar la imperiosa necesidad de rascarme—. Aunque aún no nos lo hayamos dicho, sé que te quiero, y creo que lo hago desde hace tanto tiempo que no podría establecer una fecha exacta. Me encanta todo de ti, hasta tu forma de morder el capuchón de los *bolis* y dejarlo inservible. Sé que estamos empezando la casa por el tejado y que primero debería proponerte el vivir juntos, ver si somos compatibles y si la convivencia es factible. Pero no lo necesito, porque yo sé que sí lo somos y estoy dispuesto a correr el riesgo de que lo averigüemos juntos.

—No me jodas —suelta alguien al fondo, y sé que ese alguien es Martina. Quiero secundarla, pero mi capacidad de hablar se ha visto bloqueada.

¿Me acaba de decir que me quiere por primera vez? ¿Lo ha hecho delante de todos mis amigos y mi familia?

El picor de las manos se ha extendido por todo el cuerpo. Necesito frotarme la cabeza, los brazos y hasta la punta de la nariz. Ajeno a lo que me pasa, Guillermo me suelta y le tiende el micrófono a alguien a su izquierda. No tengo ni idea de quién es ni me importa, porque solo puedo fijarme en sus movimientos, en cómo mete las manos dentro del bolsillo de su pantalón, en cómo saca una caja negra y en cómo la va abriendo mientras se hace cada vez más pequeño, y es que está hincando una rodilla en el suelo.

El silencio en el local es absoluto. No se escucha ni a la gente respirar, por lo que puedo oír mi corazón latiendo a mil por hora. Lo hace tan rápido que tengo miedo a que se me escape y decida salir corriendo.

Siento cómo poco a poco comienza a faltarme el aire. Me llevo una mano al pecho y me obligo a tranquilizarme. Levanto la cabeza y diviso a mi amiga, que me mira a su vez con miedo, lo puedo leer en sus ojos. La parálisis me impide girarme y buscar a mis hermanas, pero las noto cerca, al acecho, igual que a mi padre. Los únicos que son ajenos al pequeño ataque de pánico que me está dando son mi madre, que debe de estar llorando a moco tendido en brazos de mi padre, y Guillermo, de rodillas frente a mí, con una caja entre las manos y un anillo dentro. Pero tengo la visión demasiado borrosa como para distinguirlo.

Sé que habla porque mueve los labios, pero no lo escucho. Aunque no dejo de intentarlo, no consigo escuchar nada más allá de los latidos de mi corazón latiendo contra la palma de mi mano, y el zumbido que resuena en mi cabeza y me obliga a cerrar los párpados con fuerza.

«¿Por qué me está haciendo esto Guillermo?». Es la primera pregunta que me viene a la cabeza.

No quiero, y él lo sabe. No quiero casarme. Me aterra la idea y me da pavor ponerme ese anillo en el dedo. Mis hermanas también lo saben. ¿Por qué se lo han permitido?

«Esto es bueno, de verdad», me ha dicho mi hermana. Pero ¿cómo va a ser bueno algo que te impide respirar? ¿Cómo va a ser bueno algo que te corta el aire y te empuja poco a poco hacia un pozo muy grande sin salida?

Abro los ojos, pero no logro fijar la vista. Todo comienza a dar vueltas. Guillermo y los que están a mi alrededor no son más que puntos negros, que van difuminándose más y más rápido. Hasta que ya no veo ni siento nada. Solo oscuridad.

Una oscuridad que me atrapa, me devora. Alguien agarra mi brazo, pero lo esquivo. No quiero que nadie me toque. Quiero que me dejen en paz. Quiero poder sentir mis piernas para salir corriendo. Quiero tener fuerza para gritar.

¿Cómo has podido hacerme esto, Guillermo? ¿Cómo se te ocurre pedirme matrimonio?

No quiero hacerlo. No puedo volver a hacerlo.

Noto cómo esa oscuridad me ha absorbido por completo. Estoy cansada y tengo sueño. Mucho. Una silueta se va haciendo cada vez más clara. Cuando se muestra por completo, compruebo que no es otro que él.

Siempre él: su sonrisa, sus ojos, su risa, su cuerpo. Estiro los brazos para intentar alcanzarlo, pero no puedo porque, tal y como ha venido, se marcha. Se aleja, cada vez más, hasta que desaparece por completo y no es más que .

Quiero olvidar. Tengo que olvidarme de él. Pero está visto que no puedo.

Nunca he podido.

Por mucho que he luchado, por mucho que lo he intentado, nunca lo he conseguido. Como ahora.

Un recuerdo viene a mi mente; una mañana, unas caricias, una promesa.

Un todo que se ha quedado en nada.

Feliz cumpleaños, pequeña

Jimena

28 de octubre de 2016

—¡Cumpleaños feliz! ¡Cumpleaños feliz! Te deseamos todos cumpleaños feliz.

Cierro los ojos y pido un deseo. La verdad es que no hay nada que pedir, porque lo tengo todo, pero como lo marca la tradición, yo no voy a ser menos.

Tengo bastante claro lo que quiero: seguir así, como estoy ahora, sin que nada cambie.

—¿Qué has pedido?

—Si te lo digo, no se cumple.

—Si me lo dices, yo haré que se cumpla.

—Eres un fanfarrón. Lo sabes, ¿no?

—No. Soy un tío seguro, que sabe lo que quiere, cómo lo quiere y cuándo lo quiere.

—¿Sí? ¿Y qué quieres?

—Mmm, eso es fácil. —Me quita el plato con la muffin de las manos, lo deja en la mesita de noche y se sienta a horcajadas sobre mí. Comparado conmigo, pesa un quintal, pero se coloca de manera que no me aplasta. Coge mis manos y las sube por encima de mi cabeza; acerca su nariz a la mía, la frota con cariño y después la besa—. Te quiero a ti desnuda en esta cama. —Me mira de arriba abajo, con los pechos al aire y la sábana resbalando por mis piernas desnudas—. Y, por lo que veo, eso ya lo he conseguido. —Una sonrisa socarrona y de medio lado aparece en su rostro—. Te quiero ronroneando y gimiendo de esa forma que hace que los pelos se me pongan de punta.

Me lo susurra al oído, consiguiendo que haga justamente lo que acaba de decir. Con la sonrisa dibujada en su rostro, emprende un camino de besos desde mi barbilla hasta la comisura de la boca.

—Quiero tus pecas, tu sonrisa y hasta tu mala leche. Quiero que te enfades conmigo y que después me perdones. Quiero seguir bailando

contigo, desnudos, en el comedor. Quiero no salir de casa en toda una semana y alimentarnos a base de sopa de sobre y comida enlatada. Quiero ir a ver a tu madre, aunque tenga que tomarme un ibuprofeno primero. Quiero que tus hermanas sigan entrando en esta casa sin avisar; de verdad, no tengo ni idea de dónde han sacado una llave, pero no me importa. Quiero que Iván y Germán sigan llamándome «calzonazos» por rechazar una noche de póker con ellos para ir a ver una película contigo. Quiero que Martina siga llamando como doscientas veces al día porque Nueva York es demasiado grande para ella y se pierde cada dos por tres, como si tú fueras Totó y pudieses enseñarle el camino a casa, cuando no has estado en esa ciudad en tu vida. Quiero que me sigas leyendo en la cama esos manuscritos que a veces te traes a casa y que son un auténtico coñazo, pero que a mí me gustan porque así puedo escuchar tu voz. Quiero que, algún día, tu vientre abulte, abulte y abulte porque lleves a una minitú ahí dentro. Quiero pintar tu cuerpo entero, desde la cabeza a los pies, y luego volver a empezar. Quiero seguir fotografiándote, porque eres lo más bonito que mi cámara puede captar. Como ves, lo quiero todo, soy así de egoísta. —Se encoge de hombros—. ¿Qué le voy a hacer? Ya te dije que te quiero en mi vida hasta el día en que me muera.

No puedo hablar ni, ya puestos, pensar. En realidad, no tengo ni idea de qué estábamos hablando ni por qué ha surgido esta conversación.

Siempre consigue lo mismo: que no pare de temblar, que mi corazón palpita sin control, que las palabras no salgan de mi boca y no recuerde qué le había preguntado. Y que lo quiera. Mucho. Yo diría que a veces incluso demasiado. Pero es algo contra lo que no pienso luchar, porque no me importa lo más mínimo.

Nunca pensé que podría llegar a querer tanto a alguien. Querer a otra persona que no fueran Olivia y Lucía. Creía que ellas serían las únicas por las que daría mi vida, pero no. También la daría por él, sin pensar, sin cuestionármelo siquiera.

Su boca atrapa la mía y me olvido de todo. Me olvido de mi cumpleaños, de que cumplo veintisiete y de que solo quedan tres años para los treinta, una edad que siempre me ha deprimido pero que, ahora mismo, hasta me gusta. Porque sé que los cumpliré con él a mi lado y, mientras sea así, el resto no tiene importancia.

Cuando me quiero dar cuenta, todo son bocas, manos y piernas. Me besa la cara, el cuello y el pecho. Yo beso su boca, sus párpados y sus hombros.

Me sujeta por la cintura, fuerte, firme, mientras sus ojos impactan contra los míos. Esos ojos azules como el mar que me hipnotizaron en aquella clase, nada más verlos, hace tantos años, y de los que ya no pude separarme. Lo cojo del pelo, negro, y que siempre vuela sin control por su cara, como ahora. Acaricio con la lengua el tatuaje que se hizo en el costado y que tanto nos representa.

«We are freaks»; somos bichos raros, traducido. Acompañado de una flecha hacia arriba y otra hacia abajo. Porque, al principio, nos decían que no teníamos nada en común; él tan bohemio, y yo tan pija. Él tan «todo me resbala», y yo tan «llevo anotada hasta la hora en la que puedo mear». Él tan salvaje, en todos los sentidos, y yo tan estirada. Él con ese pelo tan negro, y yo con mi rojo fuego. Él tan moreno, y yo tan pálida.

Él y yo, tan diferentes pero tan complementarios.

«Somos bichos raros, pequeña. Y no quiero ser otra cosa», me decía cuando notábamos que alguien nos miraba con extrañeza. Acabó tatuándoselo para que yo nunca lo olvidara, junto con mi nombre, el único que tiene en color; rojo, como mi pelo.

Como si fuera peso pluma, me da la vuelta, dejándome boca abajo sobre la cama. El teléfono suena y ojeo la hora en el reloj que tengo en la mesita. Será mi familia o algún amigo para felicitar me, pero me da igual, ahora no estoy para nadie.

He aprendido muchas cosas con él, como a esperar o a tomarme mi tiempo para disfrutar de lo que me gusta. Y vaya si esto me gusta.

Me besa la columna vertebral mientras desciende despacio, torturándome. Cuando llega a los glúteos, me da un mordisco en una de las nalgas, haciendo que grite. Y eso le gusta. Su risa me lo confirma.

Escala hasta llegar a mi oreja de nuevo, su pecho contra mi espalda.

—¿De qué estábamos hablando?

—No tengo ni idea. —Muerdo la sábana intentando controlar el jadeo que lucha por salir, pero no lo logro.

—Eso me encanta. —Me besa un hombro y después, el otro—. Pero yo sí me acuerdo. Te he dicho que siempre consigo lo que quiero, y quiero hacerte feliz. Te lo dije. ¿Recuerdas?

—Sí.

—Perfecto. Porque quiero que se cumplan todos tus sueños. Me da igual lo que cuesten. Como si me pides que te baje la luna. Así que, Jimena, ¿por qué no me dices qué has pedido?

A regañadientes, dejo aparcada la lujuria que sus besos, sus caricias y sus palabras me provocan y me centro en contestar a su pregunta. Tengo la respuesta más que clara.

—A ti.

—A mí ya me tienes, pelirroja.

—Aquí. Ahora. Siempre.

—Aquí. Ahora. Siempre. Eso no se cuestiona, cariño.

Me levanta las caderas hasta dejar mi culo en pompa. Pasa un dedo por el vértice entre mis piernas y gruñe al comprobar lo mojada que estoy. Sin dejar de besarme la espalda ni un momento, juega con su miembro en la entrada hasta que, de una estocada, penetra en mí. Yo grito; él grita. La vista se me nubla durante un segundo. Mi cuerpo se acomoda a él. Con una mano me agarra del pelo, mientras que con la otra acaricia su nombre, escrito en mi costado.

—Dime otra cosa que quieras. Una que no tengas ya.

Pienso y pienso, pero sus embestidas no me dejan hacerlo con claridad. Marca un ritmo rápido y, cuando nota que estoy a punto, frena. No sale del todo, pero sí lo suficiente para que proteste y, por qué no, me ponga a lloriquear.

—No pares, por favor.

—Dime qué quieres.

—Ya te lo he dicho. A ti. Solo te quiero a ti.

—A mí ya me tienes, pequeña. Entero. ¿No lo ves? —Mientras lo pregunta, se hunde de nuevo en mí hasta el fondo. Coloca una mano en mi cadera y con la otra me acaricia el clítoris.

—¿De verdad quieres que piense en algo mientras me haces todo esto?

—Se supone que sabes hacer dos cosas al mismo tiempo.

—Cuando me tocas, no. Cuando me tocas, solo sé hacer una.

Retira la mano de mi clítoris y esta vez sale del todo. Lo miro por encima del hombro, fulminándolo, pero él me observa con su sonrisa canalla y las cejas arqueadas, esperando que conteste.

Pienso y pienso, solo porque necesito que vuelva a como estábamos antes, y entonces caigo. Hay una cosa que quiero. Visualizo el lugar al que siempre he anhelado ir. Con él. Esa ciudad que para mí es tan mágica y tan especial y que me muero por visitar con él a mi lado.

—París.

—¿Qué?

—Quiero ir a París. Cuando cumpla los treinta, quiero celebrarlos allí. Contigo. Los dos solos. En la Torre Eiffel, en los Campos Elíseos o en la cama de un hotel. Me da lo mismo. Pero quiero ir allí, contigo.

—¿Ves? No era tan difícil.

Se coloca de nuevo en mi entrada y esta vez se introduce despacio mientras me besa la espalda, perlada en sudor. Se apoya en ella y acerca su boca a mi oído lo máximo que puede.

—Iremos a París. Te haré el amor durante horas y te pediré matrimonio de nuevo allí, en lo alto de la Torre Eiffel.

—Ya estamos casados, ¿recuerdas?

—Claro que lo sé. No tienes ni idea de lo que me pone cada vez que digo «mi mujer».

Para que no me quepa la menor duda, lo susurra de forma lenta y seductora mientras me besa la nuca y los hombros, y la piel se me pone de gallina.

—Pero eso no quita que necesite ver en tu dedo un anillo de verdad.

—Ya tengo uno de verdad. —Bajo la vista hasta mi dedo anular, donde descansa el mejor anillo de compromiso de la Historia, aunque sea de plástico y tenga brillibrilli.

—Muy bien. Pues tendrás dos.

Asiento y no digo nada más; ahora sus embestidas son cada vez más fuertes, más rápidas, y solo puedo jadear, gemir y gritar. Me abraza por la espalda mientras me acaricia el vientre, trazando pequeños círculos, y me susurra al oído cuánto me quiere. Alcanzo el clímax de una forma tan brutal que, por un momento, temo que nos hayan escuchado los vecinos. Con un par de embestidas más, él también llega, derramándose por completo en mi interior.

Cuando todo ha terminado, cuando estamos los dos tumbados, con mi cabeza apoyada en su pecho, escuchando los latidos de su corazón, que van al compás del mío, mezclando nuestros sudores y sin importarnos el frío que hace en la calle, me besa en lo alto de la cabeza y me susurra:

—Feliz cumpleaños, pequeña.

No se llamaba Guillermo

Jimena

—Esta niña siempre montando numeritos. ¡Siempre! Mira que desmayarse. Pobre Guillermo. ¡Pobre Guillermo! A saber qué ha pensado.

—Mamá, o te callas o te juro que te saco de aquí.

Lucía está roja de ira, algo poco común en ella. Solo se enfada cuando algo le toca mucho las narices o cree que se está cometiendo una injusticia. Así que para que le hable a mi madre con ese tono y la mire con ese gesto, es que debe de estar poniéndola muy de los nervios. Y no es para menos. Porque no hace nada más que ir de un lado a otro, poniendo caras y maldiciendo continuamente el día en que nació.

Bueno, eso último no es exactamente así, pero casi.

Mi madre es de esas personas que odian los escándalos. O lo que ella considera que no encaja y es *anormal*. Todo tiene que estar en su perfecto orden y no salirse de la línea imaginaria que ella misma ha trazado.

La veo mover los brazos y andar de un extremo a otro mientras va soltando todo lo que se le pasa por la cabeza. Sin filtros. Y sin decir tacos o una palabra más elevada que otra, por supuesto.

La miro y no puedo evitar pensar que yo antes era así. Ahora, sin embargo, si puedo saltar sobre esa línea imaginaria hasta borrarla, lo hago. Y le pongo tìpex encima, para que no vuelva a salir.

Decido ignorarla, tal y como llevo haciendo los últimos años de mi vida. No le presto ninguna atención. Sigo sentada en la tapa del váter, con la cabeza agachada y los ojos cerrados, mientras dejo que mis hermanas me refresquen con agua, y que Martina, mi mejor amiga y mi otro pilar en esta vida de locos, me sostenga la mano. Está sentada en el suelo a mi lado, mordiéndose la lengua para no mandar a la mierda a mi progenitora.

—A mí no me hables así, ¿me oyes? —le dice a Lucía. Pero no, ella no la escucha. Ni le contesta. Le da la espalda y vuelve a mojar un trapo con agua, y me lo pasa por la nuca y los brazos. Quiero decirle que eso no me ayuda nada, que lo único que quiero es coger un taxi e irme a mi casa, tumbarme en mi cama y cerrar los ojos durante por lo menos veinticuatro horas seguidas. O, mejor todavía, volver atrás en el tiempo, justo al momento en el que mis hermanas le dijeron a Guillermo que era buena idea que me pidiera

matrimonio.

—Ya está bien. ¿No la veis? Ya le ha vuelto el color, tiene los ojos abiertos y está consciente. Dejad de pasarle agua por el cuerpo, que no le sirve de nada, y que vaya a hablar con su prometido y le dé una explicación. Bueno, eso si todavía es su prometido, que yo hasta lo dudaría. O su novio, ya puestos.

Martina me aprieta fuerte la mano para infundirme ánimos, fuerza y para tranquilizarme, porque sabe que, como se me crucen mucho los cables, puedo terminar saltando y diciendo o haciendo algo de lo que pueda arrepentirme.

Se escucha un fuerte *plof*, como si algo mojado hubiese caído al suelo. Levanto la cabeza y me encuentro a Lucía rabiosa, con nuestra hermana a su lado y el paño que hace un momento sostenía entre las manos, en el suelo. Se yergue en toda su estatura, que no es poca, cuadra los hombros, coge aire y se dirige hacia la puerta del baño, que abre de un tirón.

—Haz el favor de salir de aquí —le dice a mi madre mientras señala el pasillo con el brazo estirado.

La cara de esta es todo un poema: la boca de par en par y los ojos, ya grandes de por sí, abiertos más todavía, y brillantes. Las mejillas las tiene teñidas de un rojo clarito, supongo que como resultado de la vergüenza que está pasando en estos momentos.

—Ni se te ocurra —sentencia Olivia cuando ve que tiene intención de decir algo.

La verdad es que yo también estoy un poco alucinada, incluso se me han ido el acaloramiento y el sofoco de hace un momento. Si es que las gemelas pueden dar un miedo que te cagas cuando se enfadan. Menos mal que eso solo pasa en contadas ocasiones, pero nunca las había visto tanto como ahora. Y menos con nuestra madre.

Esta aún no ha salido de su asombro y no sabe cómo actuar. Se muere por abrir la boca y seguir escupiendo cosas por ella, pero también es lista y sabe que, ahora, lo que tiene que hacer es largarse de aquí. Levanta la cabeza, toda digna, y camina hasta la puerta. Una vez fuera, se gira a mirarnos una última vez, justo antes de que Lucía cierre dando un portazo y la perdamos de vista. El silencio se adueña de la estancia. Lucía vuelve al lavabo, abre el grifo y se lava las manos despacio, como si fuera un médico a punto de entrar en quirófano. Olivia recoge el paño del suelo y lo enjuaga en la pila de al lado. Martina las mira alternativamente, como si de un partido de tenis se tratara, y yo... yo en verdad solo quiero irme a mi casa, ¿es mucho pedir? Aunque me

da un poco de miedo decirlo en voz alta.

—Madre mía. Nunca había visto a vuestra madre tan enfadada y con tanta ira contenida. Os va a hacer picadillo cuando salgáis de este baño. Lo sabéis, ¿no?

—No creas —dice Lucía, encogiéndose de hombros, todavía de espaldas a nosotras—. Somos su ojito derecho. Su milagro. Así que no, no creo que nos diga nada.

Tiene toda la razón. Olivia y Lucía llegaron de repente, cuando nadie las esperaba. Mis padres ya habían decidido que siempre seríamos tres y yo era feliz con la casa para mi sola.

Mi madre no tuvo conmigo lo que se dice un buen embarazo. Fue bastante complicado. Tanto que a punto estuvimos las dos de no sobrevivir. Así que, cuando ya estábamos en casa y fuera de peligro, mis padres decidieron que la idea de tener otro bebé no entraba en sus planes. Menos aún en los de mi padre. No estaba dispuesto a correr el riesgo de pasar por lo mismo. No quería volver a estar a punto de perder a su mujer o, lo que es peor todavía, perderla del todo. No quería ni pensar en volver a tener a una hija suya ingresada más de dos meses en un hospital, sin saber si sobreviviría o no.

Pero cuando te hacen la vasectomía, tienes que estar un tiempo alejado del sexo, un requisito que mis padres decidieron pasar por alto. Así es como llegaron ellas, dándole a mi madre el embarazo que conmigo no tuvo y llenando su vida no de un corazón, sino de dos. Ellas se convirtieron en su mundo, y yo, en una mera espectadora. O es la sensación que a mí me daba. Y me sigue dando.

No sé si lo haría de forma consciente o no, jamás se lo he preguntado y es algo que me duele demasiado y en lo que prefiero no pensar, supongo que por miedo a la respuesta que pueda darme. Los hechos son los que son: a ellas siempre las puso por delante de mí. Para todo.

Para empezar, exigiéndome el doble. Como si en vez de esforzarme por una, tuviera que hacerlo por tres.

Para una niña pequeña de apenas cuatro años, es difícil entender por qué tu madre, de un día para otro, comienza a «olvidarse» de ti, y que sean otras personas las que se ocupen de tu felicidad. Que sean otros los que vayan a tus festivales del colegio, a tus exhibiciones o los que, cuando estás enferma, se queden a los pies de tu cama para asegurarse de que no te sube la fiebre, o, simplemente, porque saben que necesitas que te cojan de la mano y te digan que estás bien, que eres una valiente y que de esa no te mueres. Todo muy

melodramático a veces, pero es que los niños lo son.

Con el tiempo, terminas asimilándolo. O, más bien, te limitas a aceptarlo. Te resignas y aprendes a verlo como algo normal en tu día a día. Tal vez no debería ser así, pero lo haces. Por ti y, sobre todo, por ellas. Esas dos personas que sí, llegaron para iluminar la vida de tu madre, pero también la tuya. Porque los desplantes o las faltas de cariño de mi madre hacia mí nunca fueron motivo para que yo las culpara o pudiera dejar de quererlas. Ni un solo instante.

Un movimiento por el rabillo del ojo capta mi atención. Es Olivia, que se acerca de nuevo con el pañetero trapo. Alzo la mano que tengo libre para detenerla y sacudo la cabeza.

—No quiero más de eso, por favor.

—Pero estás muy pálida. Y te has desmayado.

—Ya lo sé, Olivia, pero estoy bien. Aunque nunca lo diré delante de ella, mamá tiene razón. Que no pares de pasarme un trapo por todo el cuerpo no sirve de nada. Solo para mojarme y para que coja una pulmonía con el frío que hace en este cuarto de baño. Lo que debo hacer es levantarme y... no sé... salir, tal vez... y dar la cara o algo.

—No tienes por qué hacer eso si no estás preparada o no te apetece. Podemos estar aquí el tiempo que quieras —replica mi hermana mientras deja el trapito de las narices en la pila y se sienta también en el suelo.

Lucía la imita; mis dos hermanas y mi mejor amiga quedan frente a mí. Las tres me miran fijamente y me sonríen, cada una a su manera. Yo intento devolverles la sonrisa, pero los ojos empiezan a picarme y el labio inferior, a temblarme. Me lo pinzo, con fuerza, para detenerlo. Pero no lo consigo. Le suelto la mano a Martina y me cubro la cara con ellas.

—Eh, Jimena, míranos —dice mi amiga, pero yo niego con la cabeza.

—Jime, cariño. Ya está. ¿Quieres llorar? Pues llora todo lo que te dé la gana.

—Es que ese es el problema, que no quiero llorar.

Me seco las lágrimas de forma brusca y levanto la cabeza para mirarlas, enfadada: conmigo, con Guillermo, con ellas..., con él. Siempre termino enfadada con él, por hacerme sentir de mil formas distintas aunque no esté delante ni sea consciente de ello. Por provocar que todavía lllore cuando su imagen cruza por mi mente. Por hacer que todavía grite de rabia cuando veo algo que me recuerda a él. Cuando, por su culpa, la idea de casarme con otra persona me lleva al desmayo. Da igual el motivo, la respuesta siempre es la

misma: él.

—Miento. No debería estar llorando. No debería estar así. Esto es una auténtica mierda.

—Pero llorar no es malo.

—¡¡Sí lo es, Martina!! —grito, sin poder evitarlo—. Sí lo es cuando se trata del día de tu cumpleaños y deberías estar celebrándolo mientras te emborrachas y haces el idiota hasta perder el control. No lo celebras llorando como si te estuvieras muriendo porque tu novio, el chico al que se supone que quieres, te ha pedido que te cases con él. Sí es malo llorar, Martina.

Pienso en Guillermo plantado delante de mí, ilusionado, con la sonrisa de oreja a oreja, diciéndome esas cosas tan bonitas, arrodillado delante de todos nuestros amigos y familia, a pesar del esfuerzo que esto ha tenido que suponer para él, porque las muestras excesivas de afecto en público a veces lo sobrepasan, y yo se lo agradezco desmayándome. Cayéndome al suelo inconsciente tras pedirme que me casara con él.

Ah, y por si eso hubiese sido poco drama, cuando he vuelto en mí, he salido corriendo como alma que lleva el diablo, sin mirarlo a la cara ni siquiera una sola vez, para encerrarme en un baño y no asomar la cabeza en más de media hora.

Como ha dicho mi madre, esto no debe de ser plato de buen gusto para él, y ya tengo una edad en la que debería poder encarar estas cosas, como la persona adulta que soy.

Pero no puedo.

Me giro hacia el dispensador de papel higiénico. Al verlo vacío, grito un taco tan fuerte que sobresalto a las tres personas que tengo conmigo. Olivia se levanta y busca en los otros cubículos. Vuelve al rato con una bola de papel en las manos. La cojo y me limpio la cara y los mocos. Cuando miro el papel, lo veo negro, marrón y rosa.

—Lo que me faltaba. Debo de parecer un Picasso.

Ninguna se ríe. No sé si es porque lo que he dicho no ha tenido demasiada gracia o porque, en realidad, les da miedo decir algo. Tampoco podría culparlas, porque no me soporto ni yo en este momento.

Termino de limpiarme la cara y tiro el papel a la basura.

Alguien llama a la puerta. Por la forma de hacerlo, suave y dando tres toques seguidos, sabemos que no es nuestra madre. Ella habría aporreado la madera o la habría abierto directamente.

Sin poder evitarlo, me encojo en mi asiento. Mi amiga lo nota y coloca

una mano en mi rodilla.

—Tranquila —susurra.

—No puedo estar tranquila, Martina —le digo en el mismo tono de voz—. ¿Cómo voy a estarlo? ¿Y si es él? ¿Y si viene a pedirme explicaciones? ¿Qué narices voy a decirle?

—Pues la verdad.

—¿Y cuál es esa verdad? ¿Que desde que me ha pedido matrimonio, además de desmayarme y salir corriendo, no he parado de llorar y vomitar? ¿Eso le digo?

Vuelven a llamar, y la voz de mi padre pidiéndonos permiso para entrar nos alivia; las cuatro soltamos el aire que hemos estado reteniendo. Lucía me mira, pidiéndome permiso, y asiento. ¿Qué puedo hacer? Al final voy a tener que salir y enfrentarme a lo que me espera fuera.

Lucía abre la puerta y mi padre nos saluda tímidamente desde el otro lado. Pero no está solo. Guillermo está con él. Ya no queda nada de la sonrisa de hace un rato, del brillo que desprendían sus ojos, aunque tampoco hay enfado. Más bien es confusión.

Lleva las manos metidas en los bolsillos y su mirada busca la mía. Cuando la encuentra, abre los ojos sorprendido, lo que me confirma que el aspecto que debo de presentar es de protagonista de película de terror.

Intento regalarle una sonrisa tranquilizadora, una en plan: «No eres tú, soy yo, que me ha venido la menstruación y estoy más rara de lo habitual; no me lo tengas en cuenta». Pero no logro esbozar esa ni ninguna otra.

—Queríamos saber si todo estaba bien por aquí —pregunta mi padre en un tono sereno, normal. Como si estuviera preguntándonos por el tiempo que creemos que hará esta noche.

—Sí, de maravilla. Estábamos hablando, ¿verdad, chicas? —contesta Lucía en el mismo tono. Olivia y Martina asienten sonriendo. Yo no hago nada. Solo miro a Guillermo.

—Fantástico. La gente se está marchando, que ya es tarde. Pero nosotros no tenemos prisa, así que cuando todas estéis listas, salís y nos vamos.

—¿Luke también se ha ido? —pregunta Martina, refiriéndose a su marido.

—Al americano lo tengo controlado.

—Gracias, David.

Hace poco que se casaron, y viven en Nueva York. Han venido unos días a España, concretamente para mi cumpleaños, y el pobre no conoce a nadie, a excepción de a su mujer, a mis hermanas y a mí. ¿Y dónde estamos nosotras?

Encerradas en este baño. El chico tendrá muchas cualidades, pero comunicativo no es una de ellas, por lo que es normal que mi amiga esté preocupada, y aunque no es para nada su intención, yo no puedo evitar sentirme peor de lo que ya me siento por estar aquí enclaustrada.

—Márchate con él —le digo bajito para que solo ella me escuche, pero me ignora—. Martina, sé que me estás escuchando.

—Ya has oído a tu padre, lo tiene controlado.

—Miedo me da a mí ese control, y a ti también debería. Por favor, márchate con tu marido.

—Shhh. Que te calles.

—Pero...

—Ni pero ni pera. A callar.

Opto por hacerle caso. Discutir con ella no vale la pena porque, aunque somos muy diferentes en muchas cosas, hay una que tenemos en común: la testarudez. Así que, por mucho que le pida que se marche, no lo hará hasta que ella quiera.

Lucía va a cerrar la puerta, pero Guillermo, en un acto reflejo, la detiene con el pie, abriéndola por completo. Asoma medio cuerpo, dejando el otro medio fuera, supongo que con miedo por si no es bien recibido.

—Jimena, por favor... —dice en tono lastimero y de súplica.

Espero a que siga hablando, a que diga algo más. Pero deja la frase en el aire porque creo que ni él mismo sabe qué añadir. Me mira como aguardando que yo sepa qué significa ese «por favor».

Cuatro pares de ojos, además del de Guillermo, me miran, esperando mi reacción.

Ya he hecho bastante el ridículo y se lo he hecho pasar a él. Así que asiento, en respuesta a su muda petición, y me levanto. Olivia y Martina, que seguían sentadas en el suelo, también se ponen en pie. Despacio, voy hacia él. Lo hago sin mirarme en el espejo, porque no quiero pararme a ver el aspecto que debo de tener.

Una vez que estamos cara a cara, me centro solo en nosotros, aunque da la sensación de que nadie respira, ni los que estamos dentro ni los que están fuera, porque el silencio es el protagonista. Tampoco hay música, o es que yo no la oigo.

Algo llama mi atención por detrás de Guillermo. Levanto la cabeza apenas y veo a mi madre mirándome fijamente, con su habitual expresión seria y los labios y el ceño fruncidos. Me hace daño. Que mi madre me mire con esa

cara de odio, como si hubiera cometido un gran pecado, me hace daño. Pero no dejaré que lo vea. No permitiré que se dé cuenta de lo que sus ojos acusadores producen en mi cuerpo y en mi mente.

Después de tantos años de práctica, he aprendido a leerla sin necesidad de que abra la boca, y puedo escucharla perfectamente aquí a mi lado, exigiéndome que haga el favor de parar, de dejar de comportarme como una inmadura, y que le dé una explicación a este maravilloso hombre que tengo delante, al que ya he humillado bastante. Que me quiere muchísimo, demasiado, según ella, y pese a mis defectos. Y que nunca encontraré a otro que me quiera tanto como él y me haga tan feliz.

No seré yo la que le quite la razón, la que le diga que se equivoca.

Porque, aunque a ella le encante hacer como si esa parte de mi vida nunca hubiese existido, o, simplemente, no hubiese sido lo bastante importante como para tenerla en cuenta, una vez encontré a uno que me quiso. Muchísimo. Demasiado, dirían algunos. Y me hacía más feliz de lo que me ha hecho nunca nadie.

Y, estoy segura, no se llamaba Guillermo.

Y eso no sé si me aterra... o me gusta

Jimena

Finales de septiembre de 2011

—No me puedo creer que esté aquí, te lo juro.

—Relájate.

—Como me vuelvas a decir eso, te meto el pincel por la nariz.

—Uy... Jimena está siendo una malota. ¿Alguien tiene una cámara para que la grabe?

Martina se ríe y levanta los brazos como pidiendo perdón. Pero de perdón, poco. Lleva riéndose de mí desde que cruzamos esa puerta hace diez minutos. Pero la culpa es mía y solo mía, como siempre que me dejo enredar por ella en alguna de sus locuras.

Somos como la noche y el día. Ya no solo en nuestro aspecto físico —que en lo único en que nos parecemos es en que las dos meamos sentadas—, sino también en nuestra forma de ser. Ella tan viva, alegre, dicharachera, salvaje y alocada. Y yo tan seria, recta, disciplinada, atenta y correcta.

«A veces creo que te metieron un palo por el culo cuando naciste y aún no te lo has quitado», me dice siempre que me niego a hacer algo que yo encuentro descabellado y ella, superdivertido, o cuando, en los pequeños momentos de «debilidad», le pregunto por qué no puedo ser más como ella y menos como yo. A veces, pienso que Martina encajaría mejor con mis hermanas, que a sus dieciocho años saben divertirse y vivir mejor que yo a punto de cumplir los veintidós.

Pero hay amistades que no se explican, y esta es una de ellas.

—Por favor, todo el mundo atento —reclama la profesora con cierto acento francés.

Mi amiga, a mi lado, da palmas como una niña pequeña. Entre eso, su actitud y las dos trenzas que se ha peinado, puede pasar por una sin problemas. Miro al resto de alumnos, todos igual de emocionados que ella, y miro enfrente de mí, a mi lienzo en blanco y mi paleta de colores, y me dan aún más ganas de salir corriendo.

—¿Puedes explicarme, una vez más, por qué estoy en esta clase de dibujo

contigo?

—Porque, aunque lo niegues, pintas mejor que yo. Porque, aunque no lo quieras admitir, sabes que esto es divertido. Y porque, a pesar de todo, me quieres, y yo quería que estuvieses aquí conmigo, y como eres la mejor amiga del mundo mundial, pues estás.

—Dios, es que ni siquiera soy alumna de este centro.

—Hoy es jornada de puertas abiertas, o lo que sea. Podíamos traer a alguien, y yo te he traído a ti. Relájate y disfruta. Últimamente llevas mucho estrés encima.

—Me estreso cuando te tengo delante. —Aunque lo digo bajito para que ella no me escuche, mi amiga tiene buen oído. Pero lejos de ofenderse, me da un beso en la mejilla.

—Me quieres, lo sabes, y eso te jode. Pero así es la vida, amiga.

Resoplo y pongo los ojos en blanco. Voy a pasar de ella, porque podemos entrar en una dinámica en la que, con toda probabilidad, saldré yo perdiendo.

Me centro en la clase y en lo que hay en mi alrededor.

Martina estudia Bellas Artes, y no me extraña. Es una artista. Creo que las únicas veces en las que la veo concentrada, aislada del mundo y seria, son cuando tiene un lienzo en blanco entre las manos o una cámara de fotos colgada al cuello. Porque si pintar lo hace bien, fotografiar lo hace de cine.

Nos conocimos en quinto de primaria, cuando llegó nueva al colegio desde Italia, sin hablar ni una sola palabra de español pero sin que eso la afectara en nada. Llegó sonriendo, feliz y tranquila, y con solo diez años se notaba que iba a comerse el mundo. A mí me habría dado pánico ser la nueva, y más aún en un país extranjero y sin entender lo que hablaban los demás. Pero a Martina no le importó lo más mínimo. Se comunicaba por señas y se obligó a aprender el idioma de manera casi obsesiva. Yo la observaba en la distancia, muerta de curiosidad por aquella niña rubia, tan bajita en estatura pero tan grande en cualquier otro aspecto, como su sonrisa, que siempre estaba lista. Pero yo me moría de vergüenza con solo pensar en acercarme.

Además, ya se veía que no teníamos nada en común. Me ponía nerviosa verla llegar con dos coletas, una más alta que otra. ¿Dónde se había dejado la simetría? O con las hojas de los deberes sin guardar correctamente en la carpeta. Me entraban ganas de matarla cuando nos pedían pintar una flor y, en vez de pintarla roja, rosa o amarilla, la pintaba negra. Me recordaba a la

muerte. Pero ella la enseñaba orgullosa y feliz. Siempre feliz. Así que, casi a final de curso, y sin haber cruzado más que un par de palabras, coincidimos en un trabajo de clase sobre la Vía Láctea. Me horrorizaba hacerlo con ella. Prefería trabajar sola sin que nadie me molestara. Pero se acercó a mí, me invitó a su casa y, cuando llegué, me recibió como si nos conociéramos de toda la vida y no la hubiera estado evitando en clase y en el patio durante casi un año.

Nos sentamos juntas a la mesa y, a diferencia de lo que yo creía, hizo todo el trabajo conmigo. Cuando acabamos, su madre nos enseñó a preparar galletas con pepitas de chocolate, que nos comimos esa misma tarde casi sin respirar. Me abrió su armario, me enseñó su colección de discos y hasta su cajita de los recuerdos. Me hizo aprender palabras en italiano y, lo más importante, me hizo reír. Mucho.

Al día siguiente, cuando llegó la hora del recreo, vino hasta el banco donde yo estaba sentada con las que eran mis amigas en ese momento, y de las que ahora no recuerdo ni sus nombres. Me dio un tupper con bizcocho de calabaza que había cocinado su madre por la noche, porque yo le había dicho que era mi preferido, y entonces supe que Martina era especial y que seríamos grandes amigas.

La profesora da un par de palmadas, silenciando de golpe a toda la clase y consiguiendo que yo vuelva al presente. Me restriego las manos, sudadas, en el vaquero. Estoy de los nervios. Como dice Martina, pinto bien. O de forma decente. Pero no me gusta. No es algo con lo que me sienta cómoda, así que no acostumbro a hacerlo, y menos si hay público.

La mujer se sitúa en el centro de la sala, donde hay un sofá negro con una sábana roja encima. Estoy tan nerviosa que ni me he dado cuenta de que eso estaba ahí. Busco a mi amiga, que dispone sus potingues en la mesa de al lado, y me acerco sin hacer ruido.

—Martina, me acabo de dar cuenta de que no tengo ni idea de qué vamos a pintar —susurro para que nadie pueda escucharnos.

—¿Cómo que no? Estoy segura de que te lo dije —afirma sin mirarme a la cara mientras continúa colocando sus cosas. Miro detenidamente lo que hace y, entonces, me percató de que en realidad está moviendo los potingues de un lado a otro.

—¿Qué vamos a pintar? —cuchicheo, sin abrir la boca y con los dientes apretados. Ella se encoge de hombros, vuelve a coger el bote azul y lo cambia por el rojo. Le doy un toquecito en el hombro con el dedo índice,

pero continúa ignorándome. Así que, disimuladamente, le doy un pequeño pellizco en el antebrazo.

—¡Joder! Qué daño me has hecho. —Ahora sí se gira, aunque lo hace para fulminarme con la mirada. Pero, al ver la mía, la rabia se le va de un plumazo.

—¿Qué-vamos-a-pintar?

Martina resopla, haciendo que el flequillo que le cae sobre los ojos se agite. Pone los ojos en blanco y comienza a jugar con una de sus trenzas. Un pequeño rubor le cubre las mejillas, lo que me pone en alerta máxima, porque Martina nunca se ruboriza. Jamás.

Nada le da miedo ni, mucho menos, vergüenza. Ni siquiera la vez que se le escapó un eructo durante un examen. A ella le dio por reírse, levantarse e inclinarse, como si estuviera haciendo una reverencia. La clase no pudo más que aplaudirla y vitorearla.

Así que el hecho de que se haya puesto nerviosa no me gusta nada, porque eso solo puede significar una cosa: la que se va a poner de los nervios soy yo.

Llaman a la puerta y, antes de que la profesora dé permiso al intruso, esta se abre y un cuerpo de puro músculo, metro noventa por lo menos, moreno y con el cuerpo lleno de tatuajes, hace acto de presencia.

—¡¡Dios bendito!! —grita mi amiga. Eso de ser sutil no va con ella.

El susodicho la ha escuchado, porque una pequeña sonrisa asoma a sus labios, aunque desaparece igual de rápido que como ha llegado. Se acerca a la profesora, quien le da un abrazo rápido y un beso en la mejilla más largo de lo que sería conveniente. Parecía tonta la mujer.

Mi amiga sigue murmurando cosas a mi lado y noto movimiento a mi alrededor, pero ni me fijo ni me importa, porque no puedo apartar los ojos de él, como si de un maldito imán se tratara. Sigo cada uno de sus gestos y alterno mi mirada entre su cara y sus brazos tatuados, y vuelta a empezar. No sé exactamente a qué se debe, pero me tiene hipnotizada.

Martina diría que es porque está más bueno que el pan, porque tiene un cuerpo que merece ser lamido y no sé cuántas barbaridades más. Y no le quito la razón. Pero no es eso. O no solo eso.

Es algo que va más allá. Algo que sus ojos azules claman. Son sus labios apenas fruncidos, que pasan desapercibidos para cualquiera, menos para mí, porque, como ya he dicho, no puedo dejar de mirarlos. O la forma en que mueve el pie mientras habla con madame Aubrey, como un tic nervioso.

Asiente un par de veces a lo que le dice la profesora y, cuando esta se gira, cierra los ojos y se pinza el puente de la nariz. Ladeo un poco la cabeza para obtener un ángulo más centrado. Aparto los ojos de su cara y examino el resto del cuerpo. Y es en este momento cuando me doy cuenta de que únicamente lleva una toalla atada a la cintura.

—Pero... ¿qué...?

No puedo ni terminar la frase. De repente, camina hasta ubicarse en el centro, donde está el sofá. Aparta la sábana y, antes de sentarse, desata el nudo de la toalla y esta cae al suelo, mostrándolo en toda su desnudez.

Toda.

Total y absoluta.

Un grito ahogado escapa de mi garganta. Pero no es el único. Varios gritos y jadeos se escuchan en la sala. Incluso me parece oír algún «me lo tiraba en ese sofá así, sin respirar» o «he debido de ser muy buena en otra vida y esta es mi recompensa». Entre otras muchas atrocidades. Si yo las oigo, él también tiene que hacerlo. No sé si le sentarán bien o mal, si se estará muriendo de vergüenza o si estará acostumbrado a ir desnudo por la vida y que le digan este tipo de cosas. No tengo ni idea, pero lo que sí sé es que no presta atención a esos comentarios. Los ignora por completo. Ni sonrío ni frunce el ceño ni hace ningún gesto que indique que los escucha. Se limita a dejar las cosas que no necesita en una silla apartada y a colocarse como, imagino, madame Aubrey le ha indicado.

—Venga, a tu sitio.

Martina me empuja suavemente para que me mueva, haciendo que por fin aparte mis ojos de él. Mi amiga sonrío de oreja a oreja y las cejas de manera sugerente. La miro sin entender qué me quiere decir cuando me señala el lienzo que descansa en mi caballete. Al captar el mensaje, un ligero grito sale de mi garganta.

—¿Pintar? ¿Lo vamos a pintar?

—Efectivamente, señorita Watson.

—Pero ¿qué dices? Yo no puedo pintarlo.

—Claro que puedes. Venga, a tu sitio.

Me empuja de nuevo hasta mi zona, aunque yo apenas lo noto.

No puedo.

No puedo estar ciento veinte minutos mirándolo sin parar.

—Pero, por favor, que me muero de la vergüenza.

—¿Por qué?

—¿Me lo estás preguntando en serio?

—Pues sí.

—Porque está desnudo.

—Ja, ja, ja. ¡Pero si es él el que está desnudo, no tú!

—¿Quieres bajar la voz?

Las palmas de las manos me sudan y ya no me queda vaquero donde poder secármelas. Noto la boca pastosa y las mejillas encendidas, como si fuera un árbol de Navidad. Martina me pasa el bote de los pinceles, me obliga a sacar uno y, como si fuera idiota, lo coloca en mi mano y cierra los dedos en torno a él.

Pasando de mí y de mi ataque de vergüenza, se marcha y comienza a pintar, concentrada, como si esto lo hiciera día sí, día también y tener a semejante hombre desnudo delante de ella no la afectara lo más mínimo.

Debo hacer algo. No puedo pasarme dos horas aquí de pie, pincel en mano, quieta como una estatua y con esta cara de pringada que debo de tener. Estoy segura de que si salgo sin hacer el menor ruido y de puntillas, nadie se dará cuenta. Así que eso hago.

O lo intento.

Porque es dar un paso y tropezarme con una silla que, por arte de magia, ha aparecido delante de mí. Miro alrededor y nadie parece prestarme atención. Ni siquiera la profesora, a la que no veo por ninguna parte. Todos tienen la cabeza gacha y la levantan apenas para mirar al modelo y luego seguir con lo suyo.

Pero yo me niego a hacerlo. Por eso mismo quiero marcharme de esta clase. No quiero mirar al frente. No puedo volver a ver su cara, su cuerpo, su... Bueno, que no quiero verlo y punto. Pero del querer al poder hay un trecho, y termino por alzar la cabeza.

Lo que nunca me habría imaginado es que, al hacerlo, no solo me encontraría con su torso desnudo y su miembro erecto dando los buenos días, sino también sus ojos fijos en mí.

Su mirada me paraliza en todos los sentidos. Permanece atento, como si me estuviera estudiando, intentando ver a través de mí. No se fija en el resto de alumnos. Es como si no existieran. Aparto la mirada un par de segundos, pero enseguida vuelvo a él, solo para comprobar que, efectivamente, sigue fijo en mí. Me mira de tal manera que consigue hacerme sentir como si él no fuera la única persona desnuda en esta habitación.

Y eso no sé si me aterra... o me gusta.

Porque, de repente, existe un ella

Héctor

Odio no tener ni un puto duro y eso que estamos a principios de mes. Pero pedirle dinero a mi madre lo odio todavía más. En lo que llevamos de año he tenido que hacerlo tres veces, a cuál más vergonzosa y dolorosa, pero ya no más. Me prometí que la última sería justamente eso, la última, así que haré lo que haga falta para conseguir el mío propio.

No se me caen los anillos por trabajar, y tampoco tengo reparos en hacer cualquier cosa. Así que cuando Terry me habló de posar desnudo en la academia de arte en la que estudia su chica, ni me lo pensé.

Acepté.

No pregunté cuánto. Solo me aseguré de tener las noches libres y que no fuera en fin de semana. No porque quisiera descansar, sino porque por las noches estudio, y los fines de semana intento ganarme la vida como camarero en el local de Iván.

Por eso estoy aquí un día más, rezando para que las horas pasen rápido y esto termine de una vez. Porque tener que hacerlo no significa que me guste.

Lo odio. Odio tener que enseñar mi polla a un puñado de gente que ni me va ni me viene. Odio tener que mostrarme simpático con madame Aubrey y dejar que me acaricie el brazo y me bese la mejilla cada dos por tres. Odio tener que estar dos horas seguidas sentado en el sofá de la muerte mirando al frente, pensando en toda la mierda que se me acumula. Pero lo que más odio de todo es tener que hacer lo que estoy haciendo ahora mismo: cascármela. A mí me gustan las pajas, pero no así. No en el baño de una academia, deprisa y corriendo, con el propósito de tenerla firme y dura para que un puñado de estudiantes la puedan pintar.

A causa del cabreo y el cansancio que llevo encima, no consigo que esto suba lo suficiente, por lo que me toca recurrir a internet. Lo que me faltaba. Ahora ya ni el porno puedo ver tranquilamente en el sofá de mi casa si me da la gana. Elijo un vídeo al azar, bajo el volumen y me la agarro con fuerza con la mano que tengo libre. En cuanto empiezan los magreos entre las dos chicas del vídeo, decido acompañarlas, imaginando que soy yo el que está ahí en medio y que es a mí a quien le hacen todas esas cosas. Parece que funciona, pero freno a tiempo. Me la suelto, quito el vídeo y guardo el móvil

dentro de la mochila. La meto en la taquilla, cierro y salgo de los vestuarios con una toalla minúscula tapando mi desnudez.

Cuando llego al aula, respiro hondo un par de veces; me recuerdo que hago esto por dinero, para pagarme las clases y poder ayudar a mi madre. O para no pedirle, con eso me conformo.

Cojo el pomo y abro la puerta. En cuanto lo hago, un «Dios bendito» inunda la estancia. No sé de dónde viene ni me interesa, pero finjo una pequeña sonrisa por el piropo y voy hacia madame Aubrey, quien no tarda ni medio segundo en tocarme. No es que me moleste, es que no me gusta mucho el contacto físico entre personas si no es estrictamente necesario. Siempre doy dos besos y abrazo a la gente a la que quiero y que me importa, pero a aquellos con los que trabajo y a los que veo más que a mi madre, no entiendo por qué tengo que besarlos o dejar que me besen cada día que me ven, que suele ser uno detrás de otro. Y ya no hablamos de tener su mano sobre la mía o en mi brazo más de lo estrictamente necesario.

Pero mi madre siempre me enseñó a ser respetuoso y educado, y eso intento. Finjo una sonrisa y hago como que le presto toda mi atención, aunque me esté contando lo mismo que todos los días y ya me lo sepa de memoria. Cuando termina y se dirige al fondo del aula para preparar la clase, yo me encamino hacia el maldito sofá, que me mira como si se riera de mí. Paso más tiempo en él que en el mío propio. Agarro el nudo en torno a mi cintura y lo suelto, dejando que la toalla caiga a mis pies y mostrándome como mi madre me trajo al mundo.

Mi entropierna sigue en pie de guerra. Una serie de vítores, grititos y demás absurdesces se escuchan por la sala, y, no voy a mentir, me gusta. Claro que sí. Y a mi ego todavía más. Pero he aprendido a no hacerles caso. No porque no me guste sentirme deseado por las mujeres, sino porque no me gusta que sea de esta manera. Puede que ahora esté desnudo, pero es algo mecánico. Vacío. Cuando de verdad estoy desnudo delante de una mujer, no solo lo estoy en cuerpo, también en alma, y es ahí cuando disfruto de ser el centro de su interés y de todas las cosas que quiera hacerme o decirme.

Dejo la toalla en una silla cercana y me acomodo en el sofá, en posición horizontal y con los brazos y piernas tal y como me ha explicado la profesora. Busco la pared de enfrente, en la que siempre me fijo. No tiene nada de particular, es una pared blanca. Pero esa blancura representa la calma, la tranquilidad, y me ayuda a sobrellevar este tiempo con la mente despejada.

Pero, como si de una llamada silenciosa se tratara, como si alguien sacudiera mi cabeza a su antojo, la giro un milímetro hacia la derecha y, cuando lo hago, algo me azota entero.

O, más bien, alguien.

Ante mí tengo a la chica más guapa que he visto en mi vida. Y no es por presumir, pero he conocido a varias, y puedo decir que ninguna tan bonita como ella. Tiene una piel tan blanca que parece de porcelana; el pelo, rojo como el fuego, recogido en una coleta alta, aunque varios mechones escapan de ella, entre ellos uno bastante fastidioso, que no para de metérsele en el ojo. Cada pocos segundos se lo aparta, pero lo hace de forma tan automática que no creo que se esté dando cuenta.

Habla, o, más bien, discute con una chica bajita. No la conozco, aunque su rostro me es familiar. Tal vez la haya visto por estos pasillos alguna vez, pues tiene las manos y la mejilla manchadas de pintura.

Pero la otra no. Ella está como recién salida de una revista. Viste informal, con un peto vaquero y una camiseta blanca, y, por lo que veo, no lleva maquillaje, a excepción de un pequeño toque de color rosa en los labios. Como he dicho, está impoluta. No tiene ni una mancha de pintura en su rostro o en sus manos, por lo que me da en la nariz que no estudia aquí. Entonces, ¿por qué ha venido?

Su compañera la empuja a su sitio y le da un pincel, que coge como si fuera una granada a punto de explotar. No puedo apartar mis ojos. Siento como si un imán me empujara inexplicablemente hacia ella.

No la conozco, no la he visto en mi vida, pero se nota que está nerviosa. Lo sé por su forma de mover el pie sin parar y por cómo se toca el lóbulo de la oreja. Me fijo en sus mejillas, de un color entre el rojo y el rosa, que le da un aspecto más dulce, más inocente. Mira hacia un lado y hacia otro, sin detenerse en nadie en particular, pero, a la vez, fijándose en todo.

Quiere huir. Quiere salir de aquí.

Me tienta saltar de este maldito sofá y pedirle que no lo haga, que no se vaya. Pero no puedo hacerlo. Pensaría que estoy como una cabra y tendría que darle la razón. Pero no sé cómo hacer para que se quede. De repente, escuchar el sonido de su voz se convierte en una absurda necesidad.

Ni que tuviera quince años.

Con el pincel bien sujeto, como si fuera su salvavidas, da un paso al frente, dispuesta a salir corriendo. Pero no ve la silla que tiene delante y tropieza. Se pone más colorada aún y mira a los demás como esperando sus

burlas, pero nadie le presta atención.

Solo yo.

Solo yo la miro como si fuera un tesoro, un regalo que me han puesto en esta clase para que lo admire. Una recompensa por todas las horas que paso entre estas cuatro paredes. Ruego para que levante la cabeza y me mire.

Y lo hace.

Sus ojos color verde impactan en los míos. Son más bonitos de lo que podría haberme imaginado. Abre ligeramente la boca y se humedece el labio inferior, como una caricia.

Se queda quieta, mirándome. Y yo me quedo quieto, sin perderla de vista. Pido que no desvíe la mirada, que me deje disfrutar de su imagen este tiempo. No quiero mirar la pared blanca, quiero perderme en el verde de sus ojos y que pasen las dos horas lo más rápido posible para poder acercarme a ella.

Porque, de repente, existe un ella.

Esperamos a que llegue mañana

Héctor

Adoraba este sitio, aunque para muchos fuera un cuchitril; en especial, para mi madre. Me gustaba estar detrás de esa barra, sudando y corriendo de una punta a otra sirviendo cervezas, copas y todo lo que me pidieran. Comiéndome un plato de alitas picantes cuando tenía un descanso y metiéndome en la boca un puñado de nachos con queso sin respirar. Haciendo apuestas con Iván sobre cuál de los dos recibiría más teléfonos en una noche, o viendo a Germán y a su novia discutir noche sí, noche también, pero volviendo siempre abrazados a casa. Hasta me gustaba el olor a frito que impregnaba mi ropa, y ganar una miseria.

Pero hoy no. Hoy lo odio.

Hoy me molesta hasta el sonido que hacen las botellas al abrirse, el ruido de los vasos cuando los limpian o las pisadas de la gente a mi alrededor. Hoy, el olor de la comida me da arcadas.

Pero no me muevo. No quiero porque, si lo hago, iré allí. Y no puedo. No debo.

Un vaso medio lleno de un líquido amarillo aparece en mi campo de visión. No sé qué es ni para quién, pero, como lo tengo al alcance de la mano, lo cojo y me lo bebo de un trago. El *whisky* me quema la garganta, pero no protesto. Me gusta, me siento bien. Levanto la vista y veo a mi amigo Iván, el del pelo castaño y rapado casi al uno, con los brazos cruzados a la altura del pecho, el trapo en el hombro, el lápiz en la oreja izquierda y fulminándome con la mirada.

—Eso no era para ti, capullo.

—Me importa una mierda para quién fuera. Me lo has puesto delante. — Le acerco el vaso, meneándolo a un lado y al otro, haciendo que el hielo tintinee al chocar contra el cristal.

Hasta ese sonido me molesta.

—No te lo he puesto a ti, lo he puesto a tu lado porque era para el chico que tienes justo detrás.

Me giro y, efectivamente, hay un chaval a mi espalda que me observa sin saber si abrir la boca o no. Me vuelvo para mirar a mi amigo y me encojo de hombros.

—Pues ponle otro. ¿Cuál es el problema?

—El problema es que llevas unos cuantos y que ya está bien.

—¿Qué pasa, ahora eres mi madre?

Iván no me contesta, y hace bien. Podemos enzarzarnos en una conversación que no nos llevaría a ningún sitio. Le sirve otro vaso al chico, se disculpa y vuelve a prestarme atención a mí, mirándome como si fuera el director del colegio y yo, el alumno que acaba de meterse en un buen lío.

Alargo el vaso de nuevo en su dirección. Mi amigo duda. Me mira un segundo, después al vaso, y luego a mí otra vez. Estiro más el brazo, pues tengo claro que quiero otro y que él tiene dos opciones: o me lo sirve, o me levanto y me lo sirvo yo mismo, aunque ya no trabaje aquí y no tenga derecho a estar detrás de esa barra. Pero me conoce. Duda durante unos segundos, pero sabe leerme mejor que yo, así que termina por coger el vaso y lo vuelve a llenar.

—Esta es la última. Y dame las llaves del coche. —Extiende la mano y mueve los dedos. Iván me conoce, pero yo a él también, y sé que no está para bromas y que, si es necesario, saltará la barra, me noqueará y me las quitará a la fuerza. En otro momento podría ganarle, pero hoy no sería capaz ni de rozarlo.

Meto la mano en el bolsillo trasero de los vaqueros, saco el manojito de llaves y se las doy. Abre el cajón que hay debajo de la caja registradora y las mete dentro. Yo, mientras, me bebo mi vaso de un trago, como el anterior. Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos, dejando que el líquido entre mejor. Alguien me golpea la espalda, tan fuerte que me inclina hacia delante. Me giro para enfrentarme a él, pero me callo en cuanto veo que es Germán. Se sienta en el taburete que tengo al lado, sin mirarme y sin más saludo que un simple movimiento de cabeza para mi otro amigo.

—¿Qué pasa, que a mí no me has visto? Porque la hostia que me has dado en la espalda demuestra lo contrario.

Pasa de mí y de mi pregunta. Pide una botella de agua y, en cuanto la tiene en sus manos, me la tiende. Lo miro a él y a la botella, y una risa un poco ronca escapa de mi garganta.

—Paso. —Empujo la botella en su dirección.

—Bebe —ordena. Se nota que el hijo de puta es policía, y que eso de dar órdenes lo lleva tan metido dentro que le sale sin esfuerzo.

—No tengo sed.

—No te he preguntado si tienes sed, te he dicho que bebas.

—Otro que se cree mi madre.

—Esto es muy sencillo. O coges la puta botella y bebes un trago, o te meto un embudo por el culo y soplo hasta que abras la boca por inercia e Iván te meta el agua. ¿Lo vas pillando?

Cojo la maldita botella con toda la mala hostia del mundo y bebo hasta casi terminarla. Está tan fría que me congela un momento los dientes, y creo que también las ideas.

—Ya está, ¿contento?

—¿Cuántas se ha bebido? —le pregunta a Iván ignorándome de nuevo. Eso de fingir que yo no estoy presente se le da de maravilla.

—No tengo ni idea, pero unas cuantas.

—Muy bien. Hora de irnos. Levanta.

De nuevo él y sus órdenes.

—¡Me iré cuando me salga de los cojones! —Hasta yo me doy cuenta de que estoy gritando y arrastrando las palabras por culpa del alcohol, y de que estoy montando un espectáculo. Pero me la sopla. Le hago una peineta al poli y le pido a mi amigo el camarero otra ronda.

—Te dije que era la última.

—Y yo te digo que el cliente manda y que quiero otra.

—Y yo te digo que aquí mando yo, que me importa una mierda lo cliente que tú seas y que no, no te voy a poner otra. Es hora de irnos.

—No quiero irme. Me quiero quedar aquí toda la noche, bebiendo y olvidando, ¿de acuerdo? ¿Tan difícil es de entender?

Mis amigos se miran y, donde antes veía enfado, ahora veo lástima. Y no sé cuál de los dos sentimientos me molesta más.

—Lo entendemos, pero así no se solucionan las cosas, y lo sabes tan bien como nosotros. Escondiéndote tras esa fachada de rabia y odio, que no te pega, no vas a conseguir nada, y menos de nosotros dos. Así que, venga, se terminó la bebida. Levántate —me dice Germán mientras se pone en pie y me coge del brazo para ayudarme a hacer lo mismo. Me suelto de un tirón y lo aniquilo con la mirada. Él suaviza su gesto—. Por favor —termina diciendo, con un tono tan de súplica que, inevitablemente, me rompe un poco por dentro.

Más de lo que ya lo estoy.

Sin esperar a que me levante, mi amigo echa a andar hacia el fondo del local. Iván ha salido de detrás de la barra y lo sigue. Me froto la cara con las manos y, finalmente, termino por claudicar. Me cuesta andar y enfocar la

vista al mismo tiempo, pero consigo llegar hasta la puerta que hay al final del pasillo. Una puerta que lleva a unas escaleras. No veo a mis amigos por ningún sitio, pero sí los escucho en el piso superior. Casi a cuatro patas, pues me parecen las escaleras del infierno, consigo subirlas. Cuando ya he llegado arriba, me los encuentro a los dos sentados en el sofá en forma de ele que preside el comedor. Un sofá que ha visto y oído demasiadas cosas. Un sofá que, en varias ocasiones, me ha servido de cama.

De refugio.

Me dejo caer en medio de los dos, despatarrado. Me agacho hasta apoyar la cabeza en el reposabrazos y me tapo los ojos con el antebrazo.

—Podrías apagar la luz, me molesta horrores.

—No es la luz, es todo lo que te has metido.

—Me da igual lo que sea, me molesta y punto. Apágala... Por favor.

Iván suspira, pero hace lo que le pido. Enciende una lucecita un poco más tenue de una lámpara de pie que hay cerca del sofá para no estar completamente a oscuras. Me quito el brazo de la cara, pero no abro los ojos.

No lo hago porque no quiero; no quiero ver sus caras y, si pudiera, también me taparía los oídos, porque sé lo que me van a decir y no me apetece oírlo. Y sé que me lo dirán por mi bien, porque me quieren y porque no puedo seguir así. Pero lo que ellos no entienden, por mucho que yo se lo explique, es que quiero seguir así.

Quiero encerrarme en este *pub* hasta que salga el sol por la mañana. Quiero beber hasta olvidar. O, por lo menos, hasta que su imagen sea tan borrosa que no me permita ver su rostro. Quiero que este día se tache del calendario, aunque deberían tacharse todos. Quiero viajar atrás en el tiempo y cambiar las cosas. Quiero no haberla dejado marchar.

Y quiero dejar de preguntarme qué estará haciendo hoy. Si se acordará de dónde deberíamos estar y no estamos.

—Debes venderla.

Las palabras de Germán me espabilan. Abro los ojos y lo miro. Él no me mira a mí. Mira al frente, hacia el infinito. No le pregunto a qué se refiere, no hace falta. Lleva dieciséis meses repitiéndomelo.

—No quiero hacerlo. Es lo único que me queda.

—No, es lo que provoca que te estés muriendo cada día un poco más.

—No. Lo que hace que me esté muriendo cada día un poco más es que ella no esté a mi lado. Da igual si es en esa casa, en otra o debajo de un puente. Es ella.

—Pero vivir en el lugar que compartisteis, con todos esos recuerdos asaltándote en cada esquina..., no es sano, Héctor. No lo es. Y ya va siendo hora de que te des cuenta.

—Me doy cuenta. Claro que lo hago. Que esté aquí bebiendo y haciendo el idiota no quiere decir que no sepa lo que ocurre a mi alrededor. Pero es que no quiero... No puedo.

La voz se me quiebra con la última palabra y tengo que toser para conseguir que vuelva a mí. Los ojos me escuecen y me los restriego con fuerza, con rabia. Siento un pinchazo en el costado, justo donde llevo esa frase tan nuestra tatuada junto a su nombre, en rojo. El único tatuaje a color que tengo en todo el cuerpo.

Rojo. Como su pelo.

Llevo mi mano hasta ahí y froto, primero por encima de la camiseta y después, por dentro. Cierro los ojos y recuerdo su risa el día en que me lo hice. Cómo se pinzaba el labio cada vez que la aguja se clavaba en mi piel. Su cara de dolor, como si la estuvieran tatuando a ella en vez de a mí. Cómo le decía que sí me dolía, cada vez que me lo preguntaba, solo para que me diera un beso. Lo roja que se puso cuando, en una de esas ocasiones, la agarré con fuerza por la nuca y le di un beso como tocaba, bebiendo de su boca, jugando con su lengua, sin importarme que el tatuador estuviera en la misma habitación que nosotros.

—Hoy es su cumpleaños —digo, sin dirigirme a nadie en particular, simplemente por el placer de decírselo a alguien que no sea yo mismo—. Teníamos planes, ¿sabéis? Cumple treinta. Cómo odiaba ese número... Decía que se plantaría en los veintinueve y, a partir de ahí, iría hacia atrás. Así que un día como hoy, hace tres años, le prometí que lo celebraríamos donde ella quisiera. Y eligió París. Desnudos en una cama, haciendo el amor hasta ya no poder más y volviendo a empezar. Le pediría, esta vez bien, que se casara conmigo en lo alto de la Torre Eiffel, con el anillo que de verdad se merecía, no con uno de plástico que saqué de una máquina. Le prometí muchas cosas, y no he cumplido ninguna.

—Eso no es verdad.

—Bueno, de todas formas, a quién le importa ya, ¿no?

Me encojo de hombros y cierro los ojos porque no quiero seguir hablando. Me cuesta demasiado. Y tampoco quiero pensar. Solo quiero que pase rápido el día y olvidarme de dónde debería estar y dónde estoy en realidad.

Las horas pasan con los tres sentados en el mismo sitio, sin siquiera

levantarnos a por algo de beber o a mear. A mi amigo parece no importarle su bar, porque no hace amago de marcharse para seguir atendiéndolo ni contesta a los mensajes que escucho que le llegan al móvil. Al otro no parece importarle su mujer, embarazada de ocho meses, que lo espera en casa.

Bueno, eso no es cierto. Lo que pasa es que a ninguno parecen importarles esas cosas más que yo. Por lo menos, esta noche. Porque los dos aguardan a mi lado, callados, fieles, mirándolo todo y, a la vez, sin mirar nada. Esperando, aunque ninguno de los tres sabemos el qué exactamente.

O sí que lo sabemos, pero, por esta noche, nos hacemos los tontos y esperamos a que llegue mañana.

El nuestro hace tiempo que se escribió

Héctor

Un hormiguelo en el brazo me obliga a abrir los ojos de golpe.

Me he quedado frito en el sofá.

No tengo ni idea de cuánto llevo dormido ni de la hora que es. Ya no se escucha la música de abajo y, por la oscuridad que entra por la ventana, intuyo que debe de ser de madrugada. Pero tampoco estoy muy seguro. Germán e Iván también duermen a mi lado, celebrando un concurso de ronquidos. Muevo el brazo para conseguir que la sangre circule de nuevo por mi cuerpo. Tengo el móvil en la mesita de centro, junto a los pies de Iván. Lo cojo para mirar la hora y veo que son las cuatro de la mañana.

Aunque me prometí a mí mismo que no lo haría, busco en la galería una de mis fotos favoritas de ella, en la cocina de nuestra casa, horneando sus famosas *cupcakes* de Nutella, con la cara manchada de chocolate y la sonrisa que tan bien la definía.

Miro a mis dos amigos y compruebo que siguen dormidos, así que me levanto del sofá sin hacer ruido, me guardo el teléfono en el bolsillo trasero y me dirijo a las escaleras de puntillas.

—No lo hagas, Héctor. No vayas.

La voz de Iván me paraliza justo cuando iba a poner el pie en el primer escalón. Habla tan bajito, casi susurrando, que puedo hacer como que no lo he oído. Además, los ronquidos de Germán siguen invadiendo la habitación, por lo que podría usarlos como excusa. Pero no lo hago. Ni él es tonto, ni yo tampoco. Me giro para mirarlo. Está tumbado en la misma posición. No se ha movido ni se ha levantado, pero tiene los ojos abiertos y están clavados en mí, serio.

Espero a que diga algo más, cualquier cosa, pero pasa el tiempo y no abre la boca. Estoy seguro de que es por la determinación que ve en mis ojos. Son suficientes años de amistad y trabajando codo a codo como para conocer todos y cada uno de los gestos del otro. Para saber comunicarnos sin apenas palabras.

Aunque sé que no quiere hacerlo, termina por sacar algo del bolsillo de su pantalón y me lo lanza. Lo cojo al vuelo, antes de que impacte contra el suelo. Cuando abro la mano, veo las llaves de mi coche descansando sobre la

palma. Las atrapo en un puño y cierro los ojos. Cuando los abro de nuevo, Iván finge dormir.

—Gracias —susurro justo antes de dar media vuelta, bajar las escaleras y salir por la puerta trasera del *pub*.

Conduzco con calma por la ciudad, pues aún es demasiado pronto para que haya vida. Cuando llego a mi destino, aparco el coche en la acera de enfrente, oculto entre la oscuridad que proporciona la noche. La calle está desierta y no se escucha absolutamente nada. El corazón me late demasiado rápido y la cabeza me da vueltas. A lo mejor Iván estaba en lo cierto y no debería haber venido.

Pero mis amigos tienen razón en una cosa, y es que no puedo seguir así. No puedo seguir aferrándome a algo que perdí hace tiempo y que, por mucho que duela, no va a volver. Debo soltar ese hilo que solo existe en mi cabeza y me une a ella.

Miro la hora en el reloj sobre el salpicadero. Es demasiado temprano para que cualquier persona con dos dedos de frente salga de casa, pero sé que no lo es para ella. Mucho ha tenido que cambiar para que, dentro de media hora, no esté saliendo por esa puerta.

Me muerdo las uñas, una costumbre que había superado hacía tiempo. Tamborileo con los dedos sobre el volante y pongo y quito la radio veinte veces. Me tiro de los pelos y tengo ganas de gritar. Observo la fachada y cuento los pisos hasta llegar al suyo: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis y siete.

Se enciende una luz. Pego un brinco en el asiento y me doy un golpe en la rodilla con la palanca de cambios.

Distingo una silueta moviéndose. ¿Es de mujer? Joder, me siento como un puñetero acosador. No sé qué diría si ahora se asomara y me viera aquí, entre las sombras, acechando. La luz se apaga y, por instinto, abro la puerta del coche y salgo. No me voy a descubrir, no estoy tan loco, pero sí necesito verla más de cerca.

Todo lo cerca que pueda.

Y estoy seguro de que va a bajar. La conozco. Ella no se perdería su rutina de *running*. Ni siquiera el día después de su cumpleaños.

La luz del edificio se enciende. Voy hasta un portal cercano y me oculto allí. La puerta de enfrente se abre y, como me imaginaba, Jimena sale por ella. El corazón se me para y contengo el aire.

Lleva mallas negras, deportivas y una sudadera gris con capucha. Ese pelo rojo que tantas veces he acariciado, que me vuelve loco y que hizo que me

fijara en ella, está recogido en una coleta. No puedo verle bien la cara desde esta distancia, pero no hace falta. Está incluso más guapa, y todavía consigue que el vello se me ponga de punta con solo mirarla. Las manos me pican y los pies quieren ir por libre. Quieren correr hasta ella, decirle que lo siento, que la necesito y que la quiero. Más que antes, si es que eso es posible. Abrazarla, besarla y pedirle que me recuerde; que recuerde lo nuestro, que no puede haberse olvidado. Yo no lo he hecho. Que podemos volver a ser nosotros; Héctor y Jimena. Los bichos raros.

El portal vuelve a abrirse y un chico, vestido también con ropa deportiva, sale por ella.

Lo reconozco.

Es Guillermo. Su jefe.

Se acerca a Jimena, le pasa una mano por la cintura y entierra la cara en su cuello.

La ira corre por mis venas y estoy a punto de desatar un huracán. Necesito ir allí, apartarlo de ella e impedir que toque lo que es mío. Jimena tiene que rechazarlo, darle un empujón. Algo. Lo que sea.

Pero no lo hace.

Se gira para quedar enfrente de él y de espaldas a mí. No veo su rostro, pero sí sus gestos, y puedo vislumbrar perfectamente cómo se pone de puntillas y le da un beso en los labios. No dura mucho, pero sí lo suficiente para derrumbarme. Tengo ganas de vomitar. No tendría que haber venido. ¿Cómo ha podido pasar página? ¿Cómo ha podido olvidarse de nosotros?

Ambos juegan con sus móviles, se ponen la capucha y echan a correr. Se nota que ella está en mejor forma que él y que no acelera para no dejarlo atrás.

Los sigo con la vista fija en sus piernas y recordando el beso que acaban de darse. Cuando ya no son más que un punto a lo lejos, abandono mi escondite, vuelvo al coche y me siento en la parte de atrás. Cierro de un portazo y me tumbo. Falta espacio; tengo las piernas encogidas y estoy incómodo. Pero nada de eso me importa, no cuando siento que se acaban de llevar lo último que me aferraba a ella.

«Ha debido de rehacer su vida, Héctor».

Me lo dijo Iván un día, hace algunas semanas. Recuerdo todas y cada una de las palabras que pronunció.

—*Eso no es verdad. Ella me quiere y esto es solo un bache. Lo vamos a solucionar.*

—¿Un bache? ¿Un bache que dura más de un año?

—Me lo prometió. Siempre juntos, y siempre es para toda la vida, hasta que me muera, y sigo vivo. Así que sí, Iván, un bache. Un puto bache. Solo tengo que averiguar cuál es la manera de saltarlo. Y estoy en ello.

—Héctor...

—No quiero escuchar nada más.

—¡Pero es que debes hacerlo, hostia! ¡Se marchó! Ella eligió. Es una mierda, pero lo hizo. ¡Y no te eligió a ti! ¡Se eligió a sí misma! ¡A sí misma! ¿Es que no lo entiendes?

—¡Estaba dolida! ¡Acababa de perderlo todo!

—¡¡Y tú también!! No te escudes en eso, joder. No ignores todo esto escudándote en su dolor. ¿Qué pasa con el tuyo? ¿Por qué es menos importante? No lo es, Héctor. Es igual. Y ya es hora de que lo aceptes y avances.

Estábamos gritando tanto que nunca entendí cómo no apareció ningún vecino por casa para preguntar qué pasaba. Me dolía la garganta, y el pecho me subía y bajaba. Iván no estaba mucho mejor que yo. Lo veía abrir y cerrar los puños con fuerza, como si tuviera ganas de darme un puñetazo en toda la cara.

Debería haberlo dejado.

Debería haberlo escuchado.

—La quiero, sabes que sí, pero a ti te quiero más. Sé que no te gusta oírlo, que es un tema prohibido y que puede que me lleve un puñetazo esta noche, pero no me importa, porque quiero que vuelva mi amigo. Quiero que vuelva mi hermano. Este no eres tú, Héctor. Lo que os pasó... De verdad, no quiero entrar en eso. Pero debes entender que os pasó a los dos. Los dos. No solo a ella. No es justo que te echas la culpa..., ni tampoco lo fue que ella lo hiciera. —Se aparta de donde está y se mueve hasta quedar frente a mí. Apoya las manos en mis hombros y me sacude hasta que levanto la cabeza y lo miro a los ojos—. Se acabó, Héctor. Por favor, vuelve con nosotros. No sigas metido en ese pozo que te está consumiendo y te está convirtiendo en un Héctor que no eres, al que no reconocemos. ¿Dónde se han quedado las ganas de luchar por tus pasiones? ¿Dónde está ese tío que iba siempre con la cámara en la mano, fotografiando todo lo que encontraba, todo lo que fuera bonito y tuviera algún significado para él? ¿Dónde está el que le preparó a Germán esa fiesta de despedida que tendríamos que haber pasado en Valencia, pero en la que amanecimos en Ibiza, aún sin saber cómo?

¿Dónde está?

—¿La has visto?

—¿Qué?

—Rehacer su vida. Hablas como si la hubieras visto. ¿Es así? ¿La has visto hacerlo?

Que Iván llegara a mi casa nervioso, como alterado, hablando de Jimena y pidiéndome que rehiciera mi vida... solo podía significar una cosa: que la hubiera visto.

Había escuchado cuanto me había dicho. Todas y cada una de las palabras que habían salido de su boca, las preguntas que me había lanzado. Había notado la desesperación en su voz y había sentido el dolor al pronunciar algunas cosas. Luego, cuando se marchara, me sentaría y las analizaría una a una, pero en ese momento solo necesitaba que me contestara a esa pregunta.

Sin embargo, no dijo nada.

Cuando se marchó, no hice lo que me había prometido. No me senté a analizar sus preguntas ni a intentar responderlas. Lo que hice fue olvidar la que yo le había planteado: rechazar de pleno la idea de que ella pudiera haber rehecho su vida. Supongo que porque así era más fácil, ya que prefería seguir aferrándome a una esperanza, a un recuerdo.

Está claro que no debería haberlo olvidado. Tendría que haber escuchado lo que mi amigo quería decirme. De haberlo hecho, el dolor que ahora siento no sería tan atroz.

Pero hay una cosa positiva que saco de todo esto. Venir a verla no ha sido un error. Este golpe de realidad me ha ayudado en algo. Algo que mi gente me lleva pidiendo mucho tiempo y he preferido ignorar.

Voy a pasar página.

Ya no solo por mí. También por ella. Por lo que tuvimos. No la odio. Jamás podría hacerlo. Solo lamento no haber conseguido dárselo todo, como le prometí. No haber conseguido llevarla hoy a París. No haber conseguido que eso saliera bien.

Pero toda historia tiene un final, y debo aceptar que el nuestro hace tiempo que se escribió.

No quiero estar en otro sitio

Jimena

Dar vueltas como si estuviera loca.

Eso es lo que llevo haciendo más de diez minutos.

Cada vez que alguien abre la puerta para entrar y rehúso pasar cuando me preguntan, me mira raro. Y no es de extrañar. Porque, si no quiero entrar, ¿por qué estoy a la puerta de la academia mirando a través de la ventana como si los estuviera espiando?

Al próximo que me pregunte, he pensado en decirle que, como llueve, me estoy resguardando de la lluvia debajo del alféizar. Eso sería creíble.

Aunque yo sé que es mentira.

Llevo una semana debatiendo conmigo misma si regresar o no. Solo por orgullo y por hacerle ver a Martina que estaba equivocada, debería dar media vuelta y volver por donde he venido. Pero hay un pequeño problema: quiero estar aquí. Solo que no quiero admitir en voz alta el porqué.

La semana pasada odiaba a Martina por hacerme asistir a una clase de pintura con ella. Para más inri, a una clase en la que teníamos que dibujar a una persona desnuda. No podíamos pintar un jarrón o un paisaje. No. Teníamos que pintar a alguien, y no a cualquier alguien. A él.

Llevo toda la semana rememorando su rostro, sus ojos, su pelo y su piel. Y su cuerpo desnudo, para qué mentir. Pero, sobre todo, recuerdo el fuego en su mirada y cómo no dejó de mirarme ni un segundo en todo el tiempo que duró la clase. Cómo me hizo sentir desnuda aun cuando estaba vestida. Cómo me hizo sentir deseada sin ni siquiera dirigirme una palabra. Cómo consiguió que no me moviera de mi sitio hasta que tuve el dibujo terminado.

Cuando me tropecé con esa silla, levanté la vista y me encontré con sus ojos, me quedé atrapada, y eso nunca me había pasado. Ni siquiera la voz alta y severa de mi madre había logrado paralizarme alguna vez como lo hicieron sus ojos. Me pareció ver súplica en ellos, como pidiéndome que no me moviera, que diera media vuelta, volviese a ese lienzo y lo pintara. Que lo dibujara. Que lo acariciara mediante el pincel.

A ver, lo más seguro es que todo fuera producto de mi excitación y que fuera mi entropierna la que hablara, pero de todas formas obedecí. No relajé la mano. No descansé ni un minuto. Aunque llevaba años sin pintar, por lo

menos delante de alguien más y por un motivo diferente que un simple hobby; aunque era la primera vez que retrataba a una persona y no tenía ni idea de cómo me saldría, porque lo que yo dibujaba eran paisajes. Lo hice. Perfilé su rostro, marcando su mandíbula. Plasmé todos y cada uno de los tatuajes que decoraban su piel. Incluso delineé su entepierna sin ruborizarme más de lo que ya estaba y sin temblar ni una sola vez.

Madame Aubrey alabó mi trabajo. Mi amiga sonreía de oreja a oreja, me abrazaba y no paraba de repetir: «Bien hecho, Piolín», como una madre orgullosa de su hija. El resto de la clase aplaudió mi dibujo. Y cuando él lo miró, lo hizo con admiración. Susurró: «Un segundo, no te vayas», sin apenas mover los labios, solo para mí, sin que ninguno de los presentes se diera cuenta, y salió del aula. Supongo que para ir a vestirse.

Pero no me quedé a averiguarlo.

En cuanto se fue y dejó de someterme a su hechizo, y yo fui consciente de dónde me hallaba, de lo que había hecho y de lo que un extraño al que no había visto en mi vida me estaba provocando, salí corriendo, con Martina pisándome los talones y gritando, mientras se reía a carcajadas, que estaba como una cabra y que cada día la sorprendía más.

Martina es de esas personas que reparan en todo lo que sucede a su alrededor. Y alrededor del vecino, ya puestos. Incluso aunque ella no esté presente, se entera, y mentirle en algo es una tarea tan absurda que no merece la pena llevarla a cabo. Excepto cuando pinta. Cuando dibuja, se aísla tanto que no percibe lo que la rodea. Podría dibujar un elefante y solo darse cuenta de que es rosa cuando lo ha terminado y lo contempla en el cuadro.

Así que no se había percatado de nuestra conexión. De que él no miró a ningún otro sitio ni a ningún otro alumno en dos horas seguidas. De que mi corazón latía así de rápido por eso, no por la vergüenza que me producía mostrarme a través de mi dibujo.

—Está cayendo una buena, ¿eh? —Una voz profunda y ronca detrás de mí me sobresalta.

Me giro para ver quién es y me quedo petrificada. Los ojos parece que se me vayan a salir de las cuencas; noto cómo las palmas comienzan a sudarme y un ligero temblor me recorre las piernas.

Lo que me faltaba. Que ahora me desplome delante él.

Porque es Él quien está delante de mí, por supuesto. En toda su estatura, con unos vaqueros desgastados, unas botas y una simple camiseta, sin nada

que lo proteja del frío. Además, no lleva paraguas, por lo que está empapado. El pelo le cae sobre la cara y las gotas de lluvia le cubren el cuerpo. Yo ya estaría tiritando y con una neumonía de caballo. Él, en cambio, sonrío, y no parece importarle que esté calado hasta los huesos.

La puerta se abre con ímpetu a mi espalda, empujándome hacia delante y haciendo que pierda el equilibrio. Pero sus brazos son más rápidos y me sostienen antes de que bese el suelo.

—No os pongáis en la puerta, joder —refunfuña por lo bajo una chica. No me da tiempo ni a disculparme, porque baja los escalones casi a la carrera y se pierde bajo la lluvia.

Un olor a nuevo inunda mis fosas nasales. Cuando levanto la cabeza, me encuentro con su mirada y su sonrisa. Tengo las manos en su pecho y él me sostiene por la cintura con firmeza. Juraría que puedo notar cómo el calor que desprenden sus manos traspasa mi ropa.

—Gra... gracias —digo mientras me aparto todo lo que puedo de él. Me aliso el bajo del abrigo y me quito una pelusa imaginaria de la manga. Debería dar media vuelta y marcharme. Pero no lo hago.

—Estás mojada. —Juro que el tono que emplea en esa frase es ronco e íntimo. En un acto reflejo, cierro las piernas y me cubro las mejillas con las manos, porque deben de tener el color de la remolacha.

—¿Per-perdona?

—Digo que estás mojada.

La forma en la que me mira y sonrío no ayuda nada a que se me pase el bochorno. Carraspeo para aclararme la garganta y que deje de picar tanto.

—Disculpa, pero creo que no te he escuchado bien. ¿Cómo dices?

—Llevas la parte de delante empapada. Lo siento. No era mi intención. — Mientras lo dice, señala mi pecho con la cabeza. Al principio, no tengo ni idea de lo que está diciendo, pero entonces caigo en la cuenta. Bajo la vista y, efectivamente, tengo la parte de arriba del abrigo húmeda, así como la camiseta que por él asoma. Debo de haberme mojado al apoyarme en él cuando casi me caigo.

Quiero morirme. Quiero cavar un hoyo y sepultarme en él.

—¿Estás bien? —Pone su mano sobre mi brazo y yo solo puedo sentir cómo la piel me cosquillea ahí donde me toca, y eso que llevo más capas de ropa que una cebolla.

—Sí, claro. Perfectamente. Y perdona por lo de antes.

—¿Por qué?

—Por abalanzarme sobre ti como lo he hecho.

Cuando soy consciente de cómo ha sonado esa frase, me vuelvo a poner roja. Él nota mi rubor y se ríe por lo bajo.

—No quería decir eso. Lo siento, no sé qué me pasa. Lo que quiero decir es que...

—Eh, tranquila. No pasa nada. Sí que te has abalanzado sobre mí, pero no me importa.

Abro la boca y la cierro un par de veces, porque no sé qué añadir. A mí estas cosas no me pasan. Siempre sé qué decir. Nunca tartamudeo, y ahora parezco la reina de la tartamudez. Y me he puesto colorada tantas veces en menos de diez minutos que seguro que no sabe cuál es mi verdadero color de piel.

La puerta se abre de nuevo y, antes de que me vuelva a golpear, él me coge del brazo y me conduce hasta un lateral del edificio. Yo me dejo arrastrar sin apartar la vista de su mano, que parece enorme en mi delgado brazo.

—Bueno, dime: ¿has vuelto a por tu cuadro?

—¿Eh?

—Tu cuadro. Te lo dejaste el otro día. Por lo que me dijeron, saliste corriendo en cuanto terminó la clase, pero te dejaste el dibujo. ¿Has vuelto a por él?

No me pasa desapercibida la forma en la que «saliste corriendo», porque eso es justamente lo que hice, pero creía que él no se habría dado cuenta; tampoco ese «me dijeron», porque significa que preguntó por mí. Ahora mismo, hasta las orejas las noto calientes. Debería aprender a controlar mejor mis emociones porque, si cada vez que me pongo nerviosa me sonrojo, no voy a llegar a ninguna parte. Pero esto solo me pasa con él, y es una mierda.

—No. Sí.

—¿En qué quedamos?

—Sí. He venido a recogerlo.

—Lástima —dice, chasqueando la lengua contra el paladar.

—¿Por qué?

—Porque me habría encantado que no lo reclamaras y haber podido llevármelo a mi casa.

Lo dice así, tan tranquilo, como si me estuviera contando que va a comprar dos barras de pan. Pero a mí me pone cardíaca perdida, más de lo

que ya estaba. Me mira, a la espera de que diga algo. Pero lo lleva claro, porque no puedo ni abrir la boca. Pasan los segundos, que a mí se me hacen eternos, y al final es él quien habla. Aunque no se le va la sonrisa del rostro, el tono es más serio que el de hace un momento:

—Creo que es el dibujo más increíble que nadie me ha hecho nunca. Tienes un talento que, estoy seguro, ni tú misma sabes.

—¿Y todo eso lo has adivinado por un dibujo?

—Lo he adivinado por TU dibujo. ¿No sabes que un trazo en el papel puede expresar más que cualquier palabra?

Sí, lo sé, aunque nunca he usado el dibujo para ese fin. Para mí, pintar significa evasión. Escapar de algo, viajar a mi pequeño mundo, en el que solo yo tengo cabida, y olvidarme un poco de lo que me rodea. Cuando lo dibujé a él, lo hice sin pensar, sin ver bien lo que hacía o cómo. No pretendía transmitir nada.

—¿Eres artista?

—Si hacer fotografías equivale a ser artista, entonces sí, lo soy.

—¿Eres fotógrafo?

—Pretendo serlo. ¿No se me nota? —Ladea la cabeza y saca la que, supongo, es su artillería pesada: su sonrisa. Está claro que, hasta ahora, solo me había dejado atisbar su superficie, pero ahora que la veo en todo su esplendor, solo puedo decir una cosa: guau.

Da una vuelta sobre sí mismo, despacio, como si de un modelo se tratase. No lleva ninguna cámara encima ni nada que indique que le gusta la fotografía, pero, ahora que me lo ha dicho... Sí. Es algo que le pega. Muchísimo.

La puerta se abre y madame Aubrey sale por ella. Mira a un lado y a otro, nerviosa, y cuando sus ojos se posan sobre él, los nervios desaparecen y un suspiro brota de sus labios.

—Aquí estás. Ya creía que no vendrías.

—Yo nunca le haría eso, madame Aubrey. —Da un paso hacia atrás, alejándose de mí. Mira a la profesora y le regala una sonrisa, pero me doy cuenta de que el tono con el que se dirige a ella no es el mismo que ha usado conmigo. Conmigo era despreocupado y relajado. Este es todo menos eso.

—Pues venga, que la clase empieza en cinco minutos y aún tienes que cambiarte.

Madame Aubrey lo mira de arriba abajo y, si yo fuera él, me sentiría un poco incómodo por la forma en que lo hace. En un gesto con la cabeza le

señala el interior de la escuela. No aparta sus ojos de él y a mí ni me mira, como si no estuviera justo enfrente de ella. Él alza las cejas, como esperando que dé media vuelta y entre por donde ha salido. Pero no lo hace. Al contrario, se cruza de brazos y aguarda.

—Puede volver dentro. Le he dicho que ahora voy y soy un hombre de palabra. Antes de que terminen los cinco minutos estaré en ese sofá. Desnudo. Se lo juro.

Ahora sí, lo mira a él primero y después, a mí, y lo hace de una forma intensa, como acusándonos de algo, pero ni idea de qué. Clava en mí sus ojos un poco más de tiempo. Doy un paso hacia delante y voy a decirle que yo me marchó cuando siento cómo me agarran. Los dedos del chico sujetan con firmeza mi muñeca. Levanto la vista, pero no me mira a mí, sino a ella, y por la tensión que reflejan sus hombros y la determinación que brilla en sus ojos, sé que le está diciendo que no piensa moverse de aquí hasta que él quiera.

Noto un cosquilleo justo donde me toca y esta vez es más intenso, porque lo hace piel con piel. Ni me muevo ni intento soltarme, aunque dudo mucho que pudiera hacerlo. Me tiene bien sujeta.

—Te quedan cuatro minutos —le recuerda madame Aubrey antes de dar media vuelta y entrar de nuevo en la academia.

Se queda mirando por dónde se ha ido un par de segundos, como cerciorándose de que es así. Cuando está seguro, se gira de nuevo hacia mí. No me suelta. Su mano sigue sobre mi muñeca y el calor es cada vez más sofocante.

Si ahora me vieran Martina o mis hermanas se reirían de mí durante semanas. Todo eso de los flechazos y la tensión sexual no resuelta me da risa. Siempre me han parecido una mera invención de Hollywood para justificar absurdas historias de amor con las que hacer suspirar y fantasear a las más inocentes. Me río cuando leo en algún libro que a la protagonista le temblaban tanto las piernas que no podía andar; que el corazón le latía a mil por hora y que, cuando él la miraba a los ojos, sentía una conexión especial que no sabría explicar con palabras. Me encanta poner los ojos en blanco cuando alguna pareja me dice que lo suyo fue amor a primera vista. Como si eso fuese posible. O cuando dicen que, a veces, con solo mirar a alguien una vez sabes que es «la persona».

Durante toda mi vida me ha encantado reírme de todos a los que les pasa lo que, ahora mismo, me está pasando a mí.

—No te vayas, ¿vale? Esta vez no te muevas —me dice en tono suplicante—. Espérame. Puedes ir a una cafetería que hay al girar la esquina; voy a tardar un par de horas. Pero no te marches. Por favor.

No espera mi respuesta. De hecho, lo que ha dicho no ha sonado a pregunta, sino que lo está dando por hecho. Como si fuera consciente de que la razón por la que he venido hoy hasta aquí es él. Mi intención era verlo una última vez para asegurarme de que lo que sentí con él el otro día no fue real y así poder quitármelo de la cabeza.

Me acaricia el interior de la muñeca, un leve roce, antes de soltarme. Da media vuelta, se dirige hacia la puerta, la abre de un tirón y desaparece por ella. Me quedo un rato mirándola, intentando convencerme de que lo mejor es irme a casa y olvidar todo esto, que es una locura y completamente absurdo.

Pero la realidad es que me voy directa a la cafetería; que lo espero durante dos horas que se me hacen eternas; que bebo más café del que puedo soportar; que como un trozo de tarta para aplacar los nervios; que ignoro la llamada de mi madre y le mando un mensaje a Martina advirtiéndola de que llegaré tarde, sin explicarle por qué; que me toco tanto el pelo que se me va a caer; que me sudan tanto las palmas que me da vergüenza coger el vaso por si se resbala.

Pero todo eso deja de importarme en cuanto él aparece por la puerta, me busca, me encuentra y me doy cuenta de que no quiero estar en otro sitio.

Me permito acudir a él

Jimena

—Venga, vete, que al final perderéis el vuelo.

—Pero no quiero irme. No quiero dejarte aquí.

—Ya, pero resulta que no eres mi madre y que no tienes que preocuparte por mí. Además, estoy perfectamente.

—Nos tiene a nosotras, así que está todo controlado.

—Uy, sí, gracias. Ahora me quedo mucho más tranquila. —Martina mira a mis hermanas como si les hubieran salido cuernos en la cabeza. Pero ellas no se sienten ni un poquito ofendidas, al contrario. Le sonrían enseñando todos los dientes y asíéndome, cada una por un lado, por los hombros.

Luke la llama, avisándole que tienen que irse ya si no quieren perder el avión. Mi amiga le pide un minuto con el dedo y, cuando se gira de nuevo hacia mí, tira de mi brazo hasta envolverme por completo. La abrazo fuerte; la voy a echar muchísimo de menos y no sé cuándo podrá volver. Hablo con ella todos los días y nos vemos por Skype, pero no es lo mismo. Ni de lejos.

—Nunca, jamás, hagas algo que no quieres, ¿me oyes? —me susurra al oído, para que solo yo pueda escucharlo, mientras me acaricia el pelo con delicadeza.

—Ya lo sé.

—No, no lo sabes, porque vas a casarte con Guillermo.

—Voy a casarme con Guillermo porque lo quiero.

—No. Vas a hacerlo porque crees que es lo correcto y lo que debes hacer. Pero eso no es cierto, Jimena, y no tienes que demostrarle nada a nadie, ni siquiera a ti misma.

—Tuve un momento de debilidad el otro día porque me pilló totalmente por sorpresa, porque no me lo esperaba y porque fue un shock. Pero ahora lo he pensado y quiero hacerlo.

—Estamos hablando de boda. De ir de blanco, invitar a gente a comer a un sitio muy caro y llevar un anillo en el dedo que te una a alguien por mucho mucho tiempo. ¿Lo entiendes?

—Sé lo que significa casarse. Ya lo he hecho antes, ¿recuerdas?

—Por eso mismo, Jimena. —Se separa de mí para poder verme la cara. Me coge las mejillas con ambas manos y me sonrío con ternura y cariño. Una

ola de calor me recorre el cuerpo y siento que tengo ganas de llorar, pero respiro hondo y me lo trago hasta que desaparece—. Muy bien. Dime por qué.

—¿Por qué, qué?

—Dime por qué quieres casarte con Guillermo.

Su pregunta me pilla desprevenida y fuera de juego. Porque es un buen hombre, porque me respeta, porque sé que me quiere... Son varias las razones que quiero enumerarle, pero ningún sonido sale de mi boca. La abro un par de veces, pero después la vuelvo a cerrar.

Por los altavoces se escucha la voz de la azafata anunciando su vuelo. Luke aguarda paciente junto a la fila. Busco a mis hermanas, pero se han alejado sin que me diera cuenta y esperan apoyadas en la pared. Vuelvo a mirar a mi amiga, que me sonrío y me da un beso en la frente. No hace mención al hecho de que no haya contestado a su pregunta, y yo se lo agradezco. Nos damos un último abrazo y me aparto para que pueda ir junto a su marido. Me giro para reunirme con Lucía y Olivia, pero la voz de Martina me frena.

—Vente conmigo —me dice con una sonrisa espléndida.

—¿Qué?

—Unos días. Vente conmigo a Nueva York. Comeremos perritos calientes en Central Park. Iremos a Chinatown y compraremos todas las imitaciones de bolsos que quieras. Nos congelaremos por el frío, pero haremos muñecos de nieve. Y nos tomaremos un chocolate caliente mientras nos peleamos por ver quién se sienta en el sofá y quién en el suelo, porque ya sabes que es tan pequeño que no cabemos las dos. Pero estaremos juntas unos días. Tú y yo, como antes. ¿Qué me dices? Te vendrá bien.

—Suenan muy tentador, pero no puedo. Ahora no.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Pues... por el trabajo. No puedo marcharme así como así unos días.

—¿Cómo que no? Te deben vacaciones.

—Pero no es tan sencillo. ¿Y qué me dices de Guillermo?

—¿Qué pasa con él?

—Pues que voy a casarme. Hay una boda que organizar. Sé que él se va a encargar de todo, pero no puedo marcharme así tan de repente cuando solo faltan un par de meses.

—¿Por qué tanta prisa? ¿Por qué os queréis casar tan rápido?

—¿Rápido? Martina, ¿cuánto tardaste tú en irte a vivir con Luke y casarte? Es cierto que solo llevo con Guillermo cuatro meses, pero lo conozco desde hace más tiempo. ¿Cuál es la diferencia?

—La diferencia, nena, es que yo no podía parar de sonreír desde que me lo pidió.

De forma instintiva me cubro la boca con las manos porque, de nuevo, tiene razón. Cierro los ojos y niego con la cabeza; no quiero pensar en eso. Voy a casarme con Guillermo. Quiero casarme con él. Eso es lo único que debe importarme.

—Señorita, ¿va usted a pasar o no?

Un guardia con cara de pocos amigos le toca el hombro a Martina intentando llamar su atención. Ella se gira y asiente, pero le pide un minuto cuando este le indica que tiene que cruzar ya si no quiere perder el avión.

—Te quiero, y sabes que es así. Siempre voy a estar aquí por ti, no importa dónde vivamos cada una. Te apoyaré, te ayudaré y, si te caes, te ayudaré a levantarte. Una y mil veces. No te juzgo. Nunca lo he hecho y no voy a empezar ahora. Si tú me dices que eres feliz, te creo. Si me dices que quieres casarte con Guillermo, te creo. Si dices que has visto un dragón volando, me lo creeré, porque me lo has dicho tú. Pero no me pidas que no me asegure de que eres tú, y solo tú, la que se cree todo lo que dice. Solo una última cosa antes de que me dé media vuelta y vaya con Luke, ¿de acuerdo?

—Asiento, porque no sé qué más puedo hacer o decir—. ¿Quieres otra diferencia entre mi boda y la tuya? Que si yo no hubiera llevado el anillo de compromiso encima, me habría dado cuenta al instante, porque no paraba de mirarlo o de tocarlo.

Me miro la mano izquierda; el anillo no está. Hago un repaso mental de esta mañana, pero no recuerdo habérmelo quitado. Ni siquiera para dormir. La primera noche lo hice, y al ver la cara de Guillermo, decidí no repetirlo. Un calor me recorre el cuerpo, un calor que identifico como pánico.

Miro a mi amiga, pero esta ya se ha reunido con su marido y me da la espalda. Como si notara mis ojos sobre ella, se gira y me dice adiós con la mano. La veo pasar por el detector, recoger sus cosas de las bandejas y, cogida de la mano de Luke mientras este le da un beso en la cabeza, desaparecer tras la esquina casi a la carrera.

Vuelvo a mirar mi mano para comprobar que, efectivamente, el anillo no está. Pero ¿desde cuándo? No me he dado cuenta. No puedo haberlo perdido, tiene que estar en algún sitio de la casa. Seguro que entre las sábanas o en el

baño. Se me habrá caído mientras me duchaba. Mierda. ¿Y si se ha ido por el desagüe?

—Es como un grano en el culo, pero volverá —me dice una de mis hermanas, animándome. Supongo que piensa que mi cara se debe a la pena que me produce la marcha de mi amiga, que también, pero sobre todo es por lo mal que me siento al haber perdido el anillo.

—Venga, Piolín, vámonos de aquí.

—Odio que me llaméis así.

—Lo sabemos.

Mis hermanas empezaron a utilizar ese mote conmigo cuando nuestra madre decidió que sería divertido, por Halloween, disfrazarme de ese peculiar dibujo animado, más propio para un niño de cinco años que para una chica de trece. A Martina, como no podía ser de otra forma, le hizo gracia el apodo y ella también se lo agenció. Desde entonces, independientemente de lo mucho que suplique y ruegue que dejen de hacerlo, les encanta.

Olivia me pasa el brazo por los hombros y, junto con Lucía, me conducen a la salida del aeropuerto. Hemos venido en mi coche, pero no me apetece conducir. La realidad es que no es uno de mis *hobbies* favoritos. Me saqué el carné porque era lo que tocaba a esa edad, pero me da pánico coger el coche. Voy tan insegura que estoy todo el rato en tensión y rezando para no chocarme contra nada o no atropellar a nadie. Así que, siempre que puedo, voy de copiloto. A mis hermanas les encanta conducir, por lo que formamos el equipo perfecto.

No paro de tocarme el dedo anular, donde debería estar el anillo. Estoy tan ansiosa por llegar a casa y buscarlo que me va a dar un síncope. Ya es lo último que me faltaba, perderlo. Me recuesto sobre el asiento y cierro los ojos, rememorando las palabras que me ha dedicado Martina antes de irse. Me han dejado hecha polvo, y ella lo sabe. Pero yo también sé que no es de callarse las cosas. Disparará el último cartucho antes de rendirse, porque ella, mejor que nadie, sabe lo que supone para mí casarme, volver a decir: «Sí, quiero». Entregarme de esa manera a un hombre.

A uno que no es él.

«Jamás volveré a casarme, Martina. Jamás podré volver a querer a otro lo suficiente como para que ocupe su lugar».

Esas fueron las palabras que le dije a mi amiga aquel día, cuando todo acabó. Cuando mi vida cambió. Y casándome con Guillermo estoy incumpliendo mi promesa. Pero lo quiero, ¿no? O eso se supone. Por eso voy

a casarme con él. Por eso he dicho que sí.

El coche pega un frenazo que me impulsa hacia delante. Menos mal que llevo el cinturón, si no, me hubiese comido el salpicadero. Abro los ojos y descubro que ya estamos en la puerta de mi casa.

—Si quieres matarnos, hay formas menos dolorosas de hacerlo.

—Sois unas lloricas, por favor.

—Creo que el cinturón me ha quemado.

—Ya será menos. —Lucía, que es la loca suicida, se inclina hacia mí y observa mi cuello. Se chupa el pulgar y me lo frota.

—¡Pero qué asco! —grito mientras la aparto de un manotazo. Se ríe y pasa el dedo por mi cara, sin llegar a tocarme; abro la puerta del coche para saltar de él.

—¡Eres una exagerada!

Una vez fuera, le enseño el dedo corazón por la ventanilla abierta del coche y ella grita y alza los puños. Olivia sale de la parte de atrás riéndose. Se acerca a mí y me da un abrazo. Cuando me suelta, me ajusta la bufanda alrededor del cuello, asegurándose de que me tapa las orejas, que siempre se me ponen rojas por el frío.

—¿Estás bien?

—Claro.

Entrecierra los ojos y me estudia.

—¿Seguro? Porque si me mientes, lo sabré.

—¿Vosotras también?

—Le hemos prometido a Martina que te cuidaríamos.

—Martina tiene el «síndrome de Madre Superiora» y se lo debería hacer mirar. Además, está a miles de kilómetros de aquí, respirad tranquilas.

—Uy, calla, calla. Para mí que nos ha puesto espías. Esta se entera de todo. Prefiero no tentar a la suerte.

Se santigua de forma aparatosa y mira hacia un lado y hacia otro como si estuviera buscando a esos agentes que nos vigilan. Cuando deja de hacer el tonto, vuelve a darme un abrazo.

—¿Seguro que no necesitas nada? Porque acabamos de prometer que te cuidaríamos y ya te vamos a abandonar.

—Sois las mejores. Os marcháis a un cumpleaños, no os mudáis a otro continente. Además, no sé qué pelotera os ha dado a todos. Estoy bien, por favor. Me miráis y habláis como si fuera a irme a un campo de concentración, y lo que voy a hacer es casarme. CA-SAR-ME.

—¿Se te ha olvidado el ataque de pánico que te dio hace una semana?

—Claro que no. Y menos aún se me va a olvidar si no paráis de recordármelo.

—Jimena, primero te desmayaste y después te encerraste en un baño porque tu novio te pidió que te casaras con él. Luego, cuando sales y os vais a casa, nos llamas feliz y contenta y nos dices que has aceptado. No solo eso, sino que os queréis casar en un par de meses. ¿Te das cuenta de lo disparatado que es todo?

—Olivia, la romántica empedernida de esta familia eres tú, ¿qué te ha pasado?

—A mí no me ha pasado nada. No intentes liarme ni darle la vuelta al asunto. Lo único que ocurre es que estoy preocupada por mi hermana mayor. ¿Tan difícil es de entender?

—No. Y te lo agradezco, pero estoy bien. ¿Me entró pánico? Sí, lo sé. Y me siento fatal por ello. Por Guillermo y por vosotras. Pero una vez que se me pasó y vi las cosas con perspectiva, me di cuenta de que estaba equivocada. De que, como vosotras me dijisteis, es bueno. Que Guillermo me pida que me case con él es bueno. Y que yo le diga que sí, también. Además, solo estoy repitiendo vuestras palabras. ¿A qué viene tanta sorpresa ahora?

—Sé lo que dije, Jimena. Y sé que fuimos nosotras las que lo ayudamos a elegir ese anillo. Cuando nos lo sugirió, nos echamos las manos a la cabeza. No somos tontas, sabemos lo que opinas sobre el matrimonio, pero... nos preocupas, Jime. O, mejor dicho, nos preocupabas, no lo podemos evitar. Cuando empezaste a salir con Guillermo nos quedamos bastante impresionadas, no te vamos a engañar, pero comenzaste a sonreír de nuevo, a ser un poco más tú, y eso nos gustó. —Se encoge de hombros y se coloca un mechón de pelo tras la oreja mientras toma aire para seguir hablando—. Creíamos que esta sería una buena forma de que siguieras hacia delante. Una forma... no sé, de avanzar. Llámalo como quieras. Pero también sé que digo muchas tonterías al cabo del día y que me equivoco. Nos equivocamos. —Apunta con el pulgar el coche a su espalda, donde está nuestra hermana—. No quiero pensar en el hecho de que animar a Guillermo a que te pidiera matrimonio haya sido una muy mala idea porque no te hace feliz. No tiene por qué ser con él, ni mucho menos. O sí, da igual; solo queremos que seas feliz.

Mi hermana pequeña me mira con esos ojos tan llenos de amor y miedo. A pesar de que ya tiene veintiséis años, sigo viendo en ella a esa niña que se

metía en mi cama cuando llovía, con la excusa de que le daba miedo, cuando a la que le daba miedo era a mí. Siempre nos hemos protegido entre las tres, y está claro que da igual la edad que tengamos, porque seguimos haciéndolo.

Le doy un abrazo y ella me lo devuelve, estrechándome con fuerza. Cuando me aparto, le sonrío e intento hacerlo con todo el cuerpo, no solo con los labios. Quiero que vea que no tiene de qué preocuparse, que estoy feliz. Que estoy bien. Que quiero seguir adelante. Que quiero dar este paso. Que me asusté, pero ahora he rectificado. Que nadie me obliga a casarme. Que lo hago porque me apetece. Que ellas tienen razón y esto es bueno.

Que Guillermo es bueno para mí.

—Vamos a dejar una cosa clara, ¿de acuerdo? —Asiente, esperando a que continúe—: De ahora en adelante vamos a olvidarnos de mi ataque de ansiedad y de todo lo que pasó en mi cumpleaños, a excepción del precioso anillo que Guillermo me puso en el dedo.

—Y que, por cierto, no llevas.

—¿Tú también te has dado cuenta?

—Claro.

—¡Y yo! —grita Lucía, sacando la cabeza por la ventanilla como si fuera un perro. Olivia se gira y mira a su gemela con los ojos entrecerrados.

—¿Qué haces?

—Estáis tardando un huevo. Bueno, que yo también me he fijado en que no llevas el anillo. ¿Cuál es el problema?

—¿Cómo que cuál es el problema? ¡Que no llevo el anillo!

—Lo sabemos. Pero no entres en pánico. Lo tienes en la repisa del baño.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque Martina lo ha visto esta mañana y lo ha puesto ahí. Me pidió que te lo dijera cuando se marchara, pero se me había olvidado. ¿Por?

Niego con la cabeza y destierro a la cabrona de mi amiga a un rincón de mi mente. Ya la sacaré mañana cuando hablemos por teléfono.

Doy un par de saltitos y me froto las manos para entrar en calor. Hace un frío de narices y estar hablando aquí, en la calle, no es buena idea. Miro a mis hermanas y continúo donde lo he dejado para acabar rápido con esta conversación y poder subir a mi casa:

—Lo que os decía: que olvidemos mi ataque y mi llorera. He progresado. Por vosotras, por Martina, por Guillermo, pero, sobre todo, por mí. Lo necesito. Quiero hacerlo. Ha pasado ya mucho tiempo y continúo con mi vida. Soy feliz. Guillermo me hace feliz. Y quiero casarme con él. No voy a

mentir; no es fácil y no pretendo que lo sea. Que me case con Guillermo no significa que... que vaya a sacar a Héctor de mi cabeza... y de mi corazón. —Pronunciar su nombre en voz alta aún es duro. Demasiado. Sin embargo, es un paso que debo afrontar en este nuevo camino que me he propuesto recorrer—. Pero tomamos una decisión... y lo hicimos por un motivo. Así que cuando digo que estoy bien y que lo hago porque quiero, creedme, por favor. Porque os necesito a mi lado.

—Siempre nos vas a tener a tu lado.

—Lo sé. —Aprieto fuerte a Olivia contra mi pecho. Estiro el brazo y cojo la cabeza de Lucía, que la apoya sobre mí.

Mientras Lucía se aparta y vuelve a su sitio, su gemela abre la puerta y se mete dentro. Me agacho hasta quedar a su altura y las miro a través de la ventanilla. Tienen la nariz roja por el frío. Si ellas la tienen así, no quiero imaginar cómo estará la mía. Además, en esta época del año, las pecas de alrededor se me marcan todavía más. Algo que, hace tiempo, odiaba.

Dicen adiós y arrancan, haciendo chirriar las ruedas.

—¡Cuidad de mi coche! —grito a la nada, porque ya ni me escuchan.

Al subir a casa voy directa al baño, donde, efectivamente, me espera el anillo de compromiso de Guillermo. Lo coloco en su sitio y estiro la mano para observarlo bien. Hay que reconocer que es precioso. Es sencillo, nada ostentoso. Con una pequeña piedra justo en el centro, que brilla cuando la luz impacta sobre ella. Se nota el gusto de mis hermanas en él.

Me quito toda la ropa, me pongo una más cómoda y abro el armario. Intento alcanzar una caja que descansa arriba del todo, pero ni de puntillas llego. Voy hasta la cocina, cojo una silla y vuelvo al dormitorio. Me subo a ella y tomo la caja de color negro. Bien sujeta contra el pecho, la bajo y la deposito en el centro de la cama, todavía deshecha. Antes de abrirla, tecleo en el móvil y dejo que Christina Perri, con su canción *Human*, inunde la habitación. Respiro hondo un par de veces antes de levantar la tapa. Vuelco todo el contenido sobre las sábanas y una pequeña sonrisa se extiende por mi rostro.

Mi pasado está en esta cama.

Él está en esta cama.

Y, por última vez, me permito acudir a él.

El resto ya vendrá cuando toque

Jimena

Octubre de 2011

—¿Qué haces?

—Nada.

—El que nada no se ahoga, Jimena. Y tú estás de agua hasta el cuello.

—Estás revoloteando alrededor mío como la mosca en torno a la mierda, Martina.

—¿Has dicho «mierda»?

—Sí, lo he dicho.

—¿Desde cuándo dices «mierda»?

—Desde siempre.

—Eso no es cierto.

—Bueno, ¿algún problema con que lo diga ahora?

—¿Problema? Ninguno. Que estoy tan orgullosa de ti que me dan ganas de llorar. Ven aquí y dale un abrazo a mamá.

No me da tiempo ni a reaccionar. Mi amiga se tira, literalmente, encima de mí. Ambas caemos sobre la cama, riéndonos. Me estaba poniendo los pantalones, por lo que estos me cuelgan por los pies, impidiéndome mover las piernas. Comienza a repartirme besos por toda la cara, con algún lametazo de por medio. Chillo e intento apartarla, pero, a pesar de lo bajita que es, es más fuerte que yo y me inmoviliza las manos. Muevo la cabeza hacia un lado y hacia otro. Me duele la barriga de tanto reírme; me voy a hacer pis encima. Tras unos minutos de tortura por fin me suelta y se quita de encima. Me llevo una mano al pecho y espero a que mi respiración se normalice.

—Me encanta verte sonreír así.

—Lo dices como si no sonriera nunca. —Miro a mi amiga con una mueca de disgusto en la cara. Es cierto que no se me podría definir como la alegría de la fiesta, pero de ahí a insinuar que no sonrío... Se encoge de hombros y se hace una coleta con la goma que lleva en la muñeca. Me pongo recta y la miro preocupada—. Martina, ¿no sonrío?

—Tú finges hacerlo, y lo haces como el culo. Porque lo que te sale es un

gesto rarísimo en el que parece que estás oliendo estiércol todo el rato.

Estiro el brazo hacia atrás y cojo la almohada. Se la lanzo, y le da de lleno en la cara antes de caer al suelo. La recoge y viene hasta la cama, donde se tumba. Coloca una mano en mi rodilla y me la aprieta con cariño.

—Anda, ven y tumbate conmigo.

—No puedo. Tengo que arreglarme, que ya voy tarde. Y por tu culpa voy a tener que ducharme otra vez, porque la cara me huele fatal.

—Bah. Ya sabes que a los hombres siempre hay que hacerlos esperar. — Tira de mi brazo y me obliga a reptar hasta apoyar la cabeza en la almohada, junto a la suya.

Nos quedamos las dos en silencio contemplando el techo de mi habitación, donde descansa un póster de Leonardo Dicaprio cuando era guapo, hace ya varios años, allá por la época de Titanic. Martina lo puso ahí el día que alquilamos el piso y nos fuimos a vivir juntas. Le pedí que no lo hiciera, pero, como siempre, hizo lo que le dio la gana. «Así tienes algo bonito que ver al acostarte y al levantarte. Iba a poner una foto mía, pero no quería confundirte», me explicó cuando entré en este cuarto, con mi maleta y mis cajas en las manos, y me encontré a Leo saludando desde las alturas.

Me dije que lo quitaría. Al final, me acostumbré tanto a él que lo dejé. Y ya llevamos dos años juntos.

—¿Te quiere?

—¿Quién?

—Pues Héctor, ¿quién va a ser?

—¿Qué dices, loca?

—¿Qué? ¿Por qué?

—¿Cómo me puedes preguntar eso? Somos amigos.

—Yo soy tu amiga y te quiero.

—No es lo mismo.

—Es exactamente lo mismo, solo que él tiene pene y yo, vagina. Y menudo pene, por cierto. No me puedo creer que aún no lo hayas probado. Yo llevo un mes pensando en él.

Me tapo la cara con las manos y no sé si reír o llorar. Así es Martina, sin filtros. Debería estar habituada, pero no. Nunca terminaré de acostumbrarme a sus locuras y excentricidades. A pesar del tiempo que llevamos siendo amigas, todavía me pregunto millones de veces cómo podemos encajar tan bien y cómo hemos durado tanto. Dicen que los polos opuestos se atraen. Y debe de ser verdad, pero ya no solo en las relaciones

de pareja, sino también en la amistad. Porque ella es el punto de «locura» que necesito en mi vida. Ese que me anima a hacer ciertas cosas que nunca me atrevería a emprender yo sola. La que me anima a perseguir mis sueños o la que me hace reír, aunque ella diga que lo hago poco. Yo, en cambio, soy quien la calma cuando vienen las tormentas, la que controla que no se muera de hambre o de inanición, y la que está ahí, simplemente escuchando, cuando se siente perdida o desorientada.

Ahora no puedo evitar pensar en el pene de Héctor, y todo por culpa de Martina. A ver, que no es que antes no pensara en él, porque tras ver una cosa así es imposible, pero había evitado hacerlo de la misma manera que Martina, sobre todo después de que me contara cuánto odia posar desnudo ante otras personas.

«Me gustan los desnudos, pero no el mío —me dijo—. No estoy en contra de ellos, ni muchísimo menos. Me encanta que la gente se muestre tal y como es, que se despoje de esas cadenas que la oprimen y que se sientan libres. Pero me gusta fotografiarlos, no hacerlos».

«¿Has fotografiado desnudos?».

«Sí, alguna vez. No puedes hacer u opinar sobre algo si antes no lo has probado, ¿no crees?».

Recuerdo su sonrisa al formular esa pregunta y el brillo en sus ojos. No dijo nada más, y cambió de tema de forma tan natural que hasta me sorprendió, pero eso no impidió que yo me preguntara si lo había dicho con alguna doble intención.

Aquel primer día, en aquella cafetería, hablamos durante mucho rato. Los dos allí sentados, ajenos a las personas que entraban y salían, al bullicio o a los compromisos que nos esperaban en casa o en cualquier otro lugar. Consiguió, sin apenas esfuerzo y sin que me diera cuenta, que me sintiera cómoda y relajada. Que me abriera a él. Hablamos de todo y de nada; de las clases de fotografía a las que asistía por las noches; de mi negativa a pintar para otros, ya que lo hago simplemente como vía de escape o como relajación, según se mire, pero me niego a usarlo como modo con el que ganarme la vida porque, entonces, ya no sería divertido. Se convertiría en una obligación y dejaría de gustarme.

Hablamos de nuestras películas favoritas y, entre risas, le prometí que vería Salvar al soldado Ryan cuando me miró con horror al confesar que jamás la había visto, ni entraba en mis planes para un futuro próximo hacerlo. Me habló un poco de su madre, y me gustó mucho cómo lo hizo; con

cariño y sin avergonzarse. Se notaba la buena relación que tienen los dos, y eso me hizo reflexionar, una vez más, acerca de lo mala que es mi relación con la mía. Él se dio cuenta de algo, pero no preguntó, y se lo agradecí. Aunque me abrí más a él que a cualquier otra amistad de más tiempo, tampoco era necesario contarle mis desgracias en la primera cita. O lo que fuera eso.

Pero sí nos revelamos pequeños detalles que nos permitieron conocernos, acercarnos el uno al otro como, hasta ahora, yo solo había dejado que Martina o las gemelas se acercasen. Algo tan sorprendente en mí que me mantuvo despierta toda la noche dándole vueltas.

Por primera vez en mi vida, me dejé llevar un poquito, y después de ese día vino el siguiente, y después, otro más. Así, llegamos a los fines de semana, a los paseos por el Retiro, a las charlas en cualquier bar que encontráramos, a las puestas de sol o a mi cumpleaños, cuando apareció en la puerta de mi trabajo con una cesta bajo el brazo para irnos de pícnic. Me permitió ver su obra y me juró que, algún día, me fotografiaría.

Pero eso era todo. Para algunos, serán pequeños pasos, pero para mí, son pasos de gigante.

El timbre de la calle nos pega un susto de muerte. Me incorporo como puedo y por poco no me caigo de la cama.

—¡Es él! ¡Es él! Y yo aún estoy así. ¡Y tengo que volver a ducharme!

—No entres en pánico, mujer, relájate —dice Martina mientras inspira, expira y mueve las manos arriba y abajo. Voy a mandarla a un sitio mejor que en el que está ahora cuando el timbre suena de nuevo—. Vale, este es el plan: yo abro la puerta y tú vas al baño; te das una ducha hiperrápida de las tuyas; sales al comedor solo con la toalla alrededor del pecho; yo me marchó a casa de Mónica para dejaros intimidad, y tú te lo montas como la buena amazona que, seguro, estás hecha.

—¡Martina!

—Es broma. Es broma. —No puede parar de reír a carcajadas. Se dobla sobre sí misma, agarrándose la barriga, y las lágrimas le recorren el rostro. La ignoro. Me subo el pantalón dando saltos y voy hasta el armario para elegir una blusa. El timbre suena de nuevo.

—¡Se me ha olvidado abrirle! —Estoy a punto de salir de la habitación cuando Martina me agarra del brazo y me frena.

—Quieta ahí. Mírame, que ahora vamos a ponernos serias. —Enarco una ceja y ella borra la sonrisa de su rostro—. Te lo juro. —Levanta la mano

derecha, como si esto fuera un juicio y ella, la acusada. Pongo los ojos en blanco y asiento, para que continúe—: Yo voy a abrir mientras tú te quitas esos pantalones a la de YA. —Me tapa la boca para que no pueda protestar y sigue hablando—. Vete a mi armario, coge los negros de pitillo y pónelos con las botas granate. En el segundo cajón de la cómoda tengo el suéter ese que tanto te gusta. Te lo regalo si lo llevas esta noche. Te prestaría unas bragas, pero eso sería demasiado. Si por casualidades de la vida aún conservas el conjunto que te regalé por tu cumpleaños hace un año, úsalo. Si no fuera así, coge las bragas menos feas que tengas, por favor.

—No me voy a acostar con él.

—Claro que sí.

—Ni claro que sí ni nada. Es verdad. —Martina asiente sonriendo y se dirige a abrir la puerta—. Ni siquiera nos hemos besado —susurro muy bajito, casi para mí misma. Pero me ha oído.

Se para en el umbral y se gira a cámara lenta. La observo frente a frente: tiene los ojos abiertos y la mandíbula le llega hasta el suelo. Cuando consigue cerrarla, va a decir algo, pero se lo piensa mejor.

—No digas nada y ve a abrir la puerta, por favor.

—¿Por qué no os habéis besado?

—No sabía que era una lección obligatoria. —Sé que sueno borde y seca, pero no lo puedo evitar. Menos mal que mi amiga ignora el tono que estoy empleando.

—Nadie ha dicho que sea obligatorio que lo beses. Solo me estoy preguntando por qué no ha ocurrido si ese chico te gusta y tú le gustas a él.

—Y eso lo sabes porque... —Me encojo de hombros y miro a cualquier parte menos a mi compañera de piso.

Carraspea alto y claro tratando de llamar mi atención, pero yo estoy ocupada quitándome una pelusa imaginaria que tengo en el pantalón.

—Jimena, no finjas que no me oyes. ¿Puedes explicarme por qué aún no te has lanzado a su yugular cual vampiro de Crepúsculo?

—Porque no todo consiste en eso, Martina. Estamos bien. Somos dos amigos a los que les gusta pasar el tiempo juntos y ya está. No sé por qué hay que buscarle otro sentido. Nos caemos bien y punto.

—No. Tus hermanas te caen bien. Tu padre te cae bien, mi madre te cae bien y yo te caigo de puta madre. Tu madre... aún está por definir. Sin embargo, en lo que respecta a ese tío —dice señalando a la puerta, como si estuviera ahí plantado—, deberíamos buscar una palabra que describiera

vuestra relación mejor que «bien».

—¡Pero si ni siquiera nos has visto juntos!

—Pero es que no me hace falta. Contigo y con tu sonrisa tengo datos de sobra para saber lo que sientes por él. Como te he dicho antes, no eres una persona que sonría mucho, Jimena. Y de un mes para acá, no haces otra cosa. Así que dime, ¿cuál es el problema?

—No hay ningún problema. No ha surgido y ya está. Fin de la historia.

—No, lo siento. La palabra «fin» todavía no se ha escrito aquí. ¿Qué me estás ocultando? Porque no creo que sea una obligación besarlo ni nada por el estilo. Lo que quiero saber es por qué tienes esa cara y por qué me estás mintiendo.

Miro al techo, frustrada conmigo y con ella. Mi amiga se cruza de brazos esperando una respuesta. El timbre suena de nuevo, pero ella no se mueve, como si no lo hubiera escuchado. La conozco lo suficientemente bien como para saber que no me dejará tranquila hasta que le conteste.

—¡Porque me da vergüenza! ¿Contenta?

Me dejo caer en la cama, abatida. Me está agotando más esta conversación con Martina que los doce kilómetros que he corrido esta mañana.

—No, no estoy contenta. ¿De qué tienes vergüenza, exactamente?

—Dios, eres peor que un grano en el culo.

—Bueno, ser pesada y exasperante viene en el pack de mejor amiga, y no se admiten devoluciones. —Su tono ha bajado un poco y ya no se la nota tan enfadada o molesta como hace un momento, aunque lo sigue estando—. ¿De qué tienes vergüenza, exactamente?

—¿Tú lo has visto?

—Solo una vez, pero suficiente para saber que es un ser divino que nos han traído los dioses del Olimpo para alumbrar de luz y color la vida de las mujeres. Y de los gays. Pero sigo sin ver cuál es el problema.

—¿No es evidente?

—La verdad es que no. ¿Serías tan amable de iluminarme?

Claro que sabe por qué lo digo, pero finge lo contrario porque quiere oírme decirlo en voz alta. Mi móvil comienza a sonar en la mesa del estudio. Echo un vistazo y el nombre de Héctor aparece en pantalla. Normal. Después de llamar varias veces y no recibir respuesta, creerá que lo he dejado tirado.

—¿Puedes ir a abrir?

—No.

—Martina...

—Jimena...

—Por favor...

Me taladra un poco más con la mirada y eso solo puede significar dos cosas: que quiere seguir hablando y que quiere patearme el trasero. Pero se apiada de mí y da media vuelta, no sin antes señalarme acusadoramente con el dedo y prometerme, sin necesidad de palabras, que esta conversación no ha terminado.

—Tío bueno, ¿sigues ahí? —grita por el telefonillo. No me quedo a escuchar el resto. Cuanto antes me vista y salga, mejor. Más rápido lo libraré de la lengua sin filtros de mi compañera.

Aprovecho y hago lo que me sugirió. Me deshago de mis pantalones favoritos y voy a su habitación, arramblo con todo lo que me ha dicho y me encierro en el baño. Me froto la cara con agua y jabón, me cepillo el pelo como puedo y me lo dejo suelto. Me pongo los pantalones, el suéter y las botas. No me maquillo, a excepción de un poco de brillo de labios rosa, para darles un toque de color.

Justo cuando voy a abrir la puerta para ir al salón, su voz ronca y profunda se cuela por ella. Agarro el pomo con todas mis fuerzas y respiro hondo. Puedo hacerlo. Llevo haciéndolo un mes y, hasta ahora, ha ido bien. Además, ¿por qué me preocupa que no me haya besado? Yo a él, tampoco. Y no es que haya esa necesidad.

¿A quién quiero engañar? Me muero por hacerlo. No sería mi primer beso, ni tampoco soy virgen, pero sí es el único chico que ha despertado estos sentimientos en mí, y además en tan poco tiempo. He soñado tantas noches con ese beso y todo lo que podría acompañarlo que me da hasta vergüenza. Pero, como le he dicho a Martina, somos amigos. Congeniamos y nos lo pasamos bien juntos. Sí, hay química, por lo menos por mi parte, pero eso no quiere decir que por la suya también.

No debería importarme nada de esto, ni tendría que estar dándole vueltas al asunto. Me hace reír, me hace ser yo misma y, a la vez, me hace ser otra persona, y solo con eso debería valer.

Lo tengo claro: voy a disfrutar del aquí y el ahora.

El resto ya vendrá cuando toque.

Cómo ha conseguido poner mi mundo del revés

Héctor

Cuando llego a la puerta, una rubia bajita y con dos coletas, una más alta que la otra, me espera apoyada en el marco con los brazos cruzados y una sonrisa. Se aparta y me indica con gestos que pase.

—Bueno, bueno... Por fin nos conocemos de forma oficial. Y con ropa, que ya es un gran paso en nuestra relación.

Si de alguien me ha hablado Jimena estos días, es de ella.

«Somos como la noche y el día, o el agua y el aceite. De hecho, si la conocieras, estoy segura de que te llevarías mejor con ella que conmigo. Pero es mi persona favorita en el mundo. Ella y mis hermanas, aunque Martina es especial. Me hace no ser yo misma, ¿entiendes? No sé. A lo mejor no sé explicarlo, pero lo que sí sé es que no concibo mi vida sin que ella esté presente. Aunque quiera matarla el noventa por ciento del tiempo».

Fue lo que me dijo hace unos días mientras merendábamos en esa cafetería del centro. Pude apreciar el brillo en su mirada cuando hablaba de su amiga. El cariño que le tiene aunque, como dijo, quiera matarla la mayor parte del tiempo. La he visto solo una vez, el día que conocí a Jimena, y ni siquiera nos dirigimos la palabra, pero a distancia ya se advertía el aura de peligro que la rodea.

Ahora que la tengo delante me doy cuenta de que no se parecen en nada, porque Jimena jamás me haría un análisis tan exhaustivo. Lejos de sentirme incómodo o cohibido, me divierte.

—¿Has terminado, o prefieres que me dé la vuelta?

—Oye, pues no estaría mal, así vemos la mercancía en su totalidad —me dice mientras, con el dedo, me indica que me gire. Cuando lo hago, me levanto la cazadora para que pueda evaluar bien mi culo—. Vaya, aprobado con muy buena nota. Enhorabuena.

Me regala una sonrisa divertida y yo se la devuelvo.

—¿Son para mí? —pregunta mientras señala las flores que llevo en la mano. Se acerca y las huele, sin llegar a cogerlas. La miro entrecerrando los ojos.

—¿Te llamas Jimena?

—Por ti, puedo llamarme como quieras —dice, aleteando las pestañas en

un movimiento sexy calculado. Esta chica, desde luego, lleva el juego de la seducción corriendo por sus venas. Aunque a mí no me afecta lo más mínimo y se nota que para ella es solo un juego.

—Lo tendré en cuenta para la próxima vez. Dos ramos en vez de uno, anotado.

—Pero a ti no te pega nada regalar flores.

—¿No? ¿Y qué me pega regalar?

Vuelve a mirarme de arriba abajo, con el dedo índice en la barbilla, como si estuviera pensando. Cuando parece que ya lo tiene, da una palmada y grita:

—¡Condomes! Eso te pega bastante. Desde luego, son mucho más útiles que las flores. A estas pobres las pondremos ahora en un jarrón y dejaremos que mueran. Son de usar y tirar.

—Los condones también.

—Pero mientras los usas te lo pasas pipa. Con las flores no podemos...

—¡Martina! Ni se te ocurra terminar esa frase.

La voz de Jimena, a mi espalda, hace callar a su amiga ipso facto, aunque el brillo pícaro de su mirada no desaparece. Me giro para mirarla y, como me pasa siempre que la veo, me quedo sin palabras. Una tímida sonrisa asoma a sus labios cuando nuestras miradas se cruzan.

—Perdón —articula en silencio mientras observa a su amiga de reojo.

Ya me he olvidado de Martina porque, para mí, cualquier cosa, a excepción de Jimena, ha desaparecido, tal y como me pasa desde el primer día. Tiene algo que me atrapa y me atrae como un imán. No sé si es su pelo, que hoy lleva suelto por primera vez desde que la conozco, si son sus ojos, su sonrisa o el conjunto completo. No sé lo que es, pero me tiene cautivado. Si es que esa es la palabra correcta.

«Agilipollado, así es como te tiene —me dijo Iván cuando me sometió al tercer grado después de verme salir, casi todos los días durante un mes, con la misma chica—. Y apollardado también, porque no me puedo creer que solo vayáis a pasear y a tomar helado como si tuvierais quince años».

Intenté explicarle que es mucho más que «ir a tomar helado», pero luego decidí dejarlo estar porque la realidad es que ni yo mismo puedo ponerle nombre a lo que me pasa con Jimena.

¿Me muero por tocarla? Más que a nada en el mundo.

¿Me muero por besarla? Desde que la vi por primera vez detrás de ese lienzo.

Pero también sé que es diferente. Ella es distinta. Para mí lo es. Con Jimena no valen las prisas ni los acelerones. Con ella es calma, tranquilidad y saber hacer las cosas bien.

Espero estar haciéndolo bien, aunque me piquen las manos cada vez que la tengo cerca. Como ahora.

Me acerco hasta ella y le entrego el ramo.

—Gracias. Me encantan. Son preciosas. —Entierra la cara en las flores y aspira con fuerza, cerrando los ojos. Me agacho y deposito un beso en su mejilla. Al notar el roce de mis labios en su piel, abre los ojos y me mira, con el rubor tiñendo sus pómulos. Me encanta que se ruborice, y eso pasa cada dos por tres.

Soy un cabrón, lo sé, pero desde que descubrí que le ocurre cada vez que me acerco demasiado o la rozo, no puedo parar de hacerlo.

—Hola, pelirroja.

—Hola.

Estamos tan cerca que nuestros alientos se mezclan. Su olor a fresa con mi olor a menta. Martina carraspea a nuestra espalda. Cuando la miramos, nos la encontramos sentada en una silla, con una pierna cruzada sobre la otra y un paquete de chucherías en la mano, que no tengo ni idea de dónde ha sacado.

—Por mí no os cortéis, ¿eh? Seguid a lo vuestro, por favor. Esto es mejor que el Sálvame y cualquier programa que echen ahora por la tele.

—Vámonos de aquí, antes de que haga o diga algo más por lo que tenga que cavar un hoyo y meterme dentro.

—Qué exagerada eres, por favor. Jamás diría nada que pudiera ridiculizarte.

Jimena la mira de reojo, pero guarda silencio. Introduce las flores rápido en un jarrón que encuentra en un armario y lo deja encima de la mesa. Me agarra del brazo y me lleva, casi a rastras, hasta la puerta. Coge un abrigo del perchero y se despide de su amiga con la mano, sin mirarla. Yo también le digo adiós y ella nos lanza besos mientras grita:

—¡Haced todo lo que yo haría! ¡Ya sabes a lo que me refiero, Piolín!

—¿«Piolín»?

—Sin comentarios.

Cierra de un portazo, aunque las risas de Martina suenan altas y claras. Llama al ascensor nerviosa, pulsando el botón de forma intermitente. No puedo dejar de observarla por el rabillo del ojo. Sé que está muerta de

vergüenza, pues la rojez de su rostro así lo demuestra, igual que los pequeños suspiros que suelta de vez en cuando. Por fin, el ascensor llega y, justo cuando entramos, la puerta de casa se abre y Martina asoma la cabeza por ella.

—Al final no me has dicho si te has puesto el conjunto de lencería sexy que te regalé o las bragas de algodón que te compras en el mercado.

Las puertas del ascensor se cierran antes de que Jimena pueda replicar. Sin poder aguantarme por más tiempo, rompo a reír a carcajadas, doblándome de la risa. Jimena se tapa la cara con las manos y suspira.

—Si alguna vez nos volvemos a ver, será en un sitio muy lejos de aquí. Un sitio público al que Martina jamás pueda acceder.

Quiero decirle que el condicional en esa frase sobra, porque no tengo ninguna intención de dejar de verla, pero sé que está demasiado avergonzada y no quiero empeorarlo, así que respiro hondo y me controlo justo cuando el ascensor llega a la planta baja.

Sin pensarlo, o tal vez porque me muero por hacerlo desde que la he visto, y ya hemos quedado en que soy un cabrón, la cojo de la mano, que está helada, y tiro de ella hacia el exterior. En vez de echar a andar calle abajo en dirección al metro, vamos hasta la Ducati que he dejado aparcada en la puerta. Ante su atónita mirada, saco los dos cascos de debajo del asiento y le tiendo el suyo.

—¿Has subido alguna vez en una?

Niega. Un subidón que no sé interpretar me recorre el cuerpo. Un gozo fuera de lo común por el simple hecho de saber que, conmigo, será la primera vez en algo.

—Creía que iríamos andando. O en metro, como siempre.

—Hoy es especial.

—¿Por qué?

Una vez que me aseguro de que lo tiene bien abrochado, subo y espero a que lo haga ella. No sabe dónde poner las manos, así que se las coloco alrededor de mi cintura. Nunca pensé que tener a una chica abrazada de esta manera pudiera llegar a gustarme tanto.

—No te sueltes, ¿vale? Sujétate fuerte. —Asiente y se ciñe más a mí—. Y hoy es especial porque quiero enseñarte una cosa que es importante para mí.

Aunque sé que se muere por preguntar, porque Jimena es así, controladora, con todo medido casi al milímetro, siempre sabiendo a dónde va o de dónde viene, no le doy opción. Arranco y me pierdo por las callas

iluminadas de la capital. Jimena se aprieta más y yo no puedo evitar acariciar sus manos en cada semáforo en que nos paramos. Las tiene más calientes que cuando hemos salido, pero siguen un poco frías.

Al llegar a nuestro destino, aparco la moto justo frente a la puerta. Coloco el caballete, bajo los pies y le indico que ya puede soltarse. La ayudo a quitarse el casco, me quito el mío y los guardo, todo bajo su atenta mirada. Abre la boca un par de veces para hablar, pero, antes de que pueda decir nada, le sonrío, le guiño un ojo y la empujo al interior de la galería.

A estas horas debería estar en clase, pero mi profesor ha conseguido que algunos alumnos exponamos nuestras fotografías en una pequeña galería de un amigo suyo. Es la primera vez que lo hago, y quiero compartirlo con además. No podría haber planeado una noche más perfecta.

Al principio, Jimena se muestra tímida y reservada. No he soltado su mano desde que hemos entrado. No sé si le molesta o no, pero como no ha dicho nada, pues yo tampoco. Le he presentado a mi profesor y a algunos de mis compañeros y amigos, incluidos Iván y Germán, que han venido a apoyarme, aunque esta noche únicamente exponga dos fotografías. Pero, como siempre, los tengo a mi lado.

Cuando verifico que nadie puede venir a molestarnos o interrumpirnos, conduzco a Jimena hasta el fondo de la sala, donde están mis fotografías. Al verlas, un brillo especial reluce en sus ojos.

—Dios mío, Héctor. Son increíbles. —Se suelta para acercarse a una de ellas y roza el contorno de la imagen con la punta de los dedos. Meto las manos en los bolsillos y me balanceo hacia delante y hacia atrás, nervioso. Más de lo que he estado en mi vida.

—¿Lo crees de verdad?

Se gira y me escruta con el ceño fruncido.

—¿Acaso tú no?

No espera mi contestación. Enfoca la siguiente foto; están una al lado de la otra, casi pegadas. En la primera, se ve el cuerpo de una mujer desnuda, de rodillas, con la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados, la boca ligeramente abierta y las palmas de las manos en los muslos. Está en blanco y negro, a excepción de los labios, que son de un color rojo intenso. En la siguiente, la que ahora acaricia Jimena, hay un hombre, también desnudo, inclinado hacia delante. Si juntamos las dos, se puede ver cómo la mujer está apoyada sobre el pecho de él y cómo este la besa en el hombro izquierdo. Están colocados de tal forma que sus atributos no llegan a verse, pero sí se

aprecia, por la posición de sus cuerpos y el reflejo de sus rostros, el éxtasis experimentado por ambos, cada uno en los brazos del otro.

Jimena deja de tocar la fotografía, pero no de mirarlas. No dice nada, solo se dedica a pasar de una a otra, a examinarlas de arriba abajo y vuelta a empezar. La dejo hacer, pero al cabo de unos minutos mi nerviosismo aumenta y ya no puedo más, así que me coloco a su lado. Me importa la opinión de mi madre, la de mi profesor, la de mis compañeros y la de mis amigos, pero la suya, reconozco, es la que más me importa de todas. Tengo la necesidad de que vea más de mí. La fotografía siempre ha estado conmigo, desde que mi madre me compró mi primera cámara cuando yo tenía solo diez años. Es lo que me hace ser yo mismo: poder observar la vida a través de un objetivo; la mía y las de los demás. Lo que te regala una imagen es algo mágico. Especial.

—Entonces, ¿qué te parecen? —Mi pregunta la pilla desprevenida, porque se sobresalta ligeramente, como si estuviera tan metida en las fotos que se hubiera olvidado de que estoy aquí.

—Son preciosas.

—¿A pesar de que sean unos desnudos? —Sé el pudor que a ella le producen este tipo de imágenes, tanto en fotos como en cuadros. El día que nos conocimos fue la prueba.

Menea la cabeza y deja aflorar esa sonrisa que, me he dado cuenta, pocas veces se permite regalar.

—Son los desnudos más bonitos y sensuales que he visto en mi vida.

—Vamos, tengo una sorpresa para ti.

Me mira extrañada. Ya he reparado en que a esta chica no le gustan mucho las sorpresas. Le pido que cierre los ojos y confíe en mí. Lo hace. Me sitúo detrás, con mis manos en su cintura, y la animo a andar. Estira los brazos, intentando tocar lo que tiene delante, pero yo los pego a su cuerpo.

—Te he dicho que confíes en mí. No voy a dejar que tropieces con nada —susurro contra su oreja. Un escalofrío la estremece y yo sonrío para mis adentros. Seguro que es el mismo cosquilleo que yo siento cada vez que la toco o la tengo cerca.

Llegamos hasta la zona más aislada de la galería y la oriento de cara a un lienzo. Yo lo habría puesto en el vestíbulo para que todo el mundo lo admirara nada más entrar, pero no tenía claro cómo reaccionaría Jimena cuando lo viera, y no quiero hacerla enfadar ni que se sienta incómoda.

Suelto sus manos para ponerlas, de nuevo, sobre su cintura. Tiene el

suéter un poco levantado, por lo que mi dedo índice se cuele por dentro, rozando su piel. Alza una mano y la coloca sobre la mía, deteniendo mi caricia.

«He ido demasiado lejos», me reprendo.

Hemos quedado en que Jimena es una chica que no quiere prisas, y una cosa es cogerla de la mano o darle un beso en la mejilla, pero rozarle así la piel... Voy a retirarme cuando noto que me aprieta, impidiendo que lo haga. Una sacudida de pura satisfacción me recorre entero. Ella aparta su mano, se desplaza un poco hacia atrás y apoya su espalda por completo en mi pecho. Muevo una de las manos hasta colocarla en su vientre, con la palma abierta. La otra, esa que rozaba su piel, continúa haciéndolo, solo que esta vez no cuele un dedo, sino tres.

Son tres los dedos que comienzan a rozarle la piel, que se le ha vuelto a poner de gallina. Miro alrededor, recordándome que estamos en una galería llena de gente, pero no tenemos a nadie cerca. Aunque, si lo pienso bien, si alguien nos viera ahora mismo, simplemente vería a una pareja abrazada frente a un cuadro, cuando, en realidad, es mucho más.

Acerco mi nariz a su cuello y aspiro con fuerza, embriagándome de ella. Un pequeño suspiro sale de su garganta y va directo a mi entrepierna. Está tan pegada a mí que lo nota, y ahora es un gemido el que escapa de sus labios entreabiertos. Retiro la mano un segundo de su vientre para poder apartarle la maraña de pelo rizado hacia un lado y aproximo mis labios a la vena que le papita en el cuello. Dejo en ella un pequeño beso y comienzo a descender hasta terminar en su clavícula.

—Héctor...

Busco sus ojos y veo que los sigue teniendo cerrados. No me acuerdo de qué hacemos aquí ni de lo que quería enseñarle. Solo puedo tocarla y mirar su cara, ver lo que mis caricias provocan en ella. Alejo las manos de su piel desnuda y busco sus dedos, que tiene cerrados en un puño. En cuanto me siente, abre los suyos y los agarra con fuerza, entrelazándolos. La mano que tengo en su vientre comienza un camino ascendente por su pecho hasta llegar a la garganta. La aprisiono con suavidad y empujo su cabeza hacia atrás, dejándola descansar sobre mi hombro. Beso sus párpados, primero uno y después el otro, sus mejillas y la comisura de su boca, que abre levemente, dejando escapar un suspiro junto con mi nombre.

—No quería hacerlo así. No tenía pensado besarte por primera vez en una galería llena de gente, pero me muero por hacerlo. Necesito hacerlo, Jimena.

Déjame besarte..., por favor.

Estoy suplicando, pero me importa una mierda. Sería capaz de ponerme de rodillas si con eso consigo, aunque sea, rozar mis labios con los suyos. Se gira para quedar de cara a mí y entonces abre los ojos. Los tiene brillantes, al igual que los labios. Coloca una mano en mi pecho, a la altura de mi corazón. Yo levanto la mía y la acomodo sobre su mejilla.

—No tienes ni idea de lo bonita que eres, pelirroja.

Una ligera sonrisa asoma a sus labios, que se humedece pasando la punta de la lengua por ellos. No sé si lo ha hecho adrede o si es tan dulce e inocente que lo hace sin darse cuenta. Pero yo sí lo hago. Todo se vuelve negro y en silencio; la música, la sala, incluso el cuadro que pintó de mí, desnudo, que está detrás de ella y que era su sorpresa de esta noche. Su obra, para que todo el mundo pueda contemplarla, no solamente yo. Porque sí, me quedé el cuadro, que, hasta hoy, descansaba en mi habitación.

Todo ha desaparecido. Y me parece perfecto. Ahora mismo, para mí, solo existen mis labios besando los suyos. Y eso hago.

Cierro los ojos y me acerco. Los rozo, primero de forma suave, disfrutando de su textura y de su sabor. Acostumbrándome a ellos. Pero la paciencia nunca ha sido una virtud que me caracterizara, y menos cuando se trata de Jimena. Así que me vuelvo loco. Ella me vuelve loco.

Acuno su rostro mientras me dejo empapar por todas las sensaciones que me provoca. Saco la lengua en busca de la suya, en un baile privado, solo nuestro. Jimena me rodea el cuello con sus delgados brazos y yo ciño su cintura para fundirme en ella, a ver si puedo conseguir que seamos uno solo. Mordemos, succionamos, lamemos y vuelta a empezar. Quiero apoyarla sobre la pared y seguir recorriendo su cuerpo entero. Con la boca, las manos y con todo lo que ella me permita. Pero primero debo parar. Quiero mirarla a la cara y asegurarme de que está bien.

Cuando lo hago, veo que está mejor que eso. Nuestros alientos se mezclan a la vez que nuestros jadeos y gemidos. Mi corazón retumba contra mi pecho al igual que contra mi cabeza.

Con el pulgar le rozo el labio inferior, un poco hinchado, y después se lo beso, muy despacio. Apoyo mi frente contra la suya y espero a que nuestras respiraciones se normalicen. Pero ella no.

—Vámonos, Héctor. Sácame de aquí.

La miro. Quiero preguntarle si está segura. Quiero decirle que no tenía nada de esto planeado. Que solo quería compartir con ella esta noche tan

importante para mí.

Quiero asegurarme de que está bien.

Pero hago lo que me pide.

No me despido de nadie. No le enseño su cuadro. Solo la cojo de la mano y salgo de ahí, rápido, sin perder un segundo. Saco los cascos y le tiendo el suyo. Sonrío y ella me devuelve la sonrisa. Vuelvo a besarla. Ha pasado demasiado tiempo. Es como una droga, y yo ya estoy enganchado. Al separarnos, apoyo mi frente contra la suya para poder tranquilizarme. Me da miedo conducir en este estado. Y me da aún más miedo cagarla. Sé que ha sido ella la que ha propuesto que nos marchemos, pero, aun así, no quiero estropearlo. No quiero asustarla.

Como si hubiera hablado en voz alta, deja el casco en el asiento y coge mi rostro entre sus manos. Me besa la punta de la nariz; una mejilla, después la otra; en un lado del cuello y después en el otro. Se aproxima al lóbulo de mi oreja y, tras morderlo suavemente, me susurra:

—Sí.

Una única palabra. Escueta. Pero que abarca muchas cosas.

Nos ponemos los cascos, nos subimos a la moto y conduzco, con Jimena pegada a mí, por las calles de Madrid en dirección a mi casa, para poder demostrarle, durante toda la noche, cómo de dentro se me ha metido.

Cómo ha conseguido poner mi mundo del revés.

Disfruto de la que será mi boda

Jimena

Un, dos, tres, calypso

Un, deux, trois, calypso

One, two, three, calypso

Te daré calypso

Un, dos, tres, calypso

Un, deux, trois, calypso

One, two, three, calypso

Te daré calypso

—Si acabo matando a mi vecina..., ¿vendrás a verme a la cárcel?

—No lo dudes. Y te pasaré tartas de chocolate de contrabando.

—No esperaba menos.

Me cojo la cabeza con las manos y maldigo en voz alta por octava vez en lo que llevamos de mañana. Estoy de mi vecina hasta. La adolescencia es una etapa dura y complicada, y está claro que ella la sobrelleva a base de canciones. El problema es que parece que solo hay una en su repertorio. La primera vez que la escuché, me hizo gracia. ¿Ahora? Le he cogido tanto asco a Luis Fonsi que si lo tengo delante soy capaz de escupirle. Y eso que el pobre no tiene ninguna culpa, pero es que la niña de las narices no para de poner esa canción una y otra vez, en bucle, y las paredes de este edificio parecen papel de fumar. Se oyen hasta los estornudos, por lo que tengo a Luis Fonsi conmigo en casa todo el día.

Martina, al otro lado de la pantalla, se descojona de mí porque ella es así: mala por naturaleza, y si tú lo pasas mal, ella lo pasa de puta madre. Le enseño el dedo corazón y me lanza un beso, importándole entre nada y muy poco mi «cabrero».

Lleva quince días en Nueva York y la echo muchísimo de menos, pero no se lo voy a decir. Nos hemos conectado por Skype porque la necesito.

Estoy eligiendo mi vestido de novia y ella es la única sensata que me puede ayudar, aunque parezca increíble. A mi madre ni se lo pregunto. Si por ella fuera, llevaría un vestido como el de Lady Di el día de su boda, y si se lo consulto a mis hermanas, apostarían por el «menos es más»; es decir, que me

dan un miedo que te cagas y prefiero que ni opinen.

Así que solo me queda recurrir a Martina. Lo malo es que hemos tenido que citarnos un domingo porque mis horarios entre semana son horribles y porque hasta ayer por la noche no tenía todos los vestidos conmigo. Podría haber ido a las tiendas e ir probándomelos mientras hablábamos por videollamada del WhatsApp, pero así es más cómodo.

Los vestidos están preparados detrás de mí y ella está lista con su arsenal de cochinadas varias: golosinas, chocolate, patatas y Fanta de naranja. Si no se ha muerto ya de un paro cardíaco por toda la porquería que come, no creo que lo haga.

—Bueno, ¿empezamos? Estoy ansiosa.

—¿Te estás cachondeando de mí?

—Chica, qué mala fama tengo. Lo digo en serio. Yo ya estoy lista. Dispara.

La miro a los ojos, esos que aprendí a interpretar sin necesidad de palabras hace tanto tiempo, pero no me transmiten nada. Todo lo que me dijo en el aeropuerto ese día se repite en mi cabeza sin parar —aunque me esfuerce por que no sea así—, a pesar de que Martina no ha vuelto a mencionarlo. Al contrario. Me apoya y me aconseja en todas las cuestiones que le he ido comentando, dándome su punto de vista y limitándose a opinar sobre lo que le pregunto.

Mastica un regaliz rojo y se recuesta en la silla, más que lista para que empiece el show.

—Oye, me sabe fatal tenerte despierta a estas horas. ¿Seguro que no te dormirás mientras muevo las caderas delante del ordenador para ti?

—Es una posibilidad, no te voy a mentir. Y vendría con babilla incluida. Pero tengo preparado suficiente azúcar como para que eso no pase.

Aunque aquí son las once de la mañana, en Nueva York hay seis horas menos, así que son las cinco. A mí me despierta a esa hora para enseñarme vestidos y le retiro la palabra. Pero Martina dice que está acostumbrada a trabajar por la noche y dormir por el día, como los vampiros. Por lo visto, por las noches se concentra mejor. Por el día hay más ruido y le cuesta más. Ahora está con la ilustración de un libro infantil y lleva toda la semana trabajando de madrugada, así que no se pensó demasiado proponerme esta hora para quedar. Además, contamos con que mis hermanas están de resaca. Quedar con ellas a esta hora era impensable, y eso se traduce en una cosa: no pueden interrumpir nuestra fiesta. Por lo menos, hasta que la decisión esté

tomada y solo puedan corroborarla. ¿Conclusión? Solución perfecta.

No insisto más y cojo el primer vestido.

Creo que lo único que tengo claro de mi boda es que voy a casarme por lo civil, aunque corra el riesgo de que a mi madre le dé un infarto. Al principio, a Guillermo tampoco le hacía mucha gracia. No sé si porque es más católico de lo que me imaginaba o porque enfrentarse al ogro de su madre lo aterra. Ni lo sé ni me importa, pero ya cedo bastante con el hecho de casarme de nuevo cuando, desde luego, no entraba en mis planes, así que hacerlo por la iglesia menos todavía.

Guillermo intentó jugar la carta del prometido «dolido» por lo que había pasado en mi cumpleaños, pero debió de ver algo en mi cara que lo hizo reaccionar y recular.

En cuanto tuve ocasión, salí durante un par de días de tiendas por Madrid buscando el vestido con el que sentirme más cómoda. Más yo. Pasando de todas esas *boutiques* con vestidos pomposos y extravagantes que solo me harían sentir que voy disfrazada. Los compré uno a uno y me los traje a casa, con la opción de poder devolver los que no me quedara.

—¡Me aburro! —grita Martina por los altavoces, con la boca llena de patatas. Me subo la cremallera del vestido como puedo y me planto frente a la pantalla—. Súbela un poco, que no te veo bien las tetas.

Voy a la estantería, cojo un libro cualquiera y lo coloco bajo el portátil.

—¿Ahora?

—Perfecto.

Se limpia la boca con la manga del pijama, bebe un trago de su bebida anaranjada y se centra en mí. Doy una vuelta sobre mí misma y me detengo en la espalda, que está parcialmente al aire. Es un traje en color crudo, sencillo por delante y, para mí, espectacular por detrás. Cae justo a la altura de las rodillas, en una falda de tul con mucho vuelo. El escote es en forma de corazón, sin mangas, y se recoge detrás con dos lazos situados en la parte baja de la espalda.

Miro a mi amiga y veo que tiene los ojos abiertos de par en par y una sonrisa dibujada en su rostro. No hace falta que diga nada para que sepa lo que piensa, pero aun así lo hace:

—Este.

Me río y meneo la cabeza. La verdad es que, de todos, es el que más me gusta. Me enamoré de él en cuanto lo vi, por eso es el primero que me he probado. Sabía que también sería el favorito de Martina.

—Pero no has visto el resto.

—Me da igual, ni falta que me hace. Estás maravillosa. Es perfecto.

—Pero es que tú me verías guapa con cualquier cosa.

—Eso no es verdad. Cada vez que me acuerdo de ti con aquel disfraz de pollo amarillo, me *desorino* viva.

—Eres una ordinaria.

—Ese es mi segundo nombre. —Sonríe enseñando todos los dientes y se mete un osito de gominola en la boca. Pongo los ojos en blanco y, pasando de ella, me pruebo el resto de los vestidos. Total, son cuatro más, tampoco me cuesta nada.

Se ríe cuando me ve con el segundo. Se ríe tanto, de hecho, que tiene que levantarse a por papel y sonarse. Es un vestido semilargo, con transparencias en el pecho, escote palabra de honor y una cinta roja en la cintura.

—Solo por ver la cara de tu madre cuando aparezcas con las tetas fuera, merece la pena que te lo pongas.

—¡No llevo las tetas fuera!

—Pero si te veo el pezón desde aquí.

Lanzo una bolita de papel a la pantalla, haciendo que mi amiga se ría más todavía, y voy hasta el espejo de cuerpo entero que tengo en el pasillo. Cuando vi este vestido en la tienda, me pareció muy bonito. Pero lo vi en una percha. Ahora que lo llevo puesto, está claro que no es para mí. Mi pezón derecho está erguido, saludando al personal. La cara de horror de mi madre aparece en mi mente y no puedo evitar reírme yo también.

—¡Se me ven los pezones!

—¡Te lo estoy diciendo!

No sé cuántas burradas más salen por la boca de Martina. Me pide, haciendo pucheros y de rodillas, que me lo quede y que, si no quiero casarme con él, me lo ponga para la cena de Nochebuena. La idea me tienta, pero solo porque mi amiga siempre me ha llevado por el lado perverso de la vida. Cuando conseguimos tranquilizarnos, me desvisto y paso al siguiente.

—Sigo pensando que deberías ponerte el de los pezones. Dios, a Esther le daría tal chungo que solo por eso la boda merece la pena.

—Aunque me apasione sacar de quicio a mi madre, porque ella me saca de quicio a mí continuamente, y porque estoy cansada de buscar una aprobación que no llega jamás por mucho que me empeñe, no me apetece llevar las tetas al aire. Aún no he llegado a ese nivel.

—Deberías. Al final, tanta sujeción no es buena. Te lo digo yo.

Dejo de hablar de mi madre y me pruebo todos los vestidos una vez. Después, los dos ganadores unas veinte veces más. Intento bailar, saltar, sentarme, levantarme, agacharme y, por último, correr por el pasillo.

—¿Correr? ¿Para qué voy a correr con mi vestido de novia?

—Nunca se sabe —dice, encogiéndose de hombros—, pero todo puede pasar. Así que dale, corre y me cuentas.

—Martina.

—¿Qué?

—Te conozco como si te hubiera parido, y esta es tu «sutil forma» —le digo, haciendo el entrecomillado con los dedos— de decirme: «Por si cuando llegues te arrepientes, das media vuelta y sales corriendo por donde has venido. Por eso tienes que saber si el vestido es bueno para ese fin».

—Me duele que pienses así de mí. Te lo digo porque imagínate que aparece una abeja y te quiere picar. Saldrías corriendo, ¿no?

Suspiro y me froto la cara con desesperación mientras ella me hace gestos para que empiece a correr. Ahora no me apetece discutir, así que obedezco; corro por el pequeño pasillo de mi casa y la dejo contenta cuando le garantizo que la abeja, con este vestido, no me puede alcanzar.

—Oye, ¿no crees que es demasiado pronto para mirar ya los trajes?

—Es tu única tarea respecto a la boda, ¿no?

Recuerdo mi conversación con Guillermo el día de mi cumpleaños, en este mismo comedor, cuando le dije que sí, que me casaría con él, pero con dos condiciones: que lo haríamos por lo civil y que yo no me encargaría de nada. Puede parecer un poco inmaduro por mi parte y algo atípico, porque, normalmente, somos nosotras las que nos morimos por pisar el altar y por ocuparnos hasta del último detalle. Pero yo hace tiempo que dejé de ser como las demás mujeres o, por lo menos, como se esperaba que fuera.

—Sí.

—Pues ale, no estás haciendo nada malo ni nada raro. Te has comprado cinco vestidos y tenemos que devolver cuatro. Punto pelota.

A practicidad, nadie gana a esta chica. Aparco mis inseguridades y comidas de olla y sigo disfrutando.

Miro el reloj y veo que, con la tontería, llevamos más de dos horas conectadas. Justo cuando me voy a quitar el vestido ganador, que, como no podía ser de otra manera, es el primero, mis hermanas irrumpen en mi casa como si el mismísimo huracán Katrina hubiese hecho acto de presencia. Después de mi cumpleaños y de que tuvieron que aporrear la puerta para que

les abriese, decidieron hacer una copia de las llaves a mis espaldas.

—¡¡Me encanta!! —chillan las dos a la vez en cuanto entran en el comedor y me ven. Tiran al suelo los bolsos y chaquetas y corren a estudiarme más de cerca.

En cuanto reparan en Martina y en el arsenal de comida que tiene, deciden que también quieren uno. Como si estuvieran sincronizadas y se comunicaran con la mente, Olivia se marcha a la tienda de la esquina a por provisiones mientras Lucía prepara, en un abrir y cerrar de ojos, un tocador en mi sala de estar. Como si del mismísimo bolso de Mary Poppins se tratara, empieza a sacar maquillaje, barras de labios, brochas, cepillos, horquillas y hasta un secador. Cuando Olivia llega, cargada con tantas guarrerías que si nos viera un dentista, lloraría de pena, se coloca detrás de mí, junto a mi otra hermana y de cara a mi amiga, para hacerme varias pruebas en el pelo. Me dejo hacer, muerta de la risa y feliz. Con ellas tres esto siempre es así: un caos perfecto.

Opino lo justo y necesario porque me fío de ellas a ciegas. Como galletas Oreo cuando me lo permiten, porque si me muevo pierden el hilo. Martina aprovecha los ratos muertos para enseñarnos sus últimos dibujos y para dormir un rato. Sus ronquidos son prueba de ello. Luke se une casi al final, aportando su visión masculina al asunto. Aunque tiene los ojos tan cerrados que no sé si confiar mucho en su palabra. Voy al baño en un par de ocasiones, casi llorando e implorando, porque la vejiga me va a explotar. Contesto los mensajes de Guillermo que me llegan al móvil, prohibiéndole hoy la entrada a mi casa.

Pero lo mejor es que me olvido de todo y, por primera vez desde que llevo este anillo en el dedo anular, disfruto de la que será mi boda.

No seré capaz de cerrar lo anterior

Héctor

Un, dos, tres, calypso

Un, deux, trois, calypso

One, two, three, calypso

Te daré calypso

Un, dos, tres, calypso

Un, deux, trois, calypso

One, two, three, calypso

Te daré calypso

Estoy de la canción hasta las mismas narices. Llevo escuchándola en bucle casi media hora y estoy por tirarle un bote de Coca-Cola por encima a la cadena de música a ver si se jode el circuito y se para.

Levanto la vista de mi botella de cerveza y busco a Iván, que está limpiando el pub de forma tan exhaustiva que se podría comer en el suelo. Se supone que he venido a echarle una mano, pero la realidad es que me moría de asco en casa y necesitaba salir y despejarme, y he terminado aquí, como siempre. Este lugar se ha convertido tantas veces en mi escape y mi refugio que he perdido la cuenta.

—¡Iván, por favor, quita ya esta canción o me echaré a llorar! ¡Y lo haré sobre tu hombro! —grita Adriana, la camarera que trabaja aquí desde antes de que yo llegara, y de eso hace ya unos años. Vino con la idea de sacarse un dinero extra y se quedó para siempre. Bajo esa fachada de chica dura, con *piercings* en el rostro y tatuajes hasta en las orejas, se esconde una de las mujeres más dulces que conozco. Muchos clientes vienen solo por ella, y ha ayudado a Iván a dar una limpieza de cara tan grande a este local que él le ha propuesto varias veces convertirse en socios, porque considera que es tanto suyo como de ella. Pero Adriana afirma que prefiere andar descalza sobre una cama de espinas antes que tener su propio negocio.

—Pero ¿por qué? Si esta canción es genial.

—Es genial la primera vez. A la octava, la idea de perforarme los tímpanos es más que atractiva.

—Héctor, tío, di algo —me pide mi amigo con los brazos abiertos y cara

de pena. Podría colar, pero no es el caso.

—Se me ha pasado por la cabeza la idea de romperme este botellín en la cabeza solo para que sangre y así tener una excusa para irme de aquí.

—Me llevarías contigo, ¿verdad? —me pregunta Adriana.

—Alguien tiene que hacer presión en la herida y parar la hemorragia. Ya sabes que no soporto ver sangre.

Adriana me da las gracias, sonrío y asiente, como si lo que estamos hablando tuviera algún sentido y, lo más importante, fuera a suceder de verdad.

—Sois idiotas. Los dos. Por eso os lleváis tan bien, porque sois el presidente y la vicepresidenta de Idiotilandia. —Iván resopla, pone los ojos en blanco y apaga la música, dejando el local en silencio.

Ambos nos giramos a mirarlo, pero él solo nos hace un corte de mangas y se da la vuelta para seguir con lo suyo. Adriana se ríe por lo bajo, me guiña un ojo y vuelve a los vasos; sacarlos del lavavajillas, secarlos y meter otros dentro.

Mi móvil comienza a sonar y a vibrar en mi bolsillo. Lo saco y me quedo mirando la pantalla fijamente, preguntándome quién puede ser. Un número largo y extraño aparece en él, como si me llamaran desde el extranjero, pero no sé exactamente de dónde. Por señas, le digo a Adriana que voy a salir a atender la llamada.

—¿Sí? —pregunto, una vez fuera.

—Héctor, ¿eres tú? —Una voz masculina, alta y grave, me contesta desde el otro lado.

Avanzo un par de pasos hasta sentarme en el bordillo de la acera.

—Sí. ¿Con quién hablo?

—¿Qué pasa, que ya me has olvidado? No sé si sentirme ofendido, esperaba un poco más de ti.

Una lucecita se enciende en mi cabeza y una cara y un nombre emergen en ella, al igual que una sonrisa en mis labios al reconocer con quién estoy hablando.

—¡Profesor Álvarez! ¿Es usted de verdad?

—Creo que ya hace tiempo que dejé de ser tu profesor, muchacho. Y creía que teníamos la suficiente confianza como para tutearnos.

Todo lo que soy y todo lo que sé se lo debo a este hombre. Me matriculé en clases de fotografía con una edad más avanzada que el resto de mis compañeros; no es que me considerara viejo, únicamente tenía veintitrés

años, pero muchos de los que estaban allí acababan de cumplir la mayoría de edad, por lo que me sentía un poco desubicado.

Desde que tengo uso de razón siempre me he visto con una cámara en la mano, captando con ella todo lo que me parecía interesante: personas, objetos, paisajes... Cualquier cosa que atrajera mínimamente mi atención, la fotografiaba. Pero nunca decidí dedicarme en serio a ello. Era un *hobbie* y, además, estaba mi madre, que se mataba a trabajar catorce horas seguidas en aquella cafetería para sacarnos a los dos adelante. Yo solo quería estudiar algo que el día de mañana me pudiera reportar un trabajo seguro y una estabilidad económica. Eso es precisamente lo que estudié: económicas. Se me daban bien los números y no me molestaba estar detrás de un escritorio.

Pero odiaba la carrera, con todas mis fuerzas. Aunque nunca lo confesé en voz alta.

Un día, en una exposición de arte, me encontré al profesor Álvarez. O él me encontró a mí. Mientras los demás admiraban los cuadros y esculturas que allí había, yo los admiraba a ellos. Y lo hacía a través de mi lente. Me encantaba inmortalizar las expresiones de la gente en actos cotidianos: un grupo de amigos charlando en una cafetería, una pareja paseando de la mano, un niño jugando con su perro en el parque, un grupo de chicas en la cola de algún concierto... Mil y una situaciones. Todas iguales pero, a la vez, tan diferentes.

En ese caso en concreto quería captar la reacción de la gente al contemplar un cuadro abstracto y complejo, pero, sobre todo, quería captar la del artista esperando el veredicto del público; cómo intentaba controlar los nervios metiendo las manos en los bolsillos del pantalón, tocándose sin parar el nudo de la corbata, pasándose los dedos por el pelo o bebiendo hasta dejar el bar sin existencias.

—Me encantaría ver todas las fotografías que has tomado esta noche — comentó una voz a mi espalda justo cuando fotografiaba a una pareja frunciendo el ceño ante un cuadro con una única mancha negra en el centro.

El susto que me dio fue para haberlo grabado. Me faltó poco para pegarle un puñetazo. Pero él, lejos de ofenderse o asustarse, se echó a reír. A los treinta segundos, me di cuenta de que tenía una de esas risas contagiosas. De las que, cuando empiezan, arrastran a quienes están a su alrededor.

Entre risas, me invitó a una copa en la barra y se presentó como profesor de fotografía. Me habló de su máster, de lo que estudiaban allí, de las exposiciones que preparaban sus alumnos y de las prácticas. De todo lo que

sabía que me apasionaba, aunque yo no le hubiese comentado nada.

—Es fácil conocerte, Héctor. Solo hay que ver tu cara cuando estás haciendo una foto. Me atrevería a decir que es el único momento en el que consigues ser tú mismo. Y eso es lo que me ha llamado la atención de ti —me dijo cuando le pregunté por qué llevábamos más de una hora hablando sobre matricularme en su clase—. No voy a contarte más cosas, porque quiero que las pruebes. Ven a una clase. O cinco minutos. Con cinco minutos tengo de sobra.

El broche de oro fue que tuvieran horario nocturno, perfecto para todos esos pringados que teníamos que trabajar.

Mi madre me animó, yo me animé a mí mismo, y terminé cursando sus clases. Me acogió bajo su ala, como su protegido, y me enseñó a amar, aún más, la fotografía.

—Hay costumbres que cuesta mucho eliminar —le digo sonriendo, de vuelta ya al presente, con él al otro lado de la línea—. Pero dime, profesor. ¿A qué debo tu llamada?

—Quería proponerte una cosa.

—Directo al grano.

—Ya sabes que nunca me ha gustado dar rodeos.

—Puedes proponerme lo que quieras. Pero te digo ya que, si es indecente, acepto.

—Veo que hay cosas que no cambian, muchacho. Como tu descarado y tu labia.

—¿Para qué cambiar algo que funciona?

Su risa me llega a través del teléfono.

—Entonces vayamos al grano, que ahora eres tú quien me está obligando a dar rodeos. Me jubilo, Héctor.

—¿Estás seguro? Si eres un chaval.

Se ríe con ganas. Probablemente porque cree que se lo digo de coña, pero lo digo totalmente en serio. ¿Tan mayor es este hombre como para tener que jubilarse? En realidad, jamás le pregunté su edad, no era algo que necesitara saber.

—Segurísimo. Y tengo demasiadas ganas. Hay muchas cosas que quiero hacer y muchos sitios que deseo visitar, así que no veo el momento de hacerlo.

—¿Y me has llamado con la idea de que te acompañe en esos viajes?

—Ya te gustaría, pero no. Para eso ya tengo mejor compañía que tú,

gracias a Dios. Te llamo porque quiero que me sustituyas.

—¿Sustituírte? ¿Dónde?

—Quiero que ocupes mi puesto, Héctor. Quiero que seas profesor.

Sus palabras me pillan por sorpresa. ¿Profesor? Me quedo callado porque no sé qué decir. Oigo un ruido de puertas que se abren y se cierran, al profesor diciéndole algo a alguien en otro idioma, creo que es francés, y después, silencio. Cuando vuelve a tomar la palabra, lo hace en un tono más serio y tranquilo.

—Mira, Héctor. Sé que nunca te habías planteado la posibilidad de dar clases. No todo el mundo sirve para esto, pero tú, sí. Sientes un amor tan fuerte hacia lo que haces que cualquiera que te conociera se enamoraría de ello al oírte hablar o al verte trabajar. Tienes mucho que enseñar, y hay un grupo muy grande de chavales ahí fuera que deben aprender de ti. Sé que tienes demasiado talento como para no seguir enseñándoselo al mundo, pero eso no cambiará. Seguirás exponiendo, trabajando con las revistas que quieras y haciendo lo que te gusta, pero a ratos enseñarás a otros cómo pueden lograrlo ellos también. Tengo muchos amigos aquí en París que están dispuestos a trabajar contigo. Les he mostrado algunas obras tuyas y, como no podía ser de otra manera, están alucinados; además...

—Para un momento, profesor. —Lo interrumpo, porque una palabra ha resonado por encima de todas las demás. Una palabra que me ha hecho despertar de golpe y darme de bruces contra un muro. Antes de llevarme las manos a la cabeza, necesito saber si he escuchado bien o si es producto de mi imaginación—. ¿He oído París?

—¡Sí! Perdona. El trabajo es aquí. Como te he dicho, sé que colaboras con varias revistas y que expones en galerías ahí en Madrid, pero eso podrás seguir haciéndolo. Todo se puede combinar. Lo que te propongo es ampliarte. Sé que siempre te ha gustado París, y ya sabes que aquí se respira arte en cada calle, cada monumento e, incluso, en cada cafetería. Es una ciudad única y especial que estoy seguro de que te enamorará, igual que ha hecho conmigo.

Agustín sigue hablando. Yo capto algunas de las cosas que dice, pero la realidad es que mi cabeza está muy lejos de aquí. Solo puedo pensar en una única palabra: París.

¿De verdad? ¿No hay más ciudades en el mundo? ¿París?

¿Esto es una broma que el destino me tiene preparada? ¿Es alguna especie de reto?

Entierro la cabeza hasta dejarla encajada entre mis piernas abiertas. El profesor tiene razón en una cosa. Claro que me gusta París. Adoro París. Creo que es la ciudad que más me gusta del mundo. Aunque jamás haya llegado a estar en ella para confirmarlo.

—Muchacho, ¿me estás escuchando?

Por cómo me lo pregunta, que lleva un rato hablándome y no le estoy haciendo ni caso. Borro cualquier idea o pensamiento que me venga a la cabeza y me centro en la conversación.

—Sí, claro. Solo estaba digiriendo todo esto.

—Sé que no te esperabas mi llamada, y menos un domingo por la mañana, pero en cuanto me preguntaron si conocía a alguien que pudiera sustituirme, ni lo dudé. Tú eres esa persona, y sé que eres capaz.

—Siempre has tenido demasiada fe en mí.

—Y tú, muy poca.

—No es eso, es que... ¿París? ¿Francia? Pero si no hablo ni una palabra en francés, Agustín. ¿Cómo voy a dar clases?

—Por eso no tienes que preocuparte. Me jubilo en junio. Terminaría este curso contigo. Lo impartiríamos juntos. Lo tengo todo arreglado para que aprendas el idioma tan rápido que, cuando llegue septiembre, todos crean que eres nativo.

—Sí que lo tienes bien pensado.

—Ya sabes que soy un hombre previsor. Además, cuando sé que estoy tomando la decisión correcta, ¿para qué esperar al último momento para atarlo todo?

Su fe en mí es abrumadora, aunque tampoco sé por qué me sorprende; siempre ha sido así.

París.

Profesor.

Nunca me hubiera imaginado a mí ejerciendo esa profesión, y mucho menos en esa ciudad, pero escuchar los halagos de Agustín hace que aceptar con los ojos cerrados sea la única opción válida en esta locura.

Pero no puedo hacerlo. No puedo decir que sí e irme de aquí, dejarlo todo y marcharme para empezar de cero. Solo. La idea me aterra, y se lo hago saber. El profesor no hace sino reírse, como cabía esperar.

—¿Quién dijo que las buenas decisiones son las más fáciles? Si fuera así, la vida resultaría demasiado aburrida, ¿no crees?

Asiento, aunque no pueda verme.

—Mira, Héctor. Vamos a hacer una cosa: piénsalo. Medítalo con la almohada y, sobre todo, háblalo con Jimena. Ella también tiene algo que decir, ya lo sé. Pero si sigue queriéndote y apoyándote como la última vez que la vi, sé que mañana mismo os tengo aquí.

Escuchar su nombre, y oírlo hablar de nosotros como pareja, como matrimonio, es igual que si me clavaran un puñal en el corazón. Suena muy melodramático, pero es como me siento. Noto los ojos cansados y, de repente, me duelen la cabeza y el pecho. Tengo la boca pastosa y un nudo en la garganta que me impide sacar al profesor de su error, decirle que se equivoca y que esta decisión es solo mía porque la que una vez fue mi mujer ya no está a mi lado.

—¿Cuándo tengo que darte una respuesta? —logro preguntar tras mucho esfuerzo.

—El martes, como muy tarde, necesito decirles algo.

—De acuerdo. Mañana mismo te llamo.

—No te vas a arrepentir, muchacho.

—No te he dicho que sí.

—No has dicho que no.

Tras esto último, cuelga. Me quedo con el teléfono pegado a la oreja un buen rato. Cuando soy consciente de que puedo parecer raro a ojos de cualquier transeúnte, lo guardo y me levanto.

Sin volver a entrar en el *pub* ni avisar a Iván de que me he ido, echo a andar sin rumbo fijo, solo rumiando la conversación que acabo de mantener con Agustín. Empezando por lo último que ha dicho y terminando por lo primero. Una y otra vez, como si hubiera entrado en un bucle y no supiera cómo cojones salir.

Cuando llego a casa, después de más de tres horas dando vueltas, con las piernas doloridas y el estómago vacío, me desplomo en el sofá y me basta mirar al frente para olvidarme de todos los pros y contras que he estado analizando en busca de una respuesta.

Contemplar el cuadro que me hizo Jimena aquella primera vez es la señal que me hace falta para saber que salir de esta casa, alejarme de esta ciudad y guardar de una vez todos los recuerdos que aún conservo de nosotros dos es lo que necesito para empezar desde cero.

Si no me marcho a París, no seré capaz de seguir adelante con mi vida. Si no empiezo de nuevo, no seré capaz de cerrar lo anterior.

We are freaks

Héctor

Septiembre de 2012

—Me encanta la idea de tenerte aquí, entre mis sábanas, todo el fin de semana, pero tenemos que irnos, así que tápate ese culo que me está tentando y vámonos. —Le doy un mordisco en una nalga, haciéndola chillar, y la cubro con la sábana antes de levantarme y encerrarme en el baño. Primero porque, como le he dicho, tenemos prisa. Segundo porque, si me quedo un rato más en esa cama, me lanzaré de nuevo sobre ella como un depredador cazando a su presa.

Madre mía. Si alguien fuera capaz de leer mi mente ahora mismo podría pensar que soy un hombre de las cavernas o un obseso sexual. La verdad, creo que soy un mix de ambas cosas. Pero, joder, con Jimena no sé comportarme de otra manera.

Me vuelve loco.

En todos los sentidos.

Jamás, en toda mi vida, me habría imaginado enamorarme de esta manera. No es que no creyese en el amor, o que pensase que el amor está hecho solo para unos pocos y yo no pertenezco a ellos. ¡Qué cojones! Claro que está hecho para mí. Y tiene nombre propio: Jimena.

Abro el grifo de la ducha, regulo la temperatura y entro en ella. Está más bien fría, pero es lo que necesito. Aunque estemos en septiembre, en Madrid sigue haciendo un calor de mil demonios, y si no te duchas unas cuarenta veces al día, corres el riesgo de entrar en combustión espontánea. Pero también está el tema de que Jimena me pone como una moto y que, mientras estoy con ella o pienso en ella, ando empalmado, y esto hay que bajarlo de alguna manera. Sobre todo si te estás preparando para visitar a tu madre y presentarle a tu chica.

La puerta del baño se abre y, en menos de lo que me lleva a mí pestañear, la causante de todos mis males aparece tras la cortina. Me sonrío pícaro, con ese brillo en los ojos que la hace tan especial, las pecas alrededor de su nariz respingona, el pelo revuelto como si fuera una leona, y mordiéndose la

uña del dedo meñique en una actitud tan sexy y descarada que, sin pensármelo ni un momento, estiro el brazo para atrapar su muñeca y meterla conmigo bajo el agua.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Esto está congelado! —grita, apartándose del chorro y empotrándonos a los dos contra la pared de azulejos que hay justo enfrente. La estrecho por la cintura, pegándola a mí, hundiendo la nariz en su pelo y ocultando las carcajadas que su chillido me ha provocado.

—Para que veas lo que tengo que sufrir para poder salir de esta casa en condiciones.

—Ahora será culpa mía que estés como una cabra y te duches con agua congelada.

—Está solo un poco fría, y sí, tú eres la única culpable. Si no, dime, ¿de quién es la culpa de esto?

Aprieto mi erección contra su vientre, lo que la hace gemir y olvidarse de la temperatura del agua. Coloco un dedo bajo su barbilla y levanto su cabeza para poder mirarla. Acercó mis labios a los suyos para saborearlos como a mí me gusta. No tarda ni medio segundo en responderme, y cuando quiero darme cuenta, tengo su pierna alrededor de mi cintura, mi polla dentro de ella, y estamos gritando tan alto que no comprendo cómo no vienen los vecinos a protestar.

Después de saciar nuestra hambre, en todos los sentidos, y de terminar de arreglarnos, salimos de casa cogidos de la mano en dirección al garaje donde tengo guardada la moto. Esta es una de esas cosas que no sabía que me gustaría tanto hacer hasta que ella llegó: caminar de la mano por la calle. Parece una gilipollez, y tal vez lo sea, pero a mí me encanta. Así como tirar de ella cada dos pasos para arrancarle una risa y más de un beso.

No me extraña que llegemos tarde a todos los sitios, pero me importa una mierda. Y lo dice el tío al que sus amigos llamaban «el rey de la puntualidad».

—¿Me vas a decir a dónde vamos?

Le tiendo el casco, pero me mira haciendo pucheros y al final se lo abrocho. Ella sabe de sobra hacerlo, pero le encanta que lo haga yo, y a mí me encanta hacerlo.

—No. —Le doy un beso en la punta de la nariz justo antes de ponerme el mío. Refunfuña; aunque ha cambiado muchísimo en este año que llevamos juntos y ha aprendido a soltarse un poco y a no tenerlo todo controlado al milímetro, hay cosas que aún le cuestan, y sé que eso de no saber a dónde va

ni cuándo volverá la está volviendo loca.

Pero así es la vida. Ella me vuelve loco a cada segundo del día y no me quejo.

Cruzo todo Madrid hasta dejar atrás la ciudad. A Jimena ya no le da miedo la moto. Ha aprendido a amarla tanto como yo, aunque sigue agarrándose a mi cintura como si su vida dependiera de ello.

Dejamos atrás pueblos y más pueblos. Conduzco sin parar ni una sola vez. Ella sabe que, si está cansada, solo tiene que darme un golpecito en el hombro y me detendré en el primer sitio que encuentre. Como no lo hace, continúo hasta llegar a mi destino: una pequeña casa de pueblo, tan vieja que, cada vez que vengo, se me parte un poquito el alma por no poder arreglarla como se merece. Pero ella es tan feliz ahí dentro que he dejado de pensar en ello. Que no me guste a mí no significa que mi madre no la adore.

En cuanto freno la moto y Jimena baja de ella, se planta delante de mí con los brazos en jarras y una expresión de enfado en la cara. Bueno, intenta que sea de enfado, pero a mí me parece adorable, así que no puedo ocultar la sonrisa.

—No te rías. ¿Me has traído a conocer a tu madre?

Coloco el caballete, bajo de la moto, me quito el casco y le quito a ella el suyo. Los dejo sobre el asiento, me apoyo en él y arrastro a mi pelirroja hasta que queda tan pegada a mí que no cabría ni un mísero folio entre nosotros.

—Venga, pequeña. Quiero que conozcas a mi madre, ya lo sabes.

—Y te dije que lo haría, Héctor. Pero no así.

—Llevamos un año juntos y no me has acompañado ni siquiera una vez.

—Porque no he podido.

—No, porque no has querido. Y lo entiendo, de verdad.

Va a abrir la boca para decir algo, pero soy más rápido y poso mis labios sobre los suyos para hacerla callar. No quiero que diga nada. No quiero que tenga que volver a justificar el hecho de que la aterran las relaciones serias, cuando lo que de verdad le pasa es que le da tanto miedo decepcionar y no ser correspondida que se esconde en su pequeño caparazón, que solo deja traspasar a muy pocas personas. Sé que todo esto es por culpa de su madre, por esforzarse siempre en estar a su altura y nunca conseguirlo, pero ahora no quiero pensar en eso.

—Me encantas. Estoy tan enamorado de ti que hasta tu mala leche me gusta. Adoro tu sonrisa, tu manía de tenerlo casi todo organizado, tu pasión

por tu trabajo, tu abstracción cuando tienes un libro entre las manos y puedes estar horas sin apartar la vista de él. Adoro tus ojos, tu nariz, tus pecas, tu boca, y me vuelve loco tu pelo. Me gusta todo de ti, y estoy tan orgulloso de cómo eres que necesito que mi madre conozca a la culpable de que tenga esta cara de gilipollas todo el tiempo.

Recorro con el índice su rostro para después centrarme en sus labios, primero el inferior y, después, el superior.

—Podría haberme arreglado más. Estoy hecha un desastre.

—Estás perfecta. No entiendo cómo aún no te ha quedado claro lo maravillosa que eres y que da igual cómo lleves el pelo, la ropa o si estás maquillada o las ojeras te llegan hasta los pies. Eres perfecta. ¿Entendido?

Asiente, aunque poco convencida. Intenta darme un beso, pero la rechazo. Me mira enfadada; al final suspira y asiente con más energía. Esta vez soy yo el que se acerca, y le como la boca, literalmente, antes de soltarla, dejándola jadeante y con las mejillas sonrosadas. Tiro de ella y entro en la casa que me vio crecer.

Como suponía, el encuentro transcurre a las mil maravillas. Pero ¿cómo iba a ser de otra forma? No hay nadie que no se enamore de ella en cuanto la conoce. Bueno, parece que sí hay una persona, y es su madre. Aún no la conozco, y tampoco tengo ganas. Con lo que me cuenta Jimena tengo suficiente. Además de que ya se encargó ella misma de revelar que no figuro en su lista de personas favoritas cuando se presentó una mañana en casa de su hija cargada con toda la artillería pesada para recriminarle la «mierda de vida», palabras textuales, que estaba adoptando desde hacía un tiempo, concretamente desde que, por lo que se había enterado, la compartía con un tío sin oficio ni beneficio, que se dedicaba a servir copas en un antro de mala muerte y a desnudarse delante de desconocidos, como si eso fuera digno de admirar. A punto estuve de salir de su habitación para enfrentarme a esa mujer, pero Martina llegó antes de que yo abriera la puerta e impidió que lo hiciera, como si hubiera leído mis pensamientos a través de las paredes que nos separaban.

—Te va a destrozar. Ese chico no comparte tu mundo. No es como tú —le decía ella, con calma. Igual que si hablara con una niña pequeña a la que le estuviera explicando lo esencial de la vida.

—¿Como yo? ¿Qué es exactamente ser como yo? ¿Vivir controlándolo todo? ¿No sonreír? ¿Tener programada hasta la hora en que debo ir a mear o cepillarme los dientes? ¿No disfrutar de las pequeñas cosas? ¿No

quedarme en casa tirada todo el fin de semana simplemente por el placer de hacerlo? ¿No comer palomitas tumbada en la cama o una tarrina de helado como cena? ¿Qué cojones significa ser como yo, mamá?

—Para empezar, no decir palabrotas a toda hora, que pareces una barriobajera. Y no pienso entrar en tu juego, Jimena. No pienso decirte lo que está bien o lo que está mal, porque tú lo sabes de sobra. Me he gastado mucho dinero y he invertido mucho tiempo de mi vida en hacerte como eres, y no lo vas a echar a perder por un tío que se cree que hacer fotos es una carrera.

—¡¿Pero tú te estás escuchando?! Márchate de aquí. Ahora mismo. No tengo nada que hablar contigo. Es mi vida. MI VIDA. Y tú hace mucho tiempo que dejaste de tener voz en ella.

Después de eso, se escuchó un portazo que hizo vibrar la casa entera.

Los brazos de Jimena rodeando mi cintura me devuelven al presente y sonrío como un idiota al verla ahí, tan bonita, entre las cuatro paredes que tanto significan para mí y junto a la otra persona a la que más quiero en este mundo.

Cuando la visita termina y ponemos rumbo a casa, decido por el camino que antes quiero parar en otro lugar. Como esta mañana, no le digo nada, me limito a conducir hasta allí con una idea nítida en la cabeza. El recuerdo de su madre me ha hecho recapacitar y, aunque sé que se lo digo mucho, necesito que lo tenga claro, y esta es la única forma que se me ocurre de que vea que esto, nosotros, es un sí.

Es un para siempre.

Llego al edificio y bajo de la moto. La ayudo, le quito el casco, me quito el mío y, después de darle un breve beso en los labios, saco el teléfono que guardo en el bolsillo trasero del pantalón. Busco el número en la agenda y marco. Al tercer tono, una voz alegre y cantarina me saluda.

—Casi me caigo del sofá cuando he visto tu nombre. Menos mal que me has llamado, porque solo te iba a dar una semana más de margen. A puntito estaba de llamar a los SWATS.

—Eres muy exagerada. Y esos son americanos.

—Para que veas lo preocupada que estaba por ti.

—Anda, dramas. Abre la puerta, que estoy en el estudio.

—¿Estás aquí?

—Si el estudio que tengo aquí delante sigue siendo tuyo, sí. Estoy justo en la puerta.

Un grito ensordecedor sale por el auricular, obligándome a que lo aparte de mi oreja si no quiero quedarme sordo. Jimena me mira entre asustada y divertida. Se escuchan golpes a través de la puerta cerrada; unas luces se encienden, la hoja se abre y un cuerpo menudo, con el pelo a lo afro, salta sobre mí y se agarra a mi cuello como si fuera un koala. Me obliga a dar un par de pasos hacia atrás y a soltar la mano de mi chica para no caernos.

—Deja respirar al pobre. —Un hombre grande, de esos que parecen armarios roperos, con el pelo rapado, tatuajes hasta en la ceja y piercings por toda la cara, sale por la puerta. Cualquiera que lo ve por primera vez tiende a cambiar de acera, pero si te molestas en conocerlo solo treinta segundos, te das cuenta de que dejarías tu vida entera en sus manos.

Cuando el koala se suelta, se gira hacia Jimena y la saluda con la misma efusividad, como si se conocieran de toda la vida y fuera su mejor amiga. Yo me acerco a Terry y nos fundimos en un abrazo muy masculino, con palmadas en la espalda incluidas. No le digo que creo que me ha roto una vértebra y que me cuesta respirar, aunque por mi cara se puede hacer una idea. Le presento a una estupefacta Jimena y él la mira con cariño y ternura.

—Así que tú eres la chica que ha conseguido domar a la bestia.

—No sé si decir tanto.

—Ya lo creo yo que sí. Me tiene cogido por las pelotas, tío. Pero ¿qué le vamos a hacer? Me encanta. —La beso detrás de la oreja mientras los otros dos se ríen y mi pelirroja me mira con las mejillas encendidas.

Nos invitan al estudio y, una vez dentro, vuelven a cerrar la puerta con llave. Jimena lo mira todo alucinada. Las paredes están llenas de cuadros con distintas fotos de tatuajes. Está decorado en madera, lo que le confiere un aspecto cálido. Es un estudio pequeño, con apenas dos habitaciones, una para cada uno, y un despacho al fondo, al cual nos dirigimos.

Sé que Jimena se muere por saber qué hacemos aquí, aunque ya se lo puede imaginar. En cuanto nos sentamos en las sillas, cojo un papel que Terry me da y le hago un dibujo de lo que quiero. Se lo enseño a ella, quien abre los ojos sorprendida. Me va a replicar, pero no la dejo. Le doy un beso en los labios y le tiendo el papel a mi amigo. Este se levanta decidido y me indica que lo espere en una de las habitaciones mientras lo prepara todo.

Lucy nos acompaña, dando saltitos y hablando sin parar.

—Me había olvidado del dolor de cabeza que puedes llegar a dar.

Me da un puñetazo en el hombro, pero no se calla. Me recuesta en el diván, como si no supiera hacerlo yo solo, mientras prepara la tinta y la

aguja y le acerca un taburete a Jimena para que se siente a mi lado.

Yo paso de mi amiga y me concentro en mi pequeña pelirroja, que está más pálida de lo normal y no deja de mirar la aguja como si fuera a ella a quien van a pinchar. Me pongo de lado en cuanto Terry entra por la puerta; alargo el brazo y la agarro de la nuca para poder atrapar sus labios. Al principio se resiste, pero esa resistencia le dura solo un segundo. Cuando nos apartamos, después de los carraspeos de mi amigo, tiene las mejillas al rojo vivo y los labios hinchados. Me relamo los míos y le guiño un ojo.

—¿Estás preparado? Ya sabes cómo funciona esto. Si te duele, te jodes.

Las carcajadas de todos inundan la habitación y suavizan el ruido de la aguja sobre mi costado. El primer pinchazo duele, y Jimena me lo nota, pero no dice nada. Solo me aprieta fuerte la mano.

—Esto es una locura. Los tatuajes no se pueden quitar. Bueno, se puede, pero es un follón hacerlo. Creo, vamos. Nunca me he quitado ninguno, así que no lo sé seguro, pero me puedo hacer una idea. —Parlotea sin parar, lo que es muy divertido. Quiero que me mire a la cara para que vea que estoy bien, pero no puede apartar sus ojos de la parcela de piel que me están tatuando.

—Nena, mírame.

—Lo intento, pero no puedo. ¿Te duele?

—No.

—Mentiroso.

Me acerco su mano a los labios y la beso. Al final, consigo que me mire, y está tan bonita que estoy tentado a levantarme de esta camilla y besarla hasta que comprenda cuánto la quiero. Pero la aguja sobre mi piel me lo impide, así que decido usar las palabras para que entienda por qué hago esto:

—Somos bichos raros, pequeña. Y no quiero ser otra cosa. Quiero que lo tengas claro. Me da igual lo que piense el resto. Me da igual tu madre y me dan igual todos esos que nos miran porque creen que no pegamos ni con cola. Podemos ser como la noche y el día, o como el agua y el aceite. Podemos ser lo que a la gente le dé la gana que seamos, porque mientras tú estés dispuesta a quererme, soy capaz de ser Papá Noel si me lo pides.

Una lágrima rueda por su mejilla y yo la alcanzo con el pulgar. De nuevo la cojo fuerte por la nuca y saqueo su boca, perdiéndome en su sabor, en ella, en mi hogar, mientras Terry continúa dibujando su nombre sobre mi piel, en rojo, para que se vea bien, y esa frase que no quiero que olvide

nunca y que nos define, y de la que tan orgulloso me siento: «We are freaks».

Una nueva vida me espera en París

Héctor

Noviembre de 2019

—¿Y te vas?

—Sí.

—¿Ya?

—Si dentro de un mes para ti es ya, sí.

—¿Y qué pasa con las navidades?

—¿Qué pasa con ellas?

—Que te las vas a perder. Que vas a estar solo en una ciudad que no conoces, con un idioma que no controlas para nada (a excepción de «*voulez-vous coucher avec moi ce soir*»), y más solo que la una. ¿Tienes que irte justo antes de Nochebuena?

—No estaré solo. El profesor me ha invitado a su casa y he dicho que sí. Además, no entiendo qué problema hay por un día más o un día menos, la verdad.

—¿Qué pasa con tu madre?

—¿Mi madre? Está más feliz que una perdiz. Y ya está planificando el viaje para venir a verme.

—Pero... pero... Joder, Germán, podrías echarme una mano, ¿no?

Estoy en una cafetería con mis dos mejores amigos, a los que les he contado que hace un par de días llamé al profesor y le dije que sí. En cuanto colgué, me llegó un *e-mail* con el billete de avión. Al comprobar la fecha de compra, vi que era del día antes de que me llamara por teléfono y me propusiera este disparate. A esto no se le puede llamar fe en mí, sino suicidio. Pero el resultado es que he aceptado, como él ya sabía.

Si por el profesor hubiera sido, me habría marchado hoy mismo, pero me ha concedido un mes de «cortesía» para poder despedirme de los míos y dejarlo todo bien atado. Además, en Navidad la academia está cerrada, pero me dará la oportunidad de organizarme.

Ya con los billetes impresos y en la mano, llamé a mi madre para decírselo. Dejarla sola era una de las cosas que más me preocupaban. Sé que ni siquiera vivimos en la misma ciudad, pero estamos a unas escasas tres

horas en coche, que no es lo mismo que doce sin descanso, según Google Maps, o dos horas y pico en avión si es directo. Pero mi madre no dudó en ningún momento en felicitarme, así como en animarme a que lo hiciera.

—¿Qué puede salir mal?

—Pues todo, mamá.

—En ese caso, coges la maleta y vuelves a casa.

—Es fácil decirlo.

—Nada viene determinado en fácil o difícil, Héctor. Somos nosotros los que debemos decidir cómo queremos que sea. ¿Alguien te asegura que marchándote conseguirás la felicidad y saldrá todo bien? De ser así, la vida sería demasiado sencilla. Hay que arriesgar, cariño. Ponernos metas y saltar obstáculos. Tomar las oportunidades que se nos ofrecen y no soltarlas. Y a ti se te está presentando una oportunidad de oro, mi vida, y quieres aprovecharla.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ya has aceptado y no lo has consultado con nadie. Si tuvieras dudas, nos habrías llamado primero. A mí o a los chicos. Y no lo has hecho. A mí me has dicho que te ibas. A ellos, estoy segura de que ni siquiera se lo has contado todavía.

Dicen que quienes mejor nos conocemos somos nosotros mismos. Mentira. Aún alucino cuando solo con decir: «Hola, mamá» ya sabe hasta si he desayunado bien. A veces, me he llegado a plantear si no tendré una cámara escondida en algún rincón de mi casa. Pero también debería tenerla escondida dentro de mi cabeza, porque es capaz de leerla sin que yo haya pronunciado palabra alguna.

Hablamos un poco más del viaje. De mi trabajo allí, de dónde viviría y de París en general. Mi madre me conoce, y sabe lo que esa ciudad en concreto significa para mí. Pero no dijo nada. Se limitó a darme ánimos y a dejar caer, de forma sutil, que ya era hora de que saliera del pozo de oscuridad en el que me había refugiado estos últimos meses. Le juré miles de veces que no era necesario que viniera por aquí a ayudarme, pero me hizo prometerle que iría a verla antes de marcharme para pasar unos días en casa.

—¡Eh! Vuelve. —Iván chasquea los dedos frente a mi cara, haciéndome reaccionar. Fijo la vista en la mesa y veo que hay un plato de nachos con guacamole. He estado tan ensimismado recordando la conversación con mi madre que ni he visto al camarero acercarse con la comida—. Bueno, que Germán quiere decirte una cosa. Adelante.

Iván le hace una seña con la mano a nuestro amigo, como si estuviéramos en un debate y le cediera el turno de palabra. Se reclina en la silla, con los brazos cruzados a la altura del pecho y una sonrisa canalla en la cara. Quiere parecer un tío duro, y por su mandíbula prominente y esos brazos de boxeador podría pasar por uno, pero después abre la boca o te enseña sus camisetas de Superman, como la que luce ahora, y te das cuenta de que no es más que un osito de peluche.

Niego con la cabeza y fijo mi atención en Germán, que nos mira divertido. Como es habitual en nosotros, pues son demasiados años los que hace que nos conocemos, sé lo que va a decir incluso antes de que abra la boca.

—No puedo estar más contento por ti, Héctor. Ven aquí, tío. —Entre los gritos del otro y nuestras carcajadas, nos fundimos en un abrazo sincero. Me agarro fuerte a su espalda y trago el nudo de emoción que se me ha formado en la garganta.

—Estoy muerto de miedo —confieso en voz baja, justo cuando nos separamos. Aunque me mira serio, sus ojos brillan, y sé que es de felicidad.

—Lo sé, pero estás haciendo lo correcto, y lo sabes. Hay que pasar página, y creo que marchándote a otra ciudad lo conseguirás más rápido.

—¿Aunque sea justamente a esa?

—Precisamente porque es esa.

—¿Y si sale mal?

—¿Y si sale bien?

—¡Venga, ya! ¡No me jodáis! ¿Esta es la mano que me ibas a echar? Para eso haberla usado en algo más productivo, como asfixiarte con ella.

Germán y yo no podemos más que reírnos por la actitud infantil y lastimera de nuestro amigo. Iván siempre ha sido el más sensiblero de los tres, aunque le encante ir de duro por la vida.

Les cuento un poco más en qué consiste el trabajo y mi nueva vida. Al final, mi mejor amigo termina por aceptar que me marchó y que es lo mejor para mí; él lo sabe mejor que nadie. O su sofá, más bien. Germán saca la agenda del móvil y empieza a echar cuentas para ver cuándo puede venir de visita. El problema es el inminente nacimiento de su hijo, pero hará todo lo posible. Iván, por su parte, ya se ha reservado unos días. Mientras yo hablaba con Germán, ha llamado a Adriana para comunicarle las fechas en que se tendrá que quedar a cargo del local. Cuando esta le ha preguntado por qué, tan solo le ha especificado que París lo estaba esperando y que ya se lo explicaría con calma cuando se vieran.

—Sabéis que me voy al país vecino y que pienso venir muchas veces, ¿verdad? Que no es que me haya alistado en el ejército y me hayan destinado a Afganistán.

—Sí, lo que tú digas. ¿Cuándo nos vamos los tres a celebrarlo? Nos merecemos una última salida juntos antes de que este —señala a Germán— sea padre y su único objetivo en la vida sea cambiar pañales, y de que tú conozcas a una que sepa demasiado bien lo que es «hacer un francés» y ya no quieras volver a pisar suelo español en tu puta vida.

Le lanzo una aceituna que le da de pleno en el ojo derecho. Se lo tapa con una mano mientras maldice y se caga en toda mi familia, que menos mal que es poco numerosa. Me levanto para comprobar si está bien, intentando ocultar la risa que, estoy seguro, acabará saliendo.

Lo hago adrede y no tengo tan buena puntería.

Germán no es tan considerado. Se ríe tan fuerte que no ha podido evitar atraer la atención de la gente que tenemos alrededor.

—¿Héctor?

Una voz de mujer, delicada y dulce, a mi espalda consigue paralizarnos a los tres y erizarme el vello de la nuca. Se nos corta la risa de golpe. Iván, a quien tengo justo delante de mí, se pone serio de repente y frunce tanto el ceño que se convierte en unicejo.

No me muevo. No me doy la vuelta. En mi vida nadie había conseguido que tuviera la espalda tan recta.

Germán carraspea. Lo miro de reojo y él, nada sutil, todo sea dicho, me indica con la cabeza que me gire. Al hacerlo, me encuentro con la dueña de esa voz.

A pesar de mi incapacidad de reacción y la cara de idiota que debo de tener, una sonrisa comienza a extenderse por su cara, y la conozco lo suficiente como para saber que es sincera.

—Hola, cuñado.

Una pequeña punzada me atraviesa el pecho, pero no puedo evitar sentir felicidad ante esa mísera palabra, sobre todo, viniendo de quien viene.

—Hola, Lucía.

Se acerca a mí, me abraza por la cintura y entierra su cara en mi pecho, tan rápido que hace que me tambalee. En cuanto recupero el control de mi cuerpo, la estrecho contra mí, envolviéndola con mis brazos. A pesar de ser un poco más alta que su hermana, sigue siendo pequeña, y delgada, por lo que no me cuesta nada elevarla del suelo y dar vueltas con ella haciéndola

reír.

—Sigues pesando lo mismo que una pluma.

—Pues sigo comiendo como una cerda.

—Jamás se me ocurriría poner eso en duda.

Cuando sus pies tocan el suelo, da un paso atrás para poder mirarme a la cara. No ha dejado de sonreír desde que me ha visto, y me doy cuenta de que yo tampoco, a excepción del shock inicial. Miro alrededor buscando a su gemela, pero no la veo por ninguna parte.

—¿Y tu apéndice?

Son idénticas. Para cualquiera que no las conozca demasiado, lo normal es confundirlas. Pero yo supe diferenciarlas muy pronto, y está visto que sigo haciéndolo.

—Se ha quedado trabajando. Teníamos muchas clientas; yo solo he venido a por algo de comer y me marchó corriendo.

—¿Hasta aquí? ¿No os pilla un poco lejos?

—Hace un par de meses nos cambiamos de local. Está a un par de manzanas.

—Ah. Muy bien.

Aunque es una tontería y no tendría por qué sentirme así, me decepciona enterarme de que se han trasladado y yo no lo sabía. Es una muestra más de que la vida continúa para todo el mundo, como debe ser, y yo no tengo derecho a sentirme incómodo ni molesto, pero no lo puedo evitar.

Si Lucía se percata del cambio en mi actitud, no dice nada, simplemente se gira hacia el policía para saludarlo.

—Hola, guapa. —Este se levanta de su asiento y le da un abrazo. Cuando se sienta de nuevo, mira a Iván de reojo y mueve la cabeza hacia la morena, pero este lo ignora. Se queda sentado y se cruza de brazos.

—No te molestes, Germán. Hay gente que no tiene educación, y está claro que el que está a tu izquierda es uno de ellos.

—A ver si te tengo que lavar la boca con jabón, princesa.

—A ver si te tengo que hacer una cara nueva, príncipe.

Mi amigo, que sigue con el ojo cerrado, suelta una retahíla de palabras malsonantes hacia la que fue mi cuñada mientras ella se dedica a sonreír y a enseñarle el dedo corazón. Si quedaba algún resto de incomodidad, ya ha desaparecido. Hasta yo me he olvidado.

—¿Por qué tienes un ojo cerrado?

—No te importa.

—¿Por qué tiene un ojo cerrado? —me pregunta directamente, pasando de mi amigo—. Que no es por nada, pero es que lo hace parecer más idiota de lo que ya es.

—¿Te aburrías tanto que has tenido que venir hasta aquí a tocar los cojones?

—No necesito mucho para tocártelos.

—¿Es eso lo que pasa? ¿Lo echas de menos?

—Ya te gustaría a ti.

—No te imaginas cuánto.

Germán y yo los miramos como si de un partido de tenis se tratara. Me he sentado de nuevo y todo para poder verlos bien. Estoy hasta por pedir unas palomitas. Lucía grita frustrada y le da la espalda. Iván sonríe con suficiencia y se termina su bebida de un trago, sin apartar los ojos del culo de ella, dicho sea de paso. La gemela vuelve a centrarse en mí, intentando ignorar la risa del que tiene detrás.

—Lucía, nena. Aquí tienes. —El camarero aparece justo a su lado con una bolsa de comida en la mano.

—Gracias, Jeko. Eres un encanto, como siempre. —Coloca la mano en su pecho y se pone de puntillas para darle un beso en la comisura de la boca. Miro a mi amigo, que finge no prestar atención, aunque la vena de su frente dice todo lo contrario.

—Jeko... ¿Qué mierda de nombre es ese? —pregunta Iván cuando el susodicho ya se ha marchado.

—La misma mierda de nombre que Iván.

—Auch, eso ha dolido —dice con la mano en el pecho, para añadirle más dramatismo al asunto—. Se lo diré a mi madre, que fue la que decidió llamarme así. Seguro que le gusta oírlo.

Lucía le enseña de nuevo el dedo corazón y él hace el gesto de cogerlo y besarlo. No puedo evitar romper a reír, y Germán me acompaña. Lucía e Iván nos miran alucinados. Yo diría que se habían olvidado de que estábamos aquí.

—Perdona, Héctor. Es que este siempre saca lo peor de mí.

—Por lo menos consigo sacarte algo, ¿no?

Lucía lo ignora y se concentra en mí y en Germán.

Nos pregunta un poco por nosotros y nuestra vida, sin entrar demasiado en detalle, porque todos sabemos que una cosa llevaría a la otra y terminaríamos hablando de alguien de la que ninguno de los dos tenemos claro querer

hablar. Ella, supongo que para no echar más leña al fuego. Yo, porque no sé lo que quiero que me cuente. Ya tuve bastante con lo que vi el otro día, y he decidido dejar el pasado ahí, en el pasado.

Germán cuenta lo de mi trabajo en París, y Lucía se alegra tanto por mí que me reafirma en la idea de que estoy haciendo lo correcto. Se sorprende un poco cuando le digo que me voy en apenas unas semanas, pero no dice nada. Asiente y sonrío, aunque la sonrisa no termina de llegar a sus bonitos ojos negros. Unos ojos que no me extraña que llamaran la atención de mi amigo como lo hicieron.

—Bueno, tengo que volver. Seguro que Olivia me corta el cuello por tardar tanto.

—Olivia enfadada da mucho miedo.

—Lo sé.

—Me ha encantado verte, Lucía.

—A mí también, cuñado. De verdad.

Y sé que es así. Ambos nos levantamos, pues ella había ocupado la silla que Iván ha dejado vacía cuando ha decidido, hará unos diez minutos, que era más interesante sentarse en la barra que seguir en este pequeño grupo con cierta clase de gente. Yo sé que, en realidad, quería ir a echar un vistazo más de cerca a ese tal Jeko, quien no ha parado de mirar a Lucía desde que le ha traído la comida.

Se despide primero de Germán, felicitándolo de nuevo por su próxima paternidad, y después la abrazo fuerte, empapándome de nuevo de ella y de todos los recuerdos que su persona me despierta. Ella me responde de la misma manera.

—¿Eres feliz, Héctor?

Su pregunta me pilló con la guardia baja; no esperaba que me la hiciera. Lo medito durante apenas unos segundos, porque la respuesta me llega enseguida: sí. Tal vez no haya alcanzado esa felicidad absoluta con la que todo el mundo sueña, o que tuve hace un tiempo. Probablemente necesite un poco más de margen hasta que todo se asiente y pueda volver a reír a carcajadas como siempre he hecho. Pero en general, sí, soy feliz.

La vida nos pone trabas y muchas veces no sigue el camino que nosotros nos habíamos trazado, o aquel que creíamos que era el correcto, pero debemos aprender a afrontar los baches y a enfrentarnos a los nuevos retos que se nos plantean, y estoy dispuesto a hacerlo con la cabeza alta y una sonrisa en la cara.

—Sí, Lucía. Soy feliz.

Le doy un beso en lo alto de la cabeza, justo antes de que se aparte y me dedique una sonrisa. Después, da media vuelta y desaparece por la puerta.

Iván no tarda ni medio minuto en volver a su sitio. Dice un par de cosas, y Germán replica, burlándose de él, pero yo no presto atención a lo que hablan.

Llevaba sin verla a ella lo mismo que a Jimena. A pesar de la buena relación que siempre he tenido con las gemelas, fue inevitable cortar todo contacto en cuanto su hermana salió por la puerta de nuestra casa, en mitad de la noche, con las maletas en la mano.

Fue un acuerdo tácito. Yo lo hice porque, para poder olvidarla, necesitaba ser radical y zanzar todo vínculo que me uniese a ella de alguna manera, y sus hermanas eran el lazo más grande que había. A ellas nunca les pregunté el motivo, pero tampoco me hizo falta. Se trataba de su hermana, debían ponerse de su lado. A la vista está que Iván se puso del mío, aunque para ello él también tuvo que romper relaciones con ellas. Con ella.

Miro a mi amigo y experimento un pequeño pinchazo en el pecho, relacionado con la culpa, igual que siempre que pienso en ellos dos.

Germán pide una nueva ronda de cervezas y me obligo a seguir disfrutando con mis dos amigos de lo que queda de día.

Cuando llega la noche, me meto en la cama y rememoro todo lo acontecido hoy, me doy cuenta de que sí, de que he tomado la mejor decisión de todas, y de que una nueva vida me espera en París.

Justo cuando sus ojos impactan en los míos

Jimena

—Entonces, ¿te parece bien este menú? Creo que una crema, con el frío que hará en enero, es perfecta, y después que la gente elija entre carne o pescado. Para el postre, tu torrija de horchata. No pienso dejarte sin ella.

—Muy bien.

—Sobre las flores, tampoco tenemos que gastarnos mucho. La casa de mis padres ya está lo suficientemente decorada como para añadir nada más.

—Tienes razón. Tienen un jardín espectacular.

—Son muy considerados dejando que nos casemos allí, ¿verdad?

—Todo un detalle.

—Mi madre está como loca.

—Sí, ya me había dado cuenta de que tu madre está loca.

—¿Qué?

—Nada. Que yo también estoy como loca.

Guillermo se gira para mirarme y me sonrío, antes de volver a centrar toda su atención en los fogones. Estoy sentada a la mesa de su cocina con un millón de papeles esparcidos delante de mí: fotos de comida, de flores, de posibles regalos para los invitados o del jardín de la casa de sus padres. Mil historias que hacen que mi cabeza no pare de dar vueltas como una peonza y que me pique el cuerpo. Siento como si me hubiese salido un sarpullido o tuviera una pulga recorriendo mi piel.

Desde que dije que sí, no se habla de otra cosa. Lo entiendo, que conste, pero si lo hiciéramos en pequeñas dosis tampoco pasaría nada, que aún quedan varias semanas.

Miro a mi prometido durante un segundo y me fijo en su espalda ancha, cubierta por una camiseta de pijama de manga larga, los pantalones a cuadros negros y rojos y el pelo despeinado, y me recuerdo que esto lo hago por él, porque quiere y lo hace feliz.

Observo de nuevo la mesa y escojo una foto al azar. En ella se ve un centro de mesa con rosas rojas y blancas; el centro que vamos a poner en todas y cada una de las mesas que decorarán el jardín de mis suegros. He estado a punto de decirle a Guillermo que los centros con flores ya no se llevan y que, además, a mí no me gustan, pero al final he optado por

callarme. Ya me siento bastante culpable por no mostrar tanto entusiasmo como él como para decirle que algo no es de mi agrado. Pero es que todo esto es excesivo, y sé que ni siquiera es idea suya, sino de su madre, que aún es peor.

La foto con las flores me quema en las manos, así que la dejo caer sobre el montón, justo al lado de la imagen de la tarta; un pastel de tres pisos digno de cualquier boda real.

Si les dijera que mi concepto de boda ideal es ir un jueves cualquiera al juzgado y, después, al bar de la esquina a por un bocadillo de calamares, creo que provocaría más de una embolia.

Guillermo termina de preparar la cena y la sirve en la misma mesa de la cocina para poder seguir organizando cosas mientras cenamos. Cuando me mira, sonrío y me obligo a disfrutar. Me lo he propuesto y lo debo cumplir.

«Estás aquí porque tú quieres y nadie te obliga», me repito mientras nos dedicamos a elegir el regalo para los invitados.

Los días pasan con la misma rutina: voy a casa de Guillermo, o él viene a la mía; miramos fotos y más fotos, yo asiento a todo lo que dice y, después, caigo rendida en mi cama, como si hubiera estado corriendo durante kilómetros sin parar ni una sola vez. Ya ni me apetece salir a hacer *running* por las mañanas de lo agotada que me dejan los preparativos, y eso que yo no me encargo de las cosas gordas.

El viernes, cuando salgo del trabajo, lo hago antes de tiempo con la excusa de que tengo un dolor de cabeza horrible. Lo que de verdad hago es coger el metro que me lleve hasta la calle Princesa para ir a ese sitio que tanto nos gusta a Martina y a mí, y donde solíamos ponernos de gofre hasta el culo. La llamo por FaceTime justo cuando estoy abriendo la puerta del local. El olor de la masa, el chocolate y la fruta se mezcla en el ambiente.

—Te escucho salivar.

—Y no es para menos. No sabes la pena que me da que te lo pierdas.

—Pues ahora ya no te la dará, porque mira el sitio que he encontrado.

Aparta el teléfono de su cara y me enseña el establecimiento en el que está. Por lo que parece, no es muy grande, pues apenas habrá unas cinco mesas, pero se nota que tiene cierto encanto. Las mesas son redondas, pequeñas, y las sillas, de distintos colores. Las paredes son de piedra y hay vigas de madera en el techo. Un gran mostrador se extiende en una de las esquinas, y Martina se dirige hacia allí, móvil en mano, para enseñarme la variedad de tartas, pasteles y dulces que alguien tan goloso como ella puede

disfrutar.

—¿Todo eso es de verdad? —pregunto, con la nariz pegada a la pantalla.

—Y tanto.

—Lo quiero todo, y eso que yo tampoco me mato por el dulce, pero tiene una pinta...

—Pues no tiene nada que ver con el sabor. Es mejor que cualquier orgasmo.

Dice la palabra «orgasmo» con tanta naturalidad que parece que esté hablando de algo tan cotidiano como el clima. Una pareja de señoras mayores que tengo justo al lado se giran con gesto ofendido y escandalizado. Pido perdón con una sonrisa y me voy hasta una mesa de la esquina, así también puedo gozar de más intimidad. Me siento de cara a la cristalera y coloco el móvil justo delante de mí, al tiempo que aparece la camarera con mi gofre y un zumo de frutas en la mano.

—Esto es lo bueno de venir siempre al mismo sitio. Ya ni siquiera hace falta pedir, te lo traen directamente. —Le enseño a mi amiga mi comida mientras ella me enseña su tarta, que parece de zanahoria, y un líquido verde que no sé si quiero preguntar qué es.

—Sabes, esto es raro. —Pego un mordisco al gofre—. Quizá deberíamos dejar de hacerlo.

—Qué va. Es divertido.

—La gente me mira, Martina.

—¿Por qué? Te tendrán envidia.

—¿Por hablar con una máquina, sentada sola en una mesa?

Cuando mi vida comenzó a desmoronarse y coincidía que Martina estaba aquí y no al otro lado del Atlántico, adquirimos como costumbre venir a este local los viernes por la tarde. Empezó como una especie de terapia para mí, un motivo para salir a la calle y no encerrarme en casa. Martina se convirtió en mi mejor compañía; me conocía lo suficiente como para saber cuándo empezar a hablar y cuándo necesitaba que permaneciera callada. Cuando se marchó definitivamente a Estados Unidos a trabajar para esa editorial infantil, decidí que no podíamos dejar de hacerlo; nos gustaba demasiado y nos sentaba bien. Así que empezamos a llamarnos por FaceTime. Yo, siempre desde esta misma cafetería, y ella, cada día desde un lugar diferente, porque todavía no había encontrado su rincón ideal.

—¿A ti te gusta?

—Sí.

—Pues ya está. Al que no le guste que no mire.

Tiene razón. Dejo a un lado el pudor y me centro en mi amiga.

Hablamos de cómo nos está yendo la semana. Ella me envía alguna foto de los nuevos dibujos que está elaborando sobre la vida de un niño al que le apasionan los dinosaurios, y yo le hablo de un manuscrito que me trae loca porque no termino de pillarle el punto, pero tiene algo que engancha y no quiero dejarlo.

Justo en el momento en el que se disculpa para ir a por un café, algo de la calle capta mi interés. No tengo ni idea de lo que es, porque solo veo gente pasar de un lado a otro y coches detenerse en el semáforo en rojo y continuar cuando se pone verde. Pero hay algo que me inquieta.

Busco un poco, mirando a un lado y a otro intentando averiguar qué ha podido ser, y justo cuando voy a apartar la mirada y volver a fijarla en el teléfono, lo veo.

Eso que, por instinto, ha hecho que levantara la cabeza y mirara al frente. Delante de mí, más cerca de lo que ha estado en mucho tiempo, está Héctor.

Se encuentra parado en un semáforo mirando algo en el móvil. Viste pantalones vaqueros, deportivas y una chaqueta gruesa de color negro. Su pelo está mucho más corto que la última vez que lo vi. Levanta la cabeza y mira el semáforo, pero al ver que sigue en rojo continúa escribiendo lo que parece un mensaje. No mira hacia aquí, ¿por qué debería hacerlo? Pero, si lo hiciera, sus ojos impactarían directamente contra los míos, sobre todo porque me he levantado y estoy pegada al cristal.

—¿Jimena? Jime. ¿Estás ahí? —El teléfono sigue en la mesa, detrás de mí; la voz de mi amiga sale por el auricular. Pero lo ignoro por completo.

El semáforo cambia a verde y Héctor cruza, acercándose cada vez más al cristal al que estoy pegada. El corazón me late tan rápido que creo que sería capaz de escupirlo por la boca. Me la tapo con manos temblorosas y miro alrededor para ver si alguien se ha percatado del estado en el que me encuentro. Pero no es así. Todos siguen a lo suyo, sin ser conscientes de que a mí está a punto de darme un ataque.

—¡¡Jimena!!

El grito de Martina es lo bastante alto como para que me haga reaccionar e ir hasta ella, pero no le presto atención. No sé qué me está diciendo y tampoco miro la pantalla, porque solo tengo ojos para él. Lo sigo con la mirada hasta la esquina, donde gira, desapareciendo de mi vista. Un sudor frío me recorre el cuerpo y, sin pensar, cojo la chaqueta, tiro encima de la

mesa un billete, que lo mismo puede ser de cinco euros como de cincuenta, y salgo corriendo por la puerta con el móvil en la mano, buscándolo.

—¡¡Me cago en todos mis muertos, Jimena!! ¡¿Qué pasa?!

Cuando lo diviso, casi al final de la calle, echo a correr. Hace un frío de mil demonios para ser solo noviembre. Uno de esos días para llevar gorro, guantes y bufanda, pero no siento nada. Estoy corriendo con un suéter demasiado fino y tengo calor. Menos mal que me he acordado de coger la chaqueta, que llevo en la mano, porque el resto de cosas he debido de dejármelas en la cafetería.

Voy tan rápido que, cuando me quiero dar cuenta, estoy demasiado cerca. Echo el freno, pero no me detengo. Solo pongo un poco de distancia entre nosotros. Cuando creo que va a volver a pararse en un semáforo, gira y entra en un establecimiento. Yo me acerco despacio, medio agachada, y asomo la cabeza por un lateral del escaparate. Es una librería. Bueno, más bien, parece dividida en dos; por una parte, una agencia de viajes, y por la otra, una librería donde venden guías. O artículos para viajes, en general.

—Ha entrado en una agencia de viajes. ¿Por qué? ¿Se va? ¿A dónde se irá? No debería importarme. No debería importarme. Mierda, ¿a dónde se va?

—¡¿Quién cojones se marcha a dónde?! ¡Jimena!

Bajo la cabeza y miro mi mano, donde descansa el teléfono. Le doy la vuelta y aparece Martina. Pero no es Martina mi amiga, es Martina en versión Hulk, excepto por el color de su piel, que no es verde, aunque poco le falta. Por su expresión y el fuego en sus pupilas, sé que va a volver a gritarme.

Pero no lo hace. De repente se calla, abre los ojos, preocupada, y se mueve. La veo lanzar unos billetes sobre la mesa y salir precipitada del local.

—Un segundo, ¿vale? Dame solo un segundo.

Yo asiento, porque mi capacidad de hablar se ha visto ligeramente mermada. Mientras espero, vuelvo a alzar la cabeza y a seguir espiando por la ventana.

No lo veo.

El miedo me paraliza. Busco como una loca en las sillas frente a los escritorios, entre las estanterías y en la caja. Pero no hay ni rastro.

—Vale, ya estoy. Mírame. —La voz de mi amiga me llega nítida, pero yo niego. Quiero decirle que no, que ahora no puedo mirarla, que estoy ocupada buscándolo—. Vale, cielo. Mírame. Mírame, Jimena, cojones. ¡¡Ahora!!

Ese «ahora» retumba con fuerza, la suficiente como para hacer lo que me pide. Detrás de ella solo veo una pared blanca. No tengo ni idea de dónde

está, pero no se lo pregunto.

—Vale. Vamos a contar juntas hasta tres y me vas a decir qué pasa, porque me estás asustando. Demasiado. Y no puedo hacer nada desde aquí. ¿Entendido? —Asiento y ella lo hace conmigo, mientras susurra—: Uno, dos y tres. ¿Tranquila?

No lo estoy en absoluto, pero le digo que sí de todas formas.

—¿Qué pasa?

—Está ahí. Lo he visto, pero lo he perdido. Ha entrado aquí, a una agencia de viajes hace un momento, pero ahora no lo encuentro por ningún sitio. Si hubiera salido, yo lo habría visto, porque estoy casi en la puerta. ¿Se marcha de viaje, Martina? ¿A dónde? Dios, ¿se marcha con alguien? —Me tapo la boca con horror, imaginándome a Héctor de la mano de otra persona, los dos juntos de viaje—. No puedo... no puedo respirar, Martina.

—Sí, puedes. Venga, cielo.

Noto la angustia de mi amiga. La percibo en sus ojos, que brillan. Aparto la mano de mi boca y veo que está mojada. Estoy llorando. Lágrimas grandes comienzan a descender por mis mejillas sin control. Sollozo sin parar y quiero gritar. No me importa hacer el ridículo. Me da exactamente igual quién me vea.

No puedo respirar.

—Me ahogo, Martina.

—No te estás ahogando, cielo. Venga, otra vez... Uno, dos, tres...

Intento hacer lo que mi amiga me pide, pero me he olvidado hasta de cómo se cuenta.

—Jimena, cielo, necesito saber quién está ahí dentro. Si no me hablas, no puedo ayudarte, ¿vale?

—Vale...

Vuelvo a mirar por la ventana y entonces lo veo, emergiendo detrás de una estantería medio escondida. Lleva un libro pequeño entre las manos. No me hace falta leer el título para saber cuál es. Yo lo tengo en casa, guardado en esa caja que no me atrevo a tirar ni tampoco a abrir demasiado. Esa caja que finjo que no está ahí y que abrí por última vez hace solo unos días.

—Héctor. Héctor está ahí dentro. —Al decir su nombre, siento como si alguien me estuviera arañandoarañara la garganta con un instrumento muy afilado.

—Mierda.

—Lleva un libro... Lo he visto, Martina... Lleva un libro en las manos. Es

una guía de viajes. Es una guía de viajes de París. Se marcha... Se marcha a París. Se marcha a París sin mí, Martina.

En cuanto pronuncio la última palabra, me tapo de nuevo la boca y aprieto los párpados intentando, de alguna manera, controlar los sollozos y el temblor que ahora sacude mi cuerpo.

La puerta se abre, haciendo sonar una pequeña campana. Abro los ojos horrorizada y contengo el aliento. Estrecho fuerte el teléfono contra mi pecho y rezo por volverme invisible. Por desaparecer.

Pero eso sería tener demasiada buena suerte, y está claro que yo no la tengo.

Sé el momento exacto en el que me derrumbo. Sé el momento exacto en el que me doy cuenta de que, si creía que mi vida empezaba a encarrilarse, era mentira. Sé el momento exacto en el que mi capacidad de control se rompe. Sé el momento exacto en el que soy consciente de que no tengo nada superado.

¿Cuándo es ese momento?

Justo cuando sus ojos impactan en los míos.

Un sí. Un por supuesto. Un para siempre

Jimena

Abril de 2014

—¿Dónde pongo esto?

—¿De verdad me lo estás preguntando?

—Claro que sí. Esto nos unió, por lo que debe ocupar un lugar privilegiado en esta casa. Mira, aquí me parece perfecto.

Héctor la pared que hay justo enfrente del sofá y pone el cuadro con mi dibujo de su desnudo en alto, para que vea lo bien que queda. Lo hace con una sonrisa de oreja a oreja y los ojos brillantes de la emoción. No puedo decirle que no, y él lo sabe. Por eso siempre terminamos haciendo lo que quiere, como esto: irnos a vivir juntos.

Aún siento hormigueos en la tripa cuando lo pienso. A algunos les ha parecido una locura. Bueno, a mi madre. Pero contaba con ello. No esperaba su aprobación, aunque sigo sin entender cómo aún me sorprende o cómo sigue afectándome de esta manera su opinión y su rechazo sobre cada aspecto de mi vida.

Debo aferrarme a todo lo que he aprendido con Héctor en este tiempo. Me ha enseñado a quererme más a mí misma, a valorarme más y a estar segura de las decisiones que tomo. A hacer lo que de verdad me hace feliz y a dejar de darle importancia a lo que quiera el resto. A no controlarlo todo tanto y a dejarme llevar. Y, sobre todo, me ha enseñado a luchar por lo que quiero, como él hace día a día conmigo.

—Estoy muerto. ¿Una ducha?

Lo miro alzando las cejas y una pequeña carcajada escapa de mi pecho. Llevamos, literalmente, diez minutos desembalando cajas. Es cierto que hemos pasado dos días de mudanza sin descanso, pero tampoco tenemos tantas cosas como para que el cansancio nos impida continuar. Además, no lo hemos hecho solos. Iván, Germán, mis hermanas y Martina nos han echado una mano. Bueno, recapitulemos: Germán, Olivia y Martina nos han echado una mano. Iván y Lucía se la han echado entre ellos.

No quiero pensarlo mucho, porque aún no se me ha borrado de la mente la imagen del culo de Iván mientras empujaba dentro de mi hermana,

tumbados sobre mi cama. MI CAMA.

Habían ido a mi casa a recoger las últimas cosas, y como tardaban demasiado, Héctor y yo decidimos ir a ver si les había pasado algo. Claro que les había pasado. Que se había caído uno dentro de la otra. Las carcajadas de Héctor aún me resuenan en los oídos, así como mis gritos de horror. No tengo ni idea de cómo reaccionaron los otros dos, porque salí corriendo de allí y, cuando nos vimos más tarde en mi nueva casa, les lancé una mirada tan asesina que no se atrevieron a abrir la boca en toda la tarde.

—Bueno, ¿qué me dices de esa ducha?

Como estaba pensando en mis cosas, no me he dado cuenta de que Héctor se ha acercado a mí hasta que lo he tenido pegado a la espalda. Llevo una coleta alta que deja el cuello al descubierto, por lo que tiene fácil acceso a él. Me lo besa despacio, primero una parte y después, la otra. Me muerde el lóbulo de la oreja a la vez que cuele las manos por el bajo de mi camiseta y asciende hasta quitármela. Yo solo sé gemir y dejarme hacer. Tenía preparado un discurso maravilloso sobre por qué deberíamos recoger un poco más y después ya darnos esa ducha. Pero ni recuerdo cómo empezaba.

Me desabrocha el sujetador con la habilidad que lo caracteriza y, cuando ya tiene mi pecho desnudo al alcance de sus manos, lo masajea. Con mimo al principio, con un poco más de fuerza a continuación. Pellizcándose un pezón y después, el otro. Yo ya me he abandonado a él por completo, y lo sabe. Puedo notar su sonrisa en mi espalda.

Se mueve despacio detrás de mí, instándome a apoyar las manos en el respaldo del sofá. Una palma ahueca mi pecho izquierdo, mientras que la derecha comienza un camino descendente hasta llegar a la cinturilla de mis mallas. Se cuele dentro y alcanza el vértice entre mis piernas, cubierto por un tanga que me sobra.

—Me cago en la puta, nena. Nunca me acostumbraré a esto.

—¿A qué?

—A que estés tan húmeda cuando te toco.

Aparta la prenda a un lado e introduce dos dedos en mi interior de golpe, provocando que arquee la espalda y eche el cuello hacia atrás hasta recostarme en su hombro. Con dos dedos dentro y el pulgar en mi clítoris, comienza a tocarme muy rápido. Sin descanso.

—Te quiero. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí...

—Te quiero desde que te vi detrás de ese lienzo. Te tengo metida tan

dentro de la piel que no tengo ni idea de cuál es tuya y cuál es mía. —Me da un pequeño pellizco en el clítoris que me hace pegar un salto y gritar de puro goce. Me agarra de la garganta, ejerciendo la presión justa para aumentar el placer que siento—. Adoro cada parte de tu cuerpo. Lo que más me gusta es mezclar mi pasión por la fotografía contigo, porque eres la imagen más bonita que nadie podría fotografiar. Me dan pena todos esos hombres que hay en el mundo que no han podido conocerte, porque eres mía. Mía. Y no pienso soltarte. No hasta que deje de respirar. —Saca su mano de mi entrepierna y, cuando voy a protestar, me gira entre sus brazos y me devora los labios. Me besa como a mí me gusta, con mucha hambre. Como si yo fuera el último bocado que se va a llevar a la boca. Pero también es tierno y delicado.

Abro los ojos para poder mirar los suyos, que corresponden con auténtica devoción. No entiendo cómo, alguna vez, pudo este chico pensar que sería incapaz de querer a alguien. O cómo yo pude llegar a plantearme que no estaba hecho para mí. Ni yo para él.

Me sonrío y yo le devuelvo el gesto. De un salto me enredo en su cintura y lo agarro del cuello para no soltarme. Para que él no me suelte.

Sorteando cajas y trastos llegamos hasta la que será nuestra habitación. El colchón está en el suelo, porque aún no hemos tenido tiempo de elegir el somier. Desciende despacio, conmigo todavía en brazos, y me deposita con cuidado en él. Me desnuda y yo lo desnudo. Me besa y yo lo beso. Me acaricia y yo lo acaricio.

Me quiere y yo lo amo.

Al cabo de un rato, ya descansados y más que satisfechos, acordamos darnos esa ducha y tumbarnos en el sofá a ver una película mientras encargamos una pizza cuatro quesos, pues no hay nada en la nevera.

Por la noche, cuando estamos acostados y él duerme a mi lado, desnudo, solo cubierto por una sábana que apenas cubre su cuerpo, me fijo en el tatuaje que se hizo hace tanto tiempo, cogido de mi mano. Lo acaricio despacio para no despertarlo.

Después, llevo la mano hasta mi costado y acaricio mis propias letras. Esas que llevan escrito su nombre. Esas que me hice hace apenas unos días, cuando me preguntó si quería ir a vivir con él. Esas que me tatué como él, para que supiera, siempre que las viera, que esto es un sí. Un por supuesto. Un para siempre.

Hasta que no es más que un punto negro

Héctor

Si alguien viene ahora y me propina un puñetazo en la cara, no me impactaría tanto como tener a Jimena delante de mí.

Estoy paralizado, y creo firmemente que he perdido la capacidad de realizar cualquier acción básica, como respirar, andar o hablar. Hasta pestañear. He olvidado cómo se pestañea.

La puerta me golpea el hombro cuando se abre, pero ni lo noto.

Alguien detrás de mí me pide algo. Creo que pretende que me aparte para poder salir. Pero que se lo pida a otro. Yo solo puedo mirarla a ella, que me observa con los ojos bañados en lágrimas y tiembla tanto que parece que se va a romper.

Me dan un empujón; pierdo el equilibrio y me tambaleo hacia delante. Es el chico que estaba intentando salir. Por lo visto, se ha cansado de pedírmelo por las buenas y ha decidido actuar por las malas. Tampoco es que pueda culparlo.

—¿Te vas a París?

La pregunta me llega como un susurro. Como si alguien se hubiera acercado a mí y me lo hubiera dicho en voz muy bajita, a modo de un secreto. Miro a Jimena. Se ha quitado las manos de la boca y me mira seria y triste. Muy triste.

El labio inferior le tiembla, así que lo muerde con la intención de frenarlo. Pero es imposible.

—¿Te vas a París? —vuelve a preguntar.

Baja la mirada y la posa en mi mano, donde llevo la bolsa con la guía de París que acabo de comprar.

No puedo evitar recordar la primera vez que vi esta guía en sus manos; Jimena llegó con ella a casa, avergonzada por haberla comprado cuando aún faltaban tantos meses para irnos. Y yo, más enamorado que nunca, la miré como un idiota, con una sonrisa en la cara, porque siempre quedaría en ella esa mujer organizada y metódica a la que le gustaba planearlo todo con tiempo, aunque los demás pudiéramos pensar que estaba un poco loca.

Cuando me enteré del viaje y comencé a prepararlo todo, supe que tenía que hacerme con la guía. La busqué como un obseso por toda la casa,

abriendo cajones, armarios, mirando debajo de la cama e, incluso, reabriendo cajas que ya había cerrado y empaquetado. Pero no la encontré por ningún lado, así que deduje que solo podía estar en un sitio: con Jimena. Por eso, esta mañana he venido directo aquí, con la idea de hacerme con una.

Podría haberlo mirado todo en internet. Hoy en día, ¿qué no puedes encontrar en Google? Pero, de alguna manera, necesitaba esto. Necesitaba llevarme esto conmigo, como si así pudiera llevarme un pedacito de ella a esa ciudad. Lo que no me podía imaginar es que me la traería a ella en persona.

Jimena me mira con ojos suplicantes, alternando entre la bolsa y mi cara. Trago saliva y cojo aire, obligando a mi cerebro a volver a hablar, enseñándolo a construir frases. Pero solo me sale un patético:

—Sí.

Cierra los ojos y asiente, de forma reiterada. Cuando los abre, mira al cielo e inspira hondo un par de veces, las manos en el pecho. En una de ellas sostiene el teléfono. Parece que las lágrimas han dejado de salir y los sollozos comienzan a remitir. Mira a un lado y a otro, buscando algo. Se agacha y veo que recoge la chaqueta del suelo; ni siquiera me había percatado de que estaba ahí. Se la pone y la abrocha con prisa. Yo solo puedo seguir sus movimientos como un maldito imbécil.

Se ajusta la correa del bolso al hombro y se guarda el móvil en el bolsillo. Alisa la tela por delante y por detrás y se quita algo de la manga. Cuando vuelve a mirarme, un amago de sonrisa asoma a sus labios. Se limpia los últimos rastros de lágrimas de las mejillas, se recoge el pelo y luego lo suelta, dejándolo caer sobre un hombro. Toma aire y lo expulsa lentamente antes de hablar:

—Yo... espero de verdad que te lo pases muy bien. Debe de ser una ciudad preciosa.

Dicho esto, se da media vuelta y echa a andar calle abajo.

Y yo, que siempre me he jactado de ser un tío ocurrente y avisado; que he rezado a Dios, en el que no creo, para que me permitiera verla de nuevo aunque fuera una única vez; que he soñado con tenerla enfrente de mí y luchar; que he imaginado tantas veces este momento, con tantos posibles finales, que a veces he llegado a dudar que no hubieran ocurrido de verdad... me quedo como un gilipollas viéndola alejarse entre la gente, hasta que no es más que un punto negro.

Llegará un día en el que la destruirás

Héctor

Septiembre de 2015

Soy un hombre casado.

Bueno, no soy un hombre casado porque no ha habido boda. Ni a lo Elvis ni a lo español. Pero es así como me siento, y jamás creí que me sentaría tan bien. Ni cuando me di cuenta, al poco de empezar con Jimena, de que esa chica me había robado la vida y yo se la entregaba sin reservas y sin posibilidad de devolución.

Hoy hacemos cuatro años juntos y quiero que sea especial. Jimena dice que hoy es el aniversario de cuando nos conocimos, pero no de cuando empezamos a salir. Que diga lo que quiera. Para mí es el día más especial de todos porque es cuando mi vida cambió por completo.

Llegará tarde, pues tiene una reunión en la editorial que se alargará bastante, por lo que tengo tiempo de sobra para prepararlo todo.

Está lloviendo y no llevo paraguas, así que corro por la calle con ganas de llegar a casa y no pillar una pulmonía. En cuanto me planto en el portal y voy a sacar las llaves para abrir, una voz de mujer, alta y clara, me intercepta. Al girarme, me encuentro cara a cara con mi peor pesadilla. Porque no hay otra forma de definir lo que Esther, la madre de Jimena, es para mí.

—Hola. —No saluda. Se limita a asentir con la cabeza. ¿Para qué cojones viene si ni siquiera va a hablarme? Viste toda de negro, paraguas incluido. A pesar de la que está cayendo, va perfectamente peinada. No se le mueve ni un pelo del flequillo—. Jimena aún tardará en llegar, pero puedes esperarla arriba.

—No es con ella con quien quiero hablar. Es contigo.

Está tiesa como un palo y sostiene el paraguas con tanta fuerza que temo que lo pueda romper. En todo el tiempo que llevo con su hija creo que esta es la frase más larga que me ha dedicado.

Que quiera hablar conmigo me tiene más que intrigado. Por una parte quiero decirle que puede dar media vuelta e irse por donde ha venido, porque la conozco lo suficiente como para saber que no me va a gustar lo

que tiene que decirme, pero, a pesar de todo, es su madre.

No contesto. Me limito a girarme, abrir la puerta y echarme a un lado para dejar que pase. Espero que entienda que no pienso mantener cualquier tipo de conversación con ella en medio de la calle mientras el diluvio universal se cierne sobre nosotros. Duda un poco, pero termina por entrar conmigo en el portal. Llamo al ascensor y subimos hasta el quinto piso en el más absoluto de los silencios. Una vez dentro de casa, la hago pasar al comedor mientras yo voy al baño y me seco y cambio lo más rápido que puedo. Cuando salgo, Esther continúa en la misma posición: de pie en medio de la estancia y mirándolo todo como si de basura se tratara. Suspiro, intentando controlarme; pongo los ojos en blanco y avanzo hasta sentarme frente a ella. Espero un rato a que también se siente, pero, en vista de que no está por la labor, me levanto. No quiero enfrentamientos, y la verdad es que deseo que se vaya lo antes posible. Pocas personas me ponen los pelos de punta como lo hace esta mujer.

—No me gustas.

—Vaya, clara y directa.

—Nunca me ha gustado andarme por las ramas.

Una pequeña carcajada sarcástica escapa de mi garganta ante su afirmación. Me cruzo de brazos y la miro, esperando que continúe y me cuente algo que no sepa.

—No eres el chico adecuado para mi hija.

—Bueno, con todo mi respeto, eso es algo que ella debe decidir. No tú. Ni yo.

—Yo soy su madre. Soy la persona que mejor sabe lo que le conviene y lo que no.

—Déjame que lo dude. Si lo supieras, te habrías dado cuenta, después de cuatro años juntos, de que yo soy lo mejor que le podría haber pasado a Jimena.

—No. Ella es lo mejor que te ha pasado a ti...

—No voy a contradecir algo que es cierto —la corto. Por el fuego que desprenden sus ojos, intuyo que odia que la interrumpen. Pero yo odio que diga que no soy bueno para su hija. No es la primera vez que lo escucho, porque se lo ha manifestado más de una vez a Jimena, pero sin estar yo delante. Hoy, todavía no sé por qué, es la primera vez que me lo dice mirándome a los ojos.

—Como decía, ella es lo mejor que te ha pasado, porque alguien como tú

no se podría imaginar que alguien como ella pudiera corresponderle.

Sus palabras se me clavan en el pecho como un puñal. Duelen un huevo. Pero no voy a permitir que me afecte, y menos todavía que ella se dé cuenta. Me quedo callado, sin dejar de mirarla, con los brazos cruzados.

—Jimena es una chica dulce, cariñosa, lista y demasiado ingenua. Cuando empezó todo esto —dice, señalándome de arriba abajo, como si fuera una cucaracha—, entendí que estaba atravesando esa fase por la que todos los jóvenes pasan: enamorarse del chico malo. Del inadecuado. Pero esto ya ha llegado demasiado lejos. Os dejé jugar a las parejas y ya os he permitido casi un año jugar a las casitas. Jimena tenía unas metas, unos objetivos, que no ha cumplido. Y no lo ha hecho porque tú se los has arrebatado.

Sé perfectamente a qué objetivos se refiere. Y también sé que yo no le he arrebatado nada.

Quiero controlarme, pero noto cómo la ira se va apoderando de mi cuerpo a pasos agigantados. Respiro hondo y cuento hasta diez, eligiendo bien las palabras que voy a pronunciar. Cuando las tengo claras, cojo aire una última vez y la enfrento:

—No voy a echarte de mi casa, porque eres la madre de la mujer a la que quiero, y ya solo por eso voy a respetarte. Pero no voy a consentir que sigas diciendo esas cosas, y más aún si son mentira. Si Jimena no se marchó a Estados Unidos a trabajar en esa editorial que tú le buscaste fue porque no quiso hacerlo. Porque esas eran tus metas, no las tuyas. —Esther me mira con odio y rencor. Sé que se muere por contradecirme, pero no le voy a dar el gusto. Al menos por ahora—. Si alguna vez te hubieras molestado en escucharla, te habrías dado cuenta de que sus metas las ha alcanzado de sobra, porque está trabajando donde le gusta y haciendo lo que quiere. Que no me merezco a Jimena es algo que ya sé, no necesito que venga nadie a decírmelo. Y sí, soy egoísta por retenerla a mi lado, pero lo seguiré siendo mientras ella me lo permita, y está visto que es para mucho tiempo. Llevamos cuatro años juntos. Son muchos los problemas que hemos solventado y mucha la gente como tú a la que hemos dejado atrás. Y seguiremos haciéndolo. Así que, si no tienes nada más que decirme, te doy las gracias por haber venido, pero ahora te pido que te marches.

La celebración que acompañaba el día de hoy se ha opacado por una nube gris. Un nubarrón, más bien. Pero no lo voy a consentir. No pienso permitir que ninguna de las palabras lanzadas por esta mujer me hagan

daño.

Duda unos segundos, pero finalmente se va directa a la puerta.

—Vas a hacerle daño. Todavía no sé cómo ni cuándo, pero lo que sí tengo claro es que llegará un día en el que la destruirás. No sé si será porque te cansarás de ella y verás que no eres suficiente, o por cualquier otro motivo, pero va a sufrir por tu culpa —escupe sin mirarme ni una vez a la cara—. Si la quieres tanto como dices, deberías marcharte antes de que eso pase y sea difícil dar marcha atrás.

Sin decir nada más, abre la puerta de un tirón y sale por ella, cerrándola después de un portazo que hace retumbar las paredes. Sin pensar, la abro de nuevo. La pillo entrando en el ascensor.

—Esther, solo quiero que quede una cosa clara. Soy egoísta, ya lo he dicho, por lo que no pienso moverme de aquí. No pienso salir de esta casa ni de su vida hasta que ella me lo pida. Siento de verdad que me tengas tanto odio, pero vas a tener que empezar a acostumbrarte.

Mis palabras son firmes. Pero sobre todo son ciertas.

No espero a que pueda rebatirme, no espero a ver su cara ni su reacción. Cierro, voy hasta el sofá y me dejo caer en él, aturdido y muy enfadado. Con ella, pero aún más conmigo mismo por permitir que me ponga así. Por dejar que sus palabras me afecten y me hagan cuestionarme si puede haber algo de cierto en todas ellas.

Me froto la cara, el pelo, y decido dejar a un lado este momento. No voy a pensar en él ni en los comentarios de Esther. No voy a decirle nada de esto a Jimena porque no merece la pena.

Me levanto con decisión y preparo la mejor cena que puedo elaborar. Corto, pelo, frío y rehogo hasta que ella llega a casa; cansada, ojerosa, pero feliz. Con esa sonrisa que consigue desestabilizarme y que quiera comérmela a besos.

Disfruto de la cena y de ella. De nosotros, de lo que tenemos y de todo lo que hemos construido, olvidándome de esa nube gris que ha intentado empañar nuestra felicidad.

La semana pasa y nosotros seguimos siendo los mismos. Ella sigue haciéndome feliz cada segundo de cada día, y yo continúo aprendiendo a quererla como se merece.

Cuando el viernes llega de nuevo y la recojo en la puerta de la editorial, su jefe, Guillermo, está junto a ella, y la mira babeando, como siempre.

La cojo por la cintura y la beso ahí, delante de todos, sin importarme

quién nos mire o lo que puedan pensar. Adorando su nariz llena de pequeñas pecas y sus mejillas rojas por el pudor, pero también sus ojos brillantes de felicidad. Se despide de todos y, cogidos de la mano, ponemos rumbo a ninguna parte.

Me reta a una partida de bolos y yo acepto, como siempre hago con todo lo que me pide, porque negarme a sus caprichos no es una opción.

—Algún día tienes que enseñarme cuál es tu secreto.

—Que aprendí a jugar a los bolos antes incluso de saber andar.

Me ha ganado. Qué cojones, me ha dado una paliza. No puede evitar reír a carcajadas ante mi ceño fruncido y mi puchero. Se acerca a mí, se sienta en mi regazo y me besa la cara entera; mejillas, párpados, cejas, nariz, cuello, boca... Cualquiera parte del cuerpo es buena y yo me dejo hacer.

Por encima de su hombro, veo una máquina llena de cajas cuadradas. La insto a levantarse y que me acompañe. Al llegar a la máquina, meto la mano en el bolsillo y saco una moneda de dos euros.

—¿Qué haces? —me pregunta Jimena sin parar de reír.

Cuando tengo la caja en la mano, me sitúo frente a ella. Beso la punta de su nariz y después su frente.

Está nerviosa, lo puedo notar. Pero no más que yo.

—Jimena, te quiero. Me vuelves loco, en todos los sentidos. En los buenos y en los malos. A día de hoy, todavía no entiendo cómo he podido tener tanta suerte, pero tampoco quiero pararme a pensar en ello. Y menos aún quiero que tú lo hagas, no sea que recapacites y pienses que estás mejor con otro.

Se ríe y me golpea en el hombro. Aunque tiño las palabras con un tono de humor, en realidad estoy cagado de miedo, por si eso pudiera llegar a ser verdad algún día.

Cojo aire y después lo expulso muy lentamente. Acercó mi mano a su mejilla y la toco con suavidad. Se apoya en ella y cierra los ojos, ronroneando como un gatito. Me besa la palma y vuelve a recostar la mejilla contra mí. Me acercó hasta apoyar mi frente en la suya.

—Me encanta que parezcas una chica aficionada a las películas románticas cuando, en realidad, las que más te gustan son las de acción. Y cuantos más disparos, mejor. Odias dormir sin calcetines porque se te congelan los pies enseguida, pero desde que vivimos juntos no te los has puesto al acostarte ni una sola vez, porque aprovechas que estoy pegado a tu espalda para acercarlos a los míos y así entrar en calor. Cuando te conocí, lo tenías todo tan medido que me daba miedo llegar dos minutos tarde a una

cita contigo por si te echabas atrás. Pero, en realidad, eso solo conseguía que me enamorara un poco más de ti. Sigues haciendo pequeñas listas de todo, y me encanta que las vayas dejando escritas por cualquier sitio de la casa. Podría seguir enumerando todas las cosas que me gustan de ti, pero necesitaría más de una vida para poder decirlas todas. A veces parezco un moñas y me río de mí mismo por sentir como lo hago, pero después veo tu rostro, o te veo a ti delante de mí, y sé que merece la pena y que he obtenido el boleto ganador. Vivir contigo es el mejor regalo que me has podido hacer, y sé que nunca hemos hablado de esto, o no lo hemos hecho tan en serio como deberíamos, porque era algo lejano que no entraba en nuestros planes. Pero quiero hacerlo. Quiero estar unido a ti de todas las maneras posibles.

Pongo en medio de los dos la caja que he sacado hace un momento de la máquina. Me cuesta un poco abrirla; está más sellada que la caja fuerte del Banco de España. Me seco el sudor de las manos frotándolas en los vaqueros y empiezo de nuevo. Jimena ríe y llora a partes iguales. Me ve sudar por el esfuerzo y se pinza el labio inferior para poder dejar de reírse.

—Se supone que esto es para niños, cojones. Mierda. No debería haber dicho «cojones». Y «mierda», tampoco.

No lo puede evitar y estalla en carcajadas. Me quita la caja y, ante mi atenta mirada, la tira al suelo, rompiéndola en varios trozos. Cuando diviso el anillo, me agacho y lo cojo con manos temblorosas. Me pongo en pie de nuevo y, ahora sí, tomo su mano y se lo voy introduciendo en el dedo anular poco a poco. Se trata de un anillo de plástico de color rosa con una imagen de Hello Kitty en el centro, dentro de un círculo. Es feo a rabiar, pero es lo único que tenía a mano.

—Cásate conmigo, Jimena. Sé que no quieres grandes bodas y que te comerías un bocadillo de atún con aceitunas como cena. Y me parece bien. Me parece perfecto. Vamos al juzgado, cogemos fecha y firmamos los papeles. Tú y yo. Los dos solos o con toda la familia. Me es indiferente. Pero quiero esto. Quiero estar unido a ti de todas las formas humanamente posibles. ¿Qué me dices?

Sus labios están rojos e hinchados; sus pecas, más pronunciadas que nunca; sus mejillas, cubiertas por decenas de lágrimas que no dejan de salir, y su sonrisa ilumina su cara. Ahora es ella la que me besa la punta de la nariz y la que me acaricia la mejilla y el pelo, enredando sus dedos en él.

—No creo que haga falta que conteste a tu pregunta.

—Te agradecería que lo hicieras, la verdad. Como verás, estoy un poco

nervioso.

—¿Seguro? —Sonríe de medio lado, pícara, desinhibida. Bonita—. La respuesta es sí. A todo lo que me digas. Incluso a hacer puenting, aunque sabes que me desmayaría en el coche de camino. —La estrecho fuerte entre mis brazos y ella me devuelve el abrazo de la misma manera. Estamos tan pegados que no cabe ni un alfiler—. Claro que me casaré contigo. Claro que te digo que sí. Hoy, ahora y siempre. Porque una vida sin ti es no tener vida, y yo quiero vivir demasiadas.

En cuanto termina de hablar, estrello mi boca contra la suya. No hay lengua ni mordiscos. Solo el contacto de sus labios y los míos. Fuerte. Con ganas. Como si fuéramos velcro que necesita estar pegado. Nos separamos y la alzo al vuelo mientras doy vueltas con ella sin que ninguno de los dos pueda parar de reír. Nos besamos, nos separamos y nos volvemos a besar.

—Sé que es lo más cutre que te podrías haber imaginado, pero te compraré uno de verdad.

Cojo su mano y miro el anillo que le acabo de poner en el dedo.

—¿Qué dices? Es el mejor anillo del mundo. No quiero otro. ¿Uno de oro blanco y brillantes? Ese anillo no somos nosotros.

—¿Me estás diciendo que somos tan cutres como un anillo de plástico sacado de una máquina para niños?

—No. Te estoy diciendo que un anillo de plástico rosa es lo que mejor nos define. Te estoy diciendo que es tan real y tan auténtico como lo somos nosotros. Que somos unos bichos tan raros que un anillo de diamantes desentonaría demasiado y no nos lo creeríamos. Te estoy diciendo que es perfecto porque es imperfecto. Y, por supuesto, te digo que, si me lo quitas, soy capaz de lanzarme a morderte el cuello.

Nos vamos a casa a la carrera, felices y listos para afrontar esta nueva etapa en nuestras vidas. Jimena no para de mover los dedos y de besar el anillo, y yo no paro de sonreír como un tonto, mirándola y besándola a ella.

Cuando llega la noche y estamos acostados, Jimena acurrucada en mi pecho, profundamente dormida, su pelo esparcido por mi cuerpo y por la almohada, haciéndome cosquillas, no puedo evitar recordar la visita de su madre el otro día. Me obligo a cerrar los ojos y a desechar sus palabras, porque fueron dichas con la intención de hacer daño e intentando demostrar una realidad que no tiene nada que ver con nosotros. Porque no son ciertas. Nunca serán ciertas.

Le doy un beso en la frente, aspiro su aroma y dejo que Morfeo me lleve a

mí también con él. Pero, mientras dormimos, no puedo evitar ver a Esther en la puerta, mirándome y diciendo: «Vas a hacerle daño. Llegará un día en el que la destruirás».

Te quiero, y siento muchísimo que no sea suficiente

Jimena

El teléfono ha estado sonando toda la tarde y toda la noche cada cinco minutos, y cada vez que lo hace, cuelgo. No quiero hablar con nadie. Quiero seguir tumbada en la cama, todavía vestida y tapada hasta las orejas.

Desde que me despedí de él y llegué a casa no he vuelto a derramar ni una lágrima, como si me hubiera quedado seca. El shock me está pasando factura ahora, y lo único que hago es verlo pronunciar la palabra «sí» cuando me confirmó que se marcha a París. No paro de darle vueltas al motivo por que lo hace, y justamente ahora. En estas fechas. Este año.

Una nueva punzada me oprime el pecho. Cierro los ojos y me ovillo, tapándome más si cabe. Estoy totalmente a oscuras. La poca luz que hay es la que viene de la farola de la calle y de la iluminación del móvil cuando este vibra. Estoy recibiendo una nueva llamada, ahora mismo. No necesito cogerlo para saber que serán Martina o mis hermanas las que me están fundiendo la batería.

Con la primera no he vuelto a hablar desde que le dije que era Héctor a quien estaba viendo. Cuando me he guardado el móvil en el abrigo al despedirme de él, ni me he acordado de que Martina seguía ahí. No sé si escuchó nuestra conversación o si había colgado el teléfono. Lo que sí sé es que, cuando ya habían pasado cerca de quince minutos desde la despedida, ha sido suya la primera llamada que he recibido y que no he contestado.

Cuando han empezado a entrar también las de mis hermanas, me he dado cuenta de que, probablemente, mi amiga estaba preocupada por mí y había decidido recurrir a la artillería pesada para buscar ayuda. No la culpo, porque supongo que yo hubiera actuado de la misma manera, pero no puedo hacerlo. No quiero escuchar lo que tengan que decirme.

Sin hambre, pero sí muy cansada, decido que lo mejor que puedo hacer es cerrar los ojos del todo y dejar que el sueño me venza. Lo que no puedo evitar es recordar las últimas palabras que me dirigió antes de que yo abandonara nuestra casa: «Te quiero, y siento muchísimo que no sea suficiente».

Te quiero, y siento muchísimo que no sea suficiente

Héctor

El teléfono no ha dejado de sonar en toda la noche. Después de estar allí parado como un idiota demasiado tiempo, conseguí reaccionar y llamé a Iván por teléfono. Me pidió que fuera al bar para hablarlo tranquilamente, pero no lo hice porque, en realidad, no sabía ni por qué lo había llamado. Ahora que lo pienso, puede que fuera porque necesitaba decirlo en voz alta para así hacerlo real. Para darme cuenta de que no había sido producto de mi imaginación.

El móvil vibra de nuevo en la mesita de mi habitación. Estiro el brazo y veo la pantalla llena de mensajes de mis dos amigos, así como uno de mi madre que solo dice: «Aquí estoy». Esto ha tenido que ser idea de Iván; el cabrón la ha llamado. Pero me alegro de que me conozca lo suficiente como para saber que ahora ni quiero ni puedo hablar, que prefiero estar perdido en mi mundo y ya daré señales de vida cuando esté preparado.

Apago el teléfono antes de volver a dejarlo en la mesita. Me tumbo de nuevo en la cama, con los brazos bajo la cabeza, y miro al techo. La habitación está a oscuras. La única luz es la que viene de las farolas que hay en la calle. Continúo vestido. Lo único que me he quitado han sido las botas y la cazadora.

Cierro los ojos y recuerdo su cara cuando la he visto. La tristeza en sus ojos y la pena cuando me ha preguntado si me marchaba a París. Lo que no he identificado ha sido sorpresa por verme y, ahora que me acuerdo, no sé qué pensar.

¿Nos hemos encontrado por casualidad o ha ido a buscarme adrede? Pero eso es imposible, porque nadie sabía a dónde iría esta mañana. Puede ser que me haya visto a lo lejos y se haya acercado, pero, si es así, ¿por qué?

Miles de preguntas se agolpan en mi cabeza de forma desordenada, y no tengo respuesta para ninguna de ellas. Ni siquiera para las más importantes: ¿qué habrá pensado al verme? ¿Habrás sentido algo?

Miro la hora en el despertador que descansa en la otra mesita, al otro lado —el que fue suyo—, y veo que pasa de la una de la mañana y que, por muchas vueltas que le dé, no voy a encontrar respuestas. Lo mejor es que deje que el sueño me venza y ya mañana pensaré qué puedo hacer, porque esto

no puede quedarse así.

El hecho de que nos encontráramos justo unos días antes de irme a la que, aun sin conocerla, considero «nuestra ciudad», tiene que significar alguna cosa.

No soy mucho de creer en el destino, aunque siempre haya dicho que fue este quién me llevó hasta ella. Luego, fuimos nosotros los que luchamos por permanecer juntos, hasta que se nos fue de las manos y no lo supimos controlar. Sea como fuere, piense o no en el destino, quiero creer que esto significa algo, y necesito averiguar el qué.

Justo cuando me estoy quedando dormido, dejo a mi mente vagar hasta ese día, a nosotros en esta misma casa, en esta misma cama, abrazados, a las lágrimas cayendo por su rostro y a mí intentando limpiarlas a besos, aunque supiera que no iba a conseguir secarlas del todo. Diciéndole eso que tanto me quemaba la garganta y el pecho justo antes de que se levantara, se vistiera y se marchara de mi lado para siempre: «Te quiero, y siento muchísimo que no sea suficiente».

Dar gracias porque siga creciendo a mi lado

Héctor

Julio de 2017

Me siento tonto sentado en el suelo mirando el resultado una y otra vez, los ojos como platos, con miedo a cerrarlos y que, al abrirlos, todo haya desaparecido porque no fuera más que un sueño.

Pero no. La risa de Jimena a mi lado me confirma que sí, que es cierto y tan real como que el mundo está loco y nosotros somos unos bichos raros.

Me acerco una vez más el resultado a los ojos y vuelvo a leer las instrucciones, para asegurarme de que dos palitos significa que, dentro de unos meses, vamos a traer a un nuevo loco a nuestra familia. Lo dejo todo en el suelo y me tumbo, apoyando la cabeza en las piernas de Jimena. Me coloco de lado para poder mirarla a la cara mientras levanto su camiseta y reparto besos por su vientre, que aún está plano. Ella, mientras, acaricia mi pelo de la raíz a las puntas.

—Lo tengo demasiado largo, ¿verdad? Debería cortármelo.

—A mí me gusta mucho cómo lo llevas.

—Sí, pero ahora que voy a ser padre, tendré que llevar una pinta más presentable, ¿no? Uff, así como el armario. ¿Lo renuevo? Es decir, no creo que sea conveniente que me vean con un bebé en brazos y los pantalones rotos, y que piensen que no tengo ni para comprarle pañales.

—¿Te avergüenzas de tu aspecto?

—No es eso, nena. Pero... ¡Joder! ¿Y los tatuajes?

—¿Qué pasa con ellos?

—No lo sé. Te estoy preguntando.

—Yo no sé si tú tienes algún problema con ellos. A mí me parecen sexis de la leche. Igual que el primer día que los vi.

Acaricia mis brazos pasando el dedo índice por las líneas de los dibujos y termina en el costado, en su nombre. Se besa el dedo y después lo vuelve a posar sobre mi piel. Ronroneo y cierro los ojos, dejando que sus caricias me cosquilleen la piel, como hacen siempre.

—¿Te fijaste en mí por mis tatuajes?

—Por supuesto.

—Yo creía que había sido por mi sonrisa.

—Pero si ese día no sonreíste. Me miraste con tanta profundidad que creía que me alcanzarías como un rayo.

—Intentaba desnudarte con la mirada.

—Lo conseguiste. Nunca me había sentido tan desnuda ante alguien como ese día ante ti.

Abro los ojos y la miro. Estiro el brazo y acaricio su mejilla; enrolló uno de sus rizos en mi dedo.

—Estoy acojonado, Jimena.

—¿Por qué?

—Por esto. —Coloco la palma de la mano en su vientre. Ella coloca la suya encima—. ¿Qué pasa si la cago?

—Cuando la caguemos —puntualiza, usando el plural—, que lo vamos a hacer, lo solucionaremos.

—¿Y si te defraudo?

—No lo harás.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque te quiero demasiado para que eso pase.

—Da igual lo que piense el resto. Da igual cómo nos miren. Yo solo te miro a ti y tú, a mí. Somos bichos raros. Eso somos nosotros —decimos los dos a la vez, justo antes de que ella baje un poco la cabeza y yo la levante para encontrarnos a mitad de camino y fundirnos en un beso. Corto. Un simple roce, pero que significa mucho más que cualquier beso profundo que nos demos.

Aunque la postura es la más incómoda del mundo y, por lo menos a mí, me duele hasta el alma, no nos movemos en un buen rato. Me concentro en escuchar los latidos de mi corazón y su respiración. Rememoro todo este tiempo pasado, esa primera vez que nos vimos y hemos estado recordando, y todo el camino que hemos recorrido hasta llegar a este momento.

Sonrío al recordar a esa chica que tenía miedo de vivir y que ahora me da lecciones a mí de cómo hacerlo. Me enorgullezco al pensar en todo lo que ha conseguido y, por qué no, en lo que yo también he conseguido. En su trabajo en esa editorial, rodeada de libros y de historias nuevas que quiere enseñar al mundo para que todos las disfruten, y en mis fotos y en lo que quiero transmitir con ellas. Y, por supuesto, pienso en Jimena, mi mejor musa.

Después de un rato demasiado largo aquí tirados sobre las baldosas blancas del suelo, levanto la vista y la miro. Se está mordiendo el labio

inferior, concentrada en un punto fijo en la pared. No sé exactamente qué piensa, pero intuyo que tiene que ver con el bebé que viene en camino, porque veo asomar una pequeña sonrisa.

—Jimena.

—¿Mmm?

—Entonces... No te rías por lo que te voy a preguntar, porque te juro que lo pregunto en serio... ¿No me corto el pelo?

Jimena no puede evitar las carcajadas que brotan de su pecho y hacen que tiemble tanto ella como yo. La miro dubitativo, aunque sin poder ocultar yo también la risa, cosa que siempre me pasa cuando la veo reír de esta manera. Me agarra la cara con las manos y tira un poco de mí para ponerme de rodillas. Lo hago y ella me imita; ambos quedamos a la misma altura. Con la mirada, me pide que no me mueva mientras va depositando pequeños besos por mi nariz, mis párpados, la mejilla y, finalmente, en la boca. Cuando se aparta, apoya su frente en la mía y me susurra bajito, solo para nosotros dos, aunque seamos los únicos presentes en esta habitación:

—Déjame que te diga una cosa. Me da igual cómo lleves el pelo, la barba y si vistes de traje, en vaqueros o andas por la vida en chándal. Eres perfecto, y lo eres porque eres perfecto para mí y para él —dice, cogiendo mi mano y poniéndola en su tripa—. Ilusiónate. Volvámonos locos y gastémonos todo el dinero que no tenemos en ropa para él y en lo que te dé la gana. Pero nunca lo hagas para cambiar algo de ti, por muy pequeño que sea. Te quise por primera vez cuando te vi desnudo en ese sofá. Me enamoré cuando me di cuenta de que éramos demasiado diferentes para ser compatibles. Te quise más todavía cuando te presentaste en la casa que entonces compartía con Martina con dos maletas, y dispuesto a cruzar el charco conmigo si trabajar en la editorial que me había buscado mi madre era mi sueño, sin importar cuáles fueran los tuyos. Sin dudar. Sin hacer preguntas. Me aseguré de no dejarte escapar cuando me regalaste este anillo ridículo en esa bolera. — Levanta la mano y lo besa. No se lo ha quitado desde entonces, ni una vez. Ni siquiera el día que dijimos «sí, quiero» en los juzgados, con sus hermanas y mis dos amigos como testigos, y Martina por videoconferencia—. Y me termino de unir a ti por esto que está creciendo entre nosotros, al que vamos a dejar pertenecer a esta particular familia de bichos raros que los dos hemos construido. Me gusta, me encanta y adoro todo de ti, hasta las greñas que llevas y la barba que me raspa cuando me besas.

La estrecho fuerte y me encargo de besarla bien por todas partes,

haciéndole cosquillas mientras no deja de gritar y reír. Nos levanto a los dos del suelo y la alzo al vuelo, haciendo que sus piernas rodeen mi cintura. Con ella en brazos y bien agarrada, como si fuera un koala, voy andando hasta nuestra habitación. Pero al llegar, no voy a la cama, sino que cierro la puerta y apoyo la espalda de Jimena en ella. Me mira con gesto interrogante y alzando una ceja.

—Tendré que aprovechar ahora esta postura, antes de que te pongas como una vaca y no pueda contigo.

—¡Oye...!

Estampo mi boca contra la suya antes de que pueda seguir protestando. Mientras nos besamos con ansia y muchas ganas; mientras nos amamos con las manos, con los ojos y con los labios; mientras nos decimos cuánto nos queremos con las palabras y, sobre todo, con nuestro cuerpo, no dejo de dar gracias por haberla encontrado.

No dejo de dar gracias porque siga creciendo a mi lado.

Creo que me voy a desmayar

Jimena

El teléfono vibra en mi mano avisándome de que tengo una llamada. Lo cuelgo sin ni siquiera mirar quién es. No me hace falta: Martina lleva cuatro días llamándome sin parar. Día y noche. Sé que terminaría antes descolgando y hablando con ella, pero no puedo. Y si yo soy pesada colgando, ella lo es más insistiendo.

Solo hay que esperar a ver cuál de las dos se rinde antes.

Coloco el móvil boca abajo sobre la mesa y me concentro en el ordenador, concretamente en el manuscrito que tenía que haber terminado de leer ayer. Debo realizar el informe y todavía me queda más de la mitad. Pero, claro, si tengo la cabeza en cualquier sitio menos en lo que toca, pues es normal que me pasen estas cosas. Cuando estoy releendo el mismo párrafo por cuarta vez en diez minutos, el móvil vibra de nuevo, pero esta vez es una vibración corta; un mensaje. Cierro el documento de Word y bajo la tapa del portátil. Es inútil seguir insistiendo. Ya lo terminaré en casa esta noche, tranquila.

Me río para mis adentros con eso de «tranquila», porque si no lo hago aquí, que es mi lugar de trabajo y donde estoy rodeada de decenas de personas entrando y saliendo, cuando esté en la soledad de mi dormitorio, menos todavía. Pero la intención es la que cuenta.

Cojo el móvil y abro la aplicación de WhatsApp. Martina me ha enviado una foto. Cuando la descargo, veo que se trata de un billete de avión. Abro los ojos como platos y miro la fecha: es para mañana. Está a su nombre. Leo el texto que acompaña a la foto:

Martina: Podemos estar así tres días más o veintitrés. Tú decides. ¿No quieres cogermelo el teléfono? No lo hagas. Mañana por la noche estaré allí. Resérvame un lado de la cama, no pienso dormir en el sofá. Te doy veinte segundos para que me llames o clicaré sobre el botón de comprar, y me llevaré a tus hermanas conmigo. Por cierto, ya has perdido diez valiosos segundos leyendo este mensaje.

Sin pensármelo, marco su número y aguardo.

—Uno. Te salvas por un segundo. ¿Tan pocas ganas tienes de verme que

descuelgas cagando hostias? —El tono con el que habla no es el amigable al que me tiene acostumbrada. Tampoco puedo decir que esté borde, pero sí molesta. Me aseguro de que tengo la puerta del despacho cerrada y me reclino en la silla.

—No es que no quisiera hablar contigo, Martina. Es que no tenía ganas de hablar con nadie.

—¿Desde cuándo yo soy nadie?

—No es nada de eso, y lo sabes. Es que quería estar sola.

—¿Para regodearte en la mierda?

—No. Para pensar.

—Pues ya has pensado bastante durante cuatro días seguidos. Ahora toca volver del mundo de los muertos.

Me froto los ojos y me pinzo el puente de la nariz. Estoy cansada. No he dormido lo suficiente en estos días y ahora me está pasando factura.

Unos golpes suenan en la puerta.

—No cuelgues. —Me pongo recta, me aliso el pelo como puedo y vuelvo a levantar la tapa del ordenador, fingiendo que estoy trabajando—. Adelante.

La puerta se abre y la persona a la que menos me apetece ver en este momento aparece por ella, todo sonrisa. Y me siento una auténtica ZORRA, en mayúsculas.

Guillermo deja la puerta entreabierta, solo una rendija, y se acerca a mi mesa.

—Hola, ¿qué tal? —pregunta mientras toma asiento. Lleva la chaqueta perfectamente abrochada y la corbata tan bien anudada que me asombra que lleve más de ocho horas trabajando. No me da un beso ni un abrazo ni un nada. Él y sus estúpidos escrúpulos hacia las muestras de afecto en público.

Cuando lo pienso, aún me sorprendo por el día de mi cumpleaños, cuando se arrodilló delante de todo el mundo, porque lo máximo que había hecho delante de otras personas era darme un beso en la mejilla y cogerme de la mano. Creí que, además de pedirme matrimonio, ese hecho supondría un antes y un después en nuestra relación. De nuevo, algo en lo que me he equivocado.

Me doy un bofetón mental por pensar mal de Guillermo sin motivo alguno y decido prestarle atención, fijándome en sus cualidades, que tiene muchas.

—Oye, ¿estás bien? ¿Tengo alguna mancha en la camisa? Porque me miras raro. —Agacha la cabeza y revisa su atuendo. Yo despierto del sueño en el que me he sumido y lo miro fingiendo una sonrisa.

—No, para nada. Dime, ¿qué te ha traído hasta mi despacho?

—Solo quería ver cómo estabas. Te estaba preguntando cómo te encuentras.

—¿De qué?

—Pues del estómago. ¿No llevas todos estos días vomitando?

—¡Ah! Sí. Sí, claro. Muchísimo mejor. Gracias por preguntar.

Mierda. Había olvidado la excusa que le puse a Guillermo sobre por qué no podía verlo el fin de semana, y ayer estuvo fuera toda la jornada y no nos encontramos.

—Me alegro. Aunque me quedé con ganas de verte. He pasado el fin de semana en casa con mis padres. Vino una organizadora de bodas y...

—¿Una organizadora de bodas?

—Sí. Hemos contratado una. Mi madre dice que no puede encargarse de todo ella sola, y menos con tan poco tiempo, así que la hija de una amiga suya, que se ha hecho *wedding planner*, o como se diga, vino a casa y nos aportó muchísimas ideas...

Guillermo habla y habla y a mí me va a estallar la cabeza. Intento captar algunas de las cosas que dice, pero desconecto del todo cuando me comenta que quieren instalar un cisne de hielo en no sé qué parte del jardín.

Esto me parece surrealista.

Mi móvil comienza a sonar, dándome un susto y haciendo que salte de la silla. Al cogerlo y ver la foto de Martina, me acuerdo de que la dejé en pausa antes de que llegara Guillermo.

—¿Sí?

—¿Un cisne de hielo? —Las carcajadas resuenan por el auricular tan fuerte que me lo tengo que apartar de la oreja para no quedarme sorda. Tapo el micrófono con la mano para amortiguar el sonido, esperando que mi prometido no la haya escuchado.

«Prometido». Hasta pronunciar esa palabra en mi cabeza me produce urticaria. ¿Qué cojones me pasa?

—Lo siento mucho, Guillermo. Es una llamada de trabajo. ¿Te importa si continuamos luego?

—No, por supuesto. El trabajo siempre es lo primero.

Se levanta tan rápido que no me da tiempo ni a despedirme de él. Cojo de nuevo el teléfono.

—Mientras espero a que termines de descojonarte, voy a buscar un analgésico. Tengo un dolor de cabeza horrible.

—Tómame un par.

Martina sigue riéndose mientras rebusco en mi bolso y en los cajones. Cuando doy con él, cojo la botella que siempre llevo encima y me tomo la pastilla de un trago.

—¿Mejor?

—¿Has dejado ya de reírte de mí?

—Dame cinco minutos más y habré terminado.

Suspiro y, por primera vez en tres días, sonrío. Mi mejor amiga siempre ha obrado ese efecto en mí: hacerme reír cuando peor me encuentro.

Me levanto con el teléfono pegado a la oreja y me aseguro de que la puerta está cerrada. Después, voy hasta la pequeña ventana que tengo en mi despacho y miro por ella la ciudad de Madrid. No es que mis vistas sean espectaculares ni mucho menos, pero no dan a un patio interior ni a un muro. Puedo ver un poco la ciudad, con sus edificios y su gente corriendo de un lado para otro. Siempre corriendo. Dios, parece como si al andar despacio y hacer las cosas con calma fuésemos a perder el tiempo y no llegar nunca a nuestro destino.

Estoy en un segundo piso, por lo que puedo columbrar a la gente que pasa por debajo de mí. Me fijo en una chica con traje y tacones corriendo por la acera con el teléfono sujeto ente el hombro y la oreja. Hace demasiado frío para ir con el abrigo sin abrochar y unos zapatos tan finos. También veo a un chico empujando un carrito de bebé y con otro niño agarrado a él. Veo a dos chicas cogidas de la mano cargadas con bolsas y a una pareja de ancianos cruzar la acera a paso de tortuga.

Madrid es esto: gente. Toda igual y a la vez distinta. Con sus historias, sus problemas, sus amores, sus miedos y sus rarezas.

Alguien, una vez, me enseñó a leer sus expresiones. A saber interpretar las miradas, los gestos de la boca o dónde y cómo colocaban las manos. Si movían mucho los pies o si fruncían el ceño y por qué.

A Héctor todo eso lo apasionaba; captar a las personas cuando eran vulnerables y creían que nadie las observaba. Y a mí me encantaba ver sus fotos. Verlo trabajar. Ir a sus exposiciones y observar todo el abanico de expresiones que era capaz de fotografiar.

Héctor.

Su nombre resuena en mi cabeza como un tambor. Su nombre, que llevo repitiendo sin cesar desde el viernes.

Héctor... ¿Qué estará haciendo ahora mismo? ¿Se habrá marchado ya a

París?

Héctor... ¿Qué diría él de todas estas personas que estoy viendo ahora mismo a través de la ventana?

Héctor...

—¿Jimena?

La voz de Martina me llega suave. Ya han desaparecido la burla y las risas de hace un momento, y supongo que eso solo significa que ha llegado el momento de hablar del motivo por el que la he llamado esta mañana, antes de que Guillermo nos interrumpiera. Del motivo por el que no he querido hablar con ella ni con mis hermanas en estos últimos días.

Suelto un suspiro y vuelvo a mi sitio, dejándome caer en la silla, preparada. O todo lo preparada que creo que puedo estar, porque la verdad es que el corazón me va a mil por hora y las manos me sudan muchísimo.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Con qué?

—Pues con todo. Con Guillermo, con la boda..., con Héctor.

—Con Héctor no hay nada que hacer. Lo vi, me impactó, se va a París, a nuestro París, y ya está. No hay nada más.

—No es vuestro París.

—Bueno, ya, pues lo que sea. Tú me entiendes.

—Lo que sea no, Jimena. Y no te impactó. Casi te da un ataque de pánico. Me asustaste muchísimo por teléfono, y te has recluso este fin de semana en tu casa. ¿Qué te dice eso? No te escondes de nosotras solo porque te haya impactado.

—No tengo ni idea de lo que quieres decir, pero no me escondo. Simplemente me apetecía un fin de semana para mí. No creo que sea nada malo. —Sé que me estoy poniendo a la defensiva y que debo de estar sonando muy seca, pero que te digan la verdad cuando no quieres oírla no es plato de buen gusto para nadie. Por mucho que sea mi amiga quien lo haga.

Pero ella es demasiado buena para tenérmelo en cuenta. O, por lo menos, no he llegado aún al punto de ponerla tan de los nervios que tenga que darme un par de bofetones para hacer que me centre y me enfrente a la realidad.

—Muy bien. Vamos a fingir que es como tú dices. ¿Por qué le has mentado a Guillermo? ¿Por qué le has dicho que estabas vomitando?

—Porque quería descansar un poco de la boda, eso es todo.

—Perfecto. Vamos a hablar del segundo punto en el orden del día. ¿Qué vas a hacer con la boda?

—¿Qué quieres que haga?

—No sé. Dímelo tú.

—Martina, creo que estás ya un poco pesada, ¿sabes? Te he dicho que seguir adelante con ella. ¿Qué problema tienes?

No quiero hablar de la boda. No sé si porque estoy abrumada con el asunto o porque hace tres segundos estábamos hablando de Héctor y ahora de mi boda con otro que no es él, y eso me hace sentir rara. Me hace sentir... ¿culpable?

El analgésico no me está haciendo ningún efecto. No es que no me alivie el dolor de cabeza, es que está ganando más intensidad. Me pinzo el puente de la nariz, tentada a buscar y tomarme otro, aunque sepa que eso puede ser peligroso.

—Yo no tengo ningún problema con ella. ¿Y tú?

—¿Yo? ¿Por qué iba a tener un problema con algo que estoy haciendo porque quiero?

—¿Me estás diciendo que quieres tener un pato de hielo en tu boda?

—Un cisne.

—¿Qué?

—Es un cisne de hielo.

—¡¿Y a mí qué cojones me importa el animal que sea?! —Vale, está gritando. Ya hemos superado el momento en el que la pongo de los nervios, y la hostia virtual va a llegar en cualquier momento. Debería colgar, porque sé que me va a decir algo que no quiero oír. Pero no lo hago—. Intenté abrirte los ojos en el aeropuerto, pero al final lo dejé estar. Y me he mantenido callada estas semanas. ¡Incluso te he ayudado a elegir el vestido de boda sin decir ni una palabra! Pero ya está, no puedo más. Estamos hablando de algo que es completamente ridículo y a lo que no estás poniendo ningún remedio. Estamos hablando de que te vas a casar con un chico al que no quieres solo por... por... ¡No tengo ni idea de por qué, Jimena!

—Te equivocas. Sí que quiero a Guillermo.

—¿Sí? Dímelo. Quiero oírtelo decir en voz alta. Dime: «Martina, estoy enamorada de Guillermo», y te juro que cerraré la boca para siempre y me limitaré a ir a tu boda, a sonreír, a ayudarte a ponerte el vestido, a admirar el jardín de sus padres y a adorar el puñetero cisne de hielo. Dímelo, y te juro que no diré ni una palabra más en lo que me queda de vida.

Mi voz lucha por salir. Empuja en mis cuerdas vocales, pero estas son demasiado débiles para ganar la batalla. Las que sí son fuertes son mis

lágrimas, que salen sin control. Con una mano sujeto el teléfono, como un salvavidas. Con la otra, me tapo la cara, intentando controlar los sollozos que han invadido mi cuerpo.

—Lo quiero, Martina. Lo quiero... Es buena persona, es cariñoso y es bueno conmigo. Me cuida. Y sé que me quiere.

—¿Pero?

—Pero vi a Héctor el otro día.

—Lo sé, nena.

—Y se marcha a París. Dios, parezco un disco rayado porque solo sé decir eso, pero es que... se va de viaje a París, a nuestra ciudad, sin mí. El año de mi cumpleaños, cuando se suponía que me iba a llevar allí para celebrarlo los dos solos. Y me estoy muriendo elucubrando si se va solo o acompañado.

—Pero, cielo, está siguiendo con su vida, como tú has seguido con la tuya. No puedes echárselo en cara. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí.

Y una mierda. No, no lo entiendo, pero me encuentro demasiado mal como para hablar más del tema, y tampoco quiero continuar escuchando a Martina sermoneándome.

El teléfono de la oficina suena. Carraspeo, bebo un poco de agua y me sereno antes de cogerlo. Es Leti, una compañera, avisándome de que tenemos una reunión en diez minutos. Dios. ¿Una reunión ahora? Si estoy para meterme en la cama e hibernar, como este fin de semana. Le digo que en siete minutos estoy allí y cuelgo.

—Tengo una reunión. Tengo que colgar, porque antes debo pasar por el cuarto de baño sin que nadie me vea para poder asearme y que no parezca que se me acaba de morir el perro.

—Vale. Pero te llamo después. Mejor, llámame cuando llegues a casa esta tarde. O a la hora de comer. Me da igual. Tú llámame, que yo te espero.

—Martina, por Dios. ¿Cuándo duermes?

—Cuando la llorica de mi amiga me deja.

—Ja, ja, ja. Te lo agradezco, pero no, no me llames. Yo... no sé.

—No hemos terminado la conversación.

Lo sé, pero primero tengo que reponer fuerzas y estabilizarme. Esta llamada ha sido demasiado intensa y me ha dejado agotada.

—Te prometo que vamos a seguir hablando, pero hoy no. Por favor.

—De acuerdo —me dice al cabo de unos cuantos segundos en silencio. Intuyo que le ha costado mucho aceptar, pero sabe que ahora mismo es lo que

necesito—. Te quiero, Piolín.

—Y yo a ti.

Colgamos y me levanto para ir corriendo al baño, preparada con el neceser de urgencia que guardo en el bolso. Menos mal que no llevo tacones, si no, me habría torcido un tobillo de lo rápido que he ido por el pasillo. Me lavo bien la cara, me aplico tapaojeras, maquillaje, un poco de colorete, me perfilo los ojos y me pongo rímel. No suelo maquillarme tanto para venir a trabajar, pero ahora lo necesito.

Compruebo la hora en el móvil y veo que quedan solo dos minutos para que empiece la reunión, y es en el piso de arriba. Me miro una última vez en el espejo, me arreglo los rizos, pues llevo el pelo suelto y parezco una leona. Me estiro la blusa y me aliso los vaqueros, como si estos tuvieran alguna arruga. Salgo del baño a la carrera y por el camino me encuentro con Leti.

—¡Un minuto! —grita riendo mientras va hacia los ascensores.

—¡Voy, voy, voy!

Casi derrapo cuando llego a la puerta de mi despacho. Tengo que agarrarme al marco para no irme de bruces contra el suelo. Cuando controlo el equilibrio, abro mirando mis pies y la cierro a mi espalda. Levanto la cabeza y, en cuanto lo hago, el neceser que llevo en las manos se me cae, produciendo un sonido ensordecedor. No había cerrado la cremallera, por lo que todas mis pinturas están esparcidas por la tarima. No les presto atención. Solo mantengo la mirada al frente, preguntándome si lo estoy imaginando o no.

—Hola, Jimena.

Su voz, fuerte y débil a la vez, es real. Acabo de escucharla, y si lo he hecho, es porque es cierto, lo tengo aquí delante. No se trata de ningún espejismo o de una broma de mi subconsciente. Es él en carne y hueso.

Héctor está en mi despacho y me mira fijamente.

Lleva las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros, oscuros. Un suéter rojo asoma bajo la chaqueta de cuero negra y un gorro gris le cubre la cabeza. Se nota que lleva varios días sin afeitarse, porque una barba más que incipiente adorna su cara, de esas que me raspaban el cuello cuando lo besaba. Tiene las ojeras muy marcadas, demasiado. No deja de mirarme. No se mueve.

Ninguno lo hacemos.

No escucho el ruido que proviene de la calle. No tengo ni idea de qué hora es o de si tenía que ir a algún sitio. Las palmas de las manos me sudan y el

corazón me late a toda velocidad.

Una pequeña sonrisa comienza a asomar. Esa que tanto me gustaba de él. Esa que me regaló la primera vez bajo la lluvia, hace ya demasiados inviernos. Esa que provoca que los ojos se le achinen y se le formen arruguitas en la orilla.

—¿No vas a decir nada? —pregunta con voz temblorosa, nervioso.

Su voz me eriza la piel. Busco y rebusco en mi mente las palabras perfectas, pero solo se me ocurren unas:

—Sí, que creo que me voy a desmayar.

No pienso moverme

Héctor

Llego a tiempo.

Al desplomarse, Jimena cae en mis brazos con tanto ímpetu que nos empuja a los dos al suelo. La tengo bien sujeta por la cabeza y los hombros, por lo que en ningún momento tocan el piso. No sucede lo mismo conmigo, sobre todo con el codo y la muñeca. Un calambre me recorre el antebrazo, pero no presto atención, porque me centro en Jimena.

Solo en ella.

—Jimena. ¡Jimena! —la llamo a gritos, pero no me contesta. Comienzo a ponerme nervioso y no sé qué hacer.

Miro a un lado y a otro, pero no hay nadie a nuestro alrededor, claro. Estamos solos en su despacho y la puerta está cerrada. Solo me queda una opción: gritar.

—¡Ayuda! ¡Por favor, necesito ayuda! —Lo grito con todas mis fuerzas, a pleno pulmón, mientras consigo sentarme en el suelo y apoyar su cabeza en mi regazo.

El pelo le cae sobre mis piernas, más rojo que nunca. Se lo acaricio mientras me compruebo que su pecho sube y baja con normalidad. Con la otra mano acaricio su rostro; la zona de las cejas y sus pecas, esas que tanto odiaba y que a mí me volvían loco. Jimena abre ligeramente la boca y un pequeño suspiro sale de entre sus labios.

—Pequeña... —No puedo evitar llamarla así. Veo cómo lucha por abrir los párpados. Se mueven de un lado a otro hasta que, finalmente, consigue despegarlos del todo—. Hola...

Sonrío y el cuerpo se me relaja de golpe. No dejo de acariciarle el pelo desde la raíz hasta las puntas, enredando mis dedos en sus rizos. Jimena no dice ni una palabra. Me mira, fijamente, para volver a cerrar los ojos poco después.

En ese momento, se escuchan fuera unos pasos apresurados y, antes de que me dé tiempo a levantar la cabeza, la puerta se abre de golpe. No nos da por muy poco.

—¿Qué ha pasado?! ¡Jimena! ¡Jimena! —Los gritos de la chica son frenéticos. Se tira al suelo y se pone en cuclillas a mi lado, cogiendo la mano

de Jimena mientras gimotea—. ¡Jimena!

Pongo los ojos en blanco y reprimo mis ganas de decirle que se guarde tanto drama para su casa. Se escuchan varios pasos más y, en un momento, el despacho de Jimena parece la puerta de El Corte Inglés el primer día de rebajas.

Todos quieren tocarla; algunos quieren hacerle la respiración cardiopulmonar; otros, solo el boca a boca. Una chica intenta empujarme para tumbarla en el suelo y subirle los pies. Una vena extraprotectora me consume. Quiero gritar y mandarlos a la mierda, pero me controlo. Sin hacer caso a las protestas y a las «recomendaciones» de todos los doctores que acaban de aparecer en esta habitación, me levanto con Jimena en brazos y salgo del despacho camino de los ascensores.

—No te la puedes llevar —me dice un chico que se para delante de mí e intenta impedirme el paso.

—Estamos llamando a una ambulancia, no te muevas —me dice una chica bajita con gafas.

—¿Pero quién eres tú?

—¡Jimena!

—Llamad a alguien, por favor. ¿Quién es este tío?

Jimena se retuerce en mis brazos y, de forma inconsciente, se acurruca más en ellos. Me gustaría pedirle que colocara sus manos en mi cuello, para compensar el peso, pero no creo que vaya a prestarme mucha atención que digamos.

Ignorando a todo el mundo y esquivando más baches que en una carrera de obstáculos, llego al ascensor. Voy a pulsarlo como puedo cuando una mano, salida de la nada, lo hace por mí. Acto seguido, noto cómo alguien coloca los brazos de Jimena alrededor de mi cuello y me ayuda a reacomodarla para que los dos estemos más cómodos. Cuando me giro para buscar quién ha sido, una chica morena, con el pelo cortado al estilo *bob* y con unas gafas de pasta negra, me sonrío.

—¿A qué hospital vas a llevarla, Héctor?

Cuando Jimena llegó a esta editorial, Victoria fue de las primeras amistades que hizo. No es que se convirtieran en amigas íntimas, de esas que quedan para contarse secretos y poner verdes a los hombres, pero siempre le echaba una mano en el trabajo o la guiaba en todo momento. Siempre me habló bien de ella, y aunque no nos vemos desde hace muchísimo tiempo, sabe quién soy.

—Por fin una cara conocida. Ya me estaba poniendo nervioso con tanto becario que no me conoce de nada por aquí. Me miran como si estuviera intentando secuestrarla.

Nada más decirlo me doy cuenta de que ya no escucho los gritos de antes. De hecho, está todo en relativo silencio. Miro a duras penas por encima de mi hombro y compruebo que solo quedan un par de personas conmigo, además de Victoria.

—¿Dónde se ha metido todo el mundo?

—Los he mandado al trabajo —contesta ella, sonriendo y encogiendo los hombros, quitándole importancia al asunto.

El ascensor llega y, por suerte, va vacío. Entro con Jimena en él y le pido a Victoria que pulse el botón de la calle. Lo hace sin pedir explicaciones. Cuando las puertas se cierran y comienza a bajar, me doy cuenta de que no he contestado a la pregunta.

—¡AL HM! —grito, esperando que me haya escuchado.

Salgo a la calle y detengo el primer taxi que veo. Dejo a Jimena con cuidado en la parte de atrás, cierro la portezuela y bordeo el coche para entrar por la otra y sentarme a su lado. Le doy la dirección al taxista, que nos mira raro por el espejo retrovisor, y arranca. Como puedo, le abrocho el cinturón, aunque yo no me abrocho el mío, porque así tengo más flexibilidad. Apoyo su cabeza en el respaldo y yo me recuesto como ella, lo más cerca posible.

Jimena abre los ojos poco a poco. Me incorporo para no asustarla.

—¿Héctor? —Me mira con el ceño fruncido.

—Hola, pequeña —la llamo sin poder evitarlo. Intenta incorporarse, pero una pequeña mueca de dolor surca su rostro—. Tranquila, no te muevas. Quédate tumbada.

—¿Dónde estamos?

—En un taxi.

—¿En un taxi? ¿Por qué? ¿Y la reunión?

—No sé nada de ninguna reunión, pero sí sé que estamos en un taxi porque te has desmayado.

—¿Que me he desmayado? ¿Por qué? —Se pone nerviosa y se mueve de un lado a otro. Intenta quitarse el cinturón cuando nota que este le impide hacerlo con facilidad.

—No te muevas, por favor.

—Me duele la cabeza.

—Lo sé. Habrás sufrido una bajada de tensión. Por favor, para, ya casi

llegamos.

Coloco mi mano sobre la suya y eso la hace parar de golpe. A pesar de que he estado un rato cargándola en brazos, tocando su cuerpo, su piel, eso no me ha afectado ni la mínima parte de lo que provoca el roce de su mano contra la mía.

Baja la mirada para posarla ahí donde nuestras manos se acarician. Creo que va a apartarla, pero no. Levanta de nuevo la vista y la fija en mis ojos. Los suyos siguen siendo igual de bonitos y expresivos que antes, de un color verde que te atrapa y bloquea. Sin poder evitarlo, alzo la mano que tengo libre hasta colocarla en su mejilla, que está helada. Miro su cuerpo y me percató de que está sin chaqueta.

—Mierda, estás helada.

—No te preocupes.

—Pero te he sacado sin chaqueta, joder. —Retiro mi mano de su mejilla y voy a quitarme la chaqueta y ponérsela a ella, pero me detiene antes de que haga el siguiente movimiento.

—No.

Su voz es tan clara y tajante que me paraliza en el acto. Con cuidado, estira el brazo hasta alcanzar mi mano, cogerla y vuelve a ponerla sobre su mejilla.

La noto temblar, aunque también puede ser que el que está temblando sea yo. Un millón de sensaciones me recorren el cuerpo y no sé ponerles nombre. No me fijo en las calles por las que circulamos. No escucho el ruido que siempre inunda las calles de la capital. No tengo ni idea de si el taxista nos está llevando por el camino correcto o si, por el contrario, está dándonos una vuelta turística por la ciudad. No sé si llevo cinco minutos en este coche o si llevamos toda la mañana.

Solo puedo ser consciente de los ojos de Jimena sobre los míos.

De su mano sobre la mía.

De mi mano sobre su mejilla.

De nuestras pieles tocándose. De nuestros rostros observándose. De nuestros alientos mezclados y juntos.

De nosotros.

—¿Eres real? ¿De verdad estás aquí delante?

Quiero hablar. Quiero decirle que soy más real de lo que ella se imagina. Pero no consigo decir nada.

Tengo miedo.

Miedo a abrir la boca y que esta burbuja que parece envolvernos desaparezca.

—¿Por qué estás aquí, Héctor?

No me da tiempo ni a procesar sus palabras. El taxi frena con un golpe seco que hace que nos venzamos hacia delante. Como yo no llevo cinturón, mi impacto es más hosco y me empotra contra el asiento delantero, logrando que me despierte del todo y que la burbuja se rompa en mil pedazos. Además de causarme un daño de mil demonios.

—¿Se puede saber qué cojones estás haciendo?

—Son trece euros.

Voy a decirle que son trece mierdas cuando una mano cálida me rodea el brazo. Me giro y veo a Jimena con los ojos entrecerrados y una sonrisita asomando. Le tiro el dinero al taxista y salgo a toda prisa del coche, sacándola a ella conmigo.

—Me pesan las piernas. Estoy muy mareada.

La coloco de lado, con un brazo bajo sus piernas y el otro en su cintura, y, de un impulso, la vuelvo a coger en brazos.

—Ya te tengo, pelirroja.

Joder. No paro de usar apelativos cariñosos, pero es que no me sale de otro modo, y parece que a ella no le importa. O no se da cuenta.

Cuando entramos en urgencias, un enfermero nos ve de lejos y viene casi a la carrera arrastrando una silla de ruedas. Dejo con cuidado a Jimena en ella, asiento en dirección al chico, indicándole que pueden irse, y me dirijo al mostrador para proporcionar todos los datos. Ni siquiera he dado dos pasos cuando su voz suave hace que me vuelva.

—No te vayas, ¿vale? Yo... Espérame aquí. No te vayas. Por favor...

Un amor y un cariño infinitos me atraviesan el pecho, directos al corazón. Ya no solo por lo que me acaba de decir en voz alta, sino porque eso mismo puedo verlo también en sus ojos. La certeza de que quiere que esté aquí. Con ella.

«¿Por qué estás aquí, Héctor?».

Recuerdo la pregunta que me ha hecho antes en el taxi y me doy cuenta de que no tengo ni idea. No recuerdo por qué he ido esta mañana a su despacho ni de qué quería hablar con ella. Solo doy gracias por haberlo hecho. Me acerco hasta donde está y, con cuidado y disfrutando del momento, aproximo mis labios a su frente y dejo ahí un beso. La noto coger aire y expulsarlo cuando me alejo.

—No pienso moverme.

Nuestra vida se fue a la mierda

Héctor

—¿Quieres dejar de moverte? Me estás poniendo nervioso y no te oigo bien.

—No me estoy moviendo.

—Sí, lo haces.

—Que no lo hago, cojones.

—Ni cojones ni sartenes. Que te quedes quieto.

—¿Ni cojones ni sartenes? ¿Qué coño es eso?

—¡Que no te muevas y punto!

Resoplando, hago lo que Iván tan amablemente me pide y dejo de deambular por la sala de espera. Elijo una de las sillas del fondo y me dejo caer en ella. Por millonésima vez me paso la mano por el pelo. Debe de estar tan alborotado que, si alguien me pregunta si he metido los dedos en un enchufe, tendré que decirle que sí.

Hace más de media hora que llegamos a este hospital y la vi desaparecer tras esas puertas. Cuando terminé de darla de alta no sabía si ir en su busca o esperar aquí a que me llamaran. Al final, opté por la segunda opción, pero creo que escogí la errónea.

Como me estaba poniendo de los nervios tanta espera sin saber nada, decidí llamar a Iván.

Aún estoy deliberando si ha sido una buena o una mala idea.

—Bueno, entonces, ¿no has hablado con ella?

—Oh, sí que hemos hablado. Le he preguntado: «¿No vas a decir nada?», y ella, muy cortésmente, me ha dicho: «Sí, que voy a desmayarme», y ya sabes que Jimena siempre ha sido de cumplir sus promesas, así que se ha caído redonda al suelo.

—El sarcasmo no te pega nada.

Me froto la cara y resoplo. Mi amigo tiene razón. Estoy siendo sarcástico y nada simpático en este momento, pero estoy nervioso. Nervioso de la hostia.

Cuando me desperté esta mañana, tenía un objetivo claro: presentarme en casa de Jimena y preguntarle por el encontronazo del viernes. Ese en el que no he dejado de pensar desde entonces, incluso durante el fin de semana, cuando fui a visitar a mi madre.

Mi progenitora, hasta las narices de mi cara, mis suspiros, mis ceños fruncidos y mis gruñidos, fue la primera que me aconsejó ir a ver a mi exmujer. La miré como si le hubieran salido dos cabezas. Después, lo medité. ¿A quién quiero engañar? Lo tenía decidido incluso antes de que ella me lo propusiera.

Ayer por la noche, cuando hablé con Iván, también fue muy claro al respecto:

—Ve, habla con ella, cuéntale tus planes y despídete. Si no haces eso, no vas a conseguir avanzar ni un paso en cuanto pongas un pie en París. Tú lo sabes y yo lo sé. Aunque a veces te empeñes en decir que el destino no existe, piensa por una vez que puede que sí lo haga, y que encontrarte con ella así, días antes de que te vayas de Madrid, es una señal. La forma en la que el destino quiere decirte que te despidas de ella como necesitas y, así, poder pasar página.

Aunque sea un café la mayor parte del tiempo, tiene sus momentos, y sabe decir verdades como puños.

Al despertarme esta mañana lo he hecho animado y dispuesto a presentarme en su casa para hablar. Ya en la calle, he pensado que no sería aconsejable abrumarla e incomodarla, y su despacho me ha parecido un lugar más adecuado. Además, no podía parar de pensar en la posibilidad de que no me abriese la puerta.

Con lo que no conté en ningún momento fue con todo lo que ha pasado: ella desmayándose entre mis brazos y, mucho menos, los ruegos y deseos que he vislumbrado en su mirada.

Durante tanto tanto tiempo he sentido que me odiaba...

Durante tanto tanto tiempo he temido intentar acercarme a ella por temor a lo que pudiera encontrarme...

Durante tanto tanto tiempo he barajado mil y un escenarios posibles..., que ahora no tengo ni puñetera idea de lo que hacer con el que se me ha presentado.

—Bueno, ¿y qué vas a hacer? —Una carcajada nerviosa brama en mi pecho ante la pregunta de mi amigo. Un par de personas a mi alrededor me miran con auténtico odio, y no los puedo culpar. No dejamos de estar en la sala de espera de un hospital—. Me encanta causarte tanta gracia, ni te lo imaginas.

Me controlo y consigo ponerme serio de nuevo. O todo lo humanamente serio que puedo, porque siento como si me hubiera poseído un payaso y solo

tengo ganas de reír. ¿Pero qué me pasa?

—¿Vamos a hablar como personas maduras o espero a que cumplas los cinco?

—A ti tampoco te pega nada el sarcasmo.

—Ni a ti haberte tragado al mismísimo Ronald McDonald. Pero, mira, aquí estamos.

Me tapo la nariz para no dejar salir la risa otra vez. Iván, que ya ha demostrado que me conoce demasiado bien, suelta un suspiro dramático de los suyos y lo oigo susurrar mientras cuenta hasta diez.

—Ya paro, te lo juro, es que no tengo ni idea de qué me pasa. Solo tengo ganas de reír y de moverme. Odio estar sentado en esta puta silla. Nadie me dice nada y no sé a quién preguntar.

—¿Tengo que decirte yo qué te pasa o eres lo suficientemente avisado como para adivinarlo tú solo?

—No. Puedo hacerme una idea.

—Chico listo.

Estoy nervioso, pero, sobre todo, estoy acojonado, y cuando me siento así, me da por reírme.

Miro la hora en el reloj que cuelga en una de las paredes de la sala y veo que solo han pasado tres minutos desde la última vez que le eché un vistazo. Apoyo la cabeza en el tabique que tengo detrás y cierro los ojos. Intento silenciar el ruido de las personas a mi alrededor, de las llamadas que llegan al mostrador y de las puertas automáticas que no dejan de abrirse y cerrarse. También intento eludir el olor que desprenden los hospitales. Lo odio.

De repente, una idea me asalta. Abro los ojos y me endezco en la silla.

—¡Iván!

—¡Héctor! —me imita.

—Tienes que hacerme un favor.

—¿Seguro?

—No seas capullo.

—Es broma. Tú pide, que yo concedo deseos.

Cojo aire, porque yo también lo conozco a él lo suficiente como para saber que lo que voy a pedirle ahora mismo no va a hacerle ni puta gracia.

—Tienes que llamar a alguien.

—¿A quién? ¿A Germán?

—No.

—¿A tu madre?

—Tampoco.

—Vaaale. ¿Y vas a decírmelo o seguimos jugando a las adivinanzas?

—Si te callas un momento y dejas de intentar averiguarlo, te lo digo. —
Inhalo un par de veces; sé que, en cuanto pronuncie su nombre, es posible
que se desate una guerra—. Lucía. Tienes que llamar a Lucía.

Un silencio se extiende al otro lado, tal y como yo intuía. Cuento
mentalmente hasta diez, esperando a que algo salga de la boca de mi mejor
amigo. Pero no dice ni mu. Miro la pantalla a ver si ha colgado, pero no. Su
nombre, junto con su foto, siguen ahí.

—¿Iván?

—Ni lo sueñes.

—Pero has dicho que me harías un favor.

—Y te lo haré. ¿Quieres que vaya y te haga compañía? Hecho. ¿Quieres
que te ayude con las cajas para la mudanza? Hecho. ¿Quieres que te preste
dinero? Hecho. ¿Quieres que llame a esa loca de los cojones? Ni lo sueñes.

—No está loca, y lo sabes. El único que está loco aquí eres tú, y es por
ella.

—Si vas a seguir por ese camino, cuelgo ahora mismo y que te den por
culo.

Cierro la boca, pero no puedo evitar sonreír, y doy las gracias
mentalmente porque él no me esté viendo. Aunque no puedo esquivar una
pequeña nube gris que se cierne sobre esa sonrisa. La historia de mi amigo y
mi excuñada es un tema tabú. Jamás me ha dejado hablar de ella ni
preguntarle qué pasó. Nunca he llegado a saber por qué su historia de amor se
terminó. Una voz interior siempre me ha dicho que fue por nosotros, por
Jimena y por mí. Es decir, ella era su hermana y él, mi mejor amigo, y esas
dos variables era imposible que siguieran coexistiendo. Pero cada vez que ese
pensamiento ha cruzado mi mente, siempre lo he descartado mandándolo al
fondo, porque me mata pensar que no solo me cargué mi relación con Jimena,
sino que también me cargué la de dos de las personas a las que más quiero.

—Deja de comerte la cabeza. Desde aquí escucho los engranajes
funcionando a toda máquina.

—Pero...

—No hay peros, Héctor. Olvídate del asunto, ¿vale?

—Vale. —¿Qué otra cosa puedo hacer?

Nos volvemos a quedar en silencio, pero no es incómodo. Estamos
acostumbrados a ello. Supongo que en eso consiste la amistad, en conocer lo

suficiente al otro como para saber leerlo sin palabras y para saber entenderlo sin acciones.

Las puertas que dan al interior del hospital se abren, y el chico que se ha llevado a Jimena en la silla reaparece. Mira alrededor, como buscando algo, y yo me levanto como si me hubieran puesto un petardo en el culo.

—¿Me buscas? —pregunto plantado delante de él. Por la cara que pone al mirarme, está claro que es a mí a quien buscaba.

—Sí. La señorita ha dicho que venga a por usted. El desmayo que ha sufrido ha sido a causa del estrés y una bajada de tensión considerable. Como sigue un poco mareada, la están dejando reposar en un salita privada. Si me acompaña, lo llevo hasta ella.

—Sí, sí. Claro. Muchas gracias.

Alivio y alegría danzan juntos. Alivio por tener, al fin, noticias de Jimena. Alegría porque no se ha olvidado de que estoy aquí y ha pedido que vengan a buscarme.

—Por cierto —el celador frena de golpe y casi choco con su espalda—, es usted familiar, ¿verdad? Porque si no lo es, no sé si van a permitir que esté con ella.

Me quedo paralizado sin saber qué decir. Estoy a punto de presentarme como su marido, pero no es verdad. Y tampoco puedo decir que sea su amigo.

Algo debe de ver el chico en mi cara, porque ladea la cabeza y me estudia con atención. Asiente una vez y no comenta nada. Me indica con la cabeza que lo siga y echa a andar de nuevo. Sin abrir la boca, me sitúo a su lado y miro al suelo, desconcertado. Llegamos a una salita con la puerta cerrada. Se detiene y me mira sonriendo. Puedo percibir comprensión y empatía en su mirada.

—Asegúrese de avisar a alguien de la familia, ¿de acuerdo?

Asiento, me aprieta el hombro con cariño y desaparece.

Me quedo mirando la puerta como un imbécil. Voy a estirar el cuello y hacerlo crujir, porque me lo noto agarrotado, cuando me doy cuenta de que sigo con el móvil pegado a la oreja.

—¿Iván?

—Voy a llamar a Lucía. Ya he escuchado dónde estáis. Diré que al llegar pregunte por Jimena Durán y que explique lo que ha pasado, ¿de acuerdo?

—Yo... Gracias, tío.

—Tranquilo. Ya me cobraré el favor de alguna manera.

Sé lo difícil que es para él realizar esa llamada. Podría hacerla yo si no fuera porque eliminé el contacto de cualquier persona del entorno de Jimena cuando se marchó de casa. Y algo me decía que Iván no había eliminado el de Lucía.

Me guardo el teléfono en el bolsillo, tomo aire, llamo con los nudillos un par de veces para prevenirla y abro la puerta. La habitación está a oscuras, excepto por una pequeña lucecita en la mesa, al lado de la cama. Ahí, tumbada, está Jimena. Va vestida, sin ningún cable ni ninguna máquina conectada a su cuerpo. Tiene los ojos abiertos, el pelo suelto desperdigado por la almohada y una pequeña sonrisa dibujada en sus labios pintados de rosa. Los ojos verdes, brillantes, y las manos, a ambos lados del cuerpo.

Está preciosa.

Pero al verla ahí tumbada, no puedo evitar recordarla con la cara magullada.

Recordarla con los ojos cerrados y las lágrimas cayendo por su rostro. Con los labios fruncidos para no gritar. Con la máquina conectada a su cuerpo, emitiendo ese pitido tan molesto. Con el gotero al lado de su cama, impidiendo que pudiera mover el brazo con libertad. La recuerdo con las manos juntas, unidas, y con el cuerpo ligeramente girado a la izquierda, lo más lejos posible de mí, para no tocarme.

Para que no la tocara.

Viéndola ahora aquí, en esta cama, no puedo evitar regresar al día en el que nuestra vida se fue a la mierda.

Oscuridad

Jimena

Febrero de 2018

Abrocharme los zapatos se ha convertido en misión imposible para mí. No puedo agacharme y, además, mis pies parecen los de un elefante, por lo que no me entra ningún zapato. Llevo todo el día estos zuecos que no pegan con nada y son un rato feos. Pero es eso o ir descalza, y aunque me lo he planteado alguna vez, la cara de Héctor mirándome como si me hubieran salido tres cabezas me tira para atrás.

—Cielo, ¿te falta mucho? —me pregunta mi marido tras la puerta cerrada del cuarto de baño.

Ya lo ha vuelto a hacer. Usar ese tonito sosegado que me toca las narices. Me habla como si estuviera tratando con una niña de tres años, y a mí me pone de los nervios.

—Si ya estuviera lista, hace rato que hubiese salido, ¿sabes? Quedarme todo el día en el cuarto de baño no es muy tentador.

Sé que estoy siendo borde, pero hay cosas que no puedo evitar, y esta es una de ellas. Estoy agobiada, cansada, y me duele hasta el alma. Aunque Olivia y Lucía se empeñen en decir que mi alma se la tragó la niña en cuanto me quedé embarazada.

«No les hagas ni caso, Jimena. Lo dicen solo para cabrearte y, por lo que veo, lo están consiguiendo». Esas fueron las palabras de Héctor cuando me eché a llorar como una magdalena sobre su hombro después de gritarles a mis hermanas por teléfono y colgarles. Sabía que intentaba consolarme, pero también intuía que él pensaba lo mismo, aunque no lo dijera abiertamente. Que me llamara por mi nombre y no «pequeña» era señal de que algo estaba cambiando, pero no le di importancia.

Me centré en mi drama y en mí misma, que para algo era la que estaba embarazada y la que sufría todos los cambios.

La puerta del baño se abre poco a poco y un tímido Héctor asoma por ella. Me regala su sonrisilla de medio lado y me mira con un brillo especial. Me pregunta de forma silenciosa si puedo entrar, y yo asiento. Cuando lo

hace, me fijo en que ya está completamente vestido, con sus vaqueros desgastados, las botas negras, un suéter rojo y el abrigo puesto pero desabrochado. La boca se me hace agua solo con mirarlo y la lujuria toma el control de mi cuerpo.

Me olvido de mis pies de elefante, de mi barriga, del dolor de espalda y hasta de que llego tarde a una reunión. Solo quiero empujar a mi marido, llevarlo a nuestro dormitorio y hacer de todo con él. Héctor adivina mis intenciones y una pequeña carcajada lo sacude entero. Niega con la cabeza, se pone de cuclillas y me ayuda a calzarme los zuecos del infierno. Es increíble que, con el frío que está haciendo, a mí no me importe llevar unos malditos zuecos y no unas botas, como debería, y más con lo friolera que he sido siempre.

Lo sigo con la mirada, sin perder ni un detalle de sus movimientos ni de su cuerpo.

Cuando ya ha terminado con los pies, se levanta y coge la camiseta que he dejado apoyada en el mueble. Me ayuda a enfundármela por la cabeza y después la ajusta para que quede perfecta. Lo hace todo sin dejar de sonreír pero sin mirarme directamente a la cara.

—Héctor... —le digo con la voz más melosa y ñoña que puedo para llamar su atención. Pero me ignora—. Sé que me estás escuchando. Sordo no te has quedado, todavía.

Me ayuda a incorporarme; debo decir que esto rompe un poco la magia y la seducción que estaba planeando llevar a cabo, porque levantarme a mí es como intentar levantar a una morsa, pero con menos gracia si cabe.

Una vez que consigue ponerme en pie, va a por el peine y atusa mi descontrolado cabello. Cierro los ojos y me dejo hacer. Disfruto de cómo me cepilla el pelo y de los pequeños besos que deja de vez en cuando sobre mi cabeza, detrás de la oreja, en mi cuello, mis hombros o la mejilla.

—Ya está. Perfecta y guapísima.

—Y gorda.

—Eso te hace más bonita todavía. —Me abraza por detrás, posando las manos sobre mi abultado vientre. Apoyo la espalda sobre su pecho y dejo que, como siempre que me abraza de esta manera, nos meza al compás de una canción que solo él escucha.

Coloco mis manos sobre las suyas y juntos acariciamos mi barriga. Ocho meses. Solo quedan unas pocas semanas para poder ponerle carita a esta princesa que descansa dentro de mí y que ha conseguido poner nuestro

mundo del revés, y eso que aún no ha nacido. No tenemos ni idea de cómo la llamaremos, porque no logramos ponernos de acuerdo. Héctor vota por María. A mí me parece soso y demasiado trillado. Quiero un nombre con más garra, y si puede ser menos oído, mejor. Así que yo prefiero Noa. Pero Héctor dice «veto» cada vez que lo propongo. Así que hemos decidido esperar a verle la cara y, entonces, veremos cuál es el que mejor le queda.

Acerca su boca a mi oído y, como hace siempre que puede, y sin dejar de acariciarme, susurra:

Siempre a tu lado estaré
y tu guardián yo seré.
Toda la vida.
Si un día te sientes mal,
yo de bien te llenaré,
y aunque muy lejos tú estés,
yo a tu sombra cuidaré.

Cada vez que parafrasea la canción Tu guardián, de Juanes, a mí se me pone la piel de gallina y me invade un sentimiento de felicidad total, porque, si yo estoy emocionada con la llegada de esta pequeña, lo de Héctor ya roza la locura. Lo he pillado más de una vez hablándole a mi tripa, como si le estuviera contando un secreto, cuando cree que estoy dormida —qué pena que no se haya dado cuenta todavía de que eso de dormir se ha convertido en una utopía para mí—. Cada dos por tres viene con algún regalo, por lo que tenemos la habitación de la niña llena de bolsas y cajas, sin saber qué vamos a hacer con todas ellas. En el pequeño estudio que ha alquilado a unas calles de distancia, ha decorado una pared con todas las ecografías que nos hemos hecho hasta ahora, y debajo de cada una de ellas ha escrito una palabra: fuerza, valentía, amor, felicidad, chocolate, risas, sueños... Todo lo que, según él, quiere darle a nuestra hija a lo largo de toda su vida.

Me da un último beso en la coronilla, me suelta, me da una palmada en el culo y sale del baño.

—Vamos, pelirroja, que si seguimos poniéndonos moñas, al final seré yo el que te haga ojitos y te ponga morros. O te cargue sobre mi hombro y terminemos revolcándonos en la cama.

—¡Pero yo quiero eso último! Lo de cargarme sobre tu hombro no, que te mato. ¡Pero quiero el revolcón! —grito, porque ya ha salido del baño. Su

respuesta es una carcajada, simple y llanamente.

Resignada, opto por rendirme y hacer lo que me dice.

Salimos juntos de casa y, al bajar a la calle, se asegura de ajustarme bien el gorro y la bufanda para que me tape las orejas y el cuello. Reviso que lo llevo todo en el bolso y le doy un beso en los labios antes de girarme y enfilar hacia el metro.

—¡Héctor! —lo llamo de nuevo, gritando, porque me he acordado de algo. Se da la vuelta y viene hacia mí.

—Dime, corazón de melón.

Pongo los ojos en blanco y sonrío, sin poder evitarlo.

—La ecografía. A las cuatro. ¿Vendrás?

—Sí. —Aunque intenta sonar convencido, detecto una leve duda en su voz. Lo miro entrecerrando los ojos y me cruzo de brazos, empezando a mosquearme—. Ni te enfades ni me mires así. He dicho que sí, ¿vale?

—La semana pasada también dijiste que sí y tuve que ir con Olivia. Y la anterior, con Lucía. ¿En esta tengo que llamar a Martina por FaceTime para que me haga compañía?

Sé que mis palabras le han dolido y su rostro así lo demuestra. Podría rectificar, pero no lo hago.

—Nena, eso ha sido un golpe bajo.

—Ha sido la realidad, Héctor. Estamos en la recta final y no me gusta que no vengas conmigo.

—Y a mí no me gusta no poder ir, Jimena. Te lo aseguro. Pero falté esas dos veces por causas mayores, y lo sabes.

—¿Qué pasa, que lo mío no es importante? Como por cojones tengo que llevar la barriga auestas conmigo... Pues yo también tengo miles de compromisos por hacer; tengo reuniones, plazos de entrega que cumplir y presentaciones que preparar. Lo mío es tan importante como lo tuyo, Héctor.

—¿Cuándo te he hecho creer lo contrario?

—Cuando te llamo para que vengas a recogerme y no apareces, y me toca llamar a mis hermanas para que vengan conmigo.

En cuanto pronuncio la última palabra ya me estoy arrepintiéndome. Parece que la mala hostia con la que me he levantado esta mañana, y que Héctor había conseguido suavizar, ha vuelto. Y más guerrera que nunca.

No reculo. Me cruzo de brazos, apoyándolos sobre la tripa, y espero a que diga algo. Héctor me mira dolido y enfadado. Por fin, desde que terminó el máster, ha conseguido lo que quería: exponer él solo en una galería en el

centro de la ciudad, dentro de mes y medio. Es su sueño, y el mío. Ha trabajado mucho, demasiado, para conseguir esta oportunidad, yo lo sé mejor que nadie.

Y se la merece.

Pero no pude evitar sentirme dolida cuando no me acompañó al médico las dos últimas veces. Dios, sé que soy injusta y mezquina, y que si viera la situación desde fuera, pensaría que esa tía con el gorro rojo y el abrigo negro es una cabrona. Pero tampoco puedo no sentirme así. Es algo que escapa completamente de mi control.

Héctor va a abrir la boca, pero opta por cerrarla. Solo asiente, me da un beso en la mejilla, se da media vuelta y se marcha, con las manos en los bolsillos y cabizbajo.

Yo espero ahí de pie como una idiota hasta que lo veo desaparecer al doblar la esquina. No se ha girado ni una vez a mirarme.

Llego a la oficina con el tiempo justo. Subo directa a la planta de arriba, pues la reunión está a punto de comenzar, y Guillermo, mi jefe, odia la impuntualidad.

No tengo ni idea de lo que dicen. Mi cabeza, desde luego, no está aquí, y menos con ellos. Está en la pantalla del móvil, que miro cada quince segundos. Lo triste es que los voy contando.

Empecé mirándola cada quince minutos. Luego, diez. Después pasamos a cada cinco, y ahora, cada quince segundos.

Pero el resultado siempre es el mismo: ni un mensaje de Héctor.

Termina la reunión justo a la hora de comer y salgo todo lo rápido que puedo para pedirme un bocadillo en la cafetería de al lado y volver a la oficina para ver si consigo hacerme con él.

Tengo sentimientos encontrados, aunque gana la ira. Estoy preocupada y triste por mis palabras, pero también estoy muy enfadada por su orgullo. Por irse sin decir ni una palabra y por llevar toda la mañana sin comunicarse conmigo.

El principio del embarazo fue bueno. No había náuseas, no había dolores. No había nada. Bueno, sí había una cosa: mucho sexo. Parecía una perra en celo y, visto lo visto, eso le encantaba a mi marido. Después, la cosa fue cambiando. Empezaron algunos gritos por mi parte por cosas que antes me gustaban, pero que ahora me sacaban de quicio. Empezaron sus silencios, sus suspiros y sus caídas de ojos, poniéndome de los nervios.

Mis hermanas y Martina intervinieron un par de veces tratando de

hacerme ver que estaba más irascible de lo normal, que todo se debía a las hormonas y que tuviera paciencia, añadiendo lo de la pérdida de alma por el camino. Al principio les hice caso. Lo intenté con todas mis fuerzas, pero me molestaba que se usara la frase «estás embarazada, son las hormonas» como excusa para todo.

Pero Héctor y yo nos queríamos. Muchísimo. Demasiado, seguían diciendo algunos, y las ganas que teníamos de seguir queriéndonos y de tener a nuestra pequeña con nosotros eran más fuertes que cualquier problema que pudiera surgir. Pero, al parecer, eso hoy se había terminado, porque nunca había estado toda una mañana sin hablarme. En esta relación, la del orgullo siempre he sido yo, no él.

A las tres y media sigo sin tener noticias tuyas. Mi cabreo ya ha alcanzado niveles imposibles de calcular y, en un arrebato, apago el teléfono y lo guardo en el cajón de mi escritorio. Ya lo recogeré cuando regrese esta tarde. Que se vuelva loco intentando localizarme.

No aviso a ninguna de mis hermanas. Es una revisión rutinaria y, además, estoy tan enfadada que ahora mismo podría morder, cual Pit bull. Salgo de la oficina echando chispas y sin despedirme de nadie. Solo de Victoria, a la que informo de a dónde voy y que ya volveré. Me va a preguntar por Héctor, lo sé, pero mi mirada y mi tono la disuaden. Conforme pasan los minutos, mi enfado va subiendo, y subiendo, y subiendo. Cuando salgo del ascensor, creo que soy capaz de lanzar rayos láser por las córneas o de escupir fuego.

Abro la puerta de la calle mientras me abrocho el abrigo, que, estoy segura, ha encogido desde esta mañana. No atino a los botones y tengo que empezar de cero. La bufanda me molesta, y sopla tanto aire que mi pelo vuela en todas direcciones, pegándose a mi cara e impidiéndome ver con normalidad.

—Me he dejado el gorro en la oficina, lo que me faltaba.

Luchando contra el abrigo, contra el pelo, contra la bufanda, contra el aire y contra mi mala hostia, llego hasta la parada del metro. Me aparto el mechón de pelo que se me ha metido en el ojo y, con tal mala pata, tropiezo con el bolso, que me ha resbalado por el brazo. El pie me falla, haciéndome perder el equilibrio. Escucho un grito a lo lejos. Aunque tal vez sea el mío. Miles de imágenes pasan por mi cabeza, y una cara adquiere más protagonismo que ninguna.

El día que conocí a Martina, así como el día en el que su madre nos enseñó a preparar galletas para Navidad. Dormir con mis hermanas los días

de tormenta, tapadas hasta las orejas, y la fiesta de pijamas que nos pegamos las tres una noche en mi casa, cuando mi amiga se tuvo que marchar unos días a Italia con su madre y Olivia y Lucía se presentaron por sorpresa, solo por el «miedo» que sabían que a mí me daba estar, por primera vez, sola en una casa. Pero, sobre todo, él. Porque siempre es él.

Él y sus ojos.

Él y su sonrisa.

Él y sus abrazos.

Él y su mirada al conocernos.

Él bailando y cantando en el cumpleaños de Iván, consciente de lo mal que lo hacía pero importándole lo más mínimo.

Él fotografiando cada uno de mis movimientos y haciendo miles de collages con ellos, a cuál más espectacular.

Él cargando con mis cajas y las suyas, y dejándolas de cualquier manera en nuestra nueva casa.

Él acariciando mi vientre abultado y susurrándole palabras a ella. De pronto, todo eso desaparece. Desaparece porque lo sustituye otra cosa: oscuridad.

Correr hasta llegar junto a ella

Héctor

Estoy histérico y casi seguro de que me está dando un ataque al corazón. Pero ahora no puedo preocuparme por eso, porque tengo que centrarme en ella. Solo en ella.

No encuentro a Jimena. No consigo dar con su paradero.

En la clínica me han dicho que no ha aparecido y que ni siquiera ha llamado para cancelar la cita. Mi chica no haría eso. Algo ha tenido que pasarle, y como no descubra pronto qué ha sido, a mí me da un infarto.

Corro por la calle en dirección a la editorial. Tiene que estar allí. No me molesto en coger un taxi o el metro. Solo corro y corro porque así llegaré antes. Tiene que saber que he ido. Tiene que saber que sí que he acudido a la ecografía.

Sí, he llegado tarde. Lo sé. Pero he ido.

Me paro en un semáforo porque no tengo más remedio que hacerlo. Es una avenida grande, y los coches pasan follados en ambas direcciones. Lo último que necesito ahora es morir atropellado.

Me paso las manos por el pelo y me lo estiro. Saco el móvil y vuelvo a marcar su número, pero está apagado. Como las últimas veinticinco veces.

El teléfono suena y me llevo la mano al corazón de forma instintiva. Dios, me muero. Qué susto me ha dado. El semáforo se pone en verde y cruzo, esta vez andando pero deprisa, mientras le respondo a Martina. Pobre Martina. Ella a miles de kilómetros de aquí y yo llamándola como un puto psicópata. Pero estoy desesperado.

—¿Martina?

—Héctor, escucha...

—Martina, lo siento por haberte llamado antes tan nervioso y por gritarte —la corto porque necesito que entienda que lo lamento de verdad. No debería pagar mi cabreo y mi nerviosismo con nadie, y menos con ella, que está tan lejos y no puede hacer absolutamente nada—. No tienes la culpa de que yo esté como una puta cabra, lo sé, pero es que no la encuentro. Tendría que haber estado en la clínica a las cuatro, Martina. Y son las siete. ¡Las siete! Y nadie sabe dónde está. Tiene el teléfono apagado. En la editorial me han dicho que salió y no ha vuelto. No llamó a sus hermanas y hasta me he

puesto en contacto con la loca de su madre, Martina. Pero estoy nervioso y no sé qué hacer. Voy camino a la editorial. Sé que me han dicho que allí no está, pero a lo mejor me han mentido porque hemos discutido esta mañana. ¿Te lo había dicho? Seguro que ella sí. Joder, si es que no sabemos hacer otra cosa últimamente.

—Héctor, por favor, escúchame un momento...

—Estaba cabreado. Me he enfadado muchísimo con ella esta mañana y no la he llamado en todo el día. Nunca lo había hecho, ni una sola vez desde que nos conocimos. Pero estaba dolido, Martina. Dios..., sus palabras... Sé que está embarazada y que está sacrificando mucho. Por ella y por nuestro bebé. Pero... pero... Mierda. —Me paso la mano por el pelo y doy vueltas; me acabo de dar cuenta de que me he perdido y no sé dónde estoy.

—Lo sé, ¿vale? Y luego hablamos de esto, pero ahora necesito que te centres y...

—Vale, sí. Ya estoy centrado. Joder, soy imbécil. Creía que me había perdido. Pero no, estoy justo en la puerta de la editorial. ¿Se puede ser más tonto? —Abro y entro en la recepción. Saludo al vigilante con la mano y le indico por señas que voy a subir. Asiente y baja la cabeza para seguir mirando algo que tiene entre las manos. Voy hasta el ascensor y pulso el botón de forma reiterada—. Lo intento, Martina, te lo juro. Pero está irascible. Todo le molesta y de todo se queja. Nada está bien y... me dice cosas para hacerme daño.

—Pero...

—Ya sé lo que me vas a decir. Está embarazada. Son las hormonas. Y suena fatal y me siento un insensible al pronunciar estas cosas en voz alta. Mierda, mierda, mierda. La he cagado, ¿verdad? Este trabajo... es mi sueño. Era mi sueño, Martina. Porque mi verdadero sueño es ella. Siempre es ella. Ella y nuestra niña. Y tendría que haberlo dejado todo a un lado. Pero me obcequé y... no supe verlo. Tendría que...

El ascensor llega, las puertas se abren, dejo salir a dos personas y, justo cuando voy a entrar en él, el grito que recibo a través del teléfono me paraliza.

Es Martina.

Pero eso ya lo sé. Lo que acabo de descubrir es que está llorando.

—¿Martina?

—Héctor, necesito que te calles un segundo y me prestes atención, ¿de acuerdo?

—Sí, sí, perdona. Yo...

Un hormigueo me recorre entero. Siento el corazón en la boca y las manos me sudan.

Martina está llorando.

Martina está cogiendo aire. El aire que a mí empieza a faltarme.

—¿Martina?

—Es Jimena, Héctor. Ella... ella ha tenido un accidente. Se ha caído por las escaleras del metro y ahora...

Sigue hablando. Me relata cómo ha sido, qué le ha pasado. Me callo. No pronuncio ni una palabra, porque no puedo. La vista se me nubla y me cuesta horrores respirar.

Accidente. Jimena ha tenido un accidente.

Es lo único que me repito. Es lo único en lo que pienso.

Salgo del edificio bajo la atenta mirada del vigilante, que se tambalea en su sitio. Aunque es casi seguro que el que se está tambaleando sea yo. Miro alrededor, a la gente, los coches, los escaparates. Todo tiene vida. Todo tiene movimiento.

Me obligo a concentrarme en el teléfono, escuchar lo que me está contando y esperar para que me diga dónde está mi mujer. En cuanto lo hace, dejo que el móvil me resbale de las manos y caiga al suelo, y me obligo a correr.

Correr hasta llegar junto a ella.

¿Interrumpo?

Jimena

Me aliso el pelo, inquieta. Me hago una coleta, pero, al volver a acostarme, me aprieta y me molesta demasiado, así que la deshago de nuevo y dejo que mi pelo quede esparcido de cualquier manera por la almohada.

A pesar del mareo que tengo y del susto que me he llevado, no puedo dejar de reír. Los médicos me han dicho que es por la tensión que he pasado. No he querido quitarles la razón porque, si lo hiciera, tendría que contarles la historia de mi vida y este no es el momento. Pero yo sé muy bien por qué tengo esta sonrisa en la cara: Héctor está aquí. Héctor me ha traído hasta este hospital y, lo más importante de todo, continúa aquí. Le he pedido que me esperara y lo ha hecho.

Aguardo ansiosa a que entre por esa puerta. Agradezco mucho a todo el equipo médico cómo se ha portado conmigo y que me deje quedarme en esta habitación hasta que me recupere. Está a oscuras, solo iluminada por la luz que desprende la pequeña lámpara que tengo a mi lado, lo que le da un aspecto íntimo y cálido a la estancia.

Escucho movimiento y murmullos fuera. Está aquí. Está aquí.

Me agarro las manos. Las suelto. Las pongo sobre mi vientre. Las quito. Las vuelvo a agarrar. Me aliso la camisa. Me arreglo el resto de la ropa. Me froto la cara. Me acaricio el pelo.

Me muero, de verdad.

—Cálmate, jolines. Tienes treinta años, eres una mujer trabajadora, adulta e independiente. No estás haciendo nada malo. Te has desmayado, ha dado la casualidad de que tu exmarido estaba ahí para socorrerte y ahora estás en el hospital y él va a entrar a verte. Él, al que no ves desde hace más de dieciséis meses. El chico al que le entregaste tu corazón y toda tu vida. El chico al que abandonaste y en el que no has querido volver a pensar, aunque has fallado estrepitosamente. Ese con el que te encontraste el otro día por casualidad, después de que se comprara una guía de viajes para la ciudad a la que pensaba llevarte justo en estas fechas, por tu cumpleaños, pero a la que ha decidido ir sin ti. Héctor, que se ha presentado esta mañana en tu despacho para... ¿para qué?

Alguien llama tres veces, dándome un susto de muerte. Me llevo la mano

al pecho y, justo cuando la puerta se está abriendo, dejo caer los brazos a los lados. Sin poder reprimirme, sonrío.

Y lo hago porque, en realidad, me da igual todo lo anterior. Ahora mismo solo me importa el chico que me mira con cara asustada y preocupada desde el marco de la puerta.

—Hola.

—¿Cómo estás? —decimos los dos a la vez, y nos entra la risa, aligerando un poco la tensión y los nervios.

—Ven, pasa.

Cierra la puerta a su espalda y se acerca cauto hasta la silla que hay junto a la cama. Con la mano lo animo a que se aproxime más, y aunque vacila al principio, lo hace.

No puedo evitar mirarlo y preguntarme dónde está el chico seguro de sí mismo y que se comía el mundo con su sola presencia. Ante mí tengo a un tío comedido y ¿tímido? Lo que más me llamó la atención de Héctor cuando lo conocí —aparte de su cuerpo, claro está— fue la seguridad que irradiaba. Era un tío fuerte y confiado. Tenía claro lo que quería y luchaba hasta conseguirlo. Le importaba muy poco lo que los demás pensarán de él, a excepción de mí. Siempre me tenía en cuenta y consultaba conmigo todas sus decisiones.

Ahora tengo delante a un tío con su mismo aspecto pero que se parece muy poco a ese chico.

La imagen de él en mi despacho, esta mañana, cruza mi mente. Tengo que averiguar qué hacía allí, pero no me siento aún lo bastante fuerte como para hacerle esa pregunta. Carraspeo para aligerar el nudo que me estrangula la garganta y me coloco de lado, de cara a él, para poder mirarnos mejor. Héctor se inclina hacia delante, asustado.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

—Sí, sí, tranquilo. Solo quiero ponerme más cómoda para hablar contigo.

Una pequeña sonrisa aflora a sus labios y, tan pronto como aparece, desaparece. Aunque también lo hace la tristeza que he visto antes en sus ojos. No del todo, pero sí lo suficiente como para conseguir que me relaje.

—¿Te encuentras bien?

—Ahora sí.

—Me has dado un buen susto, ¿sabes?

—Lo siento, no era mi intención.

—No hace falta que te disculpes, solo... No vuelvas a hacerlo, ¿vale?

—Vale. No volveré a desmayarme por culpa de una bajada de tensión. Anotado.

Me mira entornando los ojos y se echa a reír, esta vez de verdad. Lo imito y, al oírnos reír a los dos así, juntos, algo se me instala en el pecho, aunque por ahora no me planteo qué es. Junto las manos y las coloco bajo mi mejilla. Un mechón de pelo cae por mi cara y, antes de poder pensar en apartármelo, Héctor estira el brazo y, con delicadeza, lo recoge y me lo pone detrás de la oreja.

Abro los ojos sorprendida. Él no me mira, está centrado en el mechón de pelo. Lo deja ahí, tras la oreja, pero no se aparta. Al contrario. Lo acaricia despacio a la vez que, con el pulgar, me roza al lóbulo de la oreja. Toca mi pendiente, un pez bañado en oro blanco, que me regaló durante las últimas navidades que pasamos juntos, apenas unas semanas antes de que nuestro matrimonio se fuera a la mierda.

—Cuéntame. ¿Algo nuevo en tu vida?

No sabía cómo empezar la conversación y esta pregunta es la única que se me ocurre.

Aunque intenta contenerlo, un pequeño color rojizo tiñe sus mejillas. ¿Héctor sonrojado? ¿Cómo?, ¿qué?, ¿por qué? Se encoge de hombros y se rasca la nuca.

—Bueno, la verdad es que sí hay algo nuevo. Muy nuevo, diría yo.

Se calla y mira hacia un punto detrás de mí. Quiero zarandearlo para que hable. Lo sabía. Hay alguien. Y es con ese alguien con quien va a ir a París. Si no fuera así, ¿por qué iba a sonrojarse? Héctor no se ha sonrojado en su puñetera vida. Ni cuando nos pillaron haciendo «manitas» en el baño de aquel cine y nos echaron de allí, prohibiéndonos la entrada durante bastante tiempo. Recuerdo que yo me quería morir, mientras que él no paraba de reír a carcajadas y de decir que lo que le pasaba al tío que nos había pillado era que quería estar en su lugar.

¿Por qué me viene justamente ese pensamiento a la cabeza? De dos mil millones de recuerdos que tenemos juntos, ¿por qué me viene uno en el que hacemos «manitas»? Noto cómo me ruborizo, así que me cubro la única mejilla visible con la mano. Él se da cuenta. Intenta ocultar una sonrisa, pero lo conozco demasiado bien como para verla antes de que se esfume del todo.

—¿Vas a contarme qué es o tengo que adivinarlo?

Niega con la cabeza y se sienta recto en la silla. Ahora sí, me mira directamente a los ojos.

—Voy a ser profesor.

Lo miro extrañada y asimilando sus palabras. Desde luego, no era esto lo que pensaba que me iba a decir.

Completamente distendido, y dejando ver un poco al Héctor chulo y seguro de sí mismo al que conozco, apoya la espalda, estira las piernas, uniéndolas a la altura de los tobillos, y cruza los brazos sobre el pecho.

Este es Héctor. Mi Héctor.

Me riño por el posesivo y me centro en él. Lo animo a que hable. Así dejaré de pensar estupideces.

—¿Te acuerdas de Agustín? —Asiento. Era su profesor, el que le enseñó todo lo que sabe—. Me llamó hace unos días y me ofreció un puesto de trabajo. Él se jubila y está buscando sustituto.

—¿Se jubila? ¿Tan mayor es?

—Por lo visto —dice encogiéndose de hombros—. Yo me quedé tan sorprendido como tú cuando recibí esa llamada. La verdad es que nunca le pregunté la edad.

—¿Profesor?

—Sí. Nunca fue algo que me llamara la atención. Ni siquiera me lo había planteado hasta que él me lo dijo. Pero cuando me lo propuso, no sé. La verdad es que me vi a mí mismo allí, dando clases, y me gustó la idea. Tengo mucho que aprender, y Agustín ha asegurado que estará conmigo todo este primer año, y eso es aprender del mejor. Además, podré seguir exponiendo en galerías, como hasta ahora, y enviando fotografías a las revistas con las que colaboro. Sería hacer lo que hago ahora, pero un poco más.

Mientras habla, la emoción embarga su voz, noto la pasión con la que me habla de su nuevo trabajo.

¿Profesor? No es algo que se planteara. De hecho, jamás barajamos esa posibilidad. Él siempre hablaba de hacer fotografías. Salir con un objetivo en la mano a «buscar» era lo que más lo apasionaba. Nunca lo hacía con una idea clara o una meta determinada. Simplemente abría la puerta de casa y esperaba hasta encontrar algo que captara su atención. Cuando lo hallaba, lo perseguía hasta obtener la instantánea perfecta. Adoraba fijarse en las personas y estudiarlas a través de la cámara, esa era su mayor pasión y en lo que más trabajaba. Pero no era lo único.

Sus caras cuando exponía en una galería eran dignas de inmortalizar. En esos momentos, su familia y yo nos convertíamos en fotógrafos y él, en el fotografiado. Así como cuando veía alguna de sus imágenes en las revistas.

Él admiraba la foto. Yo admiraba el nombre que se escribía bajo ellas, y no podía sentirme más orgullosa.

Pero ¿profesor? Nunca me lo había imaginado, pero, ahora que lo hago, debo admitir que es la persona ideal para el puesto. Si algo supo hacer bien Agustín fue sacar lo mejor de él. Me asombra que lo siga haciendo después de tantos años.

—Oye, llevas mucho tiempo mirándome sin decir nada y estoy empezando a asustarme. Te conozco lo suficiente como para saber que por esa cabeza pasan miles de cosas ahora mismo, y, pese a que seguro que luego me arrepiento, necesito saber cuáles son.

Ha abandonado la pose relajada y vuelve a estar en tensión. Pero no es la tensión de antes; esta tensión es la suya, la de siempre, la de: «O me dices lo que piensas o te juro que te lo saco con un sacacorchos si es preciso».

—Pues, para que le quede claro, señor Varela, solo estaba pensando en que le pega eso de ser profesor. Creo que eres el actor ideal para ese papel.

—¿De verdad? —La incredulidad se refleja en su cara. Extiende el brazo y le acaricio la ceja que se le ha levantado, consiguiendo que baje.

—Creo que alguien con tanto talento como tú debe estar en más sitios que tras un objetivo. Debe estar frente a otras personas enseñándoles todo lo que sabe y tratando de que sean los mejores.

—Algo así es lo que me dijo el profesor.

—Ya sabes que siempre he pensado que era un hombre muy sabio, y está claro que no me equivocaba.

—O un suicida con ideas demasiado arriesgadas.

—Los mejores son los que cometen locuras. Esos son los que viven de verdad. Los demás están ahí para ver el tiempo pasar. Quien no se arriesga...

—Nunca puede perder, porque no se ha esforzado lo suficiente. Solo podrá ser feliz a medias —termina la frase por mí y sonrío, porque ni él ha olvidado lo que siempre me repetía cuando me daba miedo empezar algo nuevo, ni yo lo he hecho. Solo que, ahora, soy yo la que se lo recuerda a él.

Se inclina un poco más para apoyar los codos en la cama. Bajo las manos que tenía debajo de mi mejilla y las coloco muy cerca de las suyas. Quiero creer que de forma inconsciente. Pero con eso solo me estaría mintiendo a mí misma.

—Pero tengo miedo, ¿sabes? No sé, hay demasiadas cosas que sopesar, y ya tengo un trabajo que me gusta.

—Pues lo complementas.

—¿Qué pasa si sale mal?

—Oh, vamos. ¿De verdad me está haciendo esa pregunta el Héctor que me animó a cometer las mayores locuras?

—Entonces era joven y me iba el riesgo. No pensaba con claridad.

—Pensabas con demasiada claridad. Además, ¿qué pasa si sale mal? Ya hemos acordado que en la vida hay que arriesgar, ¿no? De todas formas, estamos hablando de un nuevo trabajo, y tú me has dicho que no es necesario renunciar a los anteriores. No es que estemos hablando de cambiar de ciudad. O de país. ¿Cuál es el verdadero problema? ¿Qué no me estás contando? — No sé qué es exactamente, pero sí sé que me oculta algo.

En cuanto formulo la última pregunta levanta la cabeza de golpe y me observa de forma intensa, clavando sus ojos azules en los míos. Me fijo en cómo sube y baja la nuez de su garganta. De repente, algo roza mis dedos. Bajo la vista; son los suyos. Sus largos y calientes dedos están haciendo que la piel se me ponga de gallina.

—Jimena... —susurra bajito, pero lo suficientemente alto como para que lo escuche. Aparto la vista de nuestros dedos unidos y vuelvo a mirarlo a la cara.

Poco a poco se acerca a mí, despacio, sin desviar la mirada ni un momento. Sin dejar de estudiarme. Sin apartar su mano de la mía. Sé que está pendiente de mi reacción, esperando que haga algún movimiento o que diga algo. Esperando que le diga que se aleje o que no me toque. Pero no lo voy a hacer, sencillamente porque no quiero. Quiero seguir sintiendo el calor de sus dedos contra los míos.

Una parte de mi cuerpo me reprocha que esto está mal, que no debería permitir que esta intimidad nos siga consumiendo. Que no era así como tenía pensado reaccionar cuando, alguna vez, volviese a tenerlo delante. Se suponía que estaba enfadada con él, ¿no? Es decir, nos separamos porque ya no podíamos estar juntos. Porque yo no podía soportar que siguiéramos juntos. Entonces, ¿qué significa todo esto?

No tengo ni idea de lo que quiere hacer ni de lo que quiere decirme. No tengo ni idea de si esto está bien o mal. No tengo ni idea de muchas cosas, pero sí tengo clara una, y es que quiero averiguar qué es esto, porque algo que me hace sentir lo que estoy sintiendo ahora mismo no puede ser malo.

No muevo ni un músculo, dejo que sea él quien dé todos los pasos. Se acerca hasta juntar su frente con la mía y cierra los ojos. Yo también cierro los míos, empapándome del calor que emana su cuerpo y dejando que la

sensación que su cercanía provoca en mí siga su curso.

—Jimena, yo... tengo que decirte una cosa.

Espero a que siga hablando, pero no lo hace. Voy a preguntarle qué es cuando la puerta de la habitación se abre tan abruptamente que golpea contra la pared, produciendo un ruido espantoso. De un bote nos apartamos el uno del otro, rompiendo la magia del momento y haciendo que nuestros cuerpos dejen de tocarse del todo.

Lo odio. Odio no seguir sintiendo su piel contra la mía, pero lo que odio con toda mi alma es a mi hermana Olivia, que nos mira jadeante desde la puerta, el cuerpo inclinado hacia delante, las manos apoyadas en las rodillas, y cara de sorpresa y alegría al mismo tiempo.

—¿Interrumpo?

Empaparme de pies a cabeza

Héctor

La quiero.

Es divertida, valiente, lista; posee un toque de locura que hace que todos los que estemos a su alrededor seamos más felices; es alocada pero, a la vez, sensata. Y la he echado de menos. La he echado muchísimo de menos.

Pero ahora la odio. Con toda mi alma. ¿Se puede querer y odiar a una persona al mismo tiempo? Jamás había experimentado este sentimiento.

Hasta ahora.

Me acercaría a donde está parada, mirándonos divertida, y le daría una patada en el trasero para sacarla de aquí, cerrar la puerta, volver a acercarme a Jimena y seguir donde lo hemos dejado. Pero está claro que Olivia tiene otros planes.

—¿Interrumpo? —pregunta de nuevo, con cierto tono de burla. Quiero decirle que sí, pero Jimena se adelanta:

—No. ¿Qué pasa?

La expresión que mostraba hace un momento, cuando estábamos los dos solos, ha desaparecido. Si no la conociera tan bien, diría que veo arrepentimiento en sus ojos, y eso hace que una bofetada de realidad me golpee con fuerza en el pecho.

—¿Cómo que qué pasa? Estás en el hospital, ¿recuerdas?

—Lo sé, estoy tumbada en una camilla, pero eso no es motivo para que interrumpas como lo has hecho y te cargues la puerta.

¿Está utilizando el sarcasmo? Bien. Eso significa que, además de arrepentida, también está nerviosa. Olivia se endereza y se cruza de brazos, clavando su mirada en ella.

—Entonces, ¿sí he interrumpido algo?

—¿Qué pasa, Olivia?

Un ruido procedente del pasillo capta su atención. Asoma la cabeza, pega un pequeño grito y cierra la puerta, apoyando en ella las manos y la espalda.

—Estás muy rara. Más de lo normal, quiero decir.

Mi excuñada se toma lo que he dicho como un cumplido y me mira sonriendo, pero enseguida su rostro se torna serio y mira a su hermana con los ojos abiertos.

—Guillermo.

En cuanto ese nombre sale de su boca, me vuelvo para mirar a Jimena. Se incorpora rápido, cierra los ojos y apoya una mano en la frente. Me acerco a ella y la cojo por la muñeca, instándola a que me mire.

—¿Estás bien?

Un carraspeo a mi espalda me obliga a dejar de prestarle atención. Mi excuñada pone los ojos en blanco y chasquea los dedos para que la escuchemos. Lo hago, pero no suelto la muñeca de Jimena. ¿Por qué? No tengo ni idea, solo no me apetece hacerlo. Y ella no me pide que lo haga.

—Tenemos treinta segundos, ¿de acuerdo? Así que oídme bien. —Deja la espalda apoyada en la puerta y levanta la mano, como si fuera a enumerar—: Primero, no vuelvas a darme un susto así en tu vida. Con el anterior ya tuve suficiente. —El ambiente en la habitación se enrarece en cuanto Olivia dice esas palabras. Todos sabemos a qué se refiere. Yo, por lo menos, no he dejado de pensar en ello desde que he abierto la puerta de esta habitación—. Cuando Iván ha llamado a Lucía para contarle lo que había pasado, casi dejo calva a una chica a la que le estaba cortando el pelo. Hemos salido corriendo hacia aquí. Al llegar a la puerta, a lo lejos, hemos visto a Guillermo. Lucía se ha quedado abajo para distraerlo y yo he subido corriendo para avisaros, porque imaginaba que Héctor estaría aquí y no sabía cómo querías afrontar esta situación.

Clava su mirada en mi mano, en torno a la muñeca de su hermana. Nosotros también bajamos la cabeza para mirar el punto por el que estamos unidos.

—Lo siento —dice Jimena mientras se deshace de mi agarre y cubre con la otra mano el trozo de piel que hace un momento estaba tocando yo.

Unos golpes en la puerta nos ponen en alerta; antes siquiera de que demos paso al intruso, esta se abre y el jefe de Jimena, al que vi dándole un beso aquella noche en su calle, el día después de su cumpleaños, asoma.

Es todo sonrisas. Parece un estúpido anuncio de dentífrico. Tiene los dientes tan blancos que estoy seguro de que alumbraría toda una discoteca solo con su sonrisa. En cuanto entra en la habitación, un intenso olor a colonia inunda la estancia. Arrugo la nariz.

¿Es que este tío no sabe que, a veces, menos es mejor que más?

Olivia se hace a un lado para dejarlo pasar. Lucía entra detrás. Dios, aunque siempre he sido capaz de distinguir a las gemelas a distancia, reconozco que no es una tarea sencilla, sobre todo cuando están una al lado

de la otra y se empeñan en vestir iguales. Incluso en la forma de peinarse la puñetera coleta.

Nada más irrumpir en la habitación, Lucía busca a su hermana y, cuando se asegura de que está bien, me busca a mí. La alegría que desprenden sus ojos al verme es palpable, pero esta desaparece en cuanto Guillermo pronuncia la primera palabra:

—¿Se puede saber cómo es posible que te desmayes y no me lo digas? — Se sienta en el borde de la cama, de espaldas a todos.

—Hombre, si no hubiera perdido el conocimiento, estoy segura de que te habría llamado, pero dudo mucho que tuviera ocasión de coger el teléfono y marcar tu número estando inconsciente.

Jimena fulmina a Lucía con la mirada. Esta hace el gesto de cerrar la boca con cremallera y lanzársela. Olivia y yo reprimimos una risa. Guillermo nos ignora. Alarga la mano hasta coger una de las suyas, y un sentimiento primitivo me sacude entero. Doy un paso hacia delante, no tengo ni idea de con qué intención, pero alguien me coge del brazo y me detiene. Olivia, que no sé cómo ha llegado a mi lado tan rápido, meneaba la cabeza.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, de verdad. No hace falta que te preocupes.

—¿Cómo no lo voy a hacer? Estoy en una reunión (esperándote, por cierto) y sube la chica esa que se tiñe el pelo de rosa...

—Rosa.

—¿Eh?

—La chica. La que se tiñe el pelo de rosa se llama Rosa.

—¿Eso es verdad? Qué ridiculez, por favor. —Jimena niega, y el «me he puesto toda la colonia que tenía en casa» suspira y agita en el aire la mano que tiene libre—. Da igual, como sea. Sube esa chica y nos dice que te has desmayado. ¿Qué pretendías que hiciera?

Ni sus hermanas ni yo perdemos detalle de la conversación. Aunque Jimena no nos mira a ninguno, nosotros no apartamos los ojos de la escena que tenemos delante. Yo, concretamente, no aparto la vista de la mano que sostiene el engominado ni de la cara de Jimena, a quien se nota nerviosa y cansada.

—Además —continúa—, me han dicho que alguien te ha traído hasta aquí, pero no han sabido decirme quién. Solo que estaba esperándote en tu despacho, pero que ni se ha identificado ni nada.

—Bueno, la verdad es que...

—Sea quien sea, espero que le hayas dado las gracias. Me han contado que te agarraba con tanta fuerza que parecía tu hermano o un amigo tuyo, pero tú no tienes hermanos, por lo que no se me ocurre nadie.

Las mejillas de Jimena se cubren de un bonito color rojo, haciendo que sus pecas resalten, al igual que sus ojos. Por primera vez desde que Guillermo ha entrado en la habitación, me busca. Él sigue su mirada y percibo el momento exacto en el que me reconoce: su mandíbula se tensa, cuadra los hombros y agarra la mano de Jimena con más brío.

—¿Héctor? —El asombro tiñe su voz, pero lo disimula rápido.

Si cumpliera con las convenciones sociales, debería acercarme y estrecharle la mano. La cuestión es que nunca me ha gustado demasiado seguir las normas ni lo que marca la sociedad. Así que no hago el menor movimiento, y él tampoco.

—No tenía ni idea de que estabas aquí, no te he visto al entrar. ¿Cuándo has llegado?

—Hace ya bastante rato. De hecho, cuando he traído a Jimena al hospital, después de que se desmayara en su despacho.

Por cómo aprieta los dientes sé que mis palabras no le hacen ni puñetera ninguna gracia, y aunque suene mal, eso me provoca mucha alegría, porque a mí no me hace ni puñetera gracia él y me aguanto. Finge una sonrisa, entrelaza sus dedos con los de ella y sube la mano a sus labios, depositando un beso en la palma.

—Muy considerado por tu parte, pero puedes marcharte. —Clava sus ojos en los míos y sé que se dispone a decirme algo que no me va a hacer ninguna gracia—. Ya me ocupo yo de mi prometida, gracias.

Vocaliza despacio, recalcando cada una de las letras, con la sonrisa de anuncio de dentífrico perfilando sus finos labios.

¿Prometida?

En cuanto tomo conciencia de lo que significa y, lo más importante, de a quién se refiere, algo se resquebraja en mi interior. No sé si Olivia sigue sujetándome del brazo, porque no lo siento. Tampoco sé qué hace Lucía o dónde está. Ni siquiera puedo mirar la cara del imbécil de Guillermo, aunque estoy seguro de que es de regocijo total, porque solo puedo buscar sus bonitos ojos verdes y rastrear en ellos la verdad. Preguntarles si es cierto, si es su prometida.

Si va a volver a casarse.

Obtengo la respuesta casi al segundo. Brillan por las lágrimas que está

reteniendo. Aparto la vista de ellos y busco en la mano de Jimena ese anillo en el que ni me había fijado, tan absorto como estaba en ella, en nosotros.

El anillo en su dedo anular resplandece como si del maldito sol se tratara. Yo diría que hasta me deslumbra, y me obliga a apartar la vista.

¿Cómo no me he dado cuenta antes? ¿Cómo he podido estar tan ciego? Jimena... ¿va a casarse?

La rabia, la ira y la desazón van tomando el control de mi cuerpo. Nunca me he considerado un tío violento, pero ahora mismo podría romper cualquier cosa. Pero, a pesar de que estoy enfadado, con ella, conmigo, con sus hermanas y con el gilipollas que sostiene su mano y me muestra el anillo de forma intencionada, lo que más me escuece es que me siento engañado, y me da rabia porque a la vez sé que no debería, pero...

¡Qué cojones! Claro que debería.

«Hoy, ahora y siempre». Sus palabras. Las mías. Las nuestras. Se han roto. Unas meras palabras que ya no significan nada, por mucho que yo me haya estado aferrando a ellas todo este tiempo.

Asiento de forma mecánica. Miro a las gemelas y me obligo a sonreír. Olivia intenta imitar mi gesto, aunque lo hace de pena. No llego a ver la reacción de Lucía, porque pronto aparto la mirada de ella para centrarla en Jimena. Se está pinzando el labio inferior, que le tiembla.

No quiero que llore. A pesar de cómo me siento ahora mismo, a pesar del dolor que me oprime el pecho, sigo sin querer que ella sufra. Le regalo mi mejor sonrisa y me esfuerzo en que alcance mis ojos.

—Enhorabuena.

Sin importarme una mierda que su prometido esté delante, me acerco a su cama, me inclino y dejo un beso en su frente. Acuno su rostro entre mis manos y la miro a los ojos una última vez, embebiéndome de ellos, atesorándolos como se merecen. Despidiéndome en silencio.

Susurro bajito en su oído, para que solo ella lo escuche:

—Si alguien se merece ser feliz, eres tú. Vive, Jimena. Lloro, ríe, salta, baila, lee, pinta, pero vive, no te olvides nunca de hacerlo. Te quiero, y siento muchísimo que no sea suficiente.

En cuanto termino de hablar, sé que no debería haberlo dicho, pero ya está hecho y no puedo dar marcha atrás. Además, no me arrepiento.

Sin mirar a nadie, y mucho menos a Guillermo, abandono la habitación, cerrando la puerta con un clic silencioso. Me acerco con paso acelerado a las escaleras, pues no tengo tiempo ni para esperar el ascensor. Bajo los peldaños

de dos en dos. Cuando diviso las puertas automáticas, casi me entran ganas de reír.

Casi.

Salgo a la calle y ni siquiera siento las gotas de lluvia que mojan mi cuerpo. Cuando llegué hace un rato, hacía frío, pero teníamos sol. Ahora, parece que esté cayendo el diluvio universal.

Una carcajada brota de mi pecho. Es como si el tiempo se hubiese puesto de acuerdo con mi estado de ánimo.

Debería parar un taxi, sería lo más razonable, pero necesito caminar. Necesito pensar y despejar mi mente, aunque ello implique empaparme de pies a cabeza.

Es algo con lo que aún no he aprendido a vivir

Héctor

—¡¡Héctor!!

Alguien grita detrás de mí, pero decido ignorarlo. Finjo que es a otro al que llaman y echo a andar calle abajo, mojándome el pelo, el cuerpo y dejando que el agua cale mis botas.

—¡¡Héctor!! ¡¡Para, por favor!!

Cierro los ojos y me obligo a continuar, acordándome de poner un pie delante de otro y esquivando las decenas de paraguas que me encuentro por el camino. Pero alguien me alcanza, cogiéndome de la mano y haciendo que me detenga.

—Sé que me estabas escuchando. Para un momento, por favor.

Levanto la cabeza; el semáforo está en verde, a solo unos pasos de distancia. Podría zafarme con facilidad, cruzarlo y olvidarme de todo. En cambio, me paro, cojo aire y me giro para enfrentarme al rostro mojado de Jimena. Como yo, está empapada de pies a cabeza. Sus rizos pelirrojos se pegan a su cara; el rímel se le ha corrido, surcando sus mejillas, y tiene los labios rojos e hinchados. Está hecha un desastre, pero está preciosa.

Quiero pedirle que se marche, pero me mira con ojos suplicantes y no puedo decirle que no. Tiritita, aunque intenta controlarlo. Me acerco a ella, le paso un brazo por los hombros y la conduzco hasta un pequeño techado a nuestra izquierda. Cuando llegamos, me aparto el pelo mojado de la cara y veo cómo ella se aparta el suyo. Estoy tentado a quitárselo yo mismo, pero me obligo a mantener las manos quietas.

—¿Cómo se te ocurre salir así? Vuelve dentro, vas a coger una pulmonía.

—Tú también, y no veo que te quejes.

—Yo no soy el que estaba tumbado en una camilla hasta hace un momento.

—Estoy bien.

—Eso tendrá que decidirlo un médico, y hasta donde yo sé, tú no lo eres. Por Dios, ni siquiera deberías estar aquí fuera. Por favor, vuelve dentro. Pero ¿cómo te han dejado salir?

Niega con la cabeza y se cruza de brazos.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué has venido esta mañana a mi despacho, Héctor?

Clava sus ojos en mí esperando una respuesta. Miro detrás de ella, buscando a sus hermanas y, lo que es peor, buscándolo a él. Pero no hay nadie. De hecho, llueve tanto que hay muy pocas personas ahora mismo a nuestro alrededor. Me paso una mano por el pelo, salpicándonos. Pero no nos importa, total, ya estamos más que empapados. Jimena vuelve a tiritar, pero se abraza el cuerpo intentando ocultarlo.

—Vuelve dentro, por favor.

—No hasta que no me digas qué hacías esperándome.

—Esto no tiene ningún sentido. No deberías estar aquí, y está claro que yo no debería haber ido a verte esta mañana. Olvídalo y vuelve a ese hospital. Estás muerta de frío, y a mí me mata verte así.

—¿De qué tienes tanto miedo?

—¿Perdona?

—¿De qué tienes tanto miedo? —repite la pregunta, aunque sabe que la he escuchado perfectamente la primera vez.

—¿Miedo? Yo no tengo miedo.

—Entonces, ¿por qué no contestas a mi pregunta? ¿A qué has venido?

Nos miramos fijamente, retándonos, esperando a que alguno de los dos abra la boca. Podría decirle que, en realidad, he ido a despedirme. A quemar el último cartucho. A confesarle que me marché a vivir a París y que quería..., NO, que necesitaba verla una última vez. Podría decirle todo eso. De hecho, creo que sería lo más correcto teniendo en cuenta que he sido yo el que ha irrumpido en su vida esta mañana y no al revés.

Por el contrario, abro la boca para decir lo más inapropiado de todo, pero es el ataque de celos el que habla por mí:

—¿Quieres que te conteste? Lo haré cuando tú me digas por qué vas a casarte con él.

Sé que soy irracional e infantil, y que en esta pequeña guerra que estamos librando, yo pertenezco al bando perdedor, pero ya hemos quedado en que los celos me están carcomiendo entero.

No me debe ningún tipo de explicación porque, a fin de cuentas, ¿qué narices somos ahora? Nada. Absolutamente nada. Pero necesito que me conteste. Necesito que lo haga para poder quitarme esta losa que me oprime el pecho.

Bajo la cabeza buscando el anillo y ahí está; precioso.

El anillo perfecto.

Me acuerdo del mío, una «sortija» de plástico de Hello Kitty que saqué de una máquina, y me entra la risa. Quiero preguntarle dónde lo guarda, si lo ha tirado a la basura, pero opto por comportarme de forma madura, aunque sea solo un poco, y cerrar el pico.

—¡Eres insufrible!, ¿sabes? —grita, presa de la desesperación y harta de tanta espera—. Tengo derecho a saberlo. Estaba muy bien. De hecho, estaba de puta madre hasta que has aparecido esta mañana.

—Sí, por eso te has caído redonda, porque estabas más que bien.

—Me ha dado una bajada de tensión. Estoy sometida a mucho estrés por el trabajo y la boda, ya sabes lo que cuesta preparar una.

—No, la verdad es que no lo sé. La mía se celebró en un juzgado y después fui con mi mujer a comer un bocadillo de calamares, porque eso era lo que queríamos. Algo sencillo, simple, *friki* y cutre, como nosotros. No sabía que te iba el vestirse de algodón de azúcar y llenarlo todo de flores y velas.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando. Y no me cambies de tema, te he hecho una pregunta y quiero que me respondas.

—Lo haré cuando me digas si el estrés que acumulas es por la boda o por encontrarte conmigo el otro día en la librería.

—¡Deja de contestar a mi pregunta con otra pregunta, maldita sea!

Soy muy consciente de que lo que dice es cierto, pero no puedo dejar de hacerlo, porque la realidad es que, de repente, no me parece buena idea decirle que me marchó. Puede sonar egoísta y, de nuevo, inmaduro por mi parte, pero quiero despedirme, y quiero que la despedida sea solo mía.

Sin pedir permiso, la agarro del brazo y tiro hasta pegar su pecho al mío. Un pequeño grito de sorpresa sale de su garganta, pero lo acallo rápido, justo cuando mis labios impactan contra los suyos. Espero inmóvil diez segundos, después quince. Cuando llego a veinte y veo que no se aparta, la sujeto por la nuca y con la otra mano, por la cintura para acercar nuestros cuerpos lo máximo posible.

Lo que pretendía que fuera un simple roce termina siendo algo mucho más intenso. Juego con la punta de mi lengua sobre sus labios y, cuando los abre, entro sin pensármelo dos veces.

Su sabor. Joder, su sabor sigue siendo lo puto mejor que he probado en mi vida. Muevo la cabeza hacia la derecha y ella, hacia la izquierda, como si estuviéramos sincronizados. Y puede que así sea. Bailamos, jadeamos y nos

morimos el uno por el otro. Mis manos danzan por su cuerpo; acunan su rostro, masajean su cintura y se enredan en su pelo. Las tuyas tampoco paran quietas; me agarran de los hombros, me abrazan la espalda y me acarician el pecho.

Todo lo que nos rodea desaparece. Las calles están desiertas, el ruido no existe, no lleva un anillo en el dedo y no hay un imbécil esperando para casarse con ella. Solo somos nosotros; Héctor y Jimena. Los bichos raros que querían comerse el mundo juntos.

Cuando empieza a faltarnos el aire, con rabia y pesar me alejo, separando nuestros labios. Nuestros alientos se diluyen y su sabor se desvanece en mi boca.

Mantengo los ojos cerrados, por miedo y, por qué no decirlo, por cobardía. La escucho jadear y tomar pequeñas bocanadas de aire. Cierra las manos en dos puños contra mi pecho, arrugando con ellos mi camiseta.

Me suelta y da un paso atrás, alejándose de mí. Mis manos resbalan por su silueta hasta caer inertes junto a mi cuerpo.

El silencio se agrieta; los pitidos de los coches vuelven; las gotas golpetean el suelo, más ruidosas que nunca, y la bofetada que impacta contra mi mejilla resuena en el eco del tejadillo bajo el que estamos cobijados, como si de un choque entre dos coches se tratara. Me llevo una mano al rostro y me obligo a abrir los ojos.

Sus grandes ojos verdes me miran con horror. Las lágrimas se mezclan con las gotas de lluvia que siguen deslizándose de su pelo a su rostro, y se tapa la boca para acallar los sollozos que escapan de su garganta.

Agacho la cabeza, avergonzado. Cuando vuelvo a levantarla, me encuentro con la espalda de Jimena. No la llamo. No espero que se vuelva y, por supuesto, no lo hace.

Una vez que desaparece por la puerta del hospital, decido que ahora sí voy a coger un taxi para que me lleve a casa. Por el camino reviso el móvil y me encuentro unos cuantos mensajes de mis amigos y una llamada de Iván.

Entro en casa y voy directo a la ducha para quitarme la ropa mojada y darme una ducha caliente. El timbre suena de forma insistente. Quien sea parece que va a quemarlo. Salgo, me anudo una toalla a la cintura y, andando con cuidado para no resbalarme, abro sin mirar ni preguntar quién es.

Aún no he terminado de abrirla del todo cuando un puño se estrella contra mi nariz.

—¡Hostia! ¡Joder! —Me la cubro con las manos, seguro de que me la han

roto.

—No eres más que un amargado hijo de puta.

Esa voz... Esa voz me suena. Aunque todavía me brillan los ojos a consecuencia del puñetazo, busco al dueño y, efectivamente, es el imbécil el que está delante de mí. Sigue impecablemente vestido y apestando a la misma colonia que llevaba en el hospital. Sacude los dedos de la mano con la que me ha pegado y me mira con auténtica rabia y con mucho odio.

Aparto las manos de la nariz y compruebo que no hay sangre. Todavía me duele, pero no tanto como para no poder levantarme y enfrentarme a él. Mueve el cuello de un lado a otro mientras da saltitos y, después, se posiciona en forma defensiva, con las piernas ligeramente abiertas y los puños por delante de su cara, listo para atacar.

—Venga, tipo duro —dice sin dejar de saltar. No sé qué pretende conseguir, solo sé que me está poniendo de los nervios.

Voy a cerrar la puerta, pero la frena con el pie.

—¿Ahora no eres tan valiente?

—Mira, Guillermo, no tengo ni idea de a qué has venido aquí esta noche, pero la verdad es que me importa una mierda. Me has dado un puñetazo; enhorabuena. Ya te puedes ir contento a casa y contárselo a tus amigos.

—¿Qué pasa? ¿Me estás echando porque tienes miedo de que vuelva a darte?

Podría ponerme a discutir, pero no merece la pena. Después del día que he tenido, lo que menos me apetece es terminarlo viendo su cara. Se lo digo y no le hace mucha gracia. ¿Qué se le va a hacer?

Por segunda vez intento cerrar la puerta, pero la vuelve a parar con la mano. Resoplo y echo la cabeza hacia atrás, exasperado.

—No me iré de aquí hasta que no admitas que he ganado.

—¿El qué? ¿El premio al más gilipollas? Felicidades, tienes la medalla de oro. Te la haré llegar al despacho.

Comienza a reír a carcajadas. Siempre supe que este tío era un imbécil. Ahora puedo corroborarlo.

—Oh, no, no. Algo muchísimo mejor. Puedes quedarte tu estúpida medalla; yo me quedo con la chica.

La referencia a Jimena me sobresalta y me pone alerta.

—¿Qué pasa, ahora no eres tan divertido e ingenioso? ¿Qué pasa, Héctor? ¿Te ha comido la lengua el gato?

—Di lo que tengas que decir de una vez y lárgate de aquí. —No quiero

escuchar ni una palabra, pero si no lo hago, no conseguiré quitármelo de encima.

Se ajusta la corbata y las mangas de la camisa de forma muy lenta. Lo hace conscientemente, intentando sacarme de quicio, y lo consigue. Pero no muevo ni un músculo. Lo que quiero es que termine de hablar y se largue de una vez.

—No vuelvas a acercarte a ella. No la mires, no la sigas, no la busques y, por supuesto, no la beses.

—Todo eso es algo que tendrá que decidir ella.

No pensaba puntualizar que ya tenía claro no hacer ninguna de esas cosas, más que nada porque me largo de esta ciudad para siempre, pero picarlo hasta el final es una oportunidad que no puedo desperdiciar. Suelta una risita sarcástica que me eriza el vello de la nuca porque me recuerda a la risa del Joker en la película *Batman*.

—No lo has entendido. Has perdido. Es mía, no tuya. Lleva mi anillo en el dedo y se va a convertir en mi mujer en apenas unas semanas. Es conmigo con quien se acuesta por las noches y es mi nombre el que grita mientras se corre. Y ¿sabes qué es lo mejor de todo? Que será mi hijo el que lleve un día en su vientre, y, a diferencia de ti, yo lo haré bien. La cuidaré y no dejaré que le pase nada. No permitiré que lo pierda.

Una rabia inmensa se apodera de mí y, cuando quiero darme cuenta, lo estoy agarrando por la chaqueta y estampándolo contra la pared. En lugar de asustarlo o enfadarlo, parece que la situación lo divierte.

—Sal de mi casa antes de que estampe mi puño en tu cara y no te reconozca ni tu puta madre.

Lo suelto, no sin antes darle un último golpe contra la pared. En cuanto se deshace de mi agarre, se alisa las arrugas pausadamente, sin dejar de sonreír. Se da media vuelta para bajar las escaleras. Antes de que pise el primer escalón, lo intercepto. Tengo una última cosa que añadir:

—Puede que comparta su vida contigo, pero nunca compartirá su corazón. Es muy triste ser el segundo plato de una mujer.

—No creas. Es más triste todavía ser el plato principal, pero saber que nunca podrás tenerla porque el odio que siente al mirarte y recordar lo que perdió por tu culpa es más fuerte. Diría que lo siento por ti, pero mentiría.

Dicho esto, desaparece escaleras abajo, dejándome como un idiota no sé durante cuánto tiempo, contemplando el lugar por el que se ha largado.

Lo primero en lo que pienso es en que tendría que haberle partido la cara y

después haberle dicho que no llevaba razón. Que se equivocaba de principio a fin y que se fuera a la mierda, junto con su compromiso de mierda. Pero la realidad es que he tenido que callarme la boca porque ha acertado en todas y cada una de las cosas que ha dicho.

Porque por eso precisamente se marchó Jimena, por eso se acabó lo nuestro.

Porque no podía mirarme sin culparme.

Porque no podía hablarme y no llorar.

Porque no podía tocarme sin sentir dolor.

Porque, por mi culpa, perdimos a nuestra hija en ese accidente, y es algo con lo que aún no he aprendido a vivir.

Sobre todo él

Jimena

¿Seguimos en Febrero? Que pase pronto...

Sé que el médico está aquí, dándome un montón de recomendaciones, porque lo veo mover los labios y las manos, pero no oigo ni una palabra de lo que dice. Quiero que se marche.

Quiero que se marchen todos. Odio que mi madre me mire desde la esquina y que mi padre no se aleje de los pies de mi cama. No aguanto que mis hermanas no dejen de acariciarme la mano o cualquier otra parte del cuerpo cada treinta segundos, como si fuera un gato que necesita mimos. No soporto ver a la gente entrar y salir de la habitación, aunque sea gente conocida, y me molesta el ruido que emiten los móviles cada vez que suenan.

Una mano fría me aparta el pelo del rostro y lo coloca detrás de la oreja; en un acto reflejo, giro la cara hacia el lado contrario, lejos de su tacto, lejos de él, ya que lo que más odio de todo es sentir que Héctor me toca, y eso me duele más que nada porque no quiero que sea así, pero no lo puedo evitar.

—¿Lo has entendido, Jimena? —Levanto la cabeza al escuchar mi nombre. El médico me sonrío con cariño y, aún peor, con lástima.

Asiento y rezo para que esa contestación le valga, porque no tengo ni idea de lo que me ha dicho.

Parece satisfacerle mi respuesta. Me aprieta la pierna con ternura y se despide de nosotros. Escucho cómo Héctor, que está a mi espalda, se levanta, le estrecha la mano y se despide de él. Después es mi padre quien lo hace y, por último, mis hermanas. Mi madre está demasiado ocupada cruzándose de brazos como para mostrarse humana y educada durante un rato.

En cuanto nos volvemos a quedar los seis solos, el silencio y la incomodidad se adueñan de la estancia. Parece que nadie sabe qué decir ni cómo actuar, y esto lleva así desde hace cinco días.

—Bueno —carraspea Olivia, poniéndose de pie y sonriendo—, parece que ya nos vamos a casa.

Vale, así que es eso lo que me estaba diciendo. Vuelvo a casa. Estupendo.

—Pero ya lo has oído. Sin prisas. Podemos comer aquí y nos vamos luego

tranquilamente, no tienes que salir corriendo.

—David, por favor. Te dicen eso por cortesía, pero no puede seguir ocupando una habitación tontamente cuando hay otros que la necesitan.

—Mamá, baja el tono. «No tengáis ninguna prisa» es, en todos los idiomas, no tengáis ninguna prisa, así que relájate, que no tiene que salir todavía de esa cama.

—Lucía, cuanto antes se vaya tu hermana de este hospital, mejor.

—Esther, se irá cuando ella quiera, ¿de acuerdo?

—Mira, David, no empecemos ahora, que no estoy de humor y me duele mucho la cabeza, así que venga, andando. Olivia, ve al baño y recoge todo lo que haya allí de aseo. Lucía, saca la ropa del armario.

Mi madre, como siempre, se apodera de la habitación y de todo lo que hay en ella. Mis hermanas resoplan y ponen los ojos en blanco, pero hacen lo que les ha ordenado. Olivia desaparece tras la puerta del baño, y Lucía saca del armario la mochila que me trajeron y mete en ella las pocas cosas que puedo tener aquí. Mi madre inspecciona el pequeño mueble junto a mi cama; mi padre opta por sentarse en una silla y esperar, y Héctor, supongo, estará haciendo lo mismo, porque ni lo veo ni lo oigo moverse.

Yo cierro los ojos. Lo que en realidad quiero es que se marchen todos de aquí y me dejen sola. Y cuando digo todos... es todos.

Estoy a punto de quedarme dormida cuando noto que me destapan y me zarandean con suavidad. Abro los ojos y veo a mi progenitora delante de mí.

—No te duermas ahora, ya lo harás cuando llegues a casa. Te he preparado tu antigua habitación.

—¿Perdona? ¿Qué has dicho?

La voz profunda y ronca de Héctor se adueña de la estancia. Mi madre deja de moverme y alza la cabeza para enfrentarse a mi marido, que sigue detrás de mí.

—He dicho que he preparado su habitación.

—He escuchado perfectamente lo que has dicho.

—Entonces, ¿para qué me pides que te lo repita?

La antipatía y la condescendencia son patentes en mi madre. Mi padre se levanta y la agarra del brazo, pero ella se suelta con facilidad.

—Te agradecemos mucho tu hospitalidad, pero Jimena tiene una casa a la que volver.

—Con nosotros va a estar cuidada las veinticuatro horas.

—Conmigo también.

—Tú trabajas.

—Ese es mi problema, y ya nos encargaremos mi mujer y yo de solucionarlo. —Dice «mi mujer» alto y claro, para no dejar ninguna duda de lo que somos.

Apoya una mano en mi hombro y, aunque sé que es un gesto protector para marcar territorio, lo dejo hacer. Mi madre lo mira con desprecio, tal y como lleva haciendo desde que lo conoció. Mis hermanas acuden en su rescate y, a regañadientes y casi a rastras, consiguen llevársela de la habitación.

Por primera vez en demasiado tiempo, Héctor y yo nos quedamos solos. A mi alrededor ya está todo recogido, solo falta que me vista y nos marchemos. Voy a incorporarme cuando una mano me aprieta el brazo.

—Déjame ayudarte.

Héctor bordea la cama y se sitúa delante. Alzo la cabeza y, por fin, lo miro. Está pálido y las ojeras cercan sus bonitos ojos azules. La barba le ha crecido de forma considerable en estos días y lleva el pelo despeinado, como si se lo hubiera manoseado tantas veces que ya no se sabe ni cuál es su aspecto natural. Juraría que ha perdido peso, porque la camiseta que lleva le está demasiado grande. Se lo nota cansado, pero tampoco es de extrañar, porque no se ha marchado de esta habitación en los cinco días que he permanecido ingresada, día y noche. Incluso se ha aseado en la pequeña ducha que tienen aquí, y se ha estado alimentando de la comida que sirven en el hospital o de las pequeñas cosas que le han ido trayendo.

Miro sus labios, también pálidos y con grietas, y la pena y la tristeza me golpean. Sus manos, alzadas en mi dirección, piden permiso para poder tocarme y ayudarme. Para poder llevarme a casa.

Cierro los párpados y, al hacerlo, dos lágrimas escapan entre ellos. Creía que ya no me quedaban, pero está visto que me equivocaba. Pienso en él y la culpa se me clava en el pecho a causa del rechazo de estos días: el alejarme de su tacto, el ignorar sus súplicas o fingir que no escuchaba sus propios sollozos por la noche, cuando creía que yo dormía.

Abro los ojos y lo encuentro en la misma posición. No se ha desplazado ni un milímetro. Respiro hondo y estiro los brazos, juntando mis manos con las suyas. Un largo suspiro sale de sus labios, y también de los míos.

Con cuidado, dejo que me levante y me siente en la cama. Me quedo quieta mientras me desviste con mucho tacto, procurando no tocar los moratones. Esos que yo aún no he visto, pero que sé que están ahí. Se sitúa

detrás y, aunque me da algún tirón por el que me pide perdón mil veces, consigue recogerme los rizos en una coleta.

No me pregunta cómo estoy ni si me duele algo. Héctor nunca ha sido de formular preguntas absurdas o cuya respuesta ya conoce, y no va a empezar a hacerlo ahora.

No habla. No dice ni una palabra. Y yo tampoco.

Cuando ya solo falta ponerme las zapatillas, llaman a la puerta. Germán emerge tras ella, empujando una sillita de ruedas. Mira a su amigo y después, a mí.

—Era de mi madre. He supuesto que te vendría bien al principio.

—Muchas gracias. —La voz me sale ronca, como papel de lija. Carraspeo para aclararla, pero, al hacerlo, me pica. Héctor coge la botella de agua, sirve un poco en un vaso y me lo pasa—. Gracias.

—De nada.

Los escucho a los dos hablar, bajito, sin alzar la voz. Pillo a Germán un par de veces mirarme de reojo, intentando disimular. No le digo que lo suyo no es el espionaje, aunque su profesión sea la de policía. En realidad, solo quiero salir de aquí y refugiarme en mi casa.

Héctor empuja la sillita conmigo sentada en ella. Se despide de las enfermeras y el doctor, a quien le promete volver en una semana para ver cómo me progreso. Yo me limito a asir con fuerza la bufanda que llevo alrededor del cuello y a pedirle en silencio que termine de una vez. Cuando noto cómo la silla comienza a rodar de nuevo, suspiro aliviada.

Llegamos al ascensor y, de ahí, al garaje. Vislumbro el coche a lo lejos; un Peugeot de última generación. Ni siquiera me he aprendido aún el modelo que es. A mí los coches siempre me han dado un poco igual. Con que tuvieran cuatro ruedas y pudieran llevarme de un lugar a otro de forma más o menos segura, me conformaba. Así que le dejé la elección de este a Héctor. Yo solo quería que fuera lo suficientemente grande para que cupiésemos todos.

Como en el hospital, dejo que me ayude a apearme de la silla y a acomodarme en el asiento del copiloto. Al levantar la pierna para entrar, un pinchazo me alcanza en pleno vientre, haciéndome cerrar los ojos y pegar un pequeño chillido.

—Lo siento. Lo siento. ¿Estás bien?

Me entran ganas de reír ante su pregunta. Asiento y me dejo caer, estirando las piernas lo máximo que puedo. Héctor rodea el coche, se sienta

en el lado del conductor y arranca el motor después de abrochar mi cinturón y el suyo.

Por fin una cosa buena: vuelvo a casa.

Cuando llegamos, tras lo que me parece una eternidad, dejo que mi marido me conduzca con cuidado hasta nuestra habitación.

—¿Quieres darte una ducha?

—No me apetece.

—Claro. Tal vez más tarde. ¿Quieres que te ayude a ponerte algo más cómodo?

—Así estoy bien. Con que me ayudes a quitarme las zapatillas es suficiente.

—Por supuesto.

Me sienta en la cama y me quita los zapatos; primero uno y después el otro. Me va a quitar el abrigo, pero lo detengo.

—Solo quiero tumbarme.

Sé que debo de parecer una loca, pero me da exactamente igual. La vuelta a casa está resultando más lenta de lo que esperaba. Si alguien me preguntase, diría convencida que hace dos días que salí del hospital, no solo una hora. Apoyo la cabeza en la almohada y me cubro el cuerpo con la colcha, tapándome casi por completo.

—¿Enciendo la luz de la mesita?

—Como quieras.

Héctor regula la lamparita para que alumbre de forma tenue. Inesperadamente, se inclina hacia delante para apoyar sus labios, que están fríos como el hielo, contra mi sien. Cuando se aparta, sé que quiere decirme algo, lo siento vacilar, pero al final opta por no decir ni una palabra.

Miro al suelo y veo sus pies alejarse en dirección a la puerta.

—Héctor —lo detengo. Inspiro hondo, cuento hasta tres y expulso el aire lentamente, aclarando también mi garganta para formular la pregunta que lleva pesándome tantos días—. ¿La viste?

Me llevo la mano al corazón; Héctor deja de respirar de golpe. Me aterra la respuesta que pueda darme, pero no puedo seguir obviándola. Me está matando.

Me está matando más de lo que ya estoy.

—¿La viste?

—Jimena... —dice con la voz rota.

—Solo... solo dime si llegaste a verla. Sé que es im-imposible, pe-pero...

pero... solo contéstame. ¿Llegaste a ver cómo era?

—No...

Me encojo y me hago un ovillo. Quiero gritar y llorar. Llorar hasta que sea humanamente imposible producir más lágrimas. Me tapo la boca para sofocar los sollozos que, sin control alguno, escapan de mi cuerpo y me hacen temblar.

Con la mano que tengo libre me acaricio el vientre, plano en comparación con la última vez que lo hice. No lo he acariciado en cinco días. Cierro los ojos y pienso en cómo sería su pelo, si rojo como el mío o negro como el de su padre. En si habría heredado mis ojos o serían de un color completamente diferente. Me imagino una mano pequeña rodeando mi dedo meñique con fuerza, y cómo serían sus lloros o su risa. Me veo a mí, en la mecedora que instalamos en su habitación, con ella entre mis brazos, cantándole las canciones de cuna que Héctor se empeñó en que aprendiéramos. Lo veo a él bailando con ella por el salón y llenándole la cara de besos, tal y como hacía conmigo. Nos veo en esta misma cama, sin ningún plan mejor para un domingo que abrazarnos los tres mientras escuchamos música o vemos una película.

Nos veo a nosotros; una familia. Tres personas en una sola.

Una familia que se ha roto. Tres personas que vuelven a ser dos.

Lloro sin querer contenerme.

Lloro por ella, porque ya no está. Por lo que nunca será.

Lloro por mí, porque la he perdido. Porque no he podido ni verla. Porque he dejado de sentirla y debo dejar de imaginarla.

Lloro mucho por él. Por mi amigo, mi compañero, mi pareja, mi amante, mi guía, mi marido y su padre.

Pero, por encima de todo eso, lloro por la Jimena que continúa tirada en esas escaleras de metro. La Jimena que salió de ese quirófano con la cara magullada, moratones en brazos y piernas y sin un segundo corazón latiendo dentro de sí, porque la caída había sido demasiado. Demasiado para la pequeña que crecía en su interior.

El colchón se hunde detrás de mí y un brazo cálido y tembloroso me rodea. Un torso firme aprieta contra mi espalda. Escucho otros sollozos, además de los míos, resonar en la habitación.

Cojo su mano y la aparto de mí. Repto hasta quedar casi en el borde de la cama. No quiero su abrazo. No quiero su calidez. Ahora mismo, no lo quiero a él aquí conmigo.

Me odio con todas mis fuerzas por pensar y sentir así, pero no lo puedo controlar.

—Apaga la luz cuando salgas y cierra la puerta.

A diferencia de antes, la voz ahora me sale alta y clara. Sin titubeos.

Tras unos segundos, siento cómo por fin se levanta y, arrastrando los pies, hace lo que le pido. La habitación se queda casi a oscuras, excepto por la luz que Héctor ha dejado encendida.

Sigo llorando durante horas, hasta que me duele la cabeza y consigo quedarme dormida. Hasta que su cara no es más que una mancha en mi mente. Hasta que consigo maldecirme a mí; maldecirlo a él.

Los días pasan y mi rutina no varía. No sé si me he cambiado de ropa. No me acuerdo de cuándo fue la última vez que me duché, o cuál fue la última comida caliente que me llevé a la boca. No tengo ni idea de quién ha venido y tampoco es que me importe demasiado. Solo tengo claras tres cosas: que mi pequeña ya no está conmigo, que la he perdido; que quiero estar sola porque la gente me molesta, y que me molesta todo el mundo. Incluido él.

Sobre todo él.

Yo aún no lo sé

Héctor

Marzo de 2018

Cierro la puerta a mi espalda despacio, haciendo el menor ruido posible. Enciendo la luz del pasillo y camino arrastrando los pies hasta la cocina para dejar la bandeja de comida que llevo en las manos. Está prácticamente intacta, como es costumbre desde que llegamos a casa.

El telefonillo de la calle suena; busco la hora en el reloj que descansa en lo alto de la nevera, y que me indica que son más de las diez de la noche. No tengo ni idea de quién puede ser. La familia de Jimena ha estado aquí por la mañana, y por la tarde hemos estado solos y tranquilos, y la verdad es que no esperamos a nadie. Vuelve a sonar, pero esta vez es el timbre de la puerta. Lo dejo todo en la encimera, me seco las manos en el vaquero y me acerco al recibidor para comprobar por la mirilla quién puede ser. Un sentimiento de paz se apodera de mí. Abro la puerta deprisa y, cuando mis ojos chocan con los de la rubia bajita que tengo delante, una sonrisa sincera se dibuja en mi rostro.

—Estás hecho un asco —dice con el ceño fruncido mientras analiza mi aspecto.

No puedo reprimir una pequeña carcajada, y es que a nadie se le ocurriría decir una cosa así en un momento como este. Me hago a un lado, y ella, arrastrando una pequeña maleta, entra en casa. La guío hasta el comedor y enciendo las luces justo antes de sentarnos en el sofá. Su mirada se dirige al fondo del pasillo, a esa puerta cerrada.

—¿Sigue sin querer salir?

—Solo para ir al baño y luego vuelve a entrar. Ni siquiera Olivia o Lucía han conseguido que saliera con ellas a dar una vuelta. Y yo ya no sé qué más hacer, porque, aunque no me lo haya dicho, sé que no quiere tenerme cerca, así que intento molestarla lo menos posible. Pero me está matando, Martina, porque la estoy perdiendo y no sé qué puedo hacer para traerla de vuelta.

Desde que llegamos del hospital Jimena se ha encerrado en un mundo en el que no deja entrar a nadie. Diría que ni siquiera a mí, pero creo que lo más correcto sería decir que mucho menos a mí.

Me di cuenta en el hospital, cuando rehuía mi mirada, ignoraba mis palabras o, incluso, se apartaba cuando la tocaba. Pero no se lo podía echar en cara, y tampoco quise darle mucha importancia. No más de la que la situación requería.

Pero ya ha pasado el tiempo suficiente como para asumir que mi mujer no me quiere a su lado. Ni tan solo hemos hablado de que, durante los últimos días, he estado durmiendo en el sofá en vez de compartir cama con ella.

No le he comentado esto a nadie, ni siquiera a Iván o Germán. El segundo está demasiado ocupado con los preparativos de su boda, y aunque sé que siempre está ahí, pendiente de mí, como un buen amigo, cada uno tiene (y debe tener) su vida.

En cuanto a Iván, no puedo decirle nada. O, más bien, no quiero hacerlo. No porque no confíe en él, sino porque sé que estaría poniéndolo en un compromiso por su relación con Lucía.

Me froto la cara y me recuesto en el sofá con los ojos cerrados. Soy consciente de lo agotado que estoy. Esta situación me supera, y lo que más me preocupa de todo es que no tengo ni idea de qué hacer para solucionarla.

Una mano agarra con fuerza la mía. Abro los ojos y me encuentro con la sonrisa delicada de Martina.

—Todo se va a arreglar.

—¿Cómo?

—No lo sé, pero lo conseguiremos, ¿vale?

Quiero decirle que sí, pero no estoy seguro. La realidad es que no estoy seguro de nada. Martina se levanta y, segundos después, desaparece por la puerta de nuestro dormitorio.

Un pequeño pinchazo me alcanza de pleno al pensar en ese «nuestro», porque hace tiempo que esa palabra dejó de tener sentido en esta casa.

Me siento un poco inútil aquí sin hacer nada, sentado en el sofá y observando la puerta, esperando que un milagro surja de ella. Tengo mucha fe en Martina, ya que si alguien ha sabido siempre ayudarla a ver más allá y, a veces, a ser otra persona, ha sido ella.

Termino de vestirme, cojo la chaqueta y salgo a la calle. Aunque lo hago sin rumbo fijo, pronto me doy cuenta de que estoy ante la casa de Iván. Cuando llamo, me extraña encontrarlo con el pijama puesto y viendo una película; creía que estaría con Lucía. Voy a preguntarle al respecto, pero algo en su cara me indica que, al menos por ahora, no es buena idea. Él tampoco emite comentario alguno acerca de qué hago en su casa a estas

horas. Se limita a abrirme la puerta y a tenderme una cerveza en cuanto me siento en su sofá.

Esta es la primera de muchas noches que pasaré con mi amigo en su casa, solo que yo aún no lo sé.

Más seguro de lo que he estado en mucho tiempo

Héctor

—No quiero seguir aquí.

—¿Aquí, dónde?

—En Madrid. Me voy a marchar ya, Iván.

Agarro con fuerza el teléfono, esperando una reprimenda por parte de mi amigo, pero esta no llega, y no sé si eso debería preocuparme.

Iván es de los que analizan tanto las cosas que, a veces, ni te acuerdas de cómo eran al principio; los cambios no le gustan demasiado. Así que el hecho de que permanezca callado sin decir ni una palabra mientras le explico que me quiero marchar ya a París porque no soporto la idea de estar en la misma ciudad que Jimena, sabiendo que ella está en con él y que se van a casar, me pone los pelos de punta.

Miro alrededor, a mi casa, a nuestra casa, y el pinchazo vuelve, aunque lo más probable es que nunca se haya marchado del todo. Ahora simplemente es un recordatorio.

Quiero romper algo. Quiero coger un martillo y destrozar las paredes, una a una, hasta borrar los recuerdos y el dolor. Quiero gritar. Gritar fuerte hasta quedarme sin voz. Quiero llorar. Llorar de impotencia y de rabia, hacia ella y hacia mí.

—Es lo mejor.

—¿Lo crees de verdad?

—¿Lo crees tú?

—Sí. —Nada más decirlo, me doy cuenta de que lo hago confiado, firme y seguro.

Más seguro de lo que he estado en mucho tiempo.

Tumbada en la cama mirando al techo

Jimena

—No puedes seguir ignorándonos.

—No lo hago.

—Cuando alguien te llama por teléfono y no respondes, o te presentas en su casa y no abre, se llama ignorar.

—Y cuando alguien os dice que la dejéis en paz, que no quiere ver a nadie, mucho menos hablar, y seguís insistiendo, se llama ser pesadas.

—Se llama ser hermanas.

—Se llama ser peores que un grano en el culo.

—Pero nos preocupamos por ti.

—Dejad de hacerlo, Lucía.

—No podemos.

—No, no queréis.

—¿Cuál es la diferencia?

Suspiro y me aparto el teléfono de la oreja. Llevo hablando con mi hermana más de media hora y la conversación es siempre la misma. Es como haber entrado en un bucle infinito.

Escucho cómo discute con Olivia. Lo hacen en susurros. O lo que ellas creen que es en susurros, porque las oigo perfectamente.

Cuando la frase: «Abrimos con nuestra llave y a tomar por culo. Que se atreva a echarnos» sale de la boca de Olivia, decido intervenir:

—Os quiero, os adoro y daría un brazo por vosotras, pero ahora necesito estar sola. Por favor.

Suplico. No me queda otra, y tampoco me importa mucho.

Las escucho resoplar y me las imagino poniendo los ojos en blanco. Pero también sé lo que van a decir incluso antes de que lo digan.

—Vale... Pero nos llamarás.

—No lo estás preguntando, ¿no?

—No.

—Vale —claudico, porque, bueno, si fuera al revés, supongo que yo sería igual de pesada que ellas.

Cuelgo el teléfono, lo guardo bajo la almohada y vuelvo a la misma posición en la que he estado todos estos días: tumbada en la cama mirando al

techo.

Con los ojos llenos de dudas, miedo y tristeza

Martina

Hoy parece que el frío nos ha dado un poco de tregua, porque estamos en abril y ya toca. Aun así, me ajusto bien el gorro y la bufanda para que me tapen las orejas. Miro el reloj y veo que todavía faltan veinte minutos para que Jimena termine y podamos irnos a comer, así que decido caminar hasta su oficina mientras veo escaparates. No me voy a comprar nada; con lo de mi traslado a Estados Unidos y derivados, estoy más pelada que el chocho de una Barbie, pero ir mirando cosas no le hace mal a nadie.

Le envío un mensaje a mi amiga recordándole nuestra cita, sin darle opción a réplica, y reanudo la marcha.

Han pasado dos meses y parece que las cosas vuelven a la normalidad. Bueno, eso sería decir mucho. Digamos que hemos conseguido que Jimena regrese al trabajo y, aunque muy de vez en cuando, hemos logrado verla sonreír, o estirar las comisuras de los labios hasta formar lo que se podría interpretar como una sonrisa.

Pero sigo muy preocupada por ella, y por Héctor. Jamás había visto a una persona consumirse tan rápido como lo está haciendo él, pero es que la preocupación que siente por su mujer es inmensa, y el pobre lo lleva lo mejor que puede, aunque sea desde la sombra. A veces siento que todos nos hemos volcado tanto en ella que nos hemos olvidado de él. O no lo hemos tenido tan en cuenta como deberíamos haber hecho. A fin de cuentas, son dos los que han perdido un bebé.

Llego hasta la puerta de las oficinas de la editorial y veo que Jimena ya me espera. Está apoyada en la fachada. Me fijo en sus zapatos: sigue llevando las deportivas. Se han convertido en su atuendo favorito las últimas semanas. Suelto un largo suspiro; si la tuviera más cerca, le daría una colleja, pero poco a poco. Tenemos que ir poco a poco.

Cojo aire, relajo los hombros y, con paso decidido, voy hacia ella feliz y contenta.

—¿Cómo está mi pollito pío esta mañana?

Pega un pequeño salto ante mi pregunta, sorprendida. A pesar de que estaba mirando al frente, está claro que no veía nada, porque no se ha percatado de mi presencia.

—Sobreviviendo a los ataques al corazón que mi mejor amiga me provoca día sí, día también.

—Ya será menos. Vamos, Piolín.

Sin darle opción a negarse, y utilizando el mote que sé que la saca de sus casillas, la cojo por los hombros para conducirla a esa cafetería que encontramos un día paseando y que se ha convertido en nuestro refugio los viernes al salir del trabajo.

—¡Jimena! ¡Jimena, espera un segundo!

Escuchamos a alguien a nuestra espalda. Al girarnos nos encontramos con su jefe, cuyo nombre no recuerdo, corriendo maletín en mano para alcanzarla.

Como un acto reflejo, no sé muy bien por qué, la aprieto más fuerte contra mí. Algo tiene este tío que nunca ha terminado de agradarme. Sé que le gusta Jimena. Aunque no es ningún secreto, porque cualquiera que lo haya visto mirarla, aunque sean solo cinco segundos, debe de haberse dado cuenta. Lo que no me gusta es la forma en la que lo hace, al igual que la forma en la que se está acercando a ella en los últimos tiempos. Hay que admitir que Jimena está en su momento más vulnerable, y creo que lo está... aprovechando. No sabría explicarlo.

Solo sé que no me gusta. Punto.

Llega hasta nosotras jadeando por la falta de aire. Ni que hubiera corrido la maratón, por favor. No puedo evitar arrugar un poco la nariz cuando su penetrante olor a colonia llega hasta mí.

—Hola. ¿Qué tal? Llevamos un poco de prisa. ¿Querías algo? —Mi amiga me da un ligero codazo en el costado por mi hostilidad al hablar. La ignoro y me centro en él, que a su vez me observa entre violento y deseando perderme de vista.

—Solo quería saber cómo estabas —le pregunta a mi amiga, mirándola solo a ella, como si no tuviera a una rubia peleona al lado.

—Bien, muchas gracias.

—¿Vuelves esta tarde?

—No. ¿Recuerdas que me he cogido los viernes por la tarde libres?

—Es cierto. Perdona, se me había olvidado por completo.

Por la cara que pone, está claro que no se le había olvidado y que lo ha usado solo como excusa para hablar con ella.

—Veo que hoy ya tienes planes, pero espero que algún día aceptes mi invitación a comer.

Percibo un ligero cambio en mi amiga. Se ha puesto rígida y se retuerce las manos. Aun así, sonrío y le contesta que estará encantada. Voy a decirle algo, pero Jimena me coge disimuladamente del brazo y, despidiéndose de él, echa a caminar de nuevo.

Cuando llevamos un poquito andado, no puedo evitar girarme y buscarlo. Está parado justo donde lo hemos dejado, contemplando la espalda de su empleada. Visto así, a lo lejos, con ese semblante serio y como abatido, me inspira un poco de lástima. No lo conozco, más allá de las pocas veces que lo he visto al recoger a mi amiga en el trabajo, y siempre ha sido educado y agradable (para mi gusto, demasiado), por lo que no tengo derecho a juzgarlo. Pero no puedo evitar que haya algo que no termine de gustarme.

Seguramente sea porque me recuerda la vida pasada de Jimena. Esa Jimena metódica y ordenada de hace tantos años. Esa Jimena aprobada por su madre.

La que era antes de conocer a Héctor.

Y, ante todo, tiene mucho que ver él. Y es que yo siempre seré del Team Héctor, porque si hay dos personas destinadas a quererse, son ellos. Aunque ahora, a veces, parezca todo lo contrario.

Llegamos a la cafetería y ocupamos nuestra mesa de siempre. Hablamos de nuestros trabajos, sin comentar el encuentro de hace un momento con su jefe, y de mi inminente y definitiva partida a las Américas.

—¿Cuándo te marchas?

—No lo tengo claro todavía. Quieren que me vaya la semana que viene.

—Vaya, eso es ya de ya.

—Sí. Pero como todavía puedo seguir compaginando mi trabajo desde aquí, he pensado en posponerlo unos meses.

Jimena ladea la cabeza y me sonrío. Algo en sus ojos me pone en alerta, así que agacho la cabeza y me concentro en mi tarta de zanahoria. Justo cuando voy a meterme un trozo en la boca, una mano me detiene, me quita el tenedor y lo deja de nuevo en el plato.

—¿Qué haces?

—Quiero que me escuches con atención.

—¿Y para eso tienes que privarme de comer?

—Yo creo que sí, porque necesito que pongas todos tus sentidos en funcionamiento.

—Esto suena fuerte. ¿Tengo que pedir refuerzos?

Jimena niega con la cabeza y suelta una risita.

—¿Eso ha sido una carcajada?

—Ja, ja, ja. Eres supergraciosa.

—¿Y eso es sarcasmo? ¡Cógeme, que me desmayo!

Me fulmina con la mirada, y yo levanto las manos en señal de rendición y la miro con cara de pena.

—Te voy a echar de menos. No te haces una idea.

—¿Por qué? ¿Te vas a algún sitio?

Alza la cabeza y veo una pequeña lágrima rodar por su mejilla. Se la quita tan rápido que, por un momento, temo haberlo soñado. No hago ningún comentario al respecto. Simplemente me limito a observarla. Aprieta los párpados con fuerza y, al volver a abrirlos, siguen un poco brillantes, pero ya no hay lágrimas a la vista. Clava su mirada en mí y abre la boca:

—Yo no me marchó a ningún sitio, pero tú, sí.

—¿Qué?

—Quiero que te marches la semana que viene a Nueva York.

Desde luego, no esperaba para nada que me dijera eso. Creía que me iba a hablar de ella y de su situación con Héctor, que, a fin de cuentas, era mi objetivo de hoy. Aún no tenía claro cuándo iba a sacar el tema, pero sacarlo, lo sacaría. Así que esta afirmación me pilla por sorpresa, y por la forma en la que me mira, el desconcierto debe de reflejarse en mi cara.

—Aligera el ceño, que se te formarán arrugas. Quiero que te marches ya.

—Pero ¿por qué?

—Oh, vamos, Martina. Las dos sabemos por qué no estás ya en un avión rumbo a Estados Unidos a vivir tu sueño con ese yanqui que te espera y que, todo hay que decirlo, está teniendo demasiada paciencia.

—Sobre lo de Luke, ya hablaremos, porque el que algo quiere, algo le cuesta. No me he ido todavía porque aquí está mi trabajo.

—Sabes tan bien como yo que eso no es verdad, pero si quieres que lo diga en voz alta, no tengo ningún problema. —Cruza las manos sobre la mesa y me mira fijamente, sin pestañear—. No te vas por mí, porque piensas que necesito que estés velándome todo el tiempo. No quiero parecer una desconsiderada, porque te lo agradezco mucho, pero yo no soy tu vida, Martina. Tu vida está lejos de aquí, y ya es hora de que te vayas a vivirla como toca. Sé que he sido una egoísta, no creas que me he dado cuenta de esto hoy al levantarme. Me di cuenta hace semanas, solo quería conservar a mi amiga unos días más conmigo. Sin embargo, creo que ya te he retenido lo suficiente, y sé que si yo no te lo exijo, no lo harás, porque eres demasiado

buena para dejarme sola. Pero no lo estoy, te lo puedo asegurar. Tengo mi trabajo y tengo a mis hermanas, además de que hay más amigos en el mundo, no solo estás tú. Sé que he sido una huraña todo este tiempo, que te he tenido preocupada y... —parece que la voz se le va a romper, pero respira hondo y continúa— y que me he comportado como un alma en pena vagando por el mundo, pero ya estoy bien. He vuelto al trabajo, salgo de casa, me ducho y me visto todos los días, y, como estás viendo, como. Así que sí, quiero que te marches, y quiero que lo hagas la semana que viene.

Ha sido el discurso más largo que le he oído en mucho tiempo. Acostumbrada a sus respuestas cortas y monosilábicas de estas últimas semanas, no me extraña que, al terminar, tenga que tomar aire y beber agua para aclararse la voz.

A pesar de que sea algo insólito en mí, me ha dejado sin saber qué decir. Abro y cierro la boca, boqueando como un pez, haciéndola reír.

—No sabes cuánto me gusta oírte reír así.

—¿Eso es lo único que vas a decirme después de todo lo que te acabo de soltar?

—Sí, porque no te haces una idea de cómo lo he echado de menos.

Sin importarme la gente que hay en la cafetería ni el ruido que pueda hacer, me levanto de la silla como impulsada por un resorte y me tiro a los brazos de mi mejor amiga, quien me recibe contenta y sin dejar de reír.

—Vamos a seguir viniendo aquí cada viernes.

—¿Cómo? ¿Te teletransportas?

—Bah. Ya veremos cómo. Pero esto te sienta bien, amiga, y no quiero perder estos minutos las dos juntas.

—Trato hecho.

—Y hablaremos todos los días. Todos. Me contarás cómo van las cosas y cotillearemos sobre la gente de tu oficina y sobre tus hermanas.

—Perfecto.

—Y te contaré mis progresos con el yanqui.

—Hay algunos datos que te puedes guardar para ti.

—¿Seguro? Porque no quería decirte nada antes... ya sabes por qué —muevo la mano, quitándole importancia al asunto—, pero el tío calza de forma descomunal y sabe mover las manos y la lengua que da gusto.

—¡Hostia, Martina!

—¡Palabrotas y todo! ¡Estás que te sales, Piolín!

Me golpea el brazo y yo la agarro con fuerza por el cuello,

desternillándonos de la risa. La gente del local nos mira raro, pero nos importa un pimiento. Estoy tan feliz que creo que podría explotar. Tenía demasiadas ganas de recuperarla.

De recuperar a la amiga a la que creía que había perdido en ese quirófano.

Aún queda trabajo por hacer, pero ella, por fin, parece dispuesta a salir del pozo en el que estaba metida. Puede que todavía necesite algún que otro empujón, pero entre todos iremos dándoselo.

Algo hace clic en mi interior y me traslada al discurso de Jimena de hace un momento. Concretamente, a una de las cosas que ha dicho. Mi amiga se da cuenta de que algo me preocupa y me mira de forma interrogante.

—¿Qué pasa?

—Nada, solo es que... Me he acordado de algo que has dicho antes.

—¿Yo? —Se señala el pecho—. He dicho muchas cosas.

—Más bien, es algo que no has dicho.

—Pues no sé, Martina. Como no me ayudes un poquito, esto de las adivinanzas me viene un poco grande.

—De hecho, tiene mucho que ver con lo que quería hablar hoy contigo.

—Pues dime, a ver qué es.

—A Héctor también lo tienes, ¿no?

—¿A Héctor también lo tengo, dónde? No te sigo.

—Cuando has dicho que no estabas sola, tus palabras exactas han sido: «Tengo mi trabajo y tengo a mis hermanas, además de que hay más amigos en el mundo, no solo estás tú». Pero no has nombrado a tu marido. Así que te pregunto. A Héctor también lo tienes, ¿verdad?

En todos los años en los que hace que conozco a Jimena, creo que es la primera vez que se queda callada cuando le he pregunto por Héctor, y lo que más me preocupa de todo es que lo hace con los ojos llenos de dudas, miedo y tristeza.

Qué importa si lo hace más tarde que pronto

Iván

—Esto no puede seguir así, Lucía.

—¿El qué exactamente?

—Si tienes que preguntarlo, entonces es que de verdad tenemos un problema.

Sin decir nada, Lucía cuelga el teléfono, dejándome más hecho polvo de lo que ya estoy y con el móvil pegado a la oreja como un auténtico idiota.

Lo lanzo con todas mis fuerzas al sofá, donde rebota y cae al suelo. Por el ruido que hace, estoy seguro de que la pantalla se ha partido. Otra vez. Pero no me acerco a comprobarlo. Me voy directo al baño para darme una buena ducha, cambiarme el chándal y plantarme en casa de mi novia a hablar de una vez por todas, porque esto no puede seguir así.

Al pasar frente a la puerta de mi cuarto, me detengo en el umbral observando el bulto que descansa sobre mi cama, que no es otro que mi amigo Héctor. Con esta, creo que son tres las veces que ha dormido aquí en quince días. Todas las anteriores lo ha hecho en el sofá y, aunque es cómodo de cojones, también entiendo que esté hasta las mismas narices de no dormir en un colchón en condiciones. Teniendo en cuenta que no solo duerme en el sofá cuando está en mi casa.

Cuando se presentó ayer por la noche, tuve que rogarle por que se quedara él en mi cama y yo, en el sofá. Lo convencí con el pretexto de que Lucía se iba a pasar por la mañana a desayunar y así no lo molestaría.

Él pareció creérselo, o a lo mejor es que estaba tan cansado y con tan pocas ganas de interactuar que me dio las gracias y se dejó caer sobre el colchón, con la ropa de calle puesta. Menos mal que se acordó de quitarse las zapatillas.

Se me parte el alma al ver tan hecho polvo a mi mejor amigo y no poder hacer nada por ayudarlo. La verdad es que parece que ninguno podemos hacer nada, ni siquiera ellos dos. Simplemente tenemos que quedarnos quietos y esperar hasta que el iceberg los alcance, y entonces el impacto será tan grande que nada podrá reparar ya el daño causado.

Termino de enjabonarme, me seco rápido, me pongo lo primero que encuentro y, a pesar de que no son ni las ocho de la mañana de un domingo,

me presento en casa de mi novia para ver si puedo hacerla entrar en razón y convencerla de que le diga a su hermana que se está equivocando.

Lucía me abre en pijama. Por su expresión, no solo no me esperaba, sino que no le hace ninguna gracia mi presencia.

—Mira, Iván. Es una tontería que hayas venido hasta aquí, porque, como te he dicho mil millones de veces, no puedo hacer nada. No podemos hacer nada —dice, refiriéndose a ella y a Olivia.

La sigo hasta la cocina, donde se sirve una taza de café y me sirve a mí otra, que ni toco. La dejo sobre la encimera y me coloco frente a Lucía para que pueda mirarme directamente a los ojos.

—Lo tengo durmiendo en mi cama, joder. Ya van tres veces en menos de quince días. Y no te puedo decir cuántas en total porque hace tiempo que perdí la cuenta.

—¿Te crees que no lo sé? ¿Te crees que no me preocupo cuando Héctor se marcha de casa o cuando es Jimena la que lo hace? ¿Te crees que no veo sus caras? No estoy ciega, Iván.

—No estoy diciendo que lo estés, pero hay que buscar una solución. Esto no puede seguir así. Se están hundiendo, Lucía. Se están perdiendo el uno al otro, y cuando se den cuenta, puede que ya sea demasiado tarde.

—¡Ya lo sé! —Se suelta de mi agarre, pues de forma inconsciente la había cogido de la mano. Camina de una punta a otra de la cocina y, cuando se vuelve hacia mí, lo hace con lágrimas en los ojos. Se las seca apresurada, antes de que alguna la traicione—. Esto también me supera a mí; no tengo ni idea de qué puedo hacer. Jimena es mi hermana, y la quiero con toda mi alma, pero a Héctor también lo quiero, aunque tú creas que no, y sé que es lo mejor que le ha podido pasar. Pero a veces... a veces...

—A veces, ¿qué?

—No lo sé, olvídale.

Se da media vuelta, coge la taza en la que estaba bebiéndose el café y la enjuaga bajo el grifo. Voy hasta ella, se la quito de las manos y la dejo dentro de la pila. Sujeto a Lucía por la barbilla y la giro para poder mirarla a los ojos. Lo que veo en ellos no me gusta nada.

Nada en absoluto.

—¿Qué me estás ocultando?

—Nada —dice mientras desvía su mirada al suelo. Me agacho para buscarla de nuevo y, cuando lo hago, me la encuentro llena de lágrimas.

—Dijimos que nunca nos mentiríamos, ¿recuerdas?

—Pues está claro que a veces hay que romper las promesas que se hacen.

—Solo si uno quiere.

Me mira fijamente, sin pestañear, durante tanto rato que me dan ganas de zarandearla para que reaccione. Finalmente se encoge de hombros y suspira.

—Es mi hermana.

Es lo único que dice, pero hay tanta verdad y tanto dolor en esa frase tan corta que me rompe un poco más por dentro.

Suelto su barbilla y doy un paso atrás.

—Y él es mi hermano. No será de sangre, como en tu caso, pero es mi hermano.

—Lo sé.

Nos quedamos en silencio sin saber qué decirnos. O sin querer decirlo en voz alta. Me da miedo preguntarle si mis sospechas son ciertas, si Jimena se va a marchar, tal y como Héctor no cesa de preguntarse. Me da miedo abrir la boca y soltar algo de lo que pueda arrepentirme después. Me da miedo que todo esto explote y acabe salpicándonos a Lucía, a mí y a nuestra relación, porque si de verdad sucediera, si de verdad Jimena abandonase a Héctor..., yo tengo claro de parte de quién estaría, y Lucía también, aunque ambos sepamos quién se equivoca, o, más bien, quién ha dejado de luchar. Pero también sé que ella jamás lo confesará.

Eso debería honrarla, ¿no? Porque significa que es leal. Pero para mí, no. Para mí sería tan cobarde como su hermana, aunque suene muy fuerte esa palabra, porque siento que mi amigo ha perdido incluso antes de que se le diera la oportunidad de batallar.

Igual que yo, que siento que ya he perdido, y eso que ni siquiera se me ha tenido en cuenta.

Mejor dicho: no soy tan importante como creía para poder tenerseme en cuenta.

Me fijo en el pecho de Lucía, que sube y baja a un ritmo demasiado rápido. También me fijo en la vena de su cuello, que palpita sin tregua. Signos de que está nerviosa.

Siento que mi tiempo aquí ha terminado, por lo menos por hoy. Me encuentro agotado, y, en realidad, me necesitan más en mi casa que aquí.

—Se está equivocando, y lo sabes tan bien como yo. Todos lo sabemos. El problema es que la sobreprotegéis en exceso y no le decís las cosas tal y como son. Pero se arrepentirá, y cuando lo haga, a lo mejor ya es demasiado

tarde. Porque es cierto que jamás he visto a nadie querer como Héctor quiere a Jimena, pero también es cierto que nunca he visto a nadie tan infeliz como lo es Héctor ahora mismo.

—Eso no es justo. Nada justo.

—Puede que no, pero tampoco es justo que ella actúe como la única que ha perdido algo en todo esto, porque, si mal no recuerdo, ella ha perdido una hija, pero Héctor también.

—Pero ella la llevaba dentro, Iván. Ella la sentía. Ella fue la que cayó por esas escaleras.

—¿Y por eso vamos a castigarlo? ¿Por no tener la posibilidad de llevarla en su vientre? Espero de verdad que no creas lo que estás diciendo y lo que, parece, tu hermana piensa, porque no he escuchado una cosa más injusta en toda mi vida.

—A mí no me corresponde contestar a esas preguntas ni mantener esta conversación, y desde luego, a ti tampoco.

La dureza que transmiten sus palabras deja patente que la discusión ha llegado a su punto y final.

No me acerco, no me despido, simplemente doy media vuelta y salgo por la puerta de la cocina con la intención de irme de esta casa. Estoy más cabreado que cuando he llegado y, además, estoy jodido. De todas las maneras en las que una persona puede estarlo.

Jamás en mi vida he sido un hombre agresivo, pero en estos momentos tengo tanta rabia dentro que solo puedo pensar en golpear la pared o cualquier superficie que se me ponga por delante. O ir hasta casa de Jimena, sentarla en el sofá e intentar hacerla entrar en razón.

Pero algo en mi interior me dice que es inútil. A veces el amor no lo cura todo. Ni siquiera el amor más fuerte.

Abro la puerta de la calle, pero antes de salir necesito hacer una última pregunta en voz alta. No tengo la certeza de si Lucía me ha seguido o no, pero algo me dice que sí.

—Solo necesito que me contestes a una última cosa. Si de verdad sucediese... Si de verdad tu hermana dejara a Héctor... ¿Qué pasaría contigo y conmigo, Lucía?

No dice nada, y es tal el silencio que me rodea que si ahora se cayese una pluma al suelo, estoy seguro de que podría escucharla. Espero, espero y espero, pero no habla. Entiendo que estaba equivocado y que no me ha seguido, por lo que voy a salir por la puerta, pero, en el último momento, su

voz me detiene:

—Si eso llegara a pasar..., ella se convertiría en mi prioridad.

—No te estoy preguntando eso.

—Si tuviera que elegir entre ella o tú, creo que ya sabes cuál es la respuesta.

—Tampoco te he preguntado eso. Por Dios, jamás sería capaz de ponerte en un compromiso así.

Decido darme la vuelta y mirarla, porque algo me dice que esta será la última vez que la vea.

Siento como si alguien me hubiera pegado un puñetazo en el estómago, dificultando que el aire entre en mis pulmones. Está de pie, inmóvil, con las manos agarradas por delante. La melena negra, suelta y cayéndole por uno de los hombros. No lleva ni una pizca de maquillaje, pero, aun así, está preciosa. Tiene las mejillas sonrosadas y los ojos le brillan por la cascada de lágrimas que brota de ellos. Quiero abrazarla. Acunarla y prometerle que todo irá bien. Que los problemas se solucionarán.

Pero me quedo donde estoy, empapándome de ella y mirando sus labios. Sea consciente o no, se están despidiendo:

—No sería justo para ella. No sería justo que tuviera algo que siguiera vinculándola a él.

—Por lo que prefieres cortar por lo sano antes que intentar encontrar una solución. —No lo pregunto. Lo afirmo. Lucía me mira y no abre la boca. Tengo razón—. Eso es ser una cobarde.

—Eso es luchar por mi familia.

—Vaya, es una pena. Creía que yo también era tu familia.

Ahora sí. Me marchó. Salgo de esa casa dando un portazo y dejando tras esa puerta a la chica a la que más he querido en toda mi vida.

Al llegar a la mía, me encuentro a Héctor duchado y vestido con un chándal mío, desayunando en la mesa de la cocina los pocos cereales que me quedaban. He venido decidido a contarle mi conversación con Lucía, pero, cuando llego y veo sus ojos azules llenos de tristeza, me doy cuenta de que no puedo hacerlo.

Al menos, no por ahora.

No me pregunta dónde he estado, solo se levanta a por una taza para mí, vierte leche en ella y, una vez sentados a la mesa, me pasa la caja con los cereales. Comemos en silencio. No es incómodo. Es un silencio entre dos amigos que no tienen nada que decirse, o, más bien, que no quieren decirse

nada.

Al terminar, dejamos las tazas en la pila y nos quedamos en medio de la cocina, mirando alrededor.

—Iván.

—¿Sí?

—¿Debería volver ya a casa?

Sé lo que me está preguntando en realidad. Como también sé que sabe la respuesta.

Le paso un brazo por los hombros y, haciendo un esfuerzo sobrehumano para sonreír, lo conduzco hasta el sofá, donde nos dejamos caer.

—¿Qué te parece si nos esperamos un poco y buscamos algún partido en la tele?

Total, la mierda se la va a encontrar igual. Qué importa si lo hace más tarde que pronto.

Tú me hiciste cambiar de opinión

Héctor

El timbre resuena en toda la casa, despertándome. Al intentar incorporarme, un pinchazo en el cuello me da la bienvenida. Me lo froto con cuidado e intento moverlo, pero no puedo. Me duele muchísimo.

Vuelven a llamar abajo. Miro por la ventana y veo que es completamente de noche, además de que llueve a cántaros. Me he debido de quedar dormido en el sofá.

Otra vez.

Aunque llevo tantos días durmiendo en él que ya nos hemos hecho íntimos. No entiendo por qué me cuesta tanto llegar hasta la cama.

Me levanto despacio y, arrastrando los pies y rascándome la nuca, voy hasta el telefonillo que está en la cocina y abro la puerta sin ni siquiera preguntar. Si es un ladrón y quiere robarme, adelante. Tan solo necesito que se espere a que me vaya y que me avise cuando termine.

Dejo la puerta medio abierta y regreso al salón a recoger un poco, porque los botellines de cerveza y la caja de *pizza* de anoche siguen en la mesita, tal y como los dejé.

Escucho cómo llega el ascensor y, momentos después, alguien entra y cierra de forma demasiado sonora para mi cabeza. Me llevo las manos a las sienes y aprieto un poco más fuerte de lo debido. El dolor que tengo es horrible.

Quienquiera que sea la persona que ha entrado, no se mueve, porque no se oye ningún sonido.

—¡Estoy en el comedor! Si eres un ladrón y has venido a robarme, me harías un favor si empiezas con las cajas que hay aquí o las del pasillo. En el cuarto aún no he terminado. Si eres Iván o Germán, espero que no vengas con las manos vacías. Anoche se acabaron las existencias de cerveza y...

—No soy ni lo uno ni los otros.

El eco de la voz que resuena en el comedor y corta mi retahíla me sobresalta y hace que los botellines que llevaba en la mano resbalen y se hagan añicos en el suelo, junto a mis pies descalzos. Doy media vuelta y me encuentro a Jimena mirándome desde el umbral de la puerta, empapada de pies a cabeza, igual que la última vez que nos vimos, fuera del hospital. Lleva

el pelo recogido, pero eso no impide que unos mechones se le peguen al rostro. Me fijo en sus ojos, hinchados y rojos, como si hubiera estado llorando. Aunque también tiene la cara toda mojada, por lo que no sé descifrarla muy bien.

Miro su cuerpo de pies a cabeza buscando alguna herida o algo que me indique cómo está, pero no encuentro nada. Ni siquiera lleva el bolso colgando. Tiene toda la pinta de haber salido corriendo con lo primero que ha encontrado. Barro la habitación buscando un reloj donde poder ver qué hora es. Me parece atisbar el móvil entre los cojines del sofá, así que me agacho y estiro el brazo hasta alcanzarlo. Al ver la hora, agrando los ojos y vuelvo a mirar a Jimena, que no se ha movido del sitio ni un milímetro.

—¿Son las tres de la mañana?

—Sí.

—¿Y qué haces aquí a las tres de la mañana?

—Necesito que hablemos.

—¿Me lo dices de verdad?

—¿Tengo pinta de estar mintiendo?

Por la forma en que me mira y por cómo frunce el ceño y los labios, así como por la tensión que emana de su cuerpo, desde luego que no. No está mintiendo.

Un pequeño temblor recorre su cuerpo, pero intenta controlarlo agarrándose de los brazos. Entonces caigo en la cuenta de que está mojada y, con el frío que hace, lo más probable es que acabe cogiendo una pulmonía. O algo peor.

—Estás temblando. Necesitas entrar primero en calor.

Busco algo con lo que tapanla. Encuentro una manta en un rincón; la cojo y me acerco a ella para echársela por encima. Al presentir mis intenciones, su primera reacción es dar un paso atrás, alejándose.

—¿Qué haces?

—No quiero que me toques.

—Pe-pero...

—No hay peros que valgan. Quiero estar lo suficientemente alejada de ti como para que no me afectes y pueda pensar con claridad.

—No voy a hacer nada. Solo quiero echarte esta manta por encima.

—No tengo frío.

—El temblor de tu cuerpo no dice eso. —Doy un nuevo paso al frente, pero ella da otra vez uno hacia atrás—. No seas cabezota, Jimena.

—¡No quiero una manta! —grita mientras me fulmina con la mirada y me señala con el dedo índice—. Estoy cabreada y muy muy cansada. Lo que quiero es que te sientes en ese sofá y me contestes de una vez por todas a las preguntas que te hago.

—¿A las preguntas que me haces?

—¿Estás intentando quedarte conmigo? ¿Eso de responderme con otra pregunta es un truco nuevo que has aprendido y has decidido utilizarlo conmigo? Porque me estás poniendo de los nervios, y te aseguro que ahora mismo no te conviene tenerme enfadada.

El pecho le sube y le baja por la agitación, aunque yo no estoy mucho mejor. Cierra los puños para tratar de controlarse. Me cruzo de brazos sobre el pecho, aún con la dichosa manta en la mano, y la miro directamente a los ojos.

—Muy bien. ¿Quieres respuestas? Dispara. Pregunta ahora todo lo que quieras, porque después será el turno de las mías.

—¿Perdona?

—Creo que tengo derecho a saber por qué estás aquí, en mi casa, a las tres y media de la mañana, después de un año y medio sin saber absolutamente nada de ti.

—Claro que lo tienes. El mismo que yo a saber por qué abrí la puerta de mi despacho el martes y te encontré a ti ahí en medio.

No sé qué decirle porque la verdad es que tiene toda la razón. Pero ¿cómo le explico que tengo miedo de confesar el motivo real que me llevó hasta allí?

Me paso una mano por el pelo, revolviéndolo más de lo que ya debe de estar. La realidad es que me lo arrancarían ahora mismo si eso me diera la fuerza necesaria para serenarme y saber cómo actuar. Porque, desde luego, tener a Jimena en mi comedor, gritándome y mirándome con esos ojos verdes llenos de algo que parece rabia, no me lo esperaba en absoluto.

Levanto de nuevo la cabeza en su dirección y la descubro temblando más que antes, si es posible. Doy un paso al frente, pero, al igual que antes, ella da uno hacia atrás, manteniendo las distancias.

«No quiero que me toques».

Recuerdo sus palabras de hace un momento y siento como si me clavaran algo en el pecho. Instintivamente, me llevo una mano ahí y me lo acaricio.

—Sé que me has pedido que no te toque, y no pensaba hacerlo. Solo quiero que te pongas esta manta por encima, por favor. No creo que tu intención sea coger una pulmonía.

Aprieta los dientes, pero al final accede y, de un tirón, y evitando a toda costa rozarme, me la quita de las manos.

—Gracias.

Se la echa por los hombros y se cubre bien con ella, agarrándola con fuerza por las esquinas, como si fuera un salvavidas. Por un momento estoy a punto de decirle que lo mejor sería que se quitara esa ropa mojada, la metiera en la secadora y se diera una ducha caliente, pero desecho la idea tan rápido como llega. No puedo evitar recordar el tortazo que me dio el otro día, y no me apetece tentar a la suerte y llevarme hoy el segundo.

Intentando ganar algo de tiempo para que los dos nos tranquilicemos, le doy la espalda y desaparezco del salón camino a la cocina.

—¿Se puede saber qué haces?

—Voy a barrer los cristales de los botellines de cerveza. Estoy descalzo, no quiero cortarme.

No la veo, pero puedo imaginarla poniendo los ojos en blanco, irritada. Recordar el gesto de su cara cuando la sacaba de sus casillas solo hace que una pequeña sonrisa luce por salir.

Cuando vuelvo al salón, la encuentro sentada en una esquina del sofá, con la cabeza gacha, mirando al suelo, y bien tapada con la manta. Me fijo en su cuerpo; ya no tiembla, pero eso no quita que, seguro, siga estando helada. Jimena nunca ha sido muy amante de la lluvia y el frío, y en los últimos días no tenemos otra cosa; parece que andar bajo la lluvia sea lo único que sabemos hacer. Sus pies helados siempre han sido una seña de identidad. Así como yo masajeándoselos en este mismo sofá para hacerla entrar en calor, una seña de identidad nuestra.

Niego con la cabeza intentando dejar de lado, por ahora, esos recuerdos. Lo recojo todo en el silencio más absoluto y lo tiro al cubo de la basura. Saco un par de botellas de agua de la nevera y, cuando vuelvo a donde está, le tiendo una. Alza la cabeza y me mira interrogante.

—Creo que, si vas a gritarme, te vendrá bien tener una a mano.

—No quiero gritarte. Por lo menos, no pretendo hacerlo... o seguir haciéndolo. —Agacha de nuevo la cabeza y yo aprovecho para sentarme también en el sofá, justo en el otro extremo.

El silencio se adueña de la estancia y, aunque debería ser un silencio incómodo y lleno de tensión, no lo es. Por lo menos para mí.

La miro de reojo y veo cómo se ajusta más la manta alrededor del cuello hasta dejarse los nudillos blancos. Después, echa un vistazo en torno a ella,

como buscando algo, y parece que lo encuentra justo detrás de mí. Un pequeño suspiro sale de entre sus labios, haciendo que, durante un segundo, cierre los ojos.

—Te marchas.

—¿Es una pregunta o una afirmación?

—Está claro que una afirmación. Solo hace falta ver las cajas para darse cuenta.

Miro por encima del hombro y, efectivamente, ahí están las cajas, apiladas unas encima de otras. Tampoco hace falta ser Sherlock para darse cuenta. Tengo la casa medio vacía. El comedor aún conserva el sofá, el televisor y una pequeña mesita auxiliar, pero las estanterías no albergan nada. Y, si se ha fijado en el recibidor al entrar, habrá visto que no tengo ni un mísero mueble.

Cuando vuelvo la vista hacia Jimena, veo que me mira como si, a pesar de su afirmación, necesitara la mía para asegurarse.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Dentro de tres días.

—¿El lunes?

—Sí.

—Lucía me dijo que te marchabas dentro de algunas semanas.

—Ya, bueno, ese era el plan inicial, pero...

—¿Pero?

—Lo he adelantado unos días.

Algo en su mirada me dice que sabe por qué lo he hecho y no comenta nada, solo asiente.

—¿Sabes? Solo hay una cosa que no termino de entender. —Se muerde el labio inferior. Ella no me mira, pero yo no puedo apartar mis ojos de su persona—. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué he tenido que enterarme por mi hermana?

—¿Cuándo querías que lo hiciera, Jimena? ¿Antes o después de enterarme de que te ibas a casar?

—¿Para eso viniste a mi despacho? —me pregunta, ignorando la que yo acabo de hacerle. Cojo aire y me recuesto en el sofá.

—Creo que fui a despedirme.

—¿Crees?

—Sí. No. No lo sé. La cuestión es que no pensaba hacerlo. Me iba a marchar sin mirar atrás. Iba a subirme a ese avión y empezar una nueva vida

al llegar a París dejando aquí todas las cargas.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

Tiene la nariz roja, los ojos hinchados y las lágrimas no paran de resbalar por sus mejillas, haciendo que sus pecas resalten más que nunca.

Está preciosa.

Joder. ¿Cómo iba a estar si no? No puedo recordar ni una sola vez en la que no me pareciera la mujer más bonita del mundo.

—¿Acaso no está claro? Tú, Jimena. Tú me hiciste cambiar de opinión.

Juró no volver a mirar atrás

Jimena

Esta ha sido mi vida y mi forma de actuar desde que Héctor entró en ella. Da igual el grado de cabreo que tenga, porque él se encarga de hacerlo desaparecer en cuestión de segundos.

He llegado enfadada y con un objetivo claro: hablar.

El martes, después de perseguirlo por la calle para que me aclarara por qué había ido a mi despacho esa mañana, y de solo conseguir un beso, darle un tortazo y marcharme cabreada, mi hermana Lucía me confesó que se había encontrado con él unos días antes y le había anunciado su viaje a París.

Me enfadé. Muchísimo.

Con mi hermana, por habérselo callado durante tantos días. ¿Cómo pudo ocultarme una cosa así? ¿Cómo pudo no decirme que Héctor se marchaba para siempre? Ella defendió que lo hizo para protegerme, y sé que en parte tenía razón y que, además, no tenía la obligación de contármelo, porque... ¿quién era ya Héctor para mí? Nadie. Un simple recuerdo.

Pero no le dije nada de esto a ella, por mucho que Olivia se metiera en la conversación e intentara tranquilizarme y hacerme entrar en razón. Simplemente las fulminé con la mirada, me di media vuelta y me marché de allí. Ni siquiera esperé a que pasara el médico a ver cómo estaba. Cogí mis cosas y me fui a casa. Solo quería meterme en la cama, cerrar los ojos y asumir que Héctor se iba a marchar y que, por lo visto, lo hacía con la idea de no volver.

También me enfadé con Guillermo. ¿Por qué? Por aparecer. Sabía que eso no me hacía entrar en la lista de buenas personas, pero en esos momentos no me importó. De hecho, cuando ya estaba metida en la cama rememorando una y otra vez todo lo que había pasado ese día, fue cuando me di cuenta de que, al volver a la habitación después de mi salida a la calle, Guillermo no estaba allí.

¿En qué lugar me dejaba eso como persona y, sobre todo, como prometida?

Pero con quien más enfadada estaba era con él: con Héctor.

Se marchaba.

Se marchaba a la puta ciudad de París y no había tenido los cojones de

decirme nada después de estar todo el día juntos. Después de haberle preguntado qué era de su vida.

Dios, ¿cómo podía hacer eso?

¿Cómo podía hacerlo sin decírmelo?

¿O sí iba a hacerlo y por eso se presentó en mi trabajo esa mañana?

¿Y a qué cojones había venido el beso?

¿Por qué no podía parar de decir una palabrota tras otra?

Las preguntas se sucedían sin orden ni control, y no conseguía encontrar respuesta para ninguna. Lo único que conseguí fue un dolor de cabeza horrible y pena, mucha pena. Tanta como hacía tiempo que no sentía.

Los siguientes días no acudí a trabajar. Ni podía ni quería. Ignoré las llamadas de Guillermo, de mis compañeros de trabajo, de mis padres, de mis hermanas y hasta de Martina. Me encerré en mi casa y me dediqué a algo que sabía que no estaba bien: abrí la caja con nuestros recuerdos y me embebí de todos. Cuando terminaba con ellos, empezaba otra vez.

Sin parar, miré sus fotos, fijándome en su sonrisa o en sus ojos. Recordé nuestros viajes e incluso releí aquellas notas que él me dejaba por la casa de vez en cuando, y que yo guardaba como si fueran tesoros. Las que no había vuelto a leer desde que me marché.

Pero en lo que más tiempo invertí fue en enfadarme con él. Enfadarme porque, aunque sabía que era irracional, injusta y que no tenía ningún sentido y, menos aún, ningún derecho, consideraba que me estaba abandonando. Que me dejaba aquí, en esta ciudad, sola, y me dolía el pecho y me faltaba el aire.

Me di cuenta de que necesitaba respuestas y que las necesitaba ya, aunque fuesen más de las dos de la mañana, por lo que salí corriendo de casa sin nada más que lo que llevaba encima y dispuesta, de una vez por todas, a que me contestara a las preguntas que me había estado haciendo durante toda la semana.

Llegaba preparada para cualquier cosa. Lista para poner las cartas sobre la mesa. Necesitaba seguir con mi vida. Volver a ser persona y tener ganas de salir de casa. Y el plan habría funcionado si el objeto de mi enfado no hubiese sido él, Héctor, quien, estaba claro, seguía siendo mi talón de Aquiles.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—¿Acaso no está claro? Tú, Jimena. Tú me hiciste cambiar de opinión.

Sus palabras se clavaban en mí tan hondo que me cuesta respirar. Las lágrimas me impiden ver con claridad, y el frío, al que creía haber vencido,

vuelve a mí con más intensidad.

Por el rabillo del ojo veo que se desliza con sigilo por el sofá hasta llegar a mí. Levanta el brazo y sé que es para rodearme con él, aunque al final lo piensa mejor y lo baja. Coge aire y lo suelta poco a poco. Se nota que está agotado. No puedo evitar un pequeño pinchazo porque, como ya me pasó en el hospital, ante mí no tengo a aquel chico alegre, dicharachero, sexy y sin complejos que me enamoró. El que tengo delante es alguien abatido y con demasiada tensión y tristeza embargándolo.

—Como te he dicho, no pensaba hacerlo. No iba a despedirme de ti porque, ¿para qué? No tenía sentido, Jimena. Aunque me costó muchísimo resignarme, lo nuestro se terminó. Ya no éramos nosotros ni nunca volveríamos a serlo. Yo debía empezar a ser simplemente Héctor y a dejar de pensar en esa Jimena que lo significaba todo para mí.

Me tapo la cara con las manos para ahogar el sollozo que lucha por abandonar mi cuerpo. Esto es lo que he venido a buscar. Aunque me haya costado reconocerlo, es algo que necesitábamos, pero no por ello deja de ser doloroso.

No lo veo, pero noto cómo se levanta y, a los pocos segundos, escucho sus pasos por el comedor, moviéndose de un lado a otro.

—Te vi. Os vi —se corrige. Creo que va a seguir hablando, pero no lo hace. Alzo la cabeza y lo miro, porque no tengo ni idea de qué me está hablando—. A ti y a Guillermo. Te vi con él en la puerta de tu casa. Os vi besándoos.

—¿Qué?

—El día de tu cumpleaños fui a tu casa de madrugada y esperé en la calle hasta verte aparecer para tu sesión diaria de *running*. Sabía que nada te impediría realizarla. Aunque llevaba tiempo sin verte y había la posibilidad de que hubieras cambiado, sabía que en eso no. Y no me equivoqué, porque después de lo que me pareció una eternidad, bajaste a la calle, solo que no lo hiciste sola, lo hiciste con él. Y lo besaste.

Aunque intenta ocultarlo, puedo percibir el dolor traspasar sus ojos, al igual que su voz ronca y rota al hablar. Voy a decir algo, pero sacude la cabeza y levanta la palma, silenciándome.

—Ahí lo supe. Ahí supe que habías pasado página y que yo debía hacer lo mismo. No podía seguir aferrándome a una idea o a una esperanza que nunca llegaría. No podía seguir haciéndome eso. Unos pocos días después, como si fuera una señal, me llamó el profesor y me ofreció ese trabajo. Cuando me

dijo dónde era, estuve a punto de rechazarlo porque... bueno, supongo que te imaginas por qué. Pero luego me di cuenta de que, a lo mejor, era algo positivo para mí que, justamente, fuese en esa ciudad. Así que acepté.

Es demasiada información de golpe, demasiado que asimilar y demasiadas las preguntas que quiero hacerle.

—¿Cómo sabes dónde vivo?

Pero, de entre todas, esta es la única que me sale.

Me mira desconcertado, como si lo hubiera pillado con la guardia baja o haciendo alguna trastada. Una pequeña sonrisa aparece en sus labios y, por primera vez desde que he llegado, me mira con ternura.

—Pelirroja, siempre he sabido dónde vivías.

Su confesión me deja en estado de shock, sin saber qué pensar al respecto. Estoy aturdida y, además, muerta de frío. La manta ya no calienta, y creo que ya no siento los dedos de las manos ni de los pies. No dejo de temblar, y no sé si es por el frío, por los nervios o por una mezcla de ambas cosas. Los ojos me pican y noto la boca pastosa. Miro alrededor, buscando la botella de agua que me ha dado, y cuando la encuentro, me la bebo casi de un trago. Héctor sigue en el mismo sitio, quieto como una estatua, pero estudiando cada uno de mis movimientos. Que me mire así me pone nerviosa. Más nerviosa de lo que ya estoy.

Su voz retumba en mi cabeza mientras recuerdo todas y cada una de las cosas que ha dicho. Todas las palabras.

No entiendo por qué, pero que me viera besándome con Guillermo me hace daño. Me hace sentir que lo engaño, cuando no tendría que ser así en absoluto. Tal vez sea porque, cuando lo ha dicho, el dolor era palpable, y no puedo evitar que eso me duela. Más que nada en el mundo.

Permanecer sentada ya no es una opción. Me levanto y, como él hasta hace tan solo un momento, camino de un lado a otro del comedor. Otra vez las preguntas comienzan a danzar por mi mente y caigo en la cuenta de que una sigue sin respuesta. La que me ha hecho presentarme aquí de madrugada.

Detengo mis pasos justo delante de él. Me quedo cerca, tanto que, si quisiera, solo tendría que estirar y levantar un poquito el brazo para rozarle la mejilla con el pulgar. Pero no lo hago. Por el contrario, ajusto más la manta alrededor de mi cuerpo, mientras él mete las manos en los bolsillos.

—¿Por qué viniste a mi oficina el martes, Héctor? Necesito que me respondas a esa pregunta, porque me estoy volviendo loca.

—Porque cuando te vi en aquella librería, supe que había sido el destino

quien te había puesto en mi camino justo antes de marcharme; una señal. O eso es lo que me empecé a creer durante todo el fin de semana. —Lo dice serio, sin titubear. Ni siquiera pestañea. Se limita a mirarme claro y sincero. Como siempre me ha mirado—. Supe que tenía que ir a verte, despedirme de ti y mirarte una última vez a la cara.

—¿Y besarme?

—No. Eso... —Agacha la cabeza y se pasa una mano por el pelo, alborotándose más. Cruza por mi mente la idea de apartar sus manos y ser yo la que lo toque, pero, de nuevo, me contengo y me aferro a la manta—. Eso fue del todo inesperado y no tenía ninguna intención de que sucediera.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

Sus ojos miran mis labios, y lo hacen de tal forma que me siento expuesta y desnuda. Y mucho más vulnerable de lo que lo he estado todos estos meses.

—Quería despedirme. Sentía que me lo merecía, y porque necesitaba retenerte de alguna manera antes de que desaparecieras para siempre. Aunque pudiera llevarme un bofetón, que es lo que pasó.

—¿Me estás hablando en serio?

—Podría mentirte y poner cualquier excusa con tal de quedar bien, pero sabes que yo no soy así y, además...

—No me refiero a eso —lo corto—. Lo que quiero decir es que no soy yo la que desaparece. Eres tú el que se marcha, ¿recuerdas? Yo me quedo en el mismo sitio.

Sin saber cómo, mientras hablábamos, nos hemos ido acercando cada vez más. Tengo que levantar la cabeza para poder mirarlo a los ojos, y eso me hace sentir incómoda. Voy a dar un paso atrás, pero Héctor es más rápido y me coge de la muñeca mientras entrecierra los ojos.

Está cabreado. No solo por la forma que tiene de mirarme, sino por la tensión que destila su cuerpo. Algo ha cambiado, como si hubiera hecho clic, porque hasta hace apenas un segundo no estaba así.

—¿Pretendes volverme loco? Te recuerdo que fuiste tú la que se marchó de esta misma casa —dice, señalando la puerta de entrada, que se esconde tras el oscuro pasillo a su espalda— y la que decidió tirar por la borda toda nuestra historia. La que me envió un sobre con los papeles del divorcio sin ni siquiera una llamada de teléfono, una carta, algo. La que ha rehecho su vida y va a casarse con otro. Así que no digas que soy yo el que desaparece, Jimena. Yo simplemente estoy intentando seguir tus pasos. Estoy intentando rehacer mi vida.

Si me hubiera dado un bofetón, no me habría dolido tanto como lo que me acaba de decir, que no es otra cosa que la verdad. Tiene razón. Fui yo la que cerró la puerta esa noche y se juró no mirar atrás.

Armario abierto y completamente vacío

Jimena

Junio de 2018

—¿Estás segura de esto?

—No.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

—Porque no es justo, Martina. No es justo para mí y, mucho menos, para él. No me lo ha dicho, porque Héctor es demasiado caballeroso, incluso para eso, pero está sufriendo, y aunque creáis que soy una zorra sin compasión, lo quiero más que a mi vida y hasta yo me he dado cuenta de que lo único que le estoy haciendo es daño. Lo estoy destrozando. A él. Al chico alegre, al de la eterna sonrisa, al de los ojos brillantes, al impulsivo, al soñador... lo estoy destrozando. Ni siquiera participó en esa exposición. Esa por la que estuvo trabajando tantos meses. No se presentó. No terminó esas fotografías y, ¿sabes qué es lo peor? Que ni le importó. Así que no, Martina. No estoy segura porque el plan tiene muchas lagunas, pero solo hay una cosa que tengo clara, y es que los dos necesitamos que alguien salga por esta puerta para siempre, y los dos sabemos que esa persona debo ser yo.

Con una mano agarro el teléfono con fuerza mientras intento controlar los pequeños hipidos que salen de mi boca cada vez que hablo.

Hubo un tiempo en el que llegué a pensar que había conseguido dejar de producir lágrimas. Que había derramado tantas que mi cuerpo directamente las había eliminado.

Pero eso fue hasta ayer, cuando pillé a Héctor llorando en el baño de nuestra casa, sentado en el suelo de la ducha mientras el agua le caía por el cuerpo. Me impactó tanto verlo así, tan abatido y tan vulnerable, que no pude moverme; ni siquiera cuando levantó la cabeza, me miró con esos ojos azules en los que me había extraviado miles de veces y me preguntó:

—¿He perdido a mi mujer, Jimena? Dímelo, te lo ruego. Dímelo porque me está matando y no sé qué más hacer para conseguir que vuelva.

Un rato después, cuando la puerta de casa se cerró, supe que se había marchado con Iván, como tantas noches en estos meses. No podía culparlo.

No podía culparlo por querer huir de esta casa.

Así que tuve clara esa idea que durante las últimas semanas había cruzado mi mente más veces de las que cabría esperar en una mujer felizmente casada.

Al despertarme esta mañana y descubrir que no había vuelto, saqué varias maletas del armario, metí dentro todo aquello que quería llevarme conmigo y me senté en nuestra cama. A esperar.

Esperar al que había sido mi mejor amigo; aquel chico que me había enseñado a quererme, a estar orgullosa de mí misma. El chico que me había hecho sentir especial. El chico al que ahora no podía mirar a la cara sin experimentar odio porque, aunque sabía que no era justo, sentía que me había robado un trozo de mi vida. Un trozo tan grande que no sabía cómo recuperar.

Suspiros y silencios al otro lado de la línea se suceden durante más de cinco minutos. Mi amiga no habla, ¿para qué? Ella sabe que cuando tomo una decisión, no hay vuelta atrás.

Mis hermanas también intentaron hablar conmigo. No les he contado «mi plan» de forma tan detallada como a Martina, pero no son tontas. Cuando asumieron que iba a suceder más pronto que tarde, se dedicaron en cuerpo y alma a hacer lo mismo que cuando salí de aquella habitación del hospital: estar a mi lado, cogiéndome de la mano y apoyándose. Incluida Lucía, aunque su relación con Iván se viese perjudicada por todo esto y yo fuera tan egoísta que ni siquiera me interesara por ello.

—Tengo que decirlo una última vez, porque si no lo hago, no sería yo y estaría fallándome a mí misma.

—No hace falta, de verdad.

—Lo sé, pero me importa una mierda, porque vas a escucharme y lo vas a hacer con atención.

Siempre he sabido que Martina y yo somos muy diferentes. No hay más que mirarnos o pasar cinco minutos con nosotras. No hablo solo de nuestro aspecto físico, también de nuestra forma de ser. Pero ya lo he dicho muchas veces, hay un rasgo en el que sí nos parecemos. Somos cabezotas. No podemos mantenernos calladas mientras haya algo que debamos o queramos decir.

Así que será mejor que me siente erguida, que esté tranquila, que respire hondo y escuche. Aunque sepa de antemano que lo que me tiene que decir va a dolerme muchísimo.

—Estás cometiendo la mayor estupidez de tu vida. Podría decirte que así

le estarás dando la razón a tu madre, porque ella siempre ha dicho que Héctor terminaría destrozándote. Pero eso no es verdad: él no lo está haciendo, lo estás haciendo tú solita. Y lo vas a destrozar a él también.

—Martina...

—No he acabado. Ni por asomo. Te crees que tu vida se terminó cuando perdiste a tu hija, pero no es verdad. Tu vida va a terminar esta noche, Jimena. Va a terminar en el mismo momento en el que salgas por esa puerta y ya no la vuelvas a abrir. Porque así eres tú: cabezota, orgullosa y testaruda. Terminará en el momento en el que, dentro de unos años, te lo encuentres y veas que ha rehecho su vida y que tú ya no puedes formar parte de ella.

—Entonces no me lo encontraré.

—¿Y cómo piensas hacer eso? ¿Encerrándote en casa el resto de tus días? ¿Mudándote a otro país?

—¡No lo sé, ¿vale?! ¡No tengo ni puta idea! ¿Era eso lo que querías oír?

—¡No! Lo que quiero es que mi mejor amiga abra los ojos y se dé cuenta de la estupidez que está cometiendo.

—¡Y yo lo que quiero es que mi mejor amiga se ponga por un segundo en mi lugar y se dé cuenta de una vez de que si lo hago es porque no puedo hacer otra cosa! ¡Porque me estoy ahogando! ¡Porque me asfixio entre estas cuatro paredes y porque a la persona en la que debería apoyarme la quiero lejos de mí! ¡Porque cada vez que lo miro me acuerdo de lo que pude haber tenido y no tengo y no se lo puedo perdonar! ¡No se lo puedo perdonar porque estaba enfadada con él! ¡Con él! ¿Y sabes por qué no se lo digo? ¿Sabes por qué prefiero marcharme a enfrentarme a él?

No la dejo hablar, y si lo hace, no la escucho, porque estoy tan alterada que solo me escucho a mí.

—¡No se lo digo porque en el fondo sé que no se lo merece! ¡Porque sé que él no tiene la culpa y que lo que nos pasó fue una auténtica putada! Pero no lo puedo evitar... No lo puedo evitar, Martina... Y estoy cansada. Estoy agotada y lo estoy matando, y él se merece ser feliz.

—Pero Héctor es feliz contigo.

—Pues deberá aprender a serlo sin mí.

Me he aprendido tan bien esas frases durante estos días que ya las digo de carrerilla y hasta he llegado a creérmelas. El pecho me duele y las piernas me pesan. No sé en qué momento me he levantado y, menos aún, en qué momento he salido de la habitación, pero me encuentro en medio del

comedor, justo frente a aquel cuadro que pinté hace años, que nos unió, y que Héctor guarda como un tesoro.

Aunque no le cuelgo a Martina, dejo el móvil sobre la mesa y descuelgo el cuadro de la pared. Lo abrazo con fuerza contra el pecho, despidiéndome, y vuelvo a colocarlo en su sitio. Le pertenece a él. Siempre lo ha hecho.

Cojo de nuevo el teléfono. Está ardiendo. No me extraña. Miro la pantalla y veo que llevo más de una hora y media hablando con Martina. Me estoy dejando el sueldo de todo el mes en esta llamada, pero... qué más da, ¿no?

La garganta me pica y tengo los labios resecos y agrietados. Me miro en un pequeño espejo que hay en el pasillo; tengo ojeras, los labios, rojos, y los ojos tan hinchados que me deforman hasta la cara. Las pecas están tan pronunciadas que parece que se hayan unido hasta formar una sola.

—Jimena...

—Tengo que colgar —replico antes de que pueda decirme nada más. Estoy agotada mentalmente y todavía me quedan cosas por hacer—. Debo acabar esto y quiero hacerlo antes de que Héctor llegue a casa. Es más de medianoche y debe de estar a punto de aparecer.

—Jimena...

—Sé lo que me vas a decir y no quiero que te preocupes. Olivia y Lucía lo saben, y me voy a quedar con ellas unos días, hasta que encuentre algo decente para mí. Vivir las tres juntas no es una opción, y volver a casa de mis padres, menos todavía.

—Jimena...

—Me he pedido unos días en el trabajo y nadie ha puesto ninguna objeción, así que estaré unos días tranquila y asimilando todo esto.

—Jimena, por favor. Cierra el pico.

El suspiro denso y triste que suelta es lo bastante explícito como para conseguir que, por fin, me calle.

Apoyo la espalda contra la pared y me dejo caer hasta quedar sentada en el suelo. La escucho coger aire antes de abrir la boca.

—¿Qué pasa contigo? ¿Vas a ser feliz?

Me quedo callada porque no sé qué decir. Me he hecho esa misma pregunta miles de veces desde que la idea que voy a llevar a cabo empezó a rondarme por la cabeza.

—¿Te soy sincera? No lo sé. Puede que ahora no, pero con el tiempo, sí. Solo hay una cosa que tengo clara, y es que jamás volveré a casarme, Martina. Jamás podré querer a otro lo suficiente como para que ocupe su

lugar. Por eso tengo que hacer esto. Porque lo quiero demasiado, aunque ahora mismo no sepa cómo demostrarlo.

El sonido del ascensor resonando en el portal me sobresalta. Solo somos dos vecinos por planta, y el mío es tan mayor que dudo que a estas horas ande de paseo por la ciudad, así que solo puede significar una cosa. Héctor ya está aquí. Me despido de mi amiga de prisa y corriendo, sin darle tiempo a que diga nada más.

Mientras oigo la puerta de mi casa abrirse, el corazón me late tan rápido que creo que voy a vomitar. Me sudan las palmas de las manos y, por mucho que me las frote contra los pantalones, no consigo secarlas.

Escucho cómo deja las llaves en el mueble de la entrada; después, unos pies que se arrastran por el suelo. No lo veo, pero, por la forma en que lo hace, se nota que está cansado.

Cuento hasta tres, despacio, esperando que de un momento a otro doble la esquina y me encuentre aquí, en medio del pasillo, sentada en el suelo y con la luz apagada. Temo darle un susto, pero cuando gira y se topa conmigo, leo en su rostro de todo menos sorpresa, como si me esperase aquí tirada.

Mira detrás de mí, hacia la habitación. Aprieta los labios en una fina línea y arruga el entrecejo. Supongo que ha visto las maletas. No me atrevo a abrir la boca. Tenía un discurso preparado, pero no consigo pronunciar palabra alguna. Aparta la vista del dormitorio para volver a centrarse en mí. Me fijo en sus ojos y veo que, como los míos, también están rojos e hinchados.

¿Ha estado llorando?

No me da tiempo a seguir preguntándome nada porque su voz me sobresalta:

—¿Has terminado? Puedo ayudarte a guardarlo todo. Venga, levanta. No estés ahí tirada, que el suelo está demasiado frío.

Como si pesara lo mismo que una pluma, me eleva del suelo y, cogido a mi mano, nos dirige hacia el dormitorio, donde se para frente al armario abierto y completamente vacío.

Se ha marchado de mi lado para siempre

Héctor

A excepción de cuando Martina me llamó para comunicarme lo del accidente, y después las horas de espera en aquella sala, no había vuelto a pasar tanto miedo en mi vida.

Cuando ayer vine a casa de Iván, lo hice con la intención de despejarme un poco, pero ha durado más de lo que tenía pensado. Es más de medianoche y es hora de volver a casa. Jimena no me ha llamado en todo el día y, lejos de sorprenderme, me ha parecido normal. Creo que la sorpresa hubiera sido que lo hiciera. A ese nivel ha llegado nuestra relación.

Me he pasado el día disimulando, haciendo como que no me daba cuenta de que mi amigo me miraba con tanta pena que resultaba hasta lamentable. Pero sus esfuerzos por fingir y por hacerme sentir bien me impedían abrir la boca. Así que, por qué no, me he dejado mimar un poco.

Justo antes de salir de su casa, me ha puesto una mano en el hombro y lo ha apretado con cariño mientras me decía:

—Estoy aquí, ¿vale? Pase lo que pase, y necesites lo que necesites, yo voy a estar aquí. Siempre.

Después de cerrar la puerta y echar a andar, pues necesitaba unos últimos minutos antes de enfrentarme a mi realidad, me he venido abajo. He tenido que apoyarme en una farola que se ha cruzado en mi camino y he roto a llorar.

He llorado tanto que creía que me sería imposible parar. Me ha importado una mierda quién pudiera verme. Me ha importado una mierda hacer el ridículo o parecer un bicho raro. Los hombres también lloran, y yo no podía parar de hacerlo.

Después de lo que me han parecido horas, y tras conseguir calmarme, me he secado las lágrimas con los puños y he seguido avanzando hasta llegar al portal de nuestra casa. He alzado la cabeza y he visto luz en nuestro dormitorio. La silueta de Jimena se recortaba a la perfección, caminando de un lado para otro con el teléfono pegado a su oreja. Aunque no podía verle la cara, la tengo demasiado estudiada como para identificar cómo se siente por la posición de su cuerpo. La cabeza gacha, ese ir y venir, y las manos en su rostro y por su pelo me demostraban que estaba de todo menos tranquila.

He recordado la primera vez que dormimos entre esas paredes, desnudos y sin ganas de salir de casa en todo el fin de semana, disfrutando de nuestro colchón en el suelo y de comer comida china, sentados en cojines en lo que después fue nuestro comedor.

He cogido el aire suficiente, he abierto la puerta del patio y he subido en ascensor hasta nuestro piso.

Al entrar, un silencio sepulcral me ha recibido. Era tan espeso y estaba cargado de tanta energía que me daba pánico dar un paso. Las manos me sudaban tanto que ni frotándomelas en los pantalones he conseguido secarlas. El corazón me latía tan rápido que, por un momento, he pensado que iba a vomitar.

He dejado las llaves en la entrada y, arrastrando los pies, he ido en dirección al dormitorio, pero un obstáculo me ha impedido llegar justo al doblar la esquina del pasillo: Jimena.

Sentada en el suelo. A oscuras. Con los ojos rojos e hinchados, y con las pecas tan marcadas que parecían haberse unido hasta formar una sola.

Al verla así, tan triste, tan perdida, tan poco ella, no he podido seguir enfadado. O resentido. O como sea que me sintiera. Solo he podido levantar la cabeza, por el simple hecho de asegurarme de que, efectivamente, las maletas aguardaban en el dormitorio, y avanzar hasta ella para ayudarla a terminar con esto de una vez y hacérselo lo menos doloroso posible.

—¿Has terminado? Puedo ayudarte a guardarlo todo. Venga, levanta. No estés ahí tirada, que el suelo está demasiado frío.

La he alzado de un simple tirón. Ha adelgazado tanto en los últimos meses que pesa menos que una pluma. Sin querer evitarlo, y siendo consciente de ello, la he agarrado de la mano y nos he conducido a ambos hasta el dormitorio. Necesitaba notar su calor una vez más. Empaparme del tacto de su piel, de la suavidad de sus manos. Si ella me lo permitiera, la tocaría por todo el cuerpo, estudiando cada parte de él. Besando cada peca, rozando cada cicatriz. Amándola una última vez.

Pero en vez de decirle todo eso me he parado frente al armario, abierto de par en par. Imaginaba que aún quedaría algo por guardar, pero está vacío.

Su lado está completamente vacío.

Miro alrededor, buscando, observando, y me doy cuenta de que en esta habitación ya no queda nada de ella.

—Héctor...

Me giro a mirarla y veo cómo se pinza el labio inferior en un intento de

controlar el temblor. Seguimos cogidos de la mano, pues yo no he querido soltarla y ella no me ha pedido que lo haga.

—Shhh... No digas nada.

—Pe-pero tenemos que hablar.

—Lo sé. Solo... solo déjame un minuto, ¿vale?

Asiente y espera. Sé que tenemos que hablar, que necesita decirme cosas y que yo debería escucharlas. Pero no quiero. A veces, una mirada vale más que mil palabras, y en esta ocasión Jimena me está contando una historia entera.

Recuerdo lo que he pensado hace apenas un minuto; es ahora o nunca, porque ambos sabemos que es inevitable que salga por esa puerta para no volver, así que le rozo el labio con el pulgar, consiguiendo que lo suelte, aunque no que deje de temblar. Con delicadeza, lo hago: la estudio.

La memorizo.

Recorro con el índice cada una de las pecas que salpican su cara. Dibujo el perfil de sus mejillas, rozo sus pómulos y le aliso el entrecejo. Lo hago todo despacio, tranquilo, tomándome mi tiempo, esperando que de un momento a otro dé un paso atrás y se aleje de mí. Pero no lo hace.

Cojo sus manos y las levanto hasta ponerlas en mi cara, porque quiero que ella también me estudie. Quiero que ella también sea capaz de recordarme después. No duda. No se pregunta qué pretendo. Simplemente me lee el pensamiento. Me recorre el rostro, y yo cierro los ojos mientras la dejo hacer.

En un momento dado y sin saber muy bien cómo, nuestros alientos se mezclan, nuestros labios se rozan y nuestras lenguas se buscan. Hacía tanto tiempo que creía olvidado el sabor de su boca, pero qué equivocado estaba. ¿Cómo se puede olvidar el sabor que te da la vida? Que te recuerda que estás vivo.

Como si una música sonara en la habitación, acompañándonos, nos mecemos. Acuno su rostro entre las manos y ella me abraza por la cintura mientras nos movemos de un lado a otro. Apoyamos nuestras frentes un segundo, recuperándonos, inhalando de nuevo para después volver a perdernos el uno en el otro.

Sabemos que esto tiene fecha de caducidad y que debemos disfrutar de cada instante que podamos.

Con lentitud introduzco las manos bajo su camiseta, rozándole la piel, poniéndosela de gallina. Levanta los brazos y deja que le saque la prenda

por la cabeza. Antes de perderme en el resto de su cuerpo, besándolo y rozándolo, le desabrocho el sujetador y le quito los pantalones y la ropa interior, dejándola completamente desnuda bajo la luz del techo.

No quiero abrir la boca por miedo, así que me arrodillo a sus pies y beso cada trozo de piel que encuentro. En la habitación solo se oyen nuestros corazones latiendo a un compás descontrolado, así como nuestras respiraciones agitadas. Cuando ya he besado todas y cada una de sus partes, la tumbo en la cama y me desnudo yo también bajo su atenta mirada. Me tumbo sobre ella, sin dejar de observarla en ningún momento. No puedo hacerlo. Desde que la conozco, nunca he podido hacerlo.

Cojo sus manos con fuerza, entrelazando nuestros dedos, y así, con los ojos fijos el uno en el otro, entro en el cuerpo de mi mujer por última vez. Quiero controlarme, mecarme despacio, pero no puedo; el deseo es tan intenso que me hace perder el control. La agarro fuerte mientras beso su cuello, mientras muerdo el lóbulo de su oreja, mientras dejo que me invada con su lengua.

—Héctor...

Mi nombre en sus labios es música para mis oídos. Quiero pronunciar el suyo, que sepa lo adentro que la llevo, pero tengo miedo. Miedo de hablar y que esto se rompa. Decido demostrárselo con el cuerpo. La sujeto por la cadera con una mano y con la otra acaricio su rostro mientras me pierdo en el interior de su boca, en el interior de su cuerpo.

Tiembla. Se contrae, jadea y grita. Me agarra de la cintura y alza la cabeza hasta rozar mi hombro con los labios y morderlo cuando el orgasmo se adueña de su cuerpo. Pocos segundos después soy yo el que se deja ir, pronunciando su nombre, queriéndola. Pero solo en mi cabeza. Solo para mí.

Yacemos en la cama, de lado, mirándonos, recuperando el control y haciendo que nuestras respiraciones se estabilicen. Unas lágrimas silenciosas ruedan por sus mejillas y me acerco a besarlas una a una, pero son demasiadas para borrarlas todas. Me aparto; alarga la mano para rozar mis mejillas y eliminar mis propias lágrimas.

El momento ha llegado.

Voy a hablar, pero Jimena coloca tres dedos sobre mis labios, silenciándome.

—No lo digas.

—Pero...

—No lo digas, por favor.

Asiento y me callo, porque sé que ella necesita soltarlo, y yo la voy a dejar hacerlo.

—Lo siento, por todo. Siento mucho marcharme, siento ser la culpable de estas lágrimas y siento no haber cumplido la promesa que nos hicimos. Siento que no seamos tú y yo para siempre. —Con mano temblorosa roza el tatuaje que llevo en el costado con su nombre. Yo quiero tocar el suyo, el que lleva con mi nombre, pero no me atrevo—. Vas a ser feliz, Héctor. Un día esto dejará de doler y serás feliz, porque, si hay alguien que se lo merece, eres tú.

Quiero gritar que nunca dejará de doler porque nunca dejaré de echarla de menos. Quiero decirle que solo seré feliz con ella a mi lado. Pero, de nuevo, cierro la boca y no digo nada.

Espero a que siga hablando, que diga algo más. Que sea capaz de expulsar eso que sé que la atormenta y que la ha llevado a tomar esta decisión, pero no lo hace. Aunque me ha llevado tiempo ver la realidad, enfrentarme a la verdad, sé que mi mujer me culpa por lo que pasó. Creo que ha olvidado que sé leer todas y cada una de sus facciones. Todos y cada uno de sus gestos.

Pero necesito que me lo diga ella. Que abra la boca y verbalice lo que martiriza a mi cabeza.

No lo hace. Se limita a acariciarme la mejilla, a soltar un suspiro ahogado y a darme la espalda para salir de la cama. La sujeto por la muñeca impidiendo que se levante.

—Dilo, Jimena. Sé que hay algo que no me estás contando, y no soy adivino. He intentado entenderlo todos estos meses, pero no consigo saber qué es. Lo que nos pasó fue una putada. Perdí a mi hija; no permitas que también pierda a mi mujer. Por favor, Jimena.

No se vuelve.

—Mírame —le ruego, y aunque por una milésima de segundo parece que va a hacerlo, finalmente se zafa de mí y se levanta, llevándose consigo parte de las sábanas para cubrirse el cuerpo con ellas—. No lo hagas. No te marches. Podemos arreglarlo.

—No hay nada que arreglar. No me lo pongas más difícil.

—¿Más difícil? ¿Y cómo es esto para mí? ¿Te crees que es fácil ver cómo tu mujer se marcha de casa? ¿Te abandona?

—No te estoy abandonando.

—¿No? Entonces, ¿qué es exactamente lo que estás haciendo?

—Darte la oportunidad de que seas feliz.

Una risa sarcástica escapa de mi pecho. Jimena se agacha y coge apresurada la ropa que hay esparcida por el suelo, apretándola fuerte contra sí.

—Eso es muy hipócrita por tu parte. ¿Ahora decides tú lo que me puede hacer feliz?

—No hagas eso, Héctor.

—¿El qué?

—Esto. —Esta vez sí se gira para mirarme. Sigo sentado en la cama, con el torso desnudo y tapado de cintura para abajo. Ella se aferra tanto a las sábanas que tiene los nudillos blancos—. Estropear lo que hemos tenido haciendo que nos despedamos enfadados.

—Yo no estoy enfadado, simplemente estoy intentando asimilar el hecho de que mi mujer ya no soporte estar a mi lado.

—Yo no he dicho eso.

—Es cierto, no lo has dicho, pero lo puedo leer en tus ojos. Nunca mienten.

Sé que mis palabras han dado en el clavo por la forma en la que abre los párpados y la boca, pero, sobre todo, porque no lo niega.

Echo la cabeza hacia atrás hasta golpearme con el cabezal de la cama. Cierro los ojos y comienzo a contar, esperando a que termine de vestirse y se marche.

El colchón se hunde a mi lado, y, antes de poder reaccionar, los brazos de Jimena me rodean con fuerza mientras entierra su cara en mi cuello. Sin pensármelo dos veces, la aprieto fuerte contra mí y la abrazo, mientras nos tumbo a los dos en la cama. Las lágrimas caen por su rostro, mezclándose con las mías, y yo intento limpiarlas, pero es en vano.

—Te quiero, y siento muchísimo que no sea suficiente —consigo susurrarle al oído justo antes de que se levante.

Sin volver a mirarme a la cara ni una sola vez, se viste, se agacha a coger sus maletas, desaparece por la puerta de la habitación y, a continuación, de la casa.

Al cabo de un par de meses, un día de agosto en que, contra todo pronóstico, llueve a cántaros, el cartero llama a mi puerta con un sobre enorme en las manos. Cuando lo abro, los papeles del divorcio me saludan.

Si quedaba alguna duda, con esto ya no la hay.

Se ha marchado de mi lado para siempre.

Hablar. Y despedirnos

Jimena

Soy patética.

Si buscara esa palabra en el diccionario, no habría ninguna duda; mi foto estaría junto a su definición.

Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Me he puesto tan nerviosa cuando Héctor me ha dicho eso, mirándome con esa cara, que he optado por salir corriendo y encerrarme en el cuarto de baño. Y aquí sigo. No hay un reloj a la vista y no llevo el teléfono encima, así que no tengo ni idea de qué hora es ni cuánto tiempo llevo aquí encerrada. Si me dicen que semanas, me lo creería.

Intento moverme, pero es en vano. Estoy tan entumecida que me cuesta hasta arrastrar los pies.

Unos golpes suaves suenan del otro lado de la puerta.

—¿Sí?

—Soy yo —dice Héctor, haciendo que ponga los ojos en blanco. Pues claro que es él. Estoy encerrada en el baño de su casa. ¿Quién podría ser si no?—. Te he cogido ropa seca. Lo que he podido encontrar. No tengo... No tengo nada de mujer por aquí, así que lo que te he traído son cosas mías. Espero que te sirvan.

Voy a abrir la boca para decirle que estoy bien cuando un escalofrío me recorre desde la cabeza hasta los dedos de los pies. Decido dejar de ser tan terca y aceptar el hecho de que o me doy una ducha caliente y me cambio de ropa, o voy a coger algo más que un resfriado.

—De acuerdo. Gracias.

No dice nada, solo se escuchan los pasos alejándose por el pasillo. Cuando creo que está lo suficientemente lejos, me levanto y voy hasta la puerta, abriéndola apenas, lo justo para ver la ropa en el suelo, bien doblada, con unos calcetines gruesos de color rojo coronando. La cojo rápido, como si del mismísimo anillo de Gollum se tratara, y vuelvo a cerrar la puerta.

Me desvisto en un tiempo récord, mientras el agua se va calentando. Una vez que el vaho se ha adueñado de la estancia, me meto dentro de la ducha e, inevitablemente, millones de imágenes y recuerdos me invaden.

—Sabía que esto era una mala idea, sabía que esto era una mala idea —me repito sin cesar mientras me enjabono el pelo y el cuerpo entero con el jabón

que siempre ha usado Héctor—. Esto es genial. Además de llevar su ropa, también oleré a él.

Cuando termino y voy a salir, busco a mi alrededor una toalla, pero cuál es mi sorpresa cuando no encuentro ninguna.

—¡Joder! ¡No me fastidies!

Grito frustrada. Miro en torno a mí como una loca, pero no hay nada. La puerta se abre de golpe y aparece por ella un Héctor alterado. Se detiene en mi rostro y después, en el resto de mi cuerpo.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

Estoy tan paralizada por encontrarme desnuda delante de él que no soy capaz ni de taparme con las manos. Cuando se percata de mi desnudez, se vuelve tan rápido que se golpea en la rodilla con el bidé.

—Hostia. Joder. Qué daño.

—¿Estás bien?

—Sí, tranquila. No quería entrar así, pero has gritado y creía que te había pasado algo.

—No. Yo solo... Es que no hay toalla. —Lo digo tan bajito que dudo hasta de que me haya escuchado. Un rubor comienza a extenderse por mis mejillas.

Héctor mira a un lado y a otro. Cae en la cuenta de que, efectivamente, no hay ni una toalla en este cuarto de baño. Hay un cepillo de dientes, pasta, papel higiénico, y da gracias. Debe de haberlo guardado ya todo en cajas.

—Lo siento. Es que ya lo tengo todo guardado en las cajas, y no contaba con tener visitas —me confirma, como si me hubiera leído el pensamiento.

Se estira hasta el albornoz azul que descansa en la percha junto a la mampara y, sin girarse, echa el brazo hacia atrás. Me inclino para ponérmelo rápido y anudarlo a la cintura. Por una milésima de segundo tengo la tentación de hundir la cara en las solapas y aspirar, pero me lo pienso mejor.

—Ya está. —Me aseguro de que estoy bien tapada. Duda, pero termina dándose la vuelta.

Por la forma en la que me mira, sé que está intentando no hacerme un escáner. Me pinzo el labio sin poder evitarlo y un nuevo rubor me cubre las mejillas.

La tensión que hay en este baño podría cortarse con un cuchillo. Pero no es una tensión como la de hace un rato. No tiene nada que ver.

Las manos me estorban. No sé dónde ni cómo ponerlas. Ni siquiera soy capaz de dar un paso al frente y salir de la ducha.

Héctor baja la vista hasta mis labios y la deja ahí más tiempo del recomendado entre dos personas que ya no están casadas y que, supuestamente, no se quieren.

Supuestamente.

Porque yo me muero por que dé un paso al frente, me sujete con esas manos y me dé ese beso que estoy anhelando.

Deja de mirarme la boca y continúa por el resto de mi cuerpo. La piel se me pone de gallina y él traga con fuerza; la nuez sube y baja varias veces. El deseo y la lujuria son palpables en sus ojos y en la expresión de su cuerpo. Tiene los hombros rígidos y aprieta tanto los dientes que me da miedo que se los pueda partir. Como acto reflejo, aprieto los muslos, intentando aliviar el escozor.

Estoy a punto de abrir la boca y suplicarle que me bese cuando algo en la expresión de su rostro me hace cambiar de opinión. Me fijo en sus manos, cerradas en un puño, y me doy cuenta de que el deseo de hace un momento ha desaparecido. Intrigada y confundida a partes iguales, busco qué puede haber causado que se ponga así, hasta que doy con ello.

Llevo puesto el anillo de pedida.

Lo oculto con la otra mano, consiguiendo que Héctor reaccione y salga del trance en el que parecía haberse sumido.

—Si me das la ropa, la puedo meter en la secadora.

—No hace falta.

—Insisto. —No espera a que le conteste, él mismo se agacha y lo recoge todo—. Dejo que te vistas tranquila. Te espero en la cocina.

El portazo solo confirma que volvemos al punto de partida y que tengo que marcharme de aquí cuanto antes, por él y por mí.

Me seco rápido y me visto más rápido todavía. El pantalón que me ha dejado me viene enorme, evidentemente, y no tengo ropa interior, porque se la ha llevado antes de que haya podido siquiera abrir la boca, así que la incomodidad que sentía antes es ridícula en comparación con cómo me siento ahora. Menos mal que la camiseta es lo bastante larga y me llega a la altura de los muslos.

Salgo del baño casi temblando y acordándome de que detrás del uno va el dos, y de que primero es el pie derecho y después, el izquierdo.

Al entrar a la cocina, Héctor está apoyado en la encimera, con la cabeza gacha, los brazos cruzados sobre el pecho y los pies también cruzados. En cuanto me escucha entrar, se endereza, pero no hace ademán de moverse.

—Tienes un café ahí en la mesa. Lleva doble de nata.

—Gracias.

Me deslizo en la silla, lo cojo con ambas manos y me bebo casi la mitad de un trago. Está ardiendo, pero estoy tan nerviosa que ni lo noto.

—La ropa está ya en la secadora, así que espero que en una media hora esté lista.

—Gracias.

—Y hay más café en la cafetera.

—Gracias.

—¿Vas a decir algo más? No hace falta que me des las gracias por todo.

—No es seco ni grosero, pero yo no puedo evitar sentirme un poco violenta, por lo que opto por cerrar el pico.

Héctor suelta un suspiro. Se separa de la encimera para sentarse en la silla que está junto a la mía.

—Lo siento. No quería sonar borde.

—No lo has sido, tranquilo.

—Es solo que todo esto me supera y me he dado cuenta de que estoy muy cansado y no puedo más —dice mientras se pasa una mano por la nuca.

—Siento haberme presentado así esta noche.

—No lo sientas. —Giro el rostro y veo que él me está mirando—. La verdad es que creo que necesitábamos esto.

—¿Enfadarnos?

—No. Hablar. Y despedirnos.

Ni te echaría de menos como lo hago

Héctor

Mientras ha permanecido en la ducha me ha dado tiempo a aclararme y pensar. El hecho de que Jimena haya venido aquí esta noche debe significar algo y, sobre todo, debe valer para algo. ¿Qué mejor que sea para despedirnos?

—¿Despedirnos? —me pregunta en cuanto se lo digo.

No sé si lo que voy a hacer es una buena o mala idea, pero giro primero mi silla y, después, la suya hasta quedar cara a cara. Cojo la taza que aún sostiene y la dejo sobre la mesa. Inclino mi cuerpo hacia delante y, sin preguntar, atrapo sus manos entre las mías. Las mira un segundo con el ceño fruncido, pero no me pide que la suelte, sino que se relaja y ella también inclina su cuerpo ligeramente hacia delante, a la espera de escuchar lo que tengo que decirle.

—Creo que el que hayas venido aquí esta noche es lo mejor que me podría haber pasado. Estoy seguro de que no he conseguido avanzar en todo este tiempo porque nunca me despedí de ti como tocaba. Aunque han pasado dieciséis meses, y para cualquiera eso es tiempo suficiente para entender que lo que teníamos se terminó, yo me empeñé en pensar que no. En que no era más que un paréntesis en nuestra relación. Pero está claro que no es así.

—Héctor...

—No digas nada, por favor. Déjame terminar y después podrás decir lo que quieras. —No puedo mirarla a los ojos, no hasta que acabe, porque, si lo hago, no sé si seré capaz de continuar—. Aquel día, cuando Martina me llamó por teléfono, creí que mi vida había acabado. Solo podía pedir que no te hubiera pasado nada. Cuando te vi en aquella cama rodeada de tubos, cables y con la cara magullada, quise morirme. Si hubiera podido cambiarme por ti, lo habría hecho, te lo aseguro.

Carraspeo para tragar el nudo que me oprime la garganta. Jimena me aprieta fuerte las manos y, sin poder evitarlo, las llevo hasta mis labios, dejando en ellas un ligero beso. Apenas un roce.

—Cuando me dijeron que la habíamos perdido, algo dentro de mí supo que te había perdido a ti también, pero no quise escucharlo. Los primeros días me concentré en intentar darte el tiempo que necesitabas y en estar ahí para

cuando me llamas, porque te conocía demasiado como para saber que, a veces, necesitas tu pequeño espacio, en el que solo hay cabida para ti, y que poco a poco irías volviendo. Pero nunca lo hiciste. No conmigo. A los demás empezaste a dejarlos entrar, pero a mí siempre me ponías al final de la cola. Incluso durmiendo en la misma cama, las pocas veces en que lo hacíamos, te sentía más lejos que nunca. A los meses pasó lo que tanto temía; saliste por esa puerta. Si soy sincero conmigo mismo, sé que podría haberte retenido. Podría haber hecho cualquier cosa por intentar mantenerte a mi lado, pero algo me decía que era inútil. Te había perdido, igual que la perdí a ella. Antes de salir de ese hospital ya sabía que os había perdido a las dos. A ella, supe que nunca podría recuperarla, pero a ti, tenía la esperanza de poder hacerlo.

—Te odiaba, Héctor —me corta, bañada en lágrimas. Jamás pensé que podría escuchar una palabra tan dura y cruel de labios de Jimena, y muchos menos para referirse a mí. Puede que en algunos momentos tuviera la sospecha de que ya no me quería como antes, pero... ¿odiar? Escuece. Y duele. Duele un huevo—. Cu-cuando me caí por esas escaleras de metro, estaba enfadada contigo. Tremendamente enfadada. Tenía que ir a esa ecografía, no dabas señales de vida y...

Me suelta las manos y se tapa la cara. Suavemente se las bajo. Tiene los ojos rojos y el labio le tiembla. Le acaricio la mejilla con ternura y sonrío.

—No te tapes. No te calles nada, ¿vale? Nos estamos despidiendo, ¿recuerdas? Necesitas esto. Lo necesitamos. Esa noche, lo que hicimos no fue despedirnos. No como deberíamos haberlo hecho, pero ahora sí podemos. Tenemos que conseguirlo. Hasta que no seamos completamente sinceros el uno con el otro no vamos a poder avanzar. Así que, aunque duela, aunque sea duro, habla. No te calles nada, pelirroja.

Apoya su mejilla en mi mano y, bajo mi atenta mirada, gira hasta depositar un beso en la palma. Un mero roce. Como el que yo le he dado antes.

—Me enfadé contigo, Héctor. Por no estar ahí. Por no coger el teléfono y por miedo a que te lo volvieras a perder. No miraba por dónde iba y me caí. Cuando me desperté en esa cama de hospital y me dijeron que había perdido al bebé, algo se rompió en mí. Algo que me hizo odiarte, que me hizo echarle la culpa de todo, aunque en el fondo siempre supe que no era justo.

—Y te fuiste.

—Te juro que lo intenté, pero no podía, y me di cuenta de que no te merecías que pensara así de ti. Como te dije ese día, te prometo que yo solo

quería que fueras feliz. Es lo único que siempre he perseguido, desde el mismo momento en que te conocí.

—Pero yo era feliz a tu lado. Eso nunca cambió.

—No cambió en ti, pero sí lo hizo en mí. No podía estar contigo mientras estuviese enfadada. No podía seguir tumbada a tu lado cada noche mientras siguiese pensando que tú eras el culpable de que mi bebé ya no estuviera.

Al decir esto último, Jimena rehúye mi mirada. Aunque todavía caen algunas lágrimas por su rostro, ya no son tantas como antes.

Las palabras que han salido de su boca hacen mucho daño, porque son duras; para ella decirlas y para mí escucharlas. Pero también son sinceras y reales. Me sigue doliendo el pecho, pero también siento como si alguien me hubiese quitado una gran piedra que portaba sobre los hombros, porque ahora los siento más ligeros.

No habla. Se queda callada mirando a todas partes menos a mí. Yo tampoco hablo. Me limito a recordar sus palabras y a entender, por fin, muchas cosas.

—¿Por qué nunca me dijiste nada? Podríamos haberlo hablado. Nuestra relación siempre se basó en eso: en la confianza y en poder decirnos cualquier cosa.

—No lo sé. —Se encoge de hombros. Después, alza la cabeza y busca mi mirada—. No, es mentira. Sí lo sabía, y puede parecer egoísta por mi parte que te diga esto, pero no quería que tú pudieras odiarme a mí. No quería que te enfadaras conmigo.

—Pero eso no tiene ningún sentido.

—Para mí, entonces, sí lo tenía. Eras tú, Héctor. ¿Cómo decirte que me dolía mirarte a los ojos? Me daba pavor. Estaba asustada. Como te he dicho antes, pensé que lo mejor sería darte la oportunidad de empezar de nuevo. De conocer a alguien que te hiciera feliz, porque en esos momentos yo no podía, y no sabía si podría algún día.

Bajo la vista y me encuentro con sus dedos. Donde hasta hace apenas unos minutos descansaba un anillo de compromiso, ahora no hay nada. Ante mi silencio, Jimena sigue mi mirada.

—Voy a romper mi compromiso con Guillermo.

—¿Él lo sabe?

—Creo que es lo bastante listo para hacerse una idea.

Recuerdo su visita de hace unos días, su cara de odio y sus palabras hirientes, y estoy a punto de decirle a Jimena que tal vez se equivoque.

—¿Por qué ibas a casarte con él?

Toma aire y se pasa las manos por el pelo. Se levanta y me da la espalda. Yo también me pongo en pie y camino hasta situarme enfrente de ella. La sujeto por la barbilla y la obligo a alzar la cabeza para mirarme. Cuando lo hace, me permito perderme en el verde de sus ojos.

Lo he echado tantísimo de menos.

—¿Por qué ibas a casarte con él? —repito.

—Porque necesitaba olvidarte y creí que él sería el mejor remedio para conseguirlo. Suena tan egoísta al decirlo en voz alta que me da vergüenza. Pero necesitaba sacarte de mi cabeza. Guillermo siempre se portó bien conmigo y, bueno, no es que él fuera mi paño de lágrimas ni nada por el estilo, simplemente creo que estaba en el lugar correcto en el momento apropiado. Me dejé cuidar, Héctor. Dejé que otro me cuidara para poder olvidarme de ti.

—¿Lo has conseguido?

—¿El qué? ¿Olvidarte? Ni un poco.

—¿Todavía me odias?

—No.

—Lo dices muy segura. No has dudado.

—Porque si de verdad te odiara no me habría acordado de ti cada día desde que salí de esta casa, ni te echaría de menos como lo hago.

Hasta que sea necesario decirnos adiós

Jimena

Nunca, en toda mi vida, había estado tan segura y tan aterrada por algo.

Cuando Héctor me besó por primera vez, en aquella galería de arte, estaba segura de que quería que lo hiciera durante mucho mucho tiempo.

Cuando le mandé los papeles del divorcio por mensajero, estaba aterrada por lo que implicaba.

Ahora, cuando le he dicho eso a Héctor, estoy segura de que mis palabras son totalmente ciertas, y estoy aterrada porque no sabía si iba a ser capaz de decirlas en voz alta. Ya no solo frente a mí misma, sino frente a él.

Pero lo he hecho. Las he dicho. Y no me arrepiento.

Aunque hay algo que también sé, y es que haberlo confesado no cambia nada. No cambia lo que pasó, no cambia lo que hice y no cambia lo que nos hemos dicho esta noche. Y, por la forma que tiene de mirarme, él también lo sabe.

Como si estuviéramos sincronizados, acortamos la poca distancia que nos separa y nos fundimos en un abrazo. Entierro la cara en su pecho y dejo que él sepulse la suya en mi cuello. Aunque me hace cosquillas con su aliento, no me molesta. Todo lo contrario. Me hace recordar que, de alguna manera, estoy en casa.

Rodeo su cintura con los brazos y él me estrecha más contra su cuerpo, si es que eso es posible. Apoya una mano en mi nuca y la otra en mi espalda y, así, comenzamos a balancearnos. Es apenas un pequeño movimiento, prácticamente inexistente. Pero es como si la música se hubiera apoderado de nuestros cuerpos y sonara en el comedor. Una música que solo nosotros escuchamos porque está en nuestras cabezas.

Miro por la ventana. La oscuridad se está difuminando y pequeñas luces anaranjadas comienzan a iluminar el cielo, evaporando por completo las gotas de lluvia que la noche anterior golpeaban la capital.

—Gracias. —Lo dice tan bajito que temo haberlo imaginado. Me separo lo suficiente como para poder mirarlo a la cara—. Gracias —repite.

—¿Por qué?

—Por haber venido esta noche. Por haber tenido el valor de hacer lo que yo no me atreví a hacer: preguntas y, sobre todo, dar respuestas. Gracias por

haberme abierto tu corazón una última vez y dejarme entenderlo todo bien. Gracias por despedirte de mí, Jimena. Pero, por encima de eso, gracias por dejar que yo me despidiera de ti.

No me doy cuenta de que las lágrimas caen por mi rostro hasta que noto sus labios, fríos y calientes al mismo tiempo, sobre ellas. Cierro los ojos y me abandono a su tacto, retenéndolo en mi memoria para siempre.

—Nunca voy a poder olvidarte, Héctor. —Apoyo la frente en su pecho y cierro los ojos.

—Yo me moriría si lo hicieras, pelirroja.

Por mucho que nos hayamos sincerados los dos, por mucho que nos sigamos queriendo, ambos sabemos que esto, a fin de cuentas, solo tiene un camino, y es el adiós.

Está claro que el amor es el sentimiento más fuerte de todos y el que mueve el mundo, porque, sin él, ¿qué somos? Nada.

Cuando hable con Guillermo y me pregunte por qué no puedo casarme con él, no me quedará más remedio que decirle la verdad: porque no se puede amar a alguien cuando tu corazón ya está ocupado. Y el mío lo está desde el mismo momento en el que dejé a Héctor entrar en él. No me arrepiento de nada. No me arrepiento de haberlo querido, ni siquiera de seguir haciéndolo, porque es lo mejor que he hecho en mi vida. Ni siquiera me arrepiento de haberme ido, porque toda acción acarrea unas consecuencias, y tal vez yo tenía que hacerlo para que él pudiera avanzar. Dar un paso más allá. Irse. Marcharse a esa ciudad con luz y vida que tanto tiene que enseñarle.

Pasan los minutos, las horas o los segundos. No tenemos ni idea. No somos conscientes del tiempo ni, mucho menos, del espacio que nos rodea. Nos limitamos a seguir abrazados, meciéndonos al compás de una canción imaginaria y viviendo estos momentos, los últimos, juntos.

Poco a poco, cuando la situación así lo precisa, nos separamos. Deposita un beso leve en mi frente y yo me limito a cerrar los ojos, dejar la mente en blanco y centrarme solo en ese breve beso, porque quiero conservarlo. Quiero llevarlo conmigo y poder recordarlo cada vez que me acuerde de él.

—Gracias. Gracias. Sé que ya lo he dicho antes, pero lo repito ahora. Gracias, Jimena. Por todo. Por lo que me has dado estos años y por lo que me has dado esta noche. Lo necesitaba. Necesitaba esto. Mirarte una última vez antes de irme. Creo que si no lo hubiera hecho, no habría podido subirme a ese avión.

Sonrío con sinceridad por primera vez desde que he llegado aquí esta

noche, y él no tarda en seguirme.

—¿Sabes? Los vas a dejar a todos alucinados.

—¿Tú crees?

—En ningún momento lo he dudado.

Me fijo bien en sus facciones. Le paso una mano por el pelo y le aparto un mechón que le cae por la frente. Siempre me ha gustado su pelo. Desdibujo el contorno de sus cejas y acaricio sus párpados, forzándolo a cerrar los ojos.

Un nudo me bloquea la garganta, provocado por las palabras que luchan por salir. Un ruego, o tal vez sea una petición. No lo tengo claro.

Lo miro detenidamente y me doy cuenta de que lo conozco lo suficiente como para saber que él también quiere decirme algo. Parece debatirse entre hacerlo o no, pero opta por la segunda opción: solo se acerca una última vez y me abraza, muy fuerte.

—Quiero que sepas que si hay alguien capaz de enfrentarse a una clase repleta de alumnos y enseñarlos a amar y disfrutar de cuanto los rodea, eres tú. Has nacido para cambiar a las personas y para enseñar; ya me había dado cuenta antes, pero ahora quiero que te des cuenta tú. Quiero que no lo olvides. A mí me enseñaste a amar la vida, ahora debes enseñárselo a los demás.

No dice nada. Tan solo me estrecha contra su cuerpo todo lo que puede, y yo me dejo hacer.

Esta vez es el final. El definitivo, porque los dos sabemos que, en cuanto nos separemos, yo saldré por esa puerta y él, en apenas unos días, se subirá en un avión.

Por un acuerdo tácito, continuamos abrazados, unidos, solo un poquito más, hasta que sea necesario decirnos adiós.

Mi perfecto chico imperfecto

Jimena

Martina:

¿Ya está?

Jimena:

¿El qué?

Martina:

Tu historia con Héctor. Tu vida con Héctor, Jimena. ¿Un abrazo? ¿Vas a terminar tu historia con él con un maldito abrazo?

Jimena:

¿Y qué quieres que haga? ¿Que le diga que no se marche? ¿Que le diga que no a esa oferta y que se quede aquí conmigo? ¿Que le diga que cometí un error y me he estado arrepintiendo todos y cada uno de los días? ¿Que le diga que, a pesar de haber llorado, habernos enfadado y habernos hecho daño, ayer fue de los mejores días de mi vida porque había echado de menos sus abrazos tanto como respirar?

Martina:

Sí. Básicamente eso. Con esas mismas palabras.

Jimena:

Oh, vamos. Eso sería demasiado hasta para mí. No puedo hacerlo.

Martina:

Claro que puedes, pero no quieres. Y no quieres porque estás muerta de miedo.

Jimena:

¿Y qué pasa si es así?

Martina:

Que no es de menos valientes tener miedo, Jimena. La vida acojona. Si no lo hiciera, estarías muerta. Pero en eso consiste, en arriesgar. Y a ti todavía te queda mucho que arriesgar con él.

Jimena:

A lo mejor, no. ¿No lo has pensado? Ayer quedamos en que nos merecíamos una despedida en condiciones, y es lo que tuvimos. Me dio las gracias por ello. ¡Me dio las gracias por dejarlo despedirse de mí! Así que, no. La historia de Héctor y Jimena ha escrito su punto final, y es como debe ser.

Martina:

Pues lo siento, pero no me lo creo, y tú tampoco. No me vale ese razonamiento. La Jimena a la que yo conozco se arriesga y lucha. La Jimena a la que yo conozco corre detrás del chico al que quiere bajo la lluvia, dos veces.

Jimena:

Pues es muy sencillo. Si a mí me vale, a ti también. Porque la Jimena a la que tú conoces la caga, echándole la culpa a alguien que no se lo merece. A alguien que sufría igual o más que ella, pero era demasiado egoísta para darse cuenta. La Jimena a la que tú conoces huye sin mirar atrás. Cierra puertas y no vuelve a abrirlas. La Jimena a la que tú conoces está esperando a que su amiga le diga: «Te lo dije».

Martina:

Sí, te equivocaste, ¿y qué? Eres humana y estamos para eso. Para cagarla una y otra vez. Para caernos y volver a levantarnos. En eso consiste la vida y en eso consiste el amor.

Martina:

Por cierto, me duele la mano de tanto escribir. Voy a llamarte.

Jimena:

No tengo ganas.

Martina:

No puedes rehuirme, cojones. No puedes colgarme el teléfono cuando lo que tengo que decirte no te viene bien.

Jimena:

No es que no me venga bien, es que no quiero escucharlo. Punto.

Martina:

Lo estás haciendo. ¡Te lo estoy escribiendo!

Jimena:

Puedo bloquearte en cualquier momento.

Martina:

Pero no lo estás haciendo, y ¿sabes por qué? Porque eres consciente de que tengo razón y, en el fondo, quieres que te diga todas estas cosas. Porque en realidad eres tan cobarde y estás tan asustada que no eres capaz de darte cuenta tú sola de la suerte que supone que alguien te quiera como Héctor lo hace. Porque sabes que ese chico te sigue queriendo con toda su alma, ¿verdad?

Martina tiene razón, pero no pienso dársela.

Cierro la aplicación de WhatsApp y pongo el móvil en silencio. Ya he tenido suficiente psicoanálisis por un día. Sé que mi amiga se va a subir por las paredes en cuanto se percate de que, por mucho que escriba, no va a obtener respuesta de mi parte. Lo ha intentado también con mis hermanas, porque la muy cabrona ha escrito en el grupo que tenemos las cuatro contando que ayer estuve en casa de Héctor. Las gemelas no han tardado ni medio segundo en llamarme por teléfono y amenazarme con venir a mi casa esta noche si no les devolvía la llamada y les decía cómo estaba.

No son tontas, y saben que lo que se dice «bien bien» pues no estoy. Pero no quiero verlas. Hoy no. Ni hablar con ellas. No quiero hablar con nadie, en realidad, por eso tampoco le respondo la llamada a mi amiga, y bastante he hecho con contestar a sus múltiples mensajes. Pero es que tengo la cabeza embotada, el estómago encogido, la garganta reseca y el corazón... El corazón, no tengo ni idea de cómo está, porque si durante todo este tiempo he pensado que dejar a Héctor aquel día era lo más duro que había hecho en mi vida, era porque no imaginaba lo que iba a vivir ayer por la noche. O esta

noche. Buff, ya no sé ni en qué día estoy. Creo que es sábado, pero tampoco lo tengo claro del todo. Lo único de lo que estoy realmente segura es de que el lunes Héctor se marcha, abandona Madrid, maleta en mano, para empezar una nueva vida, y me duele tanto el pecho solo de pensarlo que prefiero cerrar los ojos, dejar la mente en blanco y no hacerlo.

Después de estar demasiado rato abrazados en su casa, terminamos separándonos, mirándonos una última vez a los ojos, memorizándonos para después recordarnos, sonriéndonos, volviendo a abrazarnos y, finalmente, diciéndonos adiós.

Jamás cinco letras me habían dolido tanto, por muy necesarias que fueran. Como le dije a Martina, ¿qué podía haber hecho?

Héctor no me retuvo.

Yo no lo retuve a él.

Simplemente nos dejamos marchar el uno al otro.

Salí por la puerta sin girarme ni una vez y me marché a casa. Lo hice con su ropa puesta y con la mía en una bolsa. No le pregunté si quería que se la devolviera y él tampoco dijo nada. Yo quería conservarla. ¿Por qué? Porque en esa caja que guardo con nuestros recuerdos no tengo ni una mísera prenda de ropa que pueda ponerme. Que tenga su esencia y que pueda oler y acariciar como la yonqui que, por lo visto, estoy hecha.

Me tumbo de lado en el sofá, a oscuras, y cierro los ojos, obligándome a dormir. O, como mínimo, a intentar descansar.

El sonido del timbre me altera, haciendo que mi corazón se salte un latido. Miro hacia la entrada como si el mismísimo Jack el Destripador estuviera tras ella. Me incorporo de un salto y, cuando estoy de pie, tengo que volver a sentarme. Las piernas me flojean demasiado como para aguantar mi peso. Espero atenta a ver si vuelve a sonar, porque a lo mejor he llegado a quedarme dormida y todo ha sido una broma de mi subconsciente.

Pero no. El timbre suena de nuevo y esta vez lo hace con más insistencia. Tanta que, como sigan aporreándolo de esta manera, van a terminar por fundírmelo.

—¡Ya voy! —grito con la esperanza de que paren. Parece que me escuchan, porque el ruido cesa de golpe.

Arrastrando los pies y con el corazón desbocado por quién pueda ser, llego a la puerta y me pongo de puntillas para ojear por la mirilla. Me encuentro con la persona que menos esperaba ver; me había olvidado de él por completo y aún no estoy preparada.

—Hola, Guillermo.

—Hola, ¿puedo pasar? —Aunque lo pregunta, no espera mi respuesta. Pasa por mi lado y entra en la casa, andando hasta perderse tras la puerta del comedor.

Cierro, suelto un largo suspiro y lo sigo. No lo he visto más que dos segundos, pero sé que no está contento. Tampoco puedo culparlo. No le cojo el teléfono, no quiero verlo, y la última vez que lo hice, salí corriendo de la habitación en la que se hallaba para perseguir a mi exmarido. Vamos, que si yo fuera él, estaría mucho más que *mosqueadilla*.

En cuanto pongo un pie en el comedor, me lo encuentro justo en el centro, de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, el ceño tan fruncido que las cejas se le unen y la boca, en una línea tan fina que podría borrarse.

—¿Nos sentamos?

—Yo estoy bien de pie, pero tú puedes sentarte.

—No pasa nada, así estoy bien también.

Mentira. Estoy hipernerviosa, y el pie derecho ha comenzado a temblar, pero no quiero estar sentada mientras él sigue de pie. Me intimidaría aún más. No porque pueda hacerme daño, ni muchísimo menos, sino porque, ya que van a «reñirme», mejor que estemos los dos a la misma altura.

—¿Por qué?

Intento adivinar a qué se debe la pregunta, pero enseguida me doy cuenta de hacia dónde está mirando: mi mano desnuda.

La escondo detrás de la espalda.

Sube la mirada para encontrarse con mis ojos. No me gusta nada lo que veo en los suyos: dolor.

—¿Por qué? —repite.

En un principio pienso que quiere saber por qué me he quitado el anillo, o por qué llevo huyendo de él todos estos días, pero no es eso. Tardo únicamente dos segundos en darme cuenta de que lo que en realidad me está preguntando es por qué le dije que sí, pero, sobre todo, por qué empecé una relación con él cuando, está claro, no quería ni una cosa ni la otra.

Podría mentirle. Podría decirle que lo hice porque lo quiero, aunque no llegara a enamorarme de él. Podría decirle que lo hice porque se convirtió en un buen amigo, porque es buena persona y porque creía que junto a él sería feliz, o todo lo feliz que pudiera ser. Podría decirle que acepté casarme porque realmente quería hacerlo. Podría decirle mil y una cosas, pero ambos sabríamos que estaría mintiendo, que solo lo hago por no hacerlo sentir mal.

Por no hacerlo sentir peor de lo que, seguramente, ya se siente. Pero sé que no se lo merece.

Las verdades, aunque duelan, a veces son necesarias.

No hablo de ser cruel. No hablo de ser mezquina y hacer daño a propósito. No hablo de ser hiriente. Hablo de ser sincera, de ser valiente. Por lo menos por una vez, porque hace tanto que no lo soy que a veces pienso que ya no sé ni qué significa.

—Porque necesitaba olvidarme de él.

—Y me utilizaste.

Sus palabras duelen, claro que lo hacen. Pero duelen porque son verdaderas.

—Lo siento. Te juro que cuando comencé a salir contigo no pensaba así, lo hice porque de verdad quería.

—No quiero que me endulces la píldora, Jimena. Sabías lo que sentía por ti incluso cuando todavía estabas casada con él, así que ahora no me hagas parecer más idiota y ahórrate tus disculpas.

—No son disculpas, es la verdad, y quiero que la escuches.

—Pero yo ya no quiero escuchar nada. El silencio de todos estos días ha sido más que aclaratorio, gracias. Tan solo he venido para que tuvieras el valor de decírmelo a la cara. Creo que por lo menos me merezco eso.

—Iba a hacerlo.

—¿Sí? ¿Cuándo? ¿Cuando os encontrara cogidos de la mano por la calle? ¿Cuando viniera a recogerte al trabajo y me lo restregara por la cara? Tendría que haberle partido la nariz. —Esto último lo dice tan bajito que apenas lo escucho.

No me permite abrir la boca. No me deja explicarle que nada de eso va a pasar, porque cuando me quiero dar cuenta, está marchándose.

Salgo detrás de él y lo alcanzo en el rellano.

—Guillermo, espera.

Mis palabras lo detienen, pero no se gira. Se limita a mirarme por encima del hombro. Meto la mano en el bolsillo del pantalón y saco su anillo de compromiso.

—Toma. —La extiendo para que lo vea, pero en vez de cogerlo, niega con la cabeza.

—No lo quiero.

—Pero es tuyo.

—Te equivocas. Lo compré para ti.

—Pero seguro que se lo podrías dar a otra persona.

—Cuando encuentre a la mujer que esté dispuesta a convertirse en mi esposa, ten por seguro que le compraré un anillo solo para ella. No voy a darle uno usado.

La palabra «usado» suena con demasiada vehemencia, incluso despectiva. No tengo ni idea de si lo ha hecho con ese propósito o no, pero decido no tenerlo en cuenta. Tampoco tendría sentido hacerlo.

Lo veo marcharse y, sin esperar el ascensor, bajar las escaleras. Sin despedirse. Sin mirar atrás.

Cierro despacio, sin hacer ruido. Miro el anillo que aún guardo en la mano y, sin saber qué haré con él, abro el primer cajón del mueble que tengo en el vestíbulo y lo dejo ahí. No tengo ganas de llorar. No es que tenga ganas de reír y saltar, pero sí me siento más yo. Más libre.

Con esta nueva sensación, voy al dormitorio y me meto bajo las sábanas, tapándome hasta la barbilla.

Cierro los ojos y llevo mis manos hasta el tatuaje en el que está escrito su nombre. Por primera vez en mucho tiempo, no duele. Ya no quema. Dejo la mano ahí y visualizo su rostro; sus ojos, su nariz, su boca y su pelo negro, alborotado.

Cierro los ojos y bajo la cara para poder enterrar la nariz en el cuello de la camisa y aspirar su aroma, que está mezclado con el mío.

Cierro los ojos y, de nuevo, le pido perdón. Perdón por haberlo estropeado todo y por no haber sabido hacerlo mejor. Perdón por haber escogido el camino «fácil» y haber huido.

Pero, sobre todo, cierro los ojos y le deseo buen viaje, porque eso es lo que tengo que hacer ahora. Susurro que lo quiero, esperando que, esté donde esté, pueda oírme. Sonrío y le digo que lo vale, que puede lograr lo que se proponga, que es la persona más fuerte, valiente y decidida con la que me he encontrado, y que estoy orgullosa de él.

Cierro los ojos y me recuerdo a mí misma que es cierto eso que dicen de que el amor a veces duele, pero siempre merece la pena. Cierro los ojos y me reconozco a mí misma que Martina, una vez más, tiene razón, y que hay que luchar por lo que quieres y te hace feliz. Por lo menos, hasta haber quemado el último cartucho.

Cierro los ojos y me prometo a mí misma que iré a buscarlo, aunque tarde un tiempo en hacerlo. Ahora no es el momento, porque ahora él tiene que volar, viajar, saltar, correr, aprender, enseñar, experimentar, vivir. Y cuando

haya hecho todo eso, yo estaré aquí, esperándolo, tal y como debería haber sido. Tal y como le prometí aquel día cuando me puso el anillo en el dedo y comenzó a llamarme «mi mujer».

Cierro los ojos, sonrío y dejo que Morfeo me lleve con él.

—Buenas noches, mi perfecto chico imperfecto.

Cuando te traiga a verlo, será mil veces mejor

Héctor

Enero de 2020

Llevo dos meses aquí y la experiencia está resultando, cuanto menos, curiosa.

Sobre el idioma... mejor no hablar. No es que me cueste, es que soy negado. El profesor me mira y sonrío cada vez que me escucha, dándome ánimos y diciéndome que estoy mejorando muchísimo.

Este tío siempre ha sido demasiado optimista. Tiene que fumarse algo por las mañanas. Ya lo pensaba antes, cuando me daba clases, pero ahora lo confirmo. Si no es así, no me lo explico. O que me dé la receta para la felicidad eterna, por favor.

Miro el reloj y, como siempre, llego tarde. Aún no me he acostumbrado a las calles y, mucho menos, al metro de esta ciudad. Todos los nombres me suenan igual y no sé pronunciar ninguno como es debido, y de leerlos, ni hablamos.

Cuando el profesor me ofreció el trabajo, hubo un pequeño, pequeñísimo detalle que no le pregunté: el nombre de la escuela. Creo que fue a consecuencia de la adrenalina, mezclada con los nervios y la excitación, que me nubló el juicio y no me permitió hacer las observaciones pertinentes, porque la cuestión es que me estoy preparando para ser profesor en una de las cinco mejores escuelas de fotografía del mundo: Spéos. Estudiar aquí es un sueño para cualquier persona que sienta un mínimo amor por la fotografía. Dar clases es una responsabilidad tan grande que cada vez que cruzo sus puertas, lo hago temblando como un flan.

Cuando, el primer día, puse un pie en el edificio, además de observarlo todo con la boca abierta y cara de idiota, tuve la tentación de sacar el teléfono del bolsillo y llamar a Jimena para contárselo; enviarle fotos y decirle que viniera a vivir esto conmigo, porque no podía disfrutarlo yo solo. Pero no lo hice. Me guardé el teléfono de nuevo y decidí apartarla de mi mente, por lo menos hasta llegar la noche, cuando, ya tumbado en la cama, me permitiría pensar en ella y relatarle, aunque no pudiera escucharme, todo lo que iba viendo, oliendo, comiendo o sintiendo, tal y como he hecho desde el momento en que pisé la Ciudad de la Luz.

El tren se detiene; inspecciono el cartel y compruebo que ya estamos en Charonne. Me levanto corriendo del asiento y cruzo las puertas justo cuando estas ya están pitando para cerrarse. Debo dejar de soñar despierto o un día me pasará algo grave y, entonces, ya no habrá vuelta atrás.

Salgo del metro y recorro los escasos doscientos metros que me separan de la puerta del instituto tapado hasta las orejas. Hace un frío de narices. En estos momentos se podría aplicar perfectamente el dicho español: «Cuando el grajo vuela bajo, hace un frío del carajo. Cuando vuela a trompicones, hace un frío de cojones». En mi vida me hubiera imaginado llevar orejeras, pero aquí estamos. Y botas y guantes y bufanda. Y todo lo que haga falta.

Pero hay una cosa que no puedo negar, y es que el paisaje es sencillamente espectacular, mágico. París, con las chimeneas en sus tejados, los coches y las calles, todo blanco, es una de las imágenes más bonitas que puede captar el ojo humano. Y el de la cámara también.

Llego a la puerta y, en cuanto la atravieso, una sonrisa me ilumina el rostro; alumnos yendo y viniendo, carcajadas, luz, vida. No tenía ni idea de que esto pudiese gustarme tanto.

Me deshago de las mil capas de ropa y voy directo a la pequeña sala de profesores. Por el camino, me cruzo con varios alumnos que me saludan llamándome ya «profesor Varela», y eso me da tal subidón que ni el mejor café del mundo. El profesor Agustín ya está en la mesa de la esquina con su café en las manos.

—¿Qué tal, profesor?

—¿Cuándo vas a dejar de llamarme así y empezar a hacerlo por mi nombre? Porque ahora somos compañeros, y es un poco raro.

Me frotó la barbilla, como si sopesara la mejor respuesta.

—Creo que nunca. Es como si a mi madre dejara de llamarla «mamá». Hay cosas que son humanamente imposibles, profesor. —Pronuncio la última palabra con cierto retintín. Pone los ojos en blanco y resopla, por lo que se le levanta ligeramente el bigote.

Ese no lo llevaba cuando trabajaba en España, pero dice que aquí es chic. O no sé qué adjetivo utilizó.

—Se le ha quedado un poco de leche en el bigote. Otra vez.

—No entiendo cómo lo hago. Algún día terminaré por acostumbrarme a él, y será el día que me lo quite. Como si lo viera.

Me preparo uno mientras él acaba el suyo de un trago. Se levanta y coge el maletín que descansaba sobre la mesa.

—Date prisa. Hoy tenemos una clase muy interesante.

—¿Sobre qué?

—No lo sé, la vas a dar tú, así que tú sabrás de qué va.

El café que me estaba bebiendo sale disparado por la nariz, y toso poniéndome rojo. El profesor me ignora. Estoy ahogado y muerto de vergüenza, todo a la vez, porque un par de colegas me miran, pero él me ignora. Cuando me recupero, ya está saliendo por la puerta, así que acelero el paso para alcanzarlo.

—¿Cómo que voy a dar yo la clase? ¿Se ha vuelto loco?

—La locura es un estado de ánimo muy bienavenido en esta época. Una vez alguien dijo... ¿O lo vi en una película? Bueno, no importa. La cuestión es que alguien dijo: «Dios debe de amar mucho a los locos, porque hizo un montón».

El profesor siempre utiliza frases y refranes que solo él conoce; normalmente me reiría y le seguiría la corriente, pero ahora mismo estoy tan cagado y nervioso que se me ha olvidado hasta cómo reír.

Lo persigo por la escuela, avasallándolo a preguntas para las que no obtengo más respuesta que:

—Estás preparado. Creo en ti, y tú deberías empezar a hacer lo mismo.

De verdad, necesito la pipa que se fuma este hombre.

Entramos en el aula y los alumnos corren a ocupar sus asientos frente a los ordenadores. Yo me quedo paralizado en la puerta, con la mandíbula rozando el suelo, viendo cómo el profesor, sin decir ni una palabra, va directo hasta la primera fila y se sienta en una de las sillas. Deja el maletín en el suelo, se pone recto, cruza las manos sobre la mesa, me mira y sonrío, enseñando los dientes.

No se oye ni un alma. Ningún alumno habla ni levanta la mano. Todos imitan al profesor y se limitan a mirarme y, por lo visto, a esperar que empiece la clase. Valoro encarecidamente la idea de dar media vuelta y salir corriendo, llamar a mi madre o a Iván (Germán está muy ocupado con la niña recién nacida) y decirles que vuelvo a casa. Que esto ha sido un error y que no puedo seguir. O suplicarles que vengan a recogerme. Iván no pondría ningún impedimento. Me juego la mano, vamos. Porque desde que llegué, no hace otra cosa más que planificar su visita, sobre todo desde que le pasé una foto con todos mis compañeros de trabajo y él se «enamorado» de una de mis compañeras.

—*No puedes enamorarte de una foto.*

—Sí puedo. Ya lo he hecho.

—Eres un infantil.

—Lo que tú digas. Pero no te la ligués.

—No pensaba hacerlo. Ni a Alizée ni a nadie, ¿recuerdas? Quiero vivir soltero y entero.

—Punto número uno: ¿puede haber un nombre más bonito que Alizée? Es que se me ponen los pelos de punta cada vez que lo pronuncio. Y punto número dos: lo de vivir soltero y entero no te lo crees ni tú. Lo que pasa es que no te la quitas de la cabeza, y crees que empezando algo con otra persona la estarías engañando, pero te recuerdo que os despedisteis. Que ella se marchó a su casa y tú te montaste en ese avión, y que no habéis vuelto a hablar desde entonces.

—Claro que me acuerdo, capullo. Todos los días.

—Pues entonces haz algo. Deja de llorar por las esquinas, de fotografiar cada rincón de París y de escribirlo luego en ese diario para ella. Porque sería un detalle precioso si pensaras dárselo, pero está visto que no.

—Nunca debí hablarte de ese cuaderno.

—Tarde.

—Y deja de intentar psicoanalizarme en cada llamada. Al final, dejaré de llamarte.

—No puedo. Va en el ADN del camarero y del mejor amigo. Partida doble, toma ya. Además, no podrías no llamarme. Tu amor por mí es tan fuerte que te es imposible no hacerlo.

—O dejas el tema o nos ponemos a hablar de Lucía y verás tú quién se ríe ahora.

—Podemos hablar de Lucía siempre que quieras, pero el final será el mismo. Lo mío con Lucía se terminó, murió. Está enterrado y bien enterrado. Hay historias que empiezan y luego terminan, y esta es una de ellas. Lo he superado, he rehecho mi vida y ella también. Hace un par de semanas la vi con un chico en una terraza y, además de verlos felices, hablamos. Hablamos como no lo hicimos en su momento y, sobre todo, lo hicimos tranquilos. La vi feliz, Héctor. Ahí ya no hay nada que hacer, contar o remover. Así que si no quieres hablar de Jimena y de lo idiotas que sois los dos, tú por no pedirle que se marchara contigo, y ella por no pedirte que te quedaras, vamos a hablar de Alizée, que me pone de un tonto que no veas.

Un clic me saca de mi ensoñación y de mis conversaciones sin sentido con Iván, y la oscuridad se cierne sobre mí. Cuando mis ojos se acostumbran y

recupero el control sobre mí mismo, me doy cuenta de que ha sido Didier, uno de los alumnos más avanzados de la clase, que ha apagado la luz. Supongo que para darme el empujoncito que necesito para situarme frente a ellos y empezar.

«Quiero que sepas que si hay alguien capaz de enfrentarse a una clase repleta de alumnos y enseñarlos a amar y disfrutar de cuanto los rodea, eres tú. Has nacido para cambiar a las personas y para enseñar; ya me había dado cuenta antes, pero ahora quiero que te des cuenta tú. Quiero que no lo olvides. A mí me enseñaste a amar la vida, ahora debes enseñárselo a los demás».

Recuerdo las últimas palabras que me dijo Jimena. Sonrío feliz, cojo aire y me planto en el centro del aula. Los miro a todos, uno a uno, y por último al profesor, que me guiña un ojo.

—Coged vuestras cosas. Nos vamos —les ordeno en el mejor francés que sé.

—¿A dónde? —pregunta alguien, aunque no sé muy bien quién.

—A amar París a través de las cámaras.

Así, con mis alumnos recorriendo algunos rincones de la ciudad, porque es tan grande y esconde tantos encantos que es imposible verlos todos en dos horas, y haciendo fotos sin parar, me enamoro un poco más de París, pero, sobre todo, de lo que hago.

Por la noche, al llegar a casa, más cansado de lo que recuerdo haber estado en mucho tiempo, cojo el cuaderno al que hacía mención Iván y pego las imágenes que he tomado hoy, describiendo al pie cada lugar, y termino la hoja como lo hago siempre, escribiendo:

Te vas a enamorar de esto, Jimena. Como te dije, esto es solo un pequeño avance, porque cuando te traiga a verlo, será mil veces mejor.

Estaré encantado de descubrirla de nuevo con ella

Héctor

Abril de 2020

Estoy tan integrado en esta ciudad que incluso me siento un poco parisino. Parece una gilipollez, y si lo digo en voz alta se reirán en mi cara, pero es así.

De aquella primera «excursión» con los alumnos han pasado ya tres meses; el curso está a punto de terminar, Agustín está a punto de marcharse de aquí, y yo estoy a punto de firmar un contrato de trabajo por tiempo indefinido.

Ah, y lo más importante: los chicos están a punto de hacer una exposición de la hostia, porque no hay otra palabra que describa lo que están preparando. ¿Lo mejor? Que me dejen ser partícipe de todo.

Desde que entran por la puerta hasta que se marchan, ordenan, preparan, hacen fotos, graban vídeos y montan. El último día del curso, por la noche, hay una «pequeña» —entre comillas, porque a mí me parece enorme— exposición con imágenes y vídeos de todo lo que han aprendido estos meses. Algunos fotografían objetos, como frascos de perfume o flores, que a simple vista no dicen nada, pero que, cuando los dejas hacer, consiguen ponerte los pelos de punta. Otros se retratan a sí mismos, ejerciendo de modelos. Hay vídeos e imágenes de maquetas de museos y monumentos famosos de París, como la Ópera o el palacio de Versalles. Son tan reales que da vértigo mirarlas.

Por mi parte, o mejor dicho, lo que el profesor y yo hemos preparado con ellos son imágenes de París. Rincones recónditos que no parecen gran cosa, pero que esconden verdaderos tesoros si te acercas. Así como retratos y capturas de diferentes personas en su día a día, sin darse cuenta de que están siendo inmortalizados.

Un ruido sordo llama mi atención. Me giro y veo que Alizée está recogiendo del suelo lo que parecen unos jarrones. Me acerco a ella y me agacho para ayudarla. Cuando levanta la vista y me reconoce, un color rojizo ilumina toda su cara. Baja la mirada, avergonzada, tal y como lleva haciendo desde que me la encontré hace ya más de un mes con las tetas al aire y montando a mi mejor amigo en el sofá de mi casa cual amazona.

Salí corriendo en cuanto los vi. Me disculpé y le juré que no había visto nada, pero está claro que no me cree. No me extraña, porque debo reconocer que tardé un poco en reaccionar. Es que, vamos, no soy de piedra. Pero juro que no lo hice adrede.

Lo bueno de todo esto es que lo suyo con Iván parece tener futuro. Yo no sé si mi amigo está enamorado, porque eso son palabras mayores, pero lo que sí sé es que está ilusionado, y que lo está intentando con Alizée, también. No puedo estar más feliz.

Terminamos de recoger y voy a hablar con ella cuando Didier nos interrumpe.

—Ven a ver esto, Héctor. —Por fin han aceptado llamarme por mi nombre. Me siento viejo si me llaman «profesor».

—¡Un segundo! —Me giro hacia mi compañera y la cojo por la muñeca, impidiendo que se mueva—. ¿Te gusta Iván? —La pregunta la pilla por sorpresa y me mira con el ceño fruncido—. ¿Te gusta Iván, Alizée?

—Sí.

—Perfecto. Porque a mí también, aunque a veces sea un poco idiota. Así que, si a los dos nos gusta, eso significa que vamos a vernos muy a menudo, porque tú también le gustas a él. Mucho. —Una sonrisa asoma a sus labios—. No vi nada, te lo juro. Y lo he borrado de mi memoria. No puedes seguir rehuyendo mi mirada y sin hablar conmigo, ¿entendido?

—Sí.

—Perfecto. —Me inclino para darle un beso en la mejilla—. Si me has entendido, significa que mi francés ha mejorado más de lo que me imaginaba.

Le guiño un ojo, me levanto y me dirijo a mis alumnos, que están retocando en el ordenador unas fotografías que tomamos el otro día, cuando nos fuimos de excursión a la plaza de los Vosgos, uno de los lugares más románticos que he visitado en mi vida. Nos pasamos el día así, entre retoques, blancos, negros, algo de color y risas.

Cuando llega la noche y me meto en la cama, abro la mochila que siempre llevo conmigo y, del bolsillo interior, saco un par de fotos que he impreso en la escuela sin que nadie se diera cuenta.

En la primera, una chica pelirroja, con el cabello rizado, suelto y mecido por el aire, ríe a carcajadas mientras habla por teléfono. No se le ve bien la cara porque su pelo tapa casi la mitad, pero se puede apreciar que está feliz.

Voy hasta el dormitorio y saco el cuaderno del primer cajón de la mesita. Abro por la página que toca y pego en él la foto. Debajo, escribo:

«Esta podrías ser tú, riendo conmigo en medio de la plaza de la República, o donde tú quieras. Y ¿sabes qué? Que algún día lo harás».

Después, cojo otra foto, paso la página y la pego. En ella se lee un mensaje escrito en *Le mur des je t'aime*, conocido en España como el muro del amor. Un lugar situado en la plaza del jardín Jehan Rictus, en Montmartre, donde las parejas escriben mensajes de amor.

Ayer por la noche, como no podía dormir por muchas vueltas que diera en la cama, me fui a caminar y terminé allí. Cerca no me pillan, porque tardé más de una hora en ir y otra en volver, pero me sentó genial. Cuando me puse a leer los mensajes que la gente había ido dejando, encontré libre una esquina, arriba a la derecha, y supe que ese sitio era mío. Pedí a otra pareja el bolígrafo y tuve clarísimo lo que quería escribir. Esa frase que tan bien nos define, esa frase que es tan nuestra: «*We are freaks*». Después, tomé una foto con el móvil y volví a casa.

Miro las dos imágenes que acabo de colocar en el cuaderno y sonrío, pensando en que, si lo viera, le entusiasmaría. Más que aquella guía que compró y que guarda con tanto cariño. Porque esta será nuestra guía, y yo estaré encantado de descubrirla de nuevo con ella.

No lo esperaba en absoluto

Jimena

Mayo de 2020

—¿De verdad te vas?

—Sí.

—Jimena, siéntate un momento y hablemos, ¿vale? Tenemos que encontrar una solución.

—Ya la he encontrado, Guillermo. Me marchó.

La cara de mi exnovio, mi jefe o, simplemente, Guillermo es todo un poema. Me mira como si me viera por primera vez, o como si fuera un espectro que se le acaba de aparecer en el despacho.

Abre y cierra la boca un par de veces, pero me niego a que me diga nada más, porque, ¿a quién queremos engañar? Esto se veía venir, y si de verdad lo pillas tan de sorpresa como aparenta es que no es tan listo como yo creía.

—Gracias por la oportunidad que me disteis al llegar aquí. Me ha encantado trabajar en esta editorial y he aprendido mucho de todos vosotros, en especial de ti. Espero de corazón que te vaya muy bien.

Deslizo de nuevo por la superficie de la mesa el sobre con mi dimisión hasta dejarlo enfrente de él; sonrío y me doy media vuelta para salir de este despacho y regresar al mío, donde ya lo tengo todo recogido. Sé que debería haber avisado con quince días de antelación, pero no iba a aguantar quince días más aquí. Yo creo que con cinco meses ya es suficiente.

—Te vas a arrepentir de esto. —Su voz, ronca, profunda, y más seria de lo que la he escuchado jamás, me paraliza justo cuando estoy a punto de cerrar la puerta a mi espalda. Me giro y lo descubro con el ceño fruncido y cara de muy pocos amigos.

—No puedo arrepentirme de algo que me hace feliz.

—¿Es por él? ¿Te vas porque él te lo ha pedido?

—No creo que sea asunto tuyo.

—¡Lo es cuando afecta a mi trabajo! —Eleva la voz y da una palmada en la mesa. Deben de haberlo oído fuera, porque tengo la puerta abierta y, que yo sepa, no hay ningún sordo por aquí, pero nadie dice nada. El silencio parece ser nuestro mejor empleado.

Con paso firme, doy un paso hacia delante y vuelto a entrar, asegurándome de cerrar bien la puerta para que lo que hablemos quede entre nosotros.

—Lo siento —comienza, y, por la expresión de su cara, sé que es verdad—. No debería haberte gritado así, pero es que creo que estás cometiendo un error.

—Si eso es cierto, quiero que sea mi error. Quiero tener la oportunidad de arrepentirme por algo que yo haya hecho, no por una decisión que han tomado otras personas sobre mí.

—¿Es por tu madre?

—Mi madre no tiene nada que ver en esto. Ya tenía pensado hacerlo desde hace tiempo. Que lo haga ahora, y no dentro de unos días, es solo un pequeño tecnicismo. El resultado iba a ser el mismo. Me marchó, Guillermo, y hace tiempo que no tengo nada tan claro como esto.

—Si es por ella —insiste, ignorando lo que acabo de decirle—, es cierto que Esther intercedió para que entraras aquí, pero tú sola te has ganado el puesto que desempeñas.

El otro día descubrí que fue mi madre la que me consiguió el trabajo en esta editorial. Por lo visto, pues yo no tenía ni idea, mi señora madre y la de Guillermo fueron «amigas» cuando iban al colegio. Un día se reencontraron y, cómo no, se pusieron a hablar de sus hijos, alabando las virtudes de unos y de otros. Cuando mi madre se enteró de que Guillermo trabajaba en esta editorial, tardó poco en pedirle que me consiguiera un empleo. Hasta le ofreció dinero si le hacía el favor. ¿El favor? ¿Qué favor?

Yo creí, cuando me llamaron, que lo habían hecho por mi currículum, y que yo sola había conseguido meter un pie dentro. Si hubiera sabido que ella estaba detrás, no habría aceptado. Quería demostrarle a mi madre que era capaz de hacerlo por mí misma, que no necesitaba su ayuda. Que no la quería. Que yo sola podía labrar mi futuro. Que había estudiado lo suficiente para que así fuera, y que tenía las herramientas y el control necesarios para hacerlo.

Es cierto que cuando me enteré me cabreé muchísimo, porque ni siquiera me concedió el beneficio de la duda. No había dejado que lo intentase, tal y como era mi sueño. Ella tenía que involucrarse, meter de nuevo la mano y hacer girar los hilos que mueven mi vida.

Pero ahora, cuando lo pienso, ya ni me enfado. No es esa la razón por la que me marchó. Puede verse como un pequeño empujón para acelerar las

cosas, ni más ni menos. Porque la idea de irme de aquí la tenía bastante clara desde hace ya unos meses.

Sin pensarlo demasiado, me acerco a Guillermo y, sorprendiéndolo, rodeo su cuello y le doy un abrazo.

—Gracias —le susurro al oído.

No espero a que me conteste, ni tampoco a que corresponda. Me aparto y, ahora sí, me encamino a la puerta y salgo de aquí. De su despacho, de mi despacho y del edificio.

Unos minutos después, estoy sentada en un taxi camino a mi casa, con una caja entre las manos con las pocas pertenencias que tenía allí y sin trabajo, pero feliz. Muy feliz.

Cuando bajo del vehículo y abro el portal, me encuentro con Zipi y Zape en las escaleras, esperando sentadas. O, lo que es lo mismo, mis hermanas. En cuanto me ven, se levantan y vienen corriendo hacia mí. Olivia se muestra precavida, pero Lucía es toda sonrisa.

—¿Lo has hecho?!

—Sí.

—¡Esa es mi chica! —Lucía se abalanza sobre mí y por poco no acabamos las dos en el suelo. Quien no tiene tanta suerte es la caja. Menos mal que no llevaba nada de valor o delicado, si no, seguro que ya estaría hecho trizas.

—¡Pero mira que eres animal! —Intento sonar seria, pero sus carcajadas y su alegría son contagiosas.

Me aparto de ella como puedo para abrazar a mi otra hermana, que aguarda su turno. Cuando ya nos hemos dado todos los abrazos habidos y por haber, porque también nos abrazamos las tres a la vez, dando saltitos en círculo como si fuéramos quinceañeras a punto de entrar en un concierto de Justin Bieber, montamos en el ascensor y subimos a mi casa.

—No me puedo creer que por fin te hayas atrevido. Cuando se entere mamá, va a poner el grito en el cielo —dice Olivia mientras se deja caer en una silla de la cocina. Lucía la imita; yo me siento en la encimera con las piernas colgando.

—Supongo que ya lo sabrá. Guillermo la habrá llamado en cuanto he salido de su despacho.

—¿Tú crees?

—¿Vosotras no?

—Sí. Seguro —confirman las dos a la vez tras meditarlo segundo y medio.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—No sé. —Encojo los hombros y después me llevo las manos hasta el pelo, suelto, que me está dando calor. Arrastro con los dientes la goma negra que tengo en la muñeca y me hago un moño con ella—. Vivir.

—¿Vas a llamar a mamá?

—No.

—Se va a morir.

—Mala hierba nunca muere. —Olivia hace una bola con una servilleta que encuentra sobre la mesa y me la lanza. Pero no llega ni a rozarme—. No lo sé, chicas, la verdad. Y, por primera vez en mi vida, no lo voy a planear. Simplemente dejaré que las cosas sigan su curso y, cuando tengan que ser, serán.

—¿Estás enfadada con ella?

—¿Con ella te refieres a mamá? —Lucía asiente. Pienso en la situación y me doy cuenta de que no, no lo estoy—. Más bien estoy cansada, y yo sé que mucha culpa es mía, por no haberle parado los pies cuando tocaba. Siempre ha estado ahí, intentando controlar mi vida y moviendo los hilos. Incluso en mi relación con Héctor. Nunca le gustó, y se encargó de dejarlo bien claro desde el principio, al igual que con Guillermo, pero esta vez al revés, y siempre pensando en sí misma primero y, después, en sí misma también, porque si se hubiera molestado en mirarme a mí medio segundo, se habría dado cuenta de que el que me hacía feliz era Héctor, y que Guillermo no era más que un parche con el que cubrir una herida.

—Hablando de Héctor... —Olivia se muerde el labio inferior, indecisa, y mira a su gemela, tal vez esperando que sea esta la que lance la pregunta que ella, por lo visto, no se atreve a hacer.

—¿Cuándo vas a ir a por él? Han pasado ya cinco meses. Es tiempo suficiente, ¿no crees?

Buena pregunta.

Sí, creo que ha transcurrido ya tiempo suficiente. Cada día que pasa lo echo más de menos, y me pican las manos cada vez que veo su nombre en la agenda del teléfono y las ganas de llamarlo me asaltan. O cuando me imagino haciendo la maleta y plantándome en la puerta de su casa en París para pedirle una nueva oportunidad.

¿Por qué no lo he hecho hasta ahora? Porque no era el momento.

No podíamos pasar de cero a cien de un día para otro. No podíamos sufrir tantos meses (separándonos, reencontrándonos y aclarando las cosas, siendo sinceros por primera vez en demasiado tiempo) y después hacer como si no

hubiera pasado nada.

No podía hacerle eso.

Y menos aún después de haberlo liberado de la carga que, durante tantos meses, había llevado sobre los hombros. Después de que, por mi culpa, hubiese sufrido como lo había hecho.

Debí darle lo que me pedía en esos momentos, y era poder despedirse de mí. Poder decirme adiós y subirse en ese avión con destino a un nuevo comienzo, a una nueva vida.

Lo que él no sabía es que, para mí, no fue un adiós definitivo. Era un simple hasta luego, y ese *impasse* ha llegado a su fin. Como bien dice mi hermana, han pasado cinco meses y, por lo poco que he ido sabiendo de él, le han cundido para mucho. Ha vuelto a ser él. Ha vuelto a sonreír, a reír a carcajadas, a fotografiar y, además, adora todas y cada una de las cosas que ha aprendido allí.

La sonrisa que esbozan mis labios parece respuesta suficiente para mi hermana, quien pega un grito tan fuerte que, a pesar de no estar a su lado, estoy segura de que ha conseguido dejarme sorda. La otra la imita y, ahora sí, acabamos las tres tiradas por el suelo, haciendo la croqueta entre risas y abrazos.

—Entonces, ¿te vas a lanzar? ¿Vas a ir a por él?

—Sí —digo, más segura de lo que en verdad me siento.

Que Iván me haya estado informando sobre Héctor todos estos meses, a escondidas, no quita que el miedo se apodere de mí cada vez que pienso en el paso que voy a dar.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¿Y cómo lo vas a hacer? ¿Cuándo te vas? ¿Te vas a presentar en su puerta así, tal cual?

—Si te dice que sí, ¿piensas quedarte o lo vas a convencer para volver?

—¿Podemos ir contigo?

—Chicas, parad un segundo.

—Es por ofrecerte apoyo moral, ¿eh? —continúan, hablando entre ellas e ignorándome.

—Y por cotillear, qué cojones. Las cosas claras y el chocolate, espeso. O como se diga.

—Sí, Lucía tiene razón. Sabes que el cotilleo corre por nuestras venas.

—Olivia, Lucía...

—Qué nerviosa estoy, por favor. Más nerviosa que cuando nos concedieron la licencia para nuestro local. ¿Te lo puedes creer?

—Sí, porque yo estoy igual. Mira. —Olivia coge la mano de Lucía y la coloca sobre su corazón—. A trescientos por hora que me va el colega. Ni corriendo la maratón se me pone así.

—En tu vida has corrido tú una maratón.

—Bueno, pero todo el mundo dice que te va a toda hostia, ¿no? Pues ya está.

—¡Chicas! —grito tan fuerte que, ahora sí, se callan.

Les cojo una mano a cada una y, llevándomelas al pecho para que sientan la velocidad a la que palpita el mío, contesto a todas sus preguntas:

—Sí, voy a ir a por él. O, por lo menos, a intentarlo. No tengo ni idea de cómo lo voy a hacer, y eso me da un miedo que os cagáis, pero no importa. Improvisaré. ¿Qué más? Ah, sí. ¿Le pediré que regrese a España? No. Le pediré que me deje quedarme con él, donde sea. Porque he aprendido que mi casa es él. Lo que nos rodea es simple decoración. Y, definitivamente, no. No podéis ir conmigo.

—Pero ¿por qué? Ocupamos muy poco y no hacemos ruido.

—Casi ruido.

—Eso he dicho.

Si no las quisiera tanto, las mataría. Puede que su vena cotilla hable ahora por ellas, o eso es lo que quieren que crea, porque lo que de verdad sucede es que tienen miedo de que la cosa no salga como a mí me gustaría y me encuentre sola. Por eso quieren estar ahí, para mí. Lo veo en sus ojos, aunque ellas nunca lo dirán en voz alta.

—Quiero..., no, necesito hacer esto yo sola, ¿vale? Tenía que darle a Héctor este tiempo. Iba a decir que él lo necesitaba, pero creo que es algo que ambos necesitábamos, y nos está yendo bien. Nadie me garantiza que, por haber esperado tanto, ahora me guste lo que me pueda encontrar. Pero, pase lo que pase, sé que habrá merecido la pena. Tanto esperar como ir allí. Las dos cosas habrán merecido la pena.

Aunque ambas se pinzan el labio intentando reprimirlas, unas lágrimas comienzan a desbordar sus preciosos ojos grises. Estiro los brazos y las empujo hacia mí, acogéndolas en un gran abrazo de tres; mis dos hermanas pequeñas. Mis dos pequeños pilares. Mi día a día.

Al rato, cuando ya han pasado los momentos emotivos, nos dirigimos a mi habitación para hacer la maleta, porque, en un arrebató de los que a mí nunca me dan, pero a ellas sí, he comprado un billete a París para mañana mismo. Un billete solo de ida.

Me temblaba tanto la mano que ha tenido que ser Lucía la que terminara el proceso de compra. Después, con Martina conectada al ordenador, hemos celebrado una pequeña fiesta de pijamas las cuatro. Hemos comido tantas chucherías que, si nos hubiese pillado un dentista, nos habría denunciado por atentar contra la salud pública. Hemos visto *Mientras dormías* y *Love Actually*. Olivia, emocionada, ha cogido folios y ha empezado a escribir en ellos frases de amor que poder enseñarle a Héctor en la puerta de su casa, como si yo fuera Andrew Lincoln y él, Keira Knightley.

Gracias a sus locuras, sus risas y sus ocurrencias disparatadas, se me han calmado un poco los nervios y no he pensado tanto en lo que podría pasar mañana. O no en exceso.

Esto demuestra una vez más que, ante todo, siempre será a ellas tres a las que tenga conmigo, a mi lado, acompañándome en el duro camino que es la vida y ayudándome a levantarme siempre que me caiga. Con lo patosa que soy, estoy segura de que aún me quedan unas cuantas veces.

—Lucía, ¿puedo preguntarte ya por él?

Las gemelas están en la puerta a punto de salir. Mi hermana se da la vuelta y lo hace sonriente, feliz.

Cuando Iván y ella terminaron, hace ya tanto tiempo, nunca me atreví a preguntarle por qué, y ella tampoco sacó el tema. Cuando toda esta locura explotó de nuevo y supe que ellos se habían visto y habían tenido que hablar por teléfono, estuve a punto de hacerlo, pero algo en su mirada me lo impedía. Ahora, sin embargo, creo que ya ha llegado el momento.

—Con él va todo bien. Genial. —Coge aire, hinchando los pulmones, para después soltarlo poco a poco mientras sonrío—. Él es feliz, es algo que sé de primera mano, y me alegro muchísimo, te lo juro, porque se lo merece. Tuvimos algo bonito, mucho, de hecho, pero no pudo ser, y no se puede estar removiendo algo que ya no tiene sentido.

—Y tú, ¿eres feliz?

—¿Yo? Demasiado. —Por el brillo que desprenden sus ojos y su sonrisa, sé que es verdad.

Nos damos un último abrazo, primero las dos, y luego añadimos a Olivia, porque los besos y abrazos a tres son nuestros preferidos. Antes de que desaparezcan en el ascensor, escudriño los ojos de mi hermana por última vez y sé que dice la verdad; hay amores de todo tipo y, por el motivo que fuera, el de Iván y Lucía se terminó, y ambos son felices con ello.

Faltan apenas tres horas para que despegue el avión y estoy que me subo

por las paredes, por lo que prefiero salir ya de casa. Los nervios que las gemelas y Martina consiguieron apaciguar ayer han vuelto ahora que estoy sola, mirando como una tonta cómo avanzan las manecillas del reloj colgado en la pared de la cocina.

El tiempo pasa demasiado despacio cuando tienes un objetivo que cumplir.

Me examino una última vez en el espejo del baño para asegurarme de que mi aspecto es presentable. Llevo unas manolettinas negras, unas medias finas con el dibujo de Minnie Mouse en las rodillas, una falda vaquera y una camiseta de manga corta color burdeos. Me pongo una cazadora vaquera, porque a veces refresca, y cojo la pequeña maleta de mano que preparé ayer.

Reviso bien que todo esté guardado en su sitio, limpio y recogido, y decido irme al aeropuerto para hacer tiempo. Puesta a estar sentada con las piernas temblando en mi casa, lo estoy allí.

Me cuelgo la mochila al hombro y voy hacia la puerta de entrada, pero, justo antes de abrirla, suena el timbre. Me quedo con el pomo en la mano cavilando quién puede ser. Mi primer pensamiento es para mis padres. Mi madre me llamó ayer unas cuatro veces, pero no respondí ninguna. Al final fue Olivia la que tuvo que contestar. Después de oírla, con el teléfono alejado de la oreja, despotricar sobre mí y sobre cómo estaba tirando mi futuro por la borda (como era de esperar, se había enterado de mi dimisión), mi hermana la informó de mi intención de marcharme para luchar por lo que de verdad me hacía feliz. Le confirmó que ambas estaban conmigo, tanto físicamente como apoyándome en la decisión que había tomado. No la dejó decir mucho más. Le aconsejó darme espacio y, después, tomarse una tila para relajar los nervios.

Pero mi madre no suele hacer caso a lo que la gente le recomienda, por eso temo que sea ella la que esté al otro lado, así que me asomo a la mirilla, conteniendo incluso la respiración, por si esta pudiera traspasar la puerta y mi madre la escuchara.

Pero no es mi madre quien está ahí.

Es Iván.

Abro la puerta despacio, con miedo, porque no lo esperaba en absoluto.

Siempre tuyo, tu perfecto chico imperfecto

Jimena

Cuando Héctor se marchó, un día, sin esperarlo, me llegó un mensaje al móvil. Era un selfi suyo en la puerta del instituto con el profesor Agustín, y ponía:

«Primer día».

Nada más.

El mensaje era de Iván.

Me quedé tan *flasheada* que creí que se había equivocado, por lo que no le contesté. A los pocos días, me llegó otra foto. Esta vez era de Héctor solo, en un parque de París. Luego, otra de una mesa repleta de platos con diferentes tipos de quesos y un mensaje que decía:

«Se alimenta bien».

Cuando llegó la cuarta foto, entendí que no se había equivocado: Iván se había propuesto mantenerme al día de la vida de su amigo en París. ¿Con qué propósito? No lo tenía claro, y tampoco iba a preguntárselo, no se fuera a arrepentir. Me limité a darle las gracias esa vez y todas las que vinieron después.

Por eso sabía que Héctor había conseguido su objetivo. Tampoco es que lo hubiese dudado en algún momento.

Abro la puerta del todo y nos quedamos cara a cara. En la suya hay una sonrisa tan grande que podría iluminar la mismísima Torre Eiffel. Baja la vista hasta mi mano, donde tengo asida la correa de la maleta.

—¿Te marchas?

—Sí.

—¿A qué hora sale el vuelo?

—Dentro de tres horas.

—Me alegro de haber llegado a tiempo.

No me pregunta a dónde voy, lo sabe de sobra. Asiente con la cabeza y lo veo sacar algo del bolsillo trasero del pantalón. Es una libreta; encima de esta hay un sobre blanco cerrado, con el nombre de Héctor escrito en la parte de delante. Lo cojo todo sin saber qué me está dando.

—El sobre es para él. Cuando hayas terminado de decirle y hacer todo lo que lleves planeado, se lo das de mi parte.

—¿Y esto? —pregunto levantando el cuaderno.

—Eso es tuyo. Solo tienes que abrirlo y descubrirás de lo que hablo. Disfrútalo, os lo merecéis.

Sin esperar más tiempo, pues la curiosidad me puede, y sin comprobar si Iván se ha dado media vuelta o continúa en la puerta de mi casa, suelto la maleta y abro la libreta por la primera página.

Hola, pelirroja.

Prácticamente acabo de aterrizar en esta ciudad y estoy muy perdido. No entiendo nada de lo que me dicen, y ya sabes que mi sentido de la orientación siempre ha estado atrofiado, por lo que moverme por estas calles es una misión casi imposible. Pero no hace falta que te diga que al final lo lograré, porque, si algo soy, es tenaz y constante, y lo que quiero, lo consigo. O, por lo menos, lo intento. Ya lo hice contigo, ¿no?

Ayer, mientras paseaba por la plaza de la estrella con el Arco del Triunfo en medio, me di cuenta de que todo eso tendría que haberlo vivido contigo. De que cada calle que pisara, cada museo que visitara o cada anécdota que aquí me ocurriera tendría que vivirla contigo. Y eso es lo que voy a hacer.

No sé si algún día podré darte este cuaderno. No tengo ni idea de si llegarás a verlo, si me atreveré a enseñártelo. Pero, por ahora, es lo más cerca que estoy de ti, y necesito hacerlo.

Quiero mostrártelo todo. Quiero que veas cada imagen que capte, cada instante. Quiero construir nuestra propia guía y, cuando sea el momento, volver a vivirlo todo contigo. Tú y yo. El cuándo, no lo sé, pero hay una cosa que sí sé, y la supe desde el mismo momento en que nos «despedimos» aquel día, y es que no fue un adiós, fue un hasta luego, porque me niego a aceptar que no vayas a estar nunca más conmigo.

Tiempo, pequeña. Eso es lo que necesitamos ahora; tiempo. Pero volveré a ti. Siempre lo hago. Mientras tanto, estaré aquí, viviendo en nuestra ciudad y enseñándotela entera. Te prometo que no me dejaré ni un rincón por mostrarte.

Solo contigo, ¿recuerdas?

We are freaks.

Siempre tuyo,

tu perfecto chico imperfecto.

Solo contigo, ¿recuerdas?

Héctor

Llevo más de media hora revolviendo todos los cajones y armarios de esta casa como un loco. Es más pequeña que una caja de zapatos, por lo que es imposible que haya podido perderse. Además, siempre lo guardo en el mismo cajón; el primero de mi mesita de noche. Entonces, ¿dónde cojones está el cuaderno para Jimena?

En cuanto he llegado a casa, incluso antes de cenar, he ido directo a por él para pegar las nuevas fotos que he traído, y cuál ha sido mi sorpresa al ver que no estaba. En un primer momento he pensado que lo habría dejado en el comedor, pero tampoco. Después, he comenzado a abrirlo todo, hasta los armarios de la cocina, pero el resultado siempre ha sido el mismo.

Un ligero estremecimiento me recorre el cuerpo ante la posibilidad de haberlo perdido. Pero eso es imposible, porque nunca lo he sacado de aquí. Me dejo caer en el sofá. Me agarro la cabeza con las manos, cierro los ojos y recuerdo la última vez que lo vi. Creo que fue el sábado, cuando visité la Casa Europea de la Fotografía, y hoy estamos a jueves.

Me froto la cara con desesperación y, de repente, un rostro se me aparece como si fuese la mismísima Virgen María.

—Pero eso no puede ser, ¿no? Es decir, no sería tan cabrón como para hacerme algo así... —me repito en voz alta mientras intento recordar todos los movimientos de Iván esta semana, cuando ha venido de visita—. Alizée. Ha estado prácticamente toda la semana en casa de Alizée, aunque también ha estado varias veces aquí, mientras nosotros trabajábamos.

Cualquiera que me vea hablando conmigo mismo pensará que estoy como una cabra, pero el mundo está lleno de locos.

Me levanto y voy a por el móvil, que sigue encima de la cama, donde lo he lanzado al llegar. Busco su nombre en marcación rápida y lo llamo.

Al descolgar, un bullicio de música y voces retumba en mis oídos.

—¿Qué pasa, mi pequeño saltamontes? —grita mi amigo, tan fuerte que me deja medio sordo. Miro la hora para corroborar que está en el *pub*.

—¿Me has quitado el cuaderno? —Decido ir directo al grano.

—¿Qué? Grita un poco, que no te escucho bien. Aquí hay mucho follón.

—¡Que si me has quitado el cuaderno!

—¡No tengo ni idea de lo que me estás hablando!

Podría creerle. A fin de cuentas, es mi mejor amigo, y está en el código decir siempre la verdad. Pero, como es mi mejor amigo, sé que me está mintiendo.

—¡Me cago en todos tus muertos, Iván! ¡¿Qué cojones has hecho con él?!

—Lo siento. No-no-te-oigo... —empieza a hablar de forma atropellada y como si hubiera interferencias.

—¡No me toques los cojones!

—¡Lo siento! ¡Es que esto está hasta los topes y no te escucho una mierda!

Llaman al timbre y me levanto hecho una furia, gritando a mi —todavía— amigo por teléfono.

—Mira, Iván, no me toques las narices, que nos conocemos. Dime qué coño has hecho con el cuaderno ahora mismo o te juro que te parto la cara.

—¿Tú y cuántos más? —El cabrón no para de reírse, lo que logra enfadarme todavía más, y él lo sabe.

—¡Que me digas dónde está... —voy hasta la puerta y abro de un tirón, sin mirar siquiera quién es— el cuaderno...

Pero la frase se corta de cuajo en cuanto veo a la persona que está al otro lado.

—... de Jimena.

El silencio se apodera de la sala y ya ni escucho el ruido que, hasta hace un segundo, salía por el auricular.

Entrecierro los ojos, miro hacia un lado y hacia otro, detrás de ella, y después, ante su estupefacción y la mía propia, cierro la puerta. Miro el teléfono, que aún llevo pegado a la oreja; mi amigo ha colgado. Me lo guardo en el bolsillo, cuento hasta tres y vuelvo a abrir, esta vez despacio y con miedo, por si lo que acabo de ver es una alucinación. Una mala pasada de mi subconsciente.

Pero no. Ella sigue de pie en el mismo sitio, con una pequeña maleta en una mano y, en la otra, mi cuaderno.

—¿Buscas esto? —Lo alza a la altura de mis ojos.

He olvidado cómo se habla y, por lo visto, también cómo moverme o pestañear, porque permanezco quieto como una estatua, agarrado a la puerta y mirándola fijamente, con los ojos abiertos de par de par.

Aunque lleva una ligera capa de maquillaje, no es suficiente para disimular del todo las ojeras que cercan sus ojos, que siguen siendo verdes. Le exijo a mi cerebro que reaccione, que haga algo, como apartarse y dejarla

pasar. Pero nada. No responde.

Jimena parece comprender mi estado de *shock*, porque tampoco hace amago de nada. Solo espera paciente, con una sonrisa tímida y mordiéndose el labio inferior, nerviosa. Ha bajado los brazos y los tiene pegados al cuerpo. La veo bascular de un pie a otro un par de veces. Eso sí, no desvía sus ojos de los míos ni un momento.

—¿Estás... estás aquí de verdad? —consigo preguntar por fin. Estoy tan contento por mi hazaña que si fuera capaz de mover los brazos me daría palmaditas en la espalda.

—Sí.

—¿Por qué?

No es justo la pregunta que quería hacerle, y está claro que ella tampoco se la esperaba, aun así no borra la sonrisa.

—Por muchos motivos. ¿Quieres que empiece ahora?

«No. Pasa, nos sentamos en el sofá y hablamos».

Eso debería decirle, pero, en cambio, asiento.

—Ah, vale. Pues a ver por dónde empiezo. —Se coloca un mechón inexistente tras la oreja y después se toca el lóbulo, agachando por primera vez la cabeza desde que ha llegado y apartando sus ojos de los míos—. Llevo planeando este discurso desde que me marché de tu casa aquel día, y en el avión me he hecho hasta un resumen, pero ahora no tengo ni idea de dónde está.

Se palpa los bolsillos con la mano que tiene libre, como buscando el papel.

«Échale una mano, cojones», me grita el subconsciente. Pero mi cuerpo sigue en la misma postura.

—Bueno, da igual. —Busca de nuevo mis ojos, hincha los pulmones de aire y lo suelta todo seguido, mientras habla—: Te quiero. Te quiero desde el primer momento en que te vi en aquella clase, y no he dejado de hacerlo, porque no puedes dejar de querer aquello que te hace verdaderamente feliz y que se ha convertido en tu mundo. Cuando perdimos al bebé, fui una egoísta, lo sé. Me centré en mi dolor y no pensé ni un segundo en el tuyo. Al contrario, decidí echarte a ti la culpa para tener alguien a quien echársela, porque a ella o al destino no podía. Te aparté de mi lado, y ese ha sido el mayor error que he cometido en mi vida.

Se pinza el labio. Consigue controlar el temblor y se endereza de nuevo.

—No he dejado de pensar en ti. No he podido, aunque sé que, en el fondo, tampoco he querido. Eliminate de mi memoria significaría que nunca has

existido, y eso sí que me habría hecho morir de pena. Salir con Guillermo y prometerme con él solo fue otro de mis actos egoístas e inmaduros. Verte ese día en aquella librería, aunque no pude dejar de llorar en todo el fin de semana, fue lo mejor que me pasó en meses, y resultó muy difícil no tirarme a tus brazos.

Coge el cuaderno con las dos manos y lo lleva hasta su pecho, donde lo estrecha muy fuerte.

—Quise pedirte que me trajeras contigo. Cuando fui a tu casa y nos despedimos, quise pedirte que me dejases venir, pero no lo hice porque estaba muerta de miedo. Además, quería dejar de mostrarme egoísta por una vez y dejarte marchar. Sabía que necesitabas hacer esto, y que tenías que hacerlo solo. Por mi culpa estuviste demasiados meses con una carga sobre los hombros, y te merecías ser libre y sentirte ligero por fin. Pero esa misma noche supe que algún día, cuando estuvieras preparado, vendría aquí. A por ti.

—¿Cómo... cómo has dado con el cuaderno? —La voz me sale tan ronca y pastosa que ni la reconozco.

—Unos días después de que llegaras aquí, Iván me envió un mensaje con una foto tuya. Al principio pensé que se había equivocado, pero siguió haciéndolo. Me enviaba fotos tuyas contándome muy brevemente tu vida aquí. Te veía sonreír, dar clases o fotografiar museos. Te veía feliz. Cuando me enteré de que ibas a exponer con tus alumnos, supe que tenía que estar a tu lado. Si tú me dejas, claro.

Vuelve a tocarse el lóbulo de la oreja; si sigue frotándolo con tanto ahínco, se le va a caer. No puedo reprimir la escueta sonrisa que lucha por aparecer. Jimena no se da cuenta porque en estos momentos se está mirando los pies, que mece hacia delante y hacia atrás.

—Ayer, justo antes de salir de mi casa para coger el avión, Iván apareció en la puerta con esto. —Se lleva el cuaderno a los labios y lo deja ahí un rato. Algunas lágrimas se escapan de sus ojos y descienden por sus mejillas—. No me explicó qué era. Solo me dijo que lo abriera, que era mío y que lo disfrutara. No tenía ni idea de qué me estaba hablando, hasta que abrí la primera página y leí lo que ahí habías escrito. ¿Has... has elaborado una guía de París para mí?

—No.

—Ah...

La decepción que muestran sus ojos ante esa única palabra me parte el

corazón. Se quita el cuaderno de los labios y baja los brazos, en una postura de desolación absoluta.

Entonces, sí. Reacciono.

Suelto la puerta y doy los dos pasos que me separan de ella, hasta que quedamos tan cerca que las puntas de nuestros zapatos se rozan. Coloco mi mano bajo su barbilla y le levanto la cabeza. Cuando nuestras miradas coinciden, ahueco sus mejillas y, con los pulgares, limpio las lágrimas que las surcan.

—No he escrito tu guía. He escrito nuestra guía, Jimena. Porque no quiero seguir hablando en singular. Quiero el plural, nuestro plural. Te quiero en mi vida, pelirroja. Todos los días. Te quiero al levantarme, a media mañana y al acostarme. Puede que yo haya estado aquí estos meses, pero te puedo asegurar que tú también. En cada calle que he visto o en cada lugar que he visitado. En cada foto que he sacado. Por eso creé este cuaderno, porque sabía que algún día lo abriríamos juntos y no quería que se me olvidara nada.

Me acerco despacio para besar una mejilla y después, la otra. Apoyo mi frente en la suya y la noto temblar bajo mis manos, así que la estrecho fuerte contra mí, sin dejar que nada se interponga. Ella me agarra por la cintura y oculta la cara en mi pecho.

—Te quiero, pelirroja. Me enamoré de ti cuando te sonrojaste ante mi cuerpo desnudo y supe que estaba perdido.

—Entonces, ¿me perdonas?

—Si no hubieses venido tú a por mí, habría ido yo a buscarte.

Nos separamos y, antes de decir nada más, acerco mis labios a los suyos para poder besarla. Para poder volver a embriagarme de su sabor. De ella.

Tímidamente saca la lengua, como pidiendo permiso, y yo abro la boca, encantado de dejarla entrar. Sabía que la había echado de menos, pero lo que siento ahora mismo sería incapaz de describirlo con palabras, así que me concentro en dejarlo claro con mi cuerpo y mis caricias.

No puedo dejar de tocarle la cara, el pelo y la nuca. Un ruido sordo se escucha en el rellano; creo que es el cuaderno, que ha caído al suelo, porque noto sus manos agarrándome con fuerza por la espalda. Se escucha un jadeo y no sé si es suyo, mío o una mezcla del de ambos. Bajo las manos hasta su cintura y, temblando, le alzo los muslos, sujetándola por el culo y haciendo que me rodee la cintura con sus piernas.

Echo a andar hacia atrás para meterla en casa. Nuestra pequeña casa en París. Justo antes de que cierre la puerta, Jimena rompe el beso. Su pecho

sube y baja descontrolado, al igual que está descontrolada su forma de respirar. La miro con el ceño fruncido y, antes de que abra la boca, me da un beso en el entrecejo.

—Mi maleta.

—¿Qué?

—Que mi maleta está ahí, tirada en el suelo. Y también se me ha caído nuestra guía.

—Luego lo recojo todo. —Acercó mis labios a su cuello para poder darle un mordisco. Se ríe y, joder, cómo había echado de menos esa risa.

—La maleta me da igual, pero quiero mi guía.

—Te haré otra.

—¿Qué dices? ¡No puedes hacerme otra!

Resoplo, apoyo la frente en su pecho y levanto la cabeza. Ella me mira con ojos brillantes e inocentes, y con esa sonrisa de medio lado con la que sabe que no voy a poder decirle que no. Le doy un buen mordisco en el cuello, haciéndola gritar y reír al mismo tiempo. Después, paso mi lengua por su piel y le doy una palmada en el culo mientras la bajo.

De su mano, salgo otra vez. Me agacho y recojo la maleta y el cuaderno. Cuando me incorporo, algo cae al suelo: al darle la vuelta, veo que es un sobre blanco con mi nombre escrito.

—¿Qué es esto?

Se pone de puntillas para mirar por encima de mi hombro.

—No tengo ni idea. Me lo dio Iván junto con el cuaderno y me dijo que era para ti.

—¿Para mí? —Asiente—. Pues me da miedo abrirlo.

Rompe a reír a carcajadas, me suelta la mano y me rodea la cintura por detrás.

—No puede ser nada malo. Recuerda que me dio ese cuaderno con una buena intención.

—Esa es otra. Ya lo mataré por robar mis cosas.

—En realidad es mío. —La miro por encima del hombro con la ceja arqueada—. ¿Qué? Lleva mi nombre.

Me giro y, sin avisar, la alzo al vuelo. Ella grita y que se aferra a mi cuello.

—Tú sí que llevas mi nombre. —Toco en el costado donde lleva el tatuaje de «Héctor»—. Y voy a estar besándolo hasta el lunes.

—¿Y las clases?

—Estoy enfermo. ¿No me has visto?

Toso un par de veces mientras la conduzco hasta el dormitorio, que está a dos pasos nada más. La lanzo sobre la cama y la contemplo con todo el cariño, ternura y deseo con que no he podido hacerlo en estos meses. Ella me mira de la misma forma, y creo que podría morir de amor en este instante, por muy cursi que suene.

Ojea a ambos lados y empieza a reírse. Me abalanzo sobre su cuerpo, apoyándome en los codos para no aplastarla, y ambos rebotamos sobre el colchón.

—¡Te has dejado la maleta!

—Compraremos ropa. O iremos desnudos. Sí, ese plan me gusta más. Iremos todo el fin de semana desnudos.

—Vale.

Me da un beso en la boca. Antes de que pueda profundizarlo, me aparto. Hay una pregunta que no le he hecho.

—¿Cuándo tienes que volver?

—¿A dónde?

—Pues a casa.

—Cuando tú quieras. —La miro sin comprender y ella se ríe mientras se las apaña para darme la vuelta y quedar encima—. He renunciado a mi trabajo. He dimitido. Y, antes de que digas nada, me da igual. Lo habría hecho de todos modos. ¿Aún no te has dado cuenta? Iré a donde tú me lleves porque tú eres mi casa, Héctor. Porque solo contigo, ¿recuerdas?

Carta de Iván a Héctor



DE NADA

Epílogo

Hoy se cumplen cuatro años de aquel día. El día en que la perdí. El día en que mi vida dejó de tener sentido y de ser como hasta entonces la conocía.

No pasa un solo instante en el que no esté en mi pensamiento, en el que no me imagine cómo sería o qué estaría haciendo. Pero ahora ya no lo hago con lágrimas en los ojos. Por lo menos, no con lágrimas de tristeza. Lo hago con una sonrisa. Lo hago dándome cuenta de que las cosas pasan por algo, aunque a veces ese algo nos destroce. Pero he aprendido que debemos seguir adelante. Debemos luchar. Primero, por nosotros mismos, y después, por los que tenemos a nuestro alrededor.

Por lo viejo, por lo nuevo y por lo que acaba de llegar.

Un ronroneo a mi derecha reclama mi atención y no puedo más que sonreír. Llevo haciéndolo veinticuatro horas. No me importa el dolor y tampoco el cansancio. Solo me importan ellos.

Nicolás mueve sus manitas y abre la boca apenas, pero no se despierta. Su hermana Valeria, a su lado, sigue igual de quieta que hace quince minutos, cuando se han quedado dormidos en brazos de su padre.

Lo miro a él, también dormido en ese sillón que tiene pinta de incómodo. Tiene el semblante relajado y feliz, muy feliz, el pelo alborotado y la barba recién afeitada.

«Ha llegado la hora. Me la voy a afeitar, así seguro que no los pincho ni molesto cuando los llene de besos», me dijo, de camino al cuarto de baño, después de que yo rompiera aguas.

Una de sus manos agarra con fuerza la cuna, como si esta pudiera salir corriendo en cualquier momento. Despacio, comienza a abrir los ojos; yo no puedo apartar la vista de su rostro. A pesar del tiempo que ha transcurrido, cada vez que lo veo me pregunto cómo pude tener tanta suerte.

Cómo puedo tener tanta suerte.

Aunque no ha terminado de abrirlos del todo, sabe que lo observo, porque una sonrisa asoma a sus labios. Esa sonrisa canalla, de medio lado, que consigue que un millón de mariposas revoloteen sin control por mi estómago. Hay una cosa que está clara, y es que no importan los años que hayan pasado desde que me fijé por primera vez en él, y da igual todo lo que hayamos

vivido: Héctor me sigue poniendo igual de nerviosa que el primer día.

—¿Qué miras? —susurra, sonriendo por fin abiertamente. Abre un solo ojo y lo clava en mí. Tan azul, tan cristalino. Tan como el cielo.

—Miro lo que es mío. ¿No puedo?

—Oh, por supuesto que sí. Con lo que es tuyo, puedes hacer lo que te dé la gana.

Abre los dos ojos y me mira con intensidad, con deseo, con cariño y con amor. Nos sostenemos la mirada y nos comunicamos con ella. Siempre se nos dio bien hacerlo.

Hubo un tiempo en el que nos perdimos, pero supimos encontrarnos de nuevo, porque, cuando estás unido a una persona, por mucho que corras, por mucho que huyas, siempre vuelve a ti.

Me muevo hacia atrás despacio, con cuidado, pues aún me cuesta. Aunque ha sido un parto natural y todo ha ido sin complicaciones, no quiero tentar a la suerte.

Héctor sabe lo que pretendo. Se levanta, mira un momento la cuna, con nuestros dos hijos ahí dentro, y, soltando el aire poco a poco, avanza hasta tumbarse conmigo en esta estrecha cama de hospital. Nos ponemos de lado, enfrentados, con su nariz rozando la mía y su aliento mezclándose con el mío.

—Te quiero más que a mi vida, mi pequeña pelirroja. Gracias por quererme.

—Te quiero más que a mi vida, mi perfecto chico imperfecto. Gracias por dejar que te quiera.

Me besa la punta de la nariz, los párpados cerrados y la mejilla. Y yo me dejo hacer, como la esclava de sus besos que siempre he sido.

—¿Podremos hacerlo?

—¿El qué? ¿Esto? —Señala con la cabeza hacia atrás, hacia los pequeños que descansan en su cama.

—Sí.

—Por favor, estás hablando con el padre del año.

—Conque el padre del año, ¿eh?

Héctor sube y baja las cejas un par de veces, provocando mi risa, que silencia con un beso.

—Tenemos que hacerlo. He consultado mientras estabas medio drogada y me han dicho que no se admiten cambios ni devoluciones. Lo siento, nena. Se quedan con nosotros por siempre jamás.

—Mira que eres tonto.

Esconde su cara en mi cuello y comienza a besarlos despacio. Me da un ligero mordisco que me hace dar un salto.

—Mientras sea tu tonto, puedo ser lo que tú quieras. Ya te lo dije una vez, pelirroja. Si me lo pides, puedo ser hasta Papá Noel.

Llevo una mano a la parte trasera de su pantalón, buscando a tientas el bolsillo. Se ríe y, con la que tengo libre, golpeo su pecho.

—No podías haberla dejado en otro sitio, ¿no?

—¿Y malgastar la oportunidad de que me toques el culo? No, querida.

—Uy. Ese «querida» me ha recordado a mi madre.

—Acabas de darme todo el bajón.

Ahora la que se ríe soy yo. Oculto la cara en el ángulo de su cuello y me muerdo el labio inferior para no hacer ruido. No le veo la cara, pero me lo imagino con el ceño y los labios fruncidos. Sigo palpando hasta que doy con el bolsillo. Introduzco la mano en él y saco un papel.

—Lo tengo.

Me aparto para poder volver a mirarnos y lo alzo en alto.

Las risas se silencian y vuelven los semblantes serios. O, más bien, cautelosos.

Héctor me mira, y yo a él. Puedo leer la duda en sus ojos. Cómo me pregunta si de verdad quiero hacer esto. Me limito a acariciarle el rostro, empezando por las cejas y terminando por la mandíbula, pero, sobremanera, me limito a sonreír; con la boca y, ante todo, con los ojos. Mi marido asiente y, tras darme un beso en los labios, coge el papel de mis manos y lo desdobra con cuidado.

Cierro los ojos y me abandono a él. A su voz. A las palabras.

Dejo que sea él quien la lea una última vez, porque después de esto la quemaremos. Dejo que sea él quien, a través de mis palabras, se despida para siempre de aquello que un día tuvimos. De aquello que perdimos. De aquello que nos volvió a unir. De aquello que, por encima de todo, nos ha regalado a esas dos personas que descansan a escasa distancia; a nuestros milagros.

Cuando lo ves en las películas o lo lees en un libro, nunca crees que pueda pasarte a ti. Nunca llegas a imaginar que tú puedes convertirte una de esas chicas pálidas, con los ojos enrojecidos de tanto llorar y que tiemblan de pies a cabeza, agarradas a la mano de su novio, su marido, su madre o una amiga.

Pero, entonces, abres los ojos un momento y la realidad te golpea.

Recuerdas las paredes blancas, los sillones que parecen reírse de ti, y te das cuenta de que todo ha sido verdad, que ha ocurrido y, sin poder evitarlo, comienzas a llorar de nuevo.

Intentas pararlo. Intentas tomar de nuevo el control de tu cuerpo. Por ti, pero también por ellos. Por esas personas que están a tu alrededor y sabes que han sufrido. Que lo siguen haciendo. No puedes decir que igual que tú, porque sería engañarte a ti misma y engañarlos a ellos: eras tú la que la sentía, quien la notaba, quien la llevaba dentro, y esa sensación, ese sentimiento, nadie más puede compartirlo.

Cierras los ojos de nuevo y recuerdas cómo algunos susurraban tu nombre y cómo otros lo gritaban. Recuerdas brevemente cómo las luces en el techo pasaban una tras otra sin cesar, sin descanso. Recuerdas que te movías deprisa aunque siguieras quieta, tumbada en una camilla.

Recuerdas tantas cosas que a veces piensas que algunas no son verdad, que te las estás inventado. Que tu subconsciente es tan traicionero que te cuela imágenes ficticias. Pero entonces recuerdas que abriste los ojos ligeramente al entrar en aquella habitación, con todas esas batas verdes o azules, ya ni recuerdas el color, y, de pronto, oscuridad.

Así es como recuerdo yo el día que te perdí, pequeña. A veces quiero pensar que no sucedió, que se trata de un simple sueño. Pero, entonces, me obligo a cerrar los ojos y a recordar aquellas consultas en el médico, donde oía latir tu corazón. O las patadas que me dabas en mitad de la noche, que me impedían seguir durmiendo, así como las ecografías en las que tratábamos de adivinar tu rostro. Revivo todo eso y lo hago con cariño. He aprendido a hacerlo así, por ti, por mí y por ellos. Por esas dos personas que pronto llegarán a nuestra vida.

A veces me odio a mí misma por preguntarme si ellos estarían aquí en caso de que tú también estuvieses. Pero entonces aparto esa pregunta a un lado y me acuerdo de que todo pasa por algo, y quiero pensar que tú te marchaste porque les dabas paso a ellos, a tus hermanos. No pienses ni por un momento que te hemos olvidado, ni tampoco que no les hablaremos de ti. Simplemente, ha llegado el momento de dejarte marchar, y lo haremos ahora, cuando ellos están con nosotros. Cuando, los cuatro juntos, y solos, te podamos decir: «Hasta pronto».

Porque, no te equivoques, pequeña. Esto no es un adiós, es un hasta luego.

*Siempre tuyos,
Tu Familia*

FIN

Agradecimientos

Que alguna vez fuera a escribir mis primeros agradecimientos era un sueño que me tenía de los nervios, pero estar aquí escribiendo los segundos es para no parar de pellizcarme hasta comprobar que todo esto es real.

Hay tanta gente a la que debería agradecerle que necesitaría un libro solo para ello. Pero intentaré ser breve:

A Érika Gael. Siempre estarás aquí, por darme el empujón final para animarme a hacerlo y por estar en cada una de las etapas.

María Pila, Helena, Adriana y Emma, por ser vosotras. Por estar y por regalarme tanto cada día. Por esos grupos de WhatsApp y por estar siempre conmigo. Mi vida sería más gris si vosotras cuatro no estuvierais en ella.

A mis chicas de (ya no sé cómo llamar a este grupo de WhatsApp) «Todo está perdido», «Sois las mejores», o «Cacareando». Qué más da. Estáis, y para mí eso es lo más grande. Vosotras sabéis quiénes sois, no os hagáis las sorprendidas ahora.

A Lorena y a Nerea, por darle forma a esa cubierta que me tiene enamorada.

A Elsa García, por los audios, los ánimos y las risas.

A Marta Francés. Por todo. Por ser tú. Por demostrar que la distancia no importa cuando es amor del bueno, porque eso es lo que tenemos nosotras, un amor que la distancia no puede frenar. Que vivan los móviles, los audios, los gifs y las amigas de verdad como tú.

A Mavi, mi fiel amiga desde hace muchísimo tiempo. Siempre ocuparás un lugar especial.

A mi familia; mis padres, mis cuñados, mi chico y mis hermanas, que, además, son mis mejores lectoras cero. ¿Qué sería de mí sin vosotros? Ya os lo digo yo: nada. Sin todos y cada uno de vosotros, ninguna de estas líneas sería posible. Tengo tanto que agradeceros que me da hasta vergüenza. Ya lo sabéis, porque os lo digo cada día, pero lo repito: gracias. Gracias por todo y por tanto. Os quiero un huevo y medio.

A mis dos pequeños tesoros, que lo son todo. Que son mi vida y mi milagro. Llegasteis para darle luz a esta loca que os ha tocado como madre, y no sé vosotros, pero yo estoy encantada. Gracias, peques. Por quererme como lo hacéis y por dejar que yo os quiera a vosotros.

André Hamann, gracias por prestarme tu tatuaje. Cuando indagué por

internet intentando dar con el tatuaje perfecto, lo vi: we are freaks, y los vi a ellos. Esas tres palabras definían tan bien a Héctor y a Jimena que supe que tenía que usarlo. Después, buscando al mejor muso, di contigo y tuve claro que eras el ideal. Cuando seguí viendo fotos tuyas, me di cuenta de que eras el mismo chico del tatuaje. Eso se llama destino. Así que gracias.

Por último, gracias a vosotros. Que alguien se moleste en escoger tu libro de entre toda la variedad que hay es un regalo. Seguro que es algo que escucháis a menudo, pero es la verdad. Antes que escritora, soy lectora, y a mí escoger uno u otro me cuesta muchísimo trabajo, así que cuando os decantáis por mis historias, para mí ya me ha tocado el premio gordo. Si encima os gusta, mi objetivo está cumplido.

Gracias, gracias y mil veces gracias.

Sobre la autora

Natural de Valencia, crecí entre libros. Fue mi madre quien me introdujo en este mundo de la mano de Mary Higgins Clark. Me siguen gustando las historias de suspense y los thrillers, pero me atraen demasiado las historias románticas. Muchos dicen que desprendo purpurina y algodón de azúcar. No es algo que me preocupe demasiado; al contrario, me siento orgullosa.

Me encanta perderme entre las páginas de un libro, vivir grandes aventuras, conocer otras ciudades, otros mundos y fingir ser otras personas. Ahora, es mi turno. Espero haceros sentir todas esas cosas y que, cuando terminéis de leer mis libros, lo hagáis con una sonrisa.

Me podéis seguir en las distintas redes sociales:

Facebook: Patricia Bonet Autora

Instagram: @lashermanastras_patriciabonet

Twitter: @lashermanastras

Blog: Las Hermanastras de Cenicienta

Me encanta ver todos vuestros mensajes y comentarios. ¡No dudéis en dejarme alguno!